

RUP

REVISTA URUGUAYA DE  
PSICOANÁLISIS

MONTEVIDEO, URUGUAY, JULIO DE 2014

SEX SHOP

118

Sexualidad

APU

ASOCIACIÓN PSICOLÓGICA URUGUAYA



# RUP | 118

REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

## REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

Editada desde 1956. 2 números por año. Fundada por Gilberto Koolhaas.

Publicación oficial de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU), integrante de la Asociación Psicoanalítica Internacional (API) y de la Federación Psicoanalítica de América Latina (FEPAL)

© JULIO DE 2014, APU

<b>COMISIÓN EDITORIAL</b>	<b>Comisión de Lectores Nacionales e Internacionales</b>	ENRIQUE GRATADOUX (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	ROSA PICCARDO STELLA PÉREZ
<b>Dirección</b>	MARINA ALTMANN DE LITVAN (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	SILVANA HERNÁNDEZ (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	<b>Corrección</b> MARÍA LILA LTAIF
MAGDALENA FILGUEIRA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	ANA BALKANYI HOFFMAN (Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de San Pablo, Brasil)	MARIANO HORENSTEIN (Asociación Psicoanalítica de Córdoba, Argentina)	<b>Colaboradores</b> PATRICIA FRANCIA MARTA LABRAGA DE MIRZA
<b>Secretaría de Redacción</b>	GUILLERMO BODNER (Sociedad Española de Psicoanálisis, España)	MARTA LABRAGA DE MIRZA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	PEDRO MORENO NIZE NASCIMENTO
ZULI O'NEILL (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	ALBERTO CABRAL (Asociación Psicoanalítica Argentina, Argentina)	CRISTINA LÓPEZ DE CAIAFA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	ADRIANA PONZONI DE TEUTEN LOURDES VILLAFANÍA
AURORA POLTO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	BEATRIZ DE LEÓN DE BERNARDI (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	FANNY SCHKOLNIK (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	<b>Corresponsales en el exterior</b> GUILLERMO BODNER (Barcelona)
<b>Comité de Redacción</b>	ALDO LUIZ DUARTE (Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre, Brasil)	MÓNICA VÁZQUEZ (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	EDMUNDO GÓMEZ MANGO (París) ESPERANZA PÉREZ DE PLA (Ciudad de México)
ANA DE BARBIERI (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	GLADYS FRANCO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	SILVIA WAJNBUCH (Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, Argentina)	<b>Biblioteca</b> MARTHA GÓMEZ DE SPRECHMANN
MARTA DÍAZ (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	JAVIER GARCÍA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	LAURA WARD DA ROSA (Sociedad Brasileña de Psicoanálisis de Porto Alegre, Brasil)	<b>Biblioteca virtual</b> PATRICIA FRANCIA
LUIS GRIECO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	SÚSANA GARCÍA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	<b>Comisión de Indización</b> ANA DE BARBIERI	<b>Enlace con sitios web</b> MARTA DÍAZ LUIS GRIECO MARÍA MARTHA MONTES
MARÍA MARTHA MONTES (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	VÍCTOR GUERRA (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)	MIREYA FRIONI (coordinadora) MARTHA GÓMEZ DE SPRECHMANN	
WALKIRIA NAVARRO (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)			
CORINA NIN (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, Uruguay)			

### Redacción y Administración

APU: Asociación Psicoanalítica del Uruguay  
Canelones 1571 / Casilla de correo 813 / CP 11200 / Mvd-Uy / Telefax: 2410 7418  
e.mail: [revistauruguayapsi@gmail.com](mailto:revistauruguayapsi@gmail.com) / [www.apuruguay.org](http://www.apuruguay.org)

Los artículos firmados son responsabilidad de sus autores y no comprometen necesariamente la opinión de la revista.

La *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* integra el Catálogo LATINDEX

ISSN 0484-8268 / Depósito legal 357-193-2012  
ISSN 1688-7247 (en línea)

Comisión del Papel, edición amparada en el decreto 218/96

### Ilustración de portada

MANUEL GAYOSO

### Maqueta, diseño y armado

MANOSANTA, Desarrollo Editorial  
Zelmar Michelini 1116  
CP 11100 / Mvd-Uy  
Teléfono y fax (598) 2902 7681  
[manosanta@manosanta.com.uy](mailto:manosanta@manosanta.com.uy)

### Impreso en Uruguay

por MASTERGRAF S.R.L.

# Índice / Index

EDITORIAL ..... 7

## TEMÁTICA



Laura. O los confines sexuales de la necesidad  
*Jacques André*..... 15

Sexualidad: lo inconsciente  
*Myrta Casas de Pereda*.....32

La seducción incestuosa y su relación con lo melancólico  
en la mujer  
*Clara Uriarte*..... 40

Problemas de la ética del psicoanalista:  
analista y paciente en «mundos» no compartidos  
*Ana Chabalgoity* ..... 51

La sexualidad en la constitución del sujeto psíquico y sus fracasos  
*Sandra Press*.....68

Lo sexual infantil y puberal en los grupos terapéuticos  
de escritura para adolescentes  
*Anne Brun* .....83

Algunas reflexiones de un psicoanalista sobre la Shoá.  
Acerca de los rescatadores  
*Elías Adler* .....102

Creación artística y psicoanálisis  
*Mariel Gutiérrez* ..... 122

POLEMOS / Polemos



La transmisión institucionalizada del psicoanálisis en los comienzos del siglo XXI. Ensayo desde la experiencia <i>Javier García</i> .....	139
Comentarios al trabajo de Javier García <i>Fernando Weissmann</i> .....	156
<i>Claudio Laks Eizirik</i> .....	160
«La posición ética que implica el constante repaso de nuestros pasos es la fortaleza de nuestra praxis» <i>Emilio Ignacio Roca</i> .....	164

DE UNO Y OTRO



La experiencia analítica y la escritura incesante de Margüerite Duras <i>Marta Labraga de Mirza</i> .....	171
--	-----

CONVERSACIÓN EN LA REVISTA



Con Sergio Blanco <i>Magdalena Filgueira, M.ª Martha Montes, Aurora Polto</i> .....	187
--	-----

RESEÑA DE LIBRO



De Eros y Philia. De amores y saberes <i>Sandra Filippini</i> .....	196
--	-----

A LA MEMORIA Aída Miraldi



<i>Nelson de Souza</i> .....	199
<i>Cristina López de Caiafa</i> .....	201
<i>Juan Carlos Capo</i> .....	205
<i>Javier García</i> .....	208

## Editorial

Partiendo de la portada de cada revista, invitamos al lector a ingresar en ella. Lo hemos venido proponiendo en cada nueva RUP, al punto quizá de volverse estilo editorial de esta Comisión de Publicaciones.

Revista que brinda una doble apertura al tema por cuanto ofrece en su interior diversos tratamientos de la *sexualidad*, las diferentes formas que tuvieron los autores de tratar la temática en las diferentes secciones. Además porque su fachada, como no podía ser de otra manera, es una escena mundana: una mujer, un hombre, miran, interpelan y enmarcan la «puerta de entrada» al tema propuesto que siempre surcará las eras, las épocas.

«Sexualidad, una búsqueda sin fin» es el tema de trabajo del VIII Congreso de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay, en torno al cual el psicoanalista francés Jacques André aborda su caso «Laura. O los confines sexuales de la necesidad», texto en el que plantea: «Si el yo (y, detrás de él, el encuadre) está fuera del tiempo, tiene un sentido completamente distinto al del inconsciente. La atemporalidad de este último remite a un lugar psíquico sometido al régimen alucinatorio, donde desear es hacer, sin distinciones, sin demora, un lugar en el que el fantasma se realiza, ignorando las reticencias del mundo exterior. Si el yo está fuera del tiempo, no es por atemporalidad sino por *eternidad*. La eternidad está tan fuera del tiempo como contra el tiempo, es incluso lo que la define: es *eterno* lo que no es *temporal*. Fantasma narcisista por excelencia, la eternidad, la vida eterna, desmiente el tiempo en nombre de un presente prolongado, sin comienzo ni fin —y sobre todo sin fin».

«*Captura*, aquí, suena más justo que *seducción*.» Expresa André: «Seducción es una palabra cargada de exceso, nada pertinente cuando la pasión es exangüe, cuando el niño no descifra en el rostro del adulto nada que se le parece».

Myrta Casas de Pereda resitúa en su texto «Sexualidad: lo inconsciente» la noción central de inconsciente sexual, expresando: «El descubrimiento del inconsciente constituye un giro epistemológico que incidirá en adelante en el decurso de la historia de las ideas. Descubrimiento del inconsciente en el que el término *sexualidad* es a su vez uno de los *Grundbegriffe* freudianos, un concepto fundamental». Más adelante en su texto manifiesta: «La sexualidad abarca la genitalidad sin limitarse a ella, e implica el nivel simbólico estructurante de lo psíquico en su más radical expresión. El sujeto con sus necesidades no se dirige a la leche, sino al pecho o a la madre en sus demandas». Plantea los riesgos a los que se encuentra enfrentada la teoría: «No olvidemos que un lado abarcativo de la teorización psicoanalítica se puede volver disciplinario y conducir a un meollo homofóbico de la vida en sociedad. Binarismo normativo el de los términos *homo-* y *heterosexualidad*. La transformación de la erótica acontece desde hace mucho tiempo».

«A lo largo de mi práctica analítica», escribe la psicoanalista de vasta y fecunda trayectoria Clara Uriarte en su artículo «La seducción incestuosa y su relación con lo melancólico en la mujer», al revisitar su propia clínica ilumina aristas que le son tan propias y escribe: «la ruptura de una unión madre-hija que parecía muchas veces indisoluble me ha resultado de las más dolorosas entre tantas, y objeto de un duelo, por momentos, casi imposible. Resulta estremecedora la violencia de las luchas que estas mujeres transitan en sus análisis; con la esperanza de encontrar un camino distinto del naufragio ya vivido, nadan temerosas e inseguras hacia la orilla, a la búsqueda de algo de placer y plenitud de vida».

Se aprecia entonces que los textos van labrando su propia concatenación en torno a la sexualidad, dados los eslabones que los aproximan y aquellos que laboran divergencias teóricas y técnicas que los distancian.

A resituar el complejo entramado de «Problemas de la ética del psicoanalista: analista y paciente en “mundos” no compartidos» llega entonces el texto de Ana Chabalgoity expresando: «En esta oportunidad pretendo referirme a las dificultades que se le presentan al analista cuando los pacientes se refieren a diversas conflictivas que son efecto de su sujeción a mundos y códigos que no solo le resultan ajenos y desconocidos en cuanto a sus funcionamientos y normas, sino que además entran en

franca contradicción con sus propios valores e ideales. Situaciones clínicas que interpelan, a su vez, la dimensión ética de nuestra praxis». Propone: «A modo de ejemplo, pensemos en la intensidad de las vivencias que solemos “experimentar” en el lugar de analistas (y de un modo no siempre consciente o al menos no siempre «confesable») frente a presentaciones o narrativas de diversos pacientes que hacen referencias a modalidades de acceso al placer que no son necesariamente auto- o heterodestructivas, pero que nos resultan demasiado “lejanas”, “extrañas”, “raras” por desconocimiento de ellas o simplemente porque “caen” dentro de nuestras propias censuras; o cuando describen prácticas y modos de intercambios sexuales que jaquean nuestras concepciones y prejuicios; o cuando dan cuenta de formas y elecciones de vida que no son las tradicionalmente aprehendidas y por tanto las aceptadas, en apariencia, por la amplia mayoría del microcosmos que cada uno habita».

Aportando herramientas conceptuales para comprender el lugar que tiene «La sexualidad en la constitución del sujeto psíquico y sus fracasos. Pensando los trastornos del espectro autista», Sandra Press se adentra en el espinoso tema de la sexualidad en la conformación del psiquismo en los tiempos en que ello acontece, los de la infancia, incluyendo y ahondando en los avatares de los fracasos. «Desde un más acá de la genitalidad, es originaria de lo psíquico cuando el despertar pulsional deja ciertos “anclajes”, huellas, representaciones de una experiencia mítica de placer o displeacer tras los primeros encuentros del infans con la madre. La estructuración del aparato emerge a partir del movimiento pulsional, y es la sexualidad inconsciente la que va conformando fantasías sobre el cuerpo y el yo, configurando lo erógeno y las identificaciones.»

Anne Brun nos acerca un artículo en el que trabaja un abordaje terapéutico de «Lo sexual infantil y puberal en los grupos terapéuticos de escritura para adolescentes», entre otros posibles, y lo fundamenta. «La inquietante extrañeza, lo ominoso de un Yo convertido en Otro se perfila de manera aguda en el momento de la adolescencia, de la revolución puberal que enfrenta al joven con un nuevo cuerpo sexuado y con un conjunto de reorganizaciones psíquicas asociadas a una sexualización del pensamiento y de las representaciones. ¿Cómo podría la escritura, en el marco de un dispositivo grupal, ayudar al adolescente en dificultad a apropiarse de ese cuerpo genital

extraño, a construir un espacio psíquico autónomo y a acceder al estatus de sujeto independiente?» Así, la autora francesa nos plantea sus inquietudes: «Las mediaciones terapéuticas grupales se sitúan en las fronteras de la experiencia analítica. La cuestión planteada en este artículo será saber si se puede considerar como una extensión del psicoanálisis, en el campo de la clínica adolescente, la utilización por los psicoterapeutas de la escritura como mediación, tomando como referencia la metapsicología psicoanalítica».

Es con relación a los siempre acuciantes y conmovedores aspectos culturales de la sexualidad que Elías Adler escribe «Algunas reflexiones de un psicoanalista sobre la Shoá. Acerca de los rescatadores», rescatando precisamente de los trágicos escombros la figura libidinal del rescatador. Manifiesta: «Indudablemente, la tragedia responde a algo específicamente humano. Por eso existe la necesidad de seguir reflexionando, hablando y escribiendo luego de Auschwitz. Tal vez muchos de los integrantes de las generaciones que vivieron directamente la hecatombe no puedan hacerlo, pero para las nuevas generaciones Auschwitz es un punto indispensable para pensar en los crímenes de la humanidad que no cesan de repetirse. De todos modos, si bien la Shoá es el nombre de la muerte, el horror y el mal, me niego a hablar solamente de esos términos».

Rematando lo que podría ser un recorrido de textos y en cierta articulación con el sexual malestar en la cultura, la psicoanalista Mariel Gutiérrez va hilando con hebras de un notable brillo la «Creación artística y psicoanálisis». La autora sostiene a lo largo de todo su texto la emotividad implicada, escribiendo con los destellos deslumbrantes propios de la obra de arte como producto sexual humano. «Nos referimos a la creatividad, a la invención, en líneas generales, en un panorama abierto que toca la obra de arte (plástica, musical, científica, literaria o poética) y otros procesos de carácter creativo implícitos en las fantasías, sueños, discursos, textos, el juego y otras manifestaciones de la vida cotidiana. La creación supone producir con una mirada nueva un objeto también inédito. En él se reubican elementos conocidos junto a otros que se desconocen, regidos por un orden transgresivo. Objeto que compromete la subjetividad del realizador, pero que también, por lo general, está destinado a suscitar un movimiento en el otro, en el semejante, a capturarlo ilusoriamente en una pantalla que cubre aquello que ignora, que es doloroso o inaceptable.»

La sección «Polemos» contiene en su centro el texto del psicoanalista Javier García «La transmisión institucional del psicoanálisis en los comienzos del siglo XXI. Ensayo desde la experiencia», como él mismo lo llama y en el que vuelve a formular una pregunta sobre la que desde hace tiempo ha venido trabajando. «¿Cómo preservar lo esencial de la transmisión del psicoanálisis de las resistencias institucionales y culturales actuales, y cómo adecuarse a los nuevos formatos de las demandas de formación sin perder lo esencial que hemos recibido de las primeras generaciones de analistas? En el siguiente ensayo, trataré de responder a esta pregunta a partir de mis experiencias, que me han llevado tanto a intercambiar ideas con otros como a cambiar mis ideas. La razón de la pregunta que da lugar a este ensayo gira en torno al desafío de los institutos de psicoanálisis y de la formación de analistas en estos tiempos.»

Subrayan e iluminan diferentes puntos del texto, desde una proximidad con el autor y con su estilo de formular las interrogaciones —por sobre la posibilidad abierta a la polémica que la sección ofrece—, Fernando Weissmann, Cláudio Laks Eizirik y Emilio Ignacio Roca.

Marta Labraga de Mirza ocupa esta vez el lugar simbólico de un siempre tercero y vuelve a fundamentar y por tanto a refundar la novel sección de la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* «De uno y otro». Escribe sobre lo que no cesa: «La aparente simetría de los términos “uno” y “otro” se vuelve ambigua o engañosa cuando la usamos para los pares, que resultan siempre “impares”, en literatura: escritor-lector, y en psicoanálisis: analista-analizado. En este nos detendremos especialmente para reconocer la diferencia de lugares y subrayar que el encuentro analítico se da a partir de la “disparidad subjetiva”, la que conlleva también (y no solo al fin del análisis) formas de destitución subjetiva», y lo despliega en su texto «La experiencia analítica y la escritura incesante de Margüerite Duras».

La «Conversación» es con el escritor y dramaturgo Sergio Blanco, quien en la propuesta temática de la RUP 118 barrunta sobre la porosa textualidad de la sexualidad en la representación del parricidio, hablando de la puesta en escena en Montevideo de su texto teatral *Tebas Land*.

Toma posesión apropiándose de un decir y una forma de reseñar el libro colectivo *De Eros y Philia* Sandra Filippini. Los autores del libro, que trata de tan diversas formas la sexualidad, son Alba Fernández Roglia, Ana

María Fernández Caraballo, Fernando García Tabeira, Damián Baccino, Marcelo Real, Adrián Villalba Francia, Bruno Cancio, Marcelo Novas, Ofelia Ros y Mauro Marchese, y los del prólogo, Ana Hounie y Gonzalo Percovich. Sandra Filippini llama a su reseña «De amores y saberes» y expresa: «El “ángulo de ataque y objetivo al que apuntamos” transporta tanto al que escribe como al que lee a un campo persecutorio al que los amores no son ajenos; basta detenerse un instante en los efectos de la flecha de Eros cuando nos alcanza. También en los torrentes por los que viajan las relaciones de poder así como las potencias que ponen en juego esas relaciones, que se muestran a la vez tan ostensible como veladamente. Ambos componentes del amor, persecución y poder, se hacen presentes en las versiones idealizadas del amor en las que participan las figuras del amor en Occidente».

En el presente dolor de la pérdida se recuerda a Aída Miraldi. Evocan, territorializan la geografía humana de Aída, en trazos polisonantes de su figura, en puntadas que contornean su pregnancy, en la sección «A la memoria», en esta oportunidad a su memoria, Juan Carlos Capo, Cristina López de Caiafa, Javier García y Nelson de Souza. Aída se hallará presente en la APU por la donación de su frondosa biblioteca, que seguirá dando frutos entre generaciones, y que, a la hora de poner fin a este editorial, se resiste en una gratitud *sin fin*.

MAGDALENA FILGUEIRA

*Directora de la Comisión Editorial de la RUP*

*Directora de Publicaciones de APU*



**TEMÁTICA**



# Laura. O los confines sexuales de la necesidad<sup>1</sup>



JACQUES ANDRÉ<sup>2</sup>

Laura acude a cuatro sesiones de análisis por semana. Rechaza el diván; la recibo cara a cara. De ninguna manera me quiere perder de vista, esa misma vigilancia que por la noche le impide dejarse ir al sueño impera en cada una de nuestras sesiones. Sabe muy bien lo que es verse abandonada en un diván, ya ha padecido los efectos alternativamente angustiosos e irritantes durante varios años con una analista mujer. Una misma cólera va dirigida a esa mujer y a su madre, por idénticas razones: frialdad, distancia, incomprensión, indiferencia... Su cuerpo, desde el sillón, emite los mensajes de incomodidad, de agotamiento que me habían llevado a invitarla a utilizar el diván aunque solo fuera como cama de descanso. Secamente me contestó que no contara con ella para caer en una trampa tan grosera. «Iré a su diván cuando el análisis esté acabado.» El día de la semana en el que no hay sesión nota cómo se va aflojando el hilo apenas tejido del análisis, algo se derrumba en ella, varias veces al día toma la decisión de dejar el análisis. Las sesiones a menudo se resienten y conservan rastros de ello: «no estoy aquí, me largo».

Aunque *fundamental*, el enunciado de la regla analítica no es universal; conserva el rastro de su historial singular, el del descubrimiento de la

1 Publicado en el *Internacional Journal of Psychoanalysis* (2011). Vol. 92: 761-771.

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Francia. andre.jac@orange.fr  
Director del Centro de Estudios en Psicopatología y Psicoanálisis. Universidad París Diderot (París 7).

represión que obra en las psiconeurosis. ¿Qué *quiere* decirle la regla («Diga todo lo que se le pasa por la cabeza...») a aquel al que va dirigida? Abandone los códigos apremiantes de la conversación ordinaria, déjeles un sitio a los pensamientos secundarios, no dude en «remontarse al tiempo del diluvio» (Freud, 1913: 136). «No tiene nada que ver, no tiene importancia, es una insensatez...», no ceda ante tales intimidaciones, al contrario. Y si, con una palabra, hubiese que indicar la marcha a seguir: «Pierda el hilo, dé rienda suelta a su lengua». Más que una regla, la norma es una artimaña: sorprender la barrera de la represión en un renuncio, sorprender el *catenaccio*, rodear la más inmóvil de las resistencias. No se trata de decir lo que se preferiría guardar para sí, lo inconfesable —lo que no es sino la traducción del mensaje por lo obsesivo—, sino de decir lo que no se *sabe*. La expectativa de un enunciado de este tipo es doble: para el analizando, permitir que la idea se torne *incidente*; para el analista, autorizar que la atención sea flotante.

El gesto que instaura el análisis de Laura es un gesto distinto. La frase que, al final de las entrevistas preliminares, sustituye a la norma es formulada de la manera siguiente: «Le propongo acudir a cuatro sesiones por semana (indicando no obstante que hubiese preferido que fuesen cinco), cara a cara, dejando para más adelante la posibilidad del diván». El enunciado le llega perfectamente (exceptuando lo del diván), la ha seducido el tiempo que estoy dispuesto a dedicarle. La palabra proferida ha sido tan inaugural, tan fundacional como la norma, excepto que no se dirige al mismo lugar psíquico. Así como la norma («Diga todo lo que se le pasa...») pretende hacerse oír por el reprimido, mis indicaciones, ellas, se dirigen al yo, a sus fronteras, a las que delimitan el tiempo y el espacio, formas a posteriori pero sin embargo primitivas de la vida psíquica. Y mis palabras solo van dirigidas a él, al yo, porque adivinan mucha incertidumbre y mucha fragilidad en los confines de su territorio.

El encuadre, el setting, es un «ser de fronteras», como el yo, del que es la proyección en la superficie del análisis; proyección, aquí, en el sentido geométrico. Si el yo (y, detrás de él, el encuadre) está fuera del tiempo, tiene un sentido completamente distinto al del inconsciente. La atemporalidad de este último remite a un lugar psíquico sometido al régimen alucinatorio, donde desear es hacer, sin distinciones, sin demora, un lugar en el que el fantasma se realiza, ignorando las reticencias del mundo exterior.

Si el yo está fuera del tiempo, no es por atemporalidad sino por *eternidad*. La eternidad está tan fuera del tiempo como contra el tiempo, es incluso lo que la define: es *eterno* lo que no es *temporal*. Fantasma narcisista por excelencia, la eternidad, la vida eterna, desmiente el tiempo en nombre de un presente prolongado, sin comienzo ni fin —y sobre todo sin fin.

La muerte y la eternidad son como el anverso y el reverso de la misma hoja, lo que las opone es lo que las reúne. «Cuando nos morimos, es para siempre.» Otra palabra para decir *eternidad* sería *identidad*. *Identitas*, la calidad de lo que permanece incambiado, la identidad sustancial es un sueño de eternidad. A diferencia del inconsciente, Narciso no ignora la negación: la rechaza, así como rechaza la «descomposición de la personalidad psíquica» (Freud, 1932: 53) para perseguir un sueño con Uno, lo que Winnicott, por ejemplo, llama «verdadero self». El self, el uno-mismo es una creencia, una ilusión (vital), la del *ser*, solo *ser*, solo *to be* sin la angustia del *not to be*. Poder creer que se es un todo, poder ignorar «la fragmentación en pulsiones parciales» que amenaza siempre a *mínima* la más lograda de las síntesis (Freud, 1918). El terror de Laura es salir «hecha trizas» de la sesión del viernes por la tarde, la víspera del fin de semana.

El ángulo del desarrollo que Winnicott privilegia de forma manifiesta en muchas ocasiones oculta a posteriori el movimiento de su propio descubrimiento. Él mismo lo dice en *La naturaleza humana*, sin insistir en ello: el énfasis puesto en el desarrollo y su cronología llevaría a pensar que la observación directa del niño muy pequeño es la vía «natural» para el establecimiento de conceptos tales como self, holding, etc. Pero no es así, la observación directa, subraya Winnicott, permite describir el cuerpo del muy pequeño, su comportamiento, no su vida psíquica. Incluso la consulta terapéutica con niños muy pequeños solo da resultados parciales. «El estudio más convincente sobre las necesidades de la muy tierna infancia» tiene otro origen. Deriva «de las observaciones practicadas en pacientes sometidos a análisis que han experimentado una regresión durante la cura. He aprendido mucho observando la regresión continua seguida de progresión en los casos *borderlines*, es decir, en individuos que deben alcanzar dentro de sí mismos, en el transcurso del tratamiento, una patología psicótica» (Winnicott, 1993). En términos más sencillos, ¡nadie ha visto todavía una *good enough mother!*, aunque la imagen de esta sea evocadora para todos.

Su construcción se hace en el lugar del análisis. Hasta ahí, Winnicott es de una gran fidelidad freudiana, teoriza en contrapunto, a partir de las formas psicopatológicas actualizadas por la transferencia, una madre «suficientemente buena», es decir que *no deja caer a su bebé* cuando lo lleva en brazos o en su psique.<sup>3</sup>

Laura no puede confiar en el diván para que este la sostenga. Su fobia del avión, que en el aeropuerto se traduce en escenas de pánico cuando su madre participa en el viaje, así lo da a entender. Como cualquier síntoma, este es equívoco, pero, a veces, cuando falla la fuerza de sustentación del diván, la cosa se manifiesta límpidamente: el bebé es un ser «aeroportado», descubre la gravedad al nacer (Winnicott, 1993). Para poder subir a un avión sin más angustia que una leve inquietud, y a fortiori para dejarse ir a dormir en mitad del vuelo, sin somníferos ni whisky, hay que gozar, dentro de sí, de una confianza casi absoluta en quien lo lleva. Con Laura, nuestra navegación analítica se desarrolla a menudo sobre un fondo de turbulencias y de agujeros de aire. Pero los momentos más peligrosos —poco a poco lo fui descubriendo— son aquellos en los que la habita una verdadera confianza. Mientras el análisis azota, aguantamos, luchamos, nos angustiamos, pero ¡que se instale la confianza!, la caída que conlleva no toca fondo. Y la confianza *tiene que instalarse*. Forma, ¡cuán paradójica!, de la compulsión de repetición ya que una de las características esenciales del fallo (del entorno precoz o analítico), la que la transferencia intenta reproducir, es la de ser *imprevisible* (Winnicott, 1979: 336). Y no hay imprevisibilidad sin una confianza previamente restablecida.

Mi divergencia con Winnicott empieza cuando este abandona la perspectiva freudiana, cuando pretende aislar y tratar fuera de la vida pulsional, fuera de lo sexual infantil un espacio psíquico —digamos que el entorno humano que falla en los primeros momentos de la vida—. A veces vela incluso celosamente por esa distinción. Cuando Enid Balint, pensando que lo estaba citando, evoca «la regresión a la dependencia oral», le escribe de inmediato llamándole la atención: «No encontrará esos conceptos de

3 Que no lo lleve dentro de su corazón es otro asunto diferente; es una historia de odio. («No llevar a alguien en su corazón» significa: detestarlo, odiarlo.)

dependencia oral en mi obra, evité incluso cuidadosamente mezclar las dos cosas, es decir, la regresión a la dependencia y la regresión en términos de estados pulsionales. La regresión a la dependencia de la que he hablado mucho no me parece específicamente vinculada a la fase oral y, de hecho, quiero desligarla completamente de los estados y del desarrollo pulsionales y relacionarla, por tanto, con la función de relación del yo, previa a la experiencia pulsional reconocida como tal» (Winnicott, 1990: 174).

Que la experiencia pulsional no se reconozca como tal es, por parte de la madre que mezcla en sus relaciones con el niño «sentimientos procedentes de su propia vida sexual» (Freud, 1905: 203), una cuestión de represión. Mientras que, por parte del niño, es consecuencia de los medios demasiado rudimentarios de su «libido psíquica». Pero lo que la psique de este último no puede ligar lo expresa su cuerpo con el chupeteo autoerótico que sigue a la lactancia o por medio de la anorexia precoz. Sobre este tema, Winnicott se contradice a sí mismo cuando escribe que en la anorexia «la satisfacción oral se ha convertido en un fenómeno separado, como una especie de seducción. Lo que resulta más importante para el niño es *no comer*; se escapa de la seducción y, aunque esté moribundo, existe en tanto que individuo» (Winnicott, 1990: 248-249). Paradoja de un bebé que, ¡cuando rechaza ser alimentado, intenta restablecer el orden mamífero de la necesidad contra la intrusión pulsional! Equivale a decir que la experiencia pone en dificultad a la propia idea de «necesidad natural». No es que esas necesidades no existan, pero nunca vienen solas, vienen siempre complicadas con otra cosa, empezando por las huellas que deja el inconsciente materno. El bebé anoréxico ya sabe, a su manera, que cuando toma el pecho, cuando ingiere la leche está incorporando algo desconocido, inquietante, alimentos psíquicos demasiado terrestres que vale más no tragar porque amenazan con destruirlo. Las «necesidades» actualizadas por la experiencia transferencial, empezando por la de dependencia —Laura al acabar la sesión del viernes por la tarde: «No saldré de aquí... voy a esperar la sesión del lunes»—, se caracterizan por no tener fondo, como una adicción. Mientras que una necesidad «natural», autoconservativa, se define, al contrario, por su capacidad de sosiego cuando la acción específica es efectuada. El camello deja de beber cuando sus jorobas se han vuelto a hinchar.

Con la «necesidad», permanecemos trabados en una falsa naturalidad. En eso radica la astucia de la necesidad: hacer que su llamada, su grito sea interpretado («tengo necesidad de usted») como una expresión bruta de la necesidad. «Necesidad», la palabra huele a pobreza, pretende que su exigencia de sosiego le viene de la naturaleza. Cuando se la oye, parece que no tiene ni reverso ni cruz, que es simple como la miseria, triste como la penuria; en cualquier caso, es de lo que intenta convencernos. Si resulta apremiante, no es para ignorar el tiempo; en muchos aspectos lo conoce demasiado bien, pero no lo soporta, no soporta que el tiempo aparezca para sí mismo, en la espera, por ejemplo. El deseo es hipotético, conjuga el pasado-futuro en condicional, su idioma primitivo es el del fantasma. La necesidad, en cuanto a ella, no tiene más tiempo que el actual. Nada en ella se presta al guion, es real.

En una carta a Clifford Scott, Winnicott escribe: «Desde que he observado esas regresiones (hacia la dependencia), interpreto más a menudo en términos de necesidad y menos comúnmente en términos de deseo. Cuando por ejemplo me parece suficiente decir: “En el punto al que hemos llegado, necesita que la vea este fin de semana”, cuando la discontinuidad del tratamiento va a resultar contraproducente. En un momento así, si decimos: “Le gustaría que renunciara a mi fin de semana”, estamos en una pista errónea» (Winnicott, 1990: 88).

Me uno gustoso a Winnicott si se trata de subrayar que no sirve de nada dirigirse al paciente en un dialecto que no sea el suyo. Una presentación sistemática de la forma edípica a través de la interpretación devalúa el psicoanálisis en ideología. Pero ¿se puede por ello defender que las formas de regresión a la dependencia, la «necesidad» que las caracteriza, nos sitúan fuera de lo sexual y de su infantilismo? Es lo que afirma explícitamente Winnicott: «Aquello a lo que me refiero no tiene nada que ver con todo esto (pulsiones y deseos), pero concierne a las técnicas de cuidados maternos precoces, primarios incluso, que, cuando son insuficientes, fracasan en el encuentro con las necesidades y perturban por lo tanto la continuidad de desarrollo del individuo» (1990: 101).

Desde el principio del análisis podía ocurrir que Laura, en un momento angustioso de la sesión, manifestase su voluntad de irse. Un resto de educación y mi invitación a continuar la mantenían en el sillón. Luego fue ganando libertad para levantarse y salir, dejándome ahí. Se repi-

tió varias veces, sin que la reanudación de esos momentos en la sesión siguiente cambiase nada. Eso me llevó a proceder de manera diferente, no premeditadamente sino confiando en la llamada transferencial del momento. La angustia se apoderaba de ella, esas angustias que podían hacerla levantarse bruscamente e irse. Había tenido tiempo para aprender a detectar esas señales: un cuerpo presa de la contorsión, ojos que buscan el llanto, un rostro que se deforma, la cara del bebé antes del grito. Una comunicación primitiva sin palabras, pero comunicación. Yo le preguntaba: «¿Qué ocurre?». Unos momentos antes, había estado evocando una escena de desamparo que había tenido lugar en la consulta de uno de sus médicos tras una ruptura sentimental —todos sus médicos: generalista, dermatólogo, ginecólogo, son mujeres y además amigas de su madre—, y la prescripción que había seguido: Atarax, un jarabe que se les suele dar a los niños muy pequeños para tranquilizarlos y facilitar su sueño. Mi pregunta la sumió en una búsqueda silenciosa de la que solo brotó la palabra «Atarax». Imaginé una escena que le propuse: un bebé lleva mucho tiempo gritando; una «mamá» le da Atarax —cuando en realidad el niño habría deseado que le ocurriese algo diferente, algo que hubiese dicho o hecho «el amor»—. La sesión siguió adelante, al ritmo de un intercambio tan lento como denso, más tendiente a la imaginación de lo que no había ocurrido que a su rememoración.

En la sesión siguiente, Laura dice que había estado a dos dedos de irse, que se había dado cuenta de cómo me las había arreglado «para recuperarla al vuelo», que podría guardarme rencor por algo así, «porque es demasiado tarde».

Esto se puede entender de distintas formas: demasiado tarde para ser querida, para ser querida como quiere, para que el deseo encuentre el camino de su cumplimiento, para que se le garantice que todo esto tendrá un futuro («yo soy» es una abreviatura de «yo soy querida»)... Pero también puede significar: su presencia inédita, intempestiva me priva de «mi madre», esa que no oye los gritos que yo no profiero, la que mira hacia otro lado cuando me mira, la que cuando cree escucharme no hace más que seguir el hilo de su propio pensamiento. Esa madre sobre cuyo modelo yo elijo a ese amante al que puedo preguntar veinte veces: «¿Me quieres?» y que no puede comprometerse, en su respuesta, más allá de un: «Te aprecio».

Un amante, una madre que, ante la angustia, no saben oponer más que una estoica ataraxia. En la jerga psicoanalítica, *ataraxia* se dice *neutralidad*.

Es un misterio que no haya nada más apabullante e incluso más *cautivante* que ser el objeto paradójico de la no-implicación. Hasta el punto de quedar colgado toda la vida de unos labios que no nos hablan *porque* no nos hablan. Hasta el punto de elegir por «compañero» a aquel para el que no existimos o, ¡tan poco!, en cualquier caso, siempre demasiado poco. Demasiado poco significa que, para él, no existimos *absolutamente*. Cuando de bebé se tiene una madre invadida por la depresión, tocada por la indiferencia, es para toda la vida.

*Captura*, aquí, suena más justo que *seducción*. Seducción es una palabra cargada de exceso, nada pertinente cuando la pasión es exangüe, cuando el niño no descifra en el rostro del adulto nada que se le parece.

Jean Laplanche, cuando retoma la teoría de la seducción, sugiere que el dispositivo de la escena analítica, más allá de su apariencia de artificio, reproduce algo de lo que él llama «situación antropológica fundamental», es decir, la seducción inconsciente del adulto hacia el niño que mezcla sus efectos con las relaciones de cuidado y de ternura que acompañan los primeros momentos de la vida. A pesar de haber abandonado teóricamente la seducción, Freud la habría restablecido sin saberlo al inventar el dispositivo práctico de la cura. Lo que manifestamente se presenta como un artificio técnico sería, en el fondo, la metáfora de una situación humana primordial.

Si el análisis tiene el poder (poder eventual, parcial, pero poder al fin y al cabo) de «destraducir» las construcciones existentes, de reabrir el proceso de elaboración, de permitir el cambio psíquico, es porque se amolda, en su forma, a la disimetría que caracteriza a la situación de seducción primitiva, genérica, la que reúne a un adulto dotado de un inconsciente y a un infans sometido a una efracción de mensajes que superan sus capacidades de simbolización. El surgir de la transferencia es ciertamente como un acontecimiento real que viene a prender fuego al teatro; con un detalle: es la propia obra, la que se está representando en el escenario, la que prende el fuego.

Esta tesis Freud no la defendió pero la presentó sin darse cuenta. Al principio, el análisis del Hombre de las Ratas es una obra efectista en la que la escena de la seducción coincide con el enunciado de la norma fundamental: «Diga todo lo que se le pasa por la cabeza, aunque sea desagradable...», justo lo que había que decirle a «Paul» para excitarlo, para hacerle saltar del

diván y verlo ir y venir por la habitación. Nada, en este escenario, distingue ya la rama candente por el fuego del fantasma, la que excita-tortura a la rata hambrienta, encerrada en el tarro colocado en el trasero del condenado, nada distingue el instrumento del suplicio de la norma manejada por el analista. La norma en sí —los varillazos— está totalmente tomada por la actividad transferencial, y lo que queda del marco en esos momentos se reduce como mucho a las paredes de la consulta y a la puerta cerrada.

Freud analista, en esas primeras sesiones, da dos ejemplos de mensajes comprometidos (por lo sexual, por lo inconsciente): el más evidente es cuando le presta ayuda al Hombre de las Ratas demasiado angustiado, cuando se pone a hablar en su lugar: puedo intentar adivinar (*erraten*), dice, ese suplicio. ¿Qué pretende, empalar? ¿La rata, a dónde va? ¿Dentro del ano? Momento transferencial, contratransferencial de actividades fantasmiales conjugadas (Freud, 1909).

Más interesantes aún, por homogeneidad con el gesto fundador del análisis, son el enunciado de la norma, ya evocado, y el anuncio de los honorarios. Dos elementos instauradores de la situación, ambos del orden del «encuadre», como se suele decir, ambos recibidos-traducidos en términos de seducción por el paciente: por una parte el suplicio por vía de la norma (dígalo todo), por otra, la transformación del dinero en ratas: «tantos florines, tantas ratas». Pensamiento culpable gracias al cual el Hombre de las Ratas se va a autotorturar deliciosamente en silencio durante seis meses antes de soltar prenda, cuando empiece a perderle el gusto al silencio.

Más allá de Freud, se podrían multiplicar los ejemplos que van en el mismo sentido. ¿Qué decir por ejemplo de la invitación a «tumbarse»? Aunque no infinita, la lista de las traducciones que le pueden dar los pacientes a este mensaje comprometedor es larga: «¡Escupe!»,<sup>4</sup> «Échate!», «*Marie-couche-toi là*»...<sup>5</sup>

4 *Escupe*, expresión de argot para decir *confesar*.

5 En argot francés *s'allonger* ('echarse') es sinónimo de confesar o incluso de traicionar; cuando un delincuente, por ejemplo, «se echa», es que da el nombre de sus cómplices. *Couche!* ('¡Échate!') es lo que se le dice a un perro para someterlo. *Marie-couche-toi-là* es una expresión que designa a una chica, a una mujer que «se acuesta» (en el sentido de acto sexual) con facilidad.

Lo que le debe la hipótesis de Jean Laplanche al paradigma de la histeria y, más allá de este, al de la neurosis es bastante evidente para que huelgue insistir. Pero ¿qué ocurre cuando, del lado del paciente, a semejanza de Laura, es la propia escena de seducción la que no se llega a constituir? Leer en la mirada de la que nos amamanta el deseo del que somos objeto o no leer nada abre a vidas (vidas analíticas incluso) muy distintas. Una de las diferencias esenciales entre el infans y el analizando, diferencia que vuelve aproximada o circunstanciada la hipótesis de J. Laplanche, deriva del yo y de su historia. Como lo subraya Freud, si las «experiencias vividas durante los muy primeros años de la infancia» resultan tan cargadas de significado, es porque la debilidad de su yo ofrece el niño a la penetración, a la implantación del enigmático inconsciente.

Robusto o enclenque, el yo del paciente adulto es, de todas formas, el resultado de una larga elaboración, sin mencionar la implicación de la que él mismo es objeto. Este último aspecto, el del narcisismo, cambia profundamente la situación y sabemos el peso que tiene en la conducción de la cura. Aunque se defienda el carácter sexual del narcisismo, hay una diferencia importante para el destino del análisis cuando la inversión recae más en el yo que en el objeto. Sería excesivamente expeditivo decir que la diferencia entre la situación originaria de seducción y la situación analítica radica en el narcisismo, pero no quita que los vínculos tejidos por este último, las fronteras que perfila —que querría fuesen infranqueables—, bastan para falsear la perspectiva. La dificultad no es menor cuando los confines del yo son inciertos.

La propia enunciación de la regla fundamental constituye un indicador cuando las enseñanzas que se sacan de las primeras entrevistas descalifican la escena de seducción inaugural («Diga todo lo que se le pasa...»). Sería no entender a quien tiene una boca que, como un «agujero hemorrágico», vierte, sin poder parar, su quejido melancólico, o a quien, hecho una bola en la cama-diván, se sumerge en un silencio abisal. En este sentido, el ejemplo de Laura es complicado. Hay varias Lauras; tantas Lauras como los lugares psíquicos que la constituyen. Joven hermosa, inteligente y culta, muy *glamour* en su presentación, Laura no carece de «teatro privado», *también* es histerica. Pero el análisis no empieza por ahí, y aún menos se *origina* en eso, más allá de su desarrollo cronológico. Antes de tener la

esperanza de imitar la atemporalidad del inconsciente, el tiempo dilatado (cuatro o cinco sesiones semanales) que se le ofrece quiere creer en la continuidad de existencia, si no en su eternidad.

Pierre Fédida subraya pertinentemente que la alucinación negativa de la persona del analista es la condición que posibilita el proceso analítico al permitir la apertura de las transferencias y su variabilidad. No siempre es el paciente el que rechaza esa libertad, esa plasticidad; pensemos en el uso sistemático que le pueden dar algunos analistas a una interpretación elaborada en la forma canónica: «Conmigo aquí y ahora, como en otro momento y otro lugar con otro (otra)».

Laura primero le prohíbe al analista que se ausente. Su vida depende de ello. «Si lo llamo durante el fin de semana —dice—, es para comprobar que no ha desaparecido.» Es adicta a la presencia, «desaparezco cuando no estás aquí», y no hay peor ausencia, peor vacuidad que la del vacío que se abre bajo nuestros pies cuando creíamos que el suelo nos soportaba. «El primer amor nos llega de abajo», escribe Winnicott. Cuando viene, cuando soporta... Laura conjuga la transferencia en singular, la satura. A su manera, recuerda que las calificaciones de la transferencia en materno o paterno imponen siempre trabas a la dinámica analítica, formas de impedir la plasticidad *de las* transferencias. Es un bebé que no le quita el ojo a una madre que inevitablemente va a fallar. Sabe, sabe absolutamente, que va a brotar una palabra que vendrá a derrumbar lo que apenas se acaba de (re)constituir. Hablaba con su madre, por teléfono, de la muerte reciente de su gato. Primero se sintió escuchada en su dolor, se lo creyó, luego no falló: su madre le preguntó: «¿Ya está frío?». Laura le colgó el teléfono.

De las palabras de Freud acerca de la colocación respectiva de los protagonistas de una escena analítica no se suele retener más que la ocurrencia: «no soporto que se me mire durante ocho horas al día», cuando en realidad el desarrollo que sigue pone el dedo en lo esencial: la atención no se puede tomar la libertad de ser flotante, de supeditarse a la llegada del *incidente*, más que si el rostro, el del analista, está liberado de la coacción del cara a cara (1913: 135). Laura reivindica la atención permanente, su petición de análisis va contra el análisis. Está en contra del pasado, a favor del presente. En contra de la interpretación, a favor de la verdad. Si la atención flota, se hunde.

Al cabo de un tiempo, no obstante, podrá empezar a jugar al juego de la ausencia. Para ausentar a la persona del analista, aunque siga instalándose primero en el sillón de enfrente para no perderlo de vista, le bastará con una ligera rotación que disimetrice sus posturas respectivas. Su frase del viernes por la tarde: «no saldré de aquí, voy a esperar la sesión del lunes», condensa las dos perspectivas. Manifiestamente afirma que no cabe existencia que no sea discontinua, mas secretamente —en esa nota casi imperceptible de humor— ya empieza a jugar con el analista-ovillo.

De que el holding Laura-bebé haya vivido rupturas y discontinuidades debidas a su entorno materno no cabe duda, la transferencia no deja de ponerlas en escena. Una psicoterapia del apego, una haptonomía, etc., intentarían responder a la dificultad mediante experiencias correctoras específicas. Estas lo pueden hacer porque se ahorran el inconsciente, se ahorran el síntoma como formación de conveniencia entre defensa y satisfacción. Una teoría del apego, para constituirse, solo puede «desconocer» que el pecho materno es una zona erógena, cálida o fría, para la madre y por consiguiente para el niño, y que el amamantar es una escena potencial de seducción. En cuanto al psicoanálisis, no debe desviar hacia una experiencia de maternaje si no quiere perder lo que lo fundamenta. La desviación del dispositivo analítico no es menos perversa: que el analista se tome por la madre o por el amante. Que el paciente se dedique a colmar la relación transferencial, hasta saturarla, entre madre y bebé, es problema suyo; el problema del analista es no responder cuando la repetición se lo viene a reclamar.

Que lo haga sin embargo a través, por ejemplo, de las conductas de reafirmación y que abra para sí el análisis necesario de la contratransferencia. «Auguro momentos difíciles a los padres que interpretan el inconsciente de sus hijos» (Winnicott, 1965: 329), como el analista que le dedica a su paciente satisfacciones maternantes. Esto no priva obviamente al psicoanálisis de la virtud de ser una experiencia correctora —de los fracasos del entorno precoz, del holding—, pero partiendo de sus propios y únicos medios: por una parte la constancia, la fiabilidad del dispositivo —regresivas en algunas circunstancias— lo único que el analista puede ofrecerle a su paciente —dice Winnicott— es su puntualidad (los estragos producidos en el análisis de Laura por una sesión que tuve que posponer me permitieron

comprobarlo inversamente); y por otra parte, la interpretación «correcta y oportuna».

El psicoanálisis no debe seguir más que una vía: la del desplazamiento y la transformación, en cuanto *responde*, en cada interpretación, quizá únicamente desconociendo la polisemia del síntoma.

En este movimiento doble, de acuerdo y de crítica, que alternativamente sigue y contradice la argumentación de Winnicott, la referencia que se mantiene a lo sexual infantil es decisiva. La teoría puede sacar alguna ventaja de aislar una «función de relación del yo» fuera de la vida pulsional, «no impide existir». Que falle el holding no resuelve la cuestión de saber lo que se precipita dentro de la brecha así abierta. La angustia del niño de pecho cuando su madre permanece demasiado tiempo alejada no se puede disociar de la embestida pulsional interna que el yo inmaduro, apenas perfilado, no logra contener; un ataque que intrinca deseancia y destructividad.

Las formas adictivas (de la dependencia del amado a las conductas tóxicas) que adoptarán después los síntomas indican —en su desmesura— que es el núcleo de la experiencia pulsional, la compulsión de repetición, el que aprovecha el fracaso para instalarse en el espacio abierto.

En un testimonio de su análisis con Winnicott, Margaret Little escribe: «[la sexualidad infantil] no es más que un despropósito y un sinsentido cuando uno no está seguro de su propia existencia, de su supervivencia y de su identidad» (1951). Esta afirmación solo es aceptable si se obvia la parte más fragmentada de lo sexual, los «restos de Eros», la parte que en el movimiento freudiano hacia la segunda tópica caerá del lado de la pulsión de muerte. La mezcla indiscernible de gozo y destrucción, hasta la muerte, que caracteriza a algunas toxicomanías, anorexias, etc., es la manifestación más explícita de esos «restos».

«Diga todo lo que se le pasa por la cabeza...», la regla fundamental invita el pensamiento al autoerotismo. Esa seducción, sexualización que crea el lugar analítico, descansa en la convicción según la cual lo sexual infantil no solo es determinante del conflicto psíquico, sino que entraña, por su polimorfía, su *plasticidad*, capacidades de transformación que pueden ponerse al servicio del cambio psíquico. En un extremo, la repetición hasta la compulsión, en el otro, una facultad de desplazamiento sin parangón.

Lo ilustran bastante bien las dos figuras del perverso y del «perverso polimorfo», es decir, el niño. La polimorfia infantil aprovecha la plasticidad de la pulsión para recorrerse todos los guiones y multiplicar los fantasmas —antes de que la genitalidad edípica venga a restringir el abanico de posibilidades—, mientras que la perversión del adulto, tan inmóvil como una adicción, oprime la vida sexual en una picota, fija el gesto sexual en un programa que debe obedecer al pie de la letra al fantasma (a uno solo).

Freud ha llamado «sublimación de los orígenes» (1910)<sup>6</sup> a esa fecundidad de la pulsión sexual que se puede difractar en múltiples actividades que al sentido común nunca se le ocurriría definir como sexuales. Hablar, por ejemplo. Entre sus labios y entre burbujas, el pequeño que acaba de despertar cuando los padres aún duermen juega con los sonidos: «mamá, papá». Solo después esos sonidos «vocalizados» por el autoerotismo se tornarán palabras, cosas útiles, puestas al servicio de la autoconservación, cuando haya que llamar. El lenguaje es una creación autoerótica —indisociable de una escena de seducción: se aprende a hablar por amor a... — antes de pasar a cumplir una función de comunicación. Por eso un niño que se encierra en una psicosis puede llegar a no hablar nunca. El análisis invita a tomar el contrapié del sentido común: antes de ser una caja, la caja es un vientre (Susan Isaacs). La naturalidad de la autoconservación es tan engañosa como la de la necesidad.

Aun si el tándem asociación libre-atención flotante —que define los dos regímenes autoeróticos del pensamiento, en el analizando y el analista— no está disponible al principio del análisis, como en el caso de Laura, sigue siendo en mi opinión un horizonte que no hay que perder de vista. El objetivo entonces no es introducir una sexualidad infantil demasiado ausente —una vez más la desmesura de las «necesidades» testifica su presencia compulsiva—, sino restaurar, incluso inventar su plasticidad. ¿No se debe interpretar en ese sentido todo el playing técnico al que se dedica Winnicott en ocasiones? La sexualidad infantil no solo es el objeto del psicoanálisis: es una herramienta. ♦

6 Esta forma de sublimación hace eco a la creatividad primaria, según Winnicott.

## RESUMEN

En el trabajo el autor aborda la problemática de la regla fundamental del psicoanálisis, y a partir de un caso clínico desarrolla distintas aproximaciones teóricas a ella. La paciente en cuestión, que rechaza el diván, concurre cuatro veces por semana a su análisis y plantea que usará el diván «una vez que el análisis esté finalizado».

El autor, partiendo del caso clínico y de los planteos de Freud, señala que, enunciada la regla analítica «Diga todo lo que se le pasa por la cabeza», esta no tiene un carácter universal, ya que conserva el vestigio de la historia singular, el descubrimiento de la represión en las psiconeurosis. Se pregunta entonces: ¿qué quiere decir la regla «Diga todo lo que se le pasa por la cabeza...» a aquel al que va dirigida?

Concibe el encuadre como un «ser de fronteras», como el yo, en cuanto proyección en la superficie del análisis.

Su aproximación posterior a los planteos de Winnicott (holding, regresión a la dependencia, etc.) encuentra un punto de divergencia cuando este abandona la perspectiva freudiana y pretende aislar y tratar fuera de la vida pulsional, fuera de lo sexual infantil, un espacio psíquico-entorno humano que falla en los primeros momentos de la vida. Asimismo señala la pertinencia de Winnicott, subrayando lo importante de poder dirigirse al paciente en un dialecto que sea el suyo.

El trabajo también toma planteos de Laplanche relativos a la teoría de la seducción, sugiere que el dispositivo analítico, más allá de su artificio, reproduce la «situación antropológica fundamental», es decir, la seducción inconsciente del adulto hacia el niño, en la que se mezclan sus efectos con las relaciones de cuidado y de ternura que acompañan los primeros momentos de la vida.

Finalmente se plantea que la regla fundamental del «Diga todo lo que se le pasa por la cabeza...» invita al pensamiento autoerótico, y en este sentido señala que «el objetivo no es introducir una sexualidad infantil ausente —una vez más la desmesura de las “necesidades” testifican su presencia compulsiva—, sino restaurar, incluso inventar su plasticidad. ¿No se debe interpretar en ese sentido todo el playing técnico al que se

dedica Winnicott, en ocasiones? La sexualidad infantil no solo es el objeto del psicoanálisis: es una herramienta».

*Descriptores:* TIEMPO / REGLA FUNDAMENTAL / SITUACIÓN ANALÍTICA / SEXUALIDAD INFANTIL  
/ MATERIAL CLÍNICO /

*Autores-tema:* Winnicott, Donald

#### ABSTRACT

In this paper the author deals with the problem of the fundamental rule of psychoanalysis and starting from a clinical case develops different theoretical perspectives. The patient in question, who refuses to use the couch, comes to analysis four times a week and states that he will use the couch «once the analysis is finished».

The author starting from this clinical case and Freudian statements, says that once the analytical rule has been pronounced «say everything that comes into your head», this has no universal character since it conserves the vestiges of a singular history, the discovery of repression in psycho-neurosis. The author therefore asks: What does the rule «say everything that comes into your head» mean to the person to whom it is addressed?

He perceives the framework as a «borderline being», like the ego, as a projection on the surface of analysis.

Its later approximation to the position of Winnicott (holding, regression to a state of dependence, etc.), reaches a point of divergence, when Winnicott abandons the Freudian perspective, and seeks to isolate and treat outside of the life drive, outside of infantile sexuality, a psychic space-human environment which fails in the first moments of life. At the same time he indicates the relevance of Winnicott, underlining the importance of being able to address oneself to the patient in his own dialect.

The paper also includes ideas of Laplanche, relating to the theory of seduction, suggesting that the analytic device, apart from its artificiality, reproduces the «fundamental anthropological situation», that is the unconscious seduction of the adult towards the child, in which its effects are mixed with the relationship of care and tenderness, which accompany the first moments of life.

Finally it suggests that the fundamental rule of «say all that comes into your head...», leads towards auto-erotic thinking and in this sense states that «The objective is not to introduce an absent infantile sexuality, once more the excess of the “necessities” are witness to their compulsive presence, but rather to restore and even to invent its plasticity. Should not all the technical playing of Winnicott be interpreted in this sense on occasions? Infantile sexuality is not only an object of psychoanalysis; it is a tool for it».

*Keywords:* TIME / FUNDAMENTAL RULE / ANALYTIC SITUATION / INFANTILE SEXUALITY / CLINICAL MATERIAL /

*Authors-subject:* Winnicott, Donald

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Freud, S. (1905). *Tres ensayos de teoría sexual*. Obras Completas, v. VII. Buenos Aires: Amorrortu. 2008.
- (1909). *A propósito de un caso de neurosis obsesiva*. Obras Completas, v. X. Buenos Aires: Amorrortu. 2008.
- (1910). *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*. Obras Completas, v. XI. Buenos Aires: Amorrortu. 2010.
- (1913). *Sobre la iniciación del tratamiento*. Obras Completas, v. XII. Buenos Aires: Amorrortu. 2010.
- (1918). Carta del 9-10-1918. *Correspondencia Freud-Pfister*. México: Fondo de Cultura Económica. 1966.
- (1932). *31.ª conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica*. Obras Completas, v. XXII. Buenos Aires: Amorrortu. 2006.
- Little, M. (1951). *Relato de mi análisis con Winnicott*. Buenos Aires: Lugar Editorial. 1995.
- Winnicott, D. (1965). *El valor de la consulta terapéutica. Exploraciones psicoanalíticas*. Buenos Aires: Paidós, 1991.
- (1979). *El proceso de maduración en el niño*. Barcelona: Laia.
- (1990). *El gesto espontáneo. Cartas escogidas*. Barcelona: Paidós.
- (1993). *La naturaleza humana*. Buenos Aires: Paidós.

# Sexualidad: lo inconsciente



MYRTA CASAS DE PEREDA<sup>1</sup>

¿Qué debe transmitir una generación  
a la siguiente que le permita dejarla?...  
El deseo del hombre es el infierno.

Jacques Lacan

El descubrimiento del inconsciente constituye un giro epistemológico que incidirá en adelante en el decurso de la historia de las ideas. Descubrimiento del inconsciente en el que el término *sexualidad* es a su vez uno de los *Grundbegriffe* freudianos, un concepto fundamental (Freud, 1915: 113).

La sexualidad abarca la genitalidad sin limitarse a ella, e implica el nivel simbólico estructurante de lo psíquico en su más radical expresión. El sujeto con sus necesidades no se dirige a la leche, sino al pecho o a la madre en sus demandas. Este ya es un aspecto libidinal y por ende sexual en la concepción freudiana. Se trata de los efectos de la pulsión generando psiquismo, ya sea como efecto de la represión, ya sea como apoderamientos de significantes del otro-Otro en la tarea de identificación. Pulsión y efectos en los que los destinos o mecanismos defensivos que la acotan son los hacedores de la subjetividad.

Diría que con la emergencia del deseo inconsciente la sexualidad sostiene lo esencial del sujeto psíquico en su división.

El conflicto psíquico hunde sus raíces en el funcionamiento pulsional; su campo, entre deseo y defensas, constituye la singularidad de cada sujeto, y es a su vez solidario del deseo de los padres. De allí que libido, sexualidad y organización psíquica sean consustanciales. Siempre un otro imprescindible teje reglamentaciones simbólicas que anclan al sujeto en la cultura.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. [mcasaspereda@adinet.com.uy](mailto:mcasaspereda@adinet.com.uy)

Toda amenaza al sujeto es sexual, porque la sexualidad constituye psiquismo e inconsciente. Y nos constituimos ante otro que nos desea vivos.

La genitalidad es efecto de la estructuración, dando cuenta de la articulación inconsciente del deseo. En lo social la reconocemos en la ética y estética del vínculo que reúne hombre y mujer. La aceptación de la diferencia de los sexos es a la vez efecto de la organización inconsciente y dato social que interroga al psicoanálisis hoy (Casas de Pereda, 1999).

La sexualidad reúne en la concepción freudiana lo vital y lo agresivo, ofreciendo perfiles narcisistas y edípicos como momentos puntuales en el proceso de subjetivación. Muerte y castración, esenciales en esta concepción, constituyen el bastión más fuerte ante los acotadores de la pulsión. Las defensas descritas por Freud en 1915 son un despliegue dinámico de esta imprescindible acotación a la sexualidad inconsciente, defensas que no son sino los destinos de pulsión.

Podemos decir que el inconsciente es sexual (no genital) y que el término *libido* nombra la energía de la pulsión en la misma medida en que se ha constituido como psiquismo.

Amor y odio son efectos sensibles de esta organización subjetiva y participan de todo espacio-tiempo de subjetivación. Diríamos que son el lado visible de la estructuración sexual del inconsciente.

Freud desde el comienzo, en una perspectiva dinámica, reúne el desarrollo y nociones como el *a posteriori*, la resignificación, lo imposible de volver consciente que siempre genera efectos y que nombra el inconsciente sistemático, o el ombligo del sueño, todo lo cual da por tierra con la racionalidad del discurso científico o médico. Verdadera piedra angular del descubrimiento del inconsciente, en que temporalidad y espacialidad rompen con todo lo estatuido. Allí también se constituye lo real, lo que escapa a toda simbolización y da la razón de una imposible *adecuatio rei et intellectus*.

Sin embargo, la impronta del pensamiento evolutivo en la historia de las ideas también ha marcado fuertemente al psicoanálisis, diría que hay aún fuertes corrientes que gozan de buena salud. La idea de un objeto parcial que devendrá total, de una supuesta linealidad de lo disperso a la unificación, del caos a la integración ha sido siempre bienvenida.

Freud quiebra la linealidad desde sus primeros escritos, en el *Proyecto*, con la *proton pseudos* y el *a posteriori*, este último anclado en los dos tiempos de estructuración de la fantasía y el síntoma. Desbarata lo cronológico y da lugar entonces a la paradoja, retomada luego por Winnicott y Lacan.

El supuesto tránsito de las pulsiones parciales a la integración genital constituye una suerte de mito que aboga por una unidad ilusoria. «Pecado» en el que incurre Freud.

La noción de espacio psíquico es arrebatada de la noción euclidiana y acompaña las peripecias de lo temporal. De la linealidad de los primeros esquemas (Carta 52, el *Libro de los sueños*) a los diseños topológicos de la segunda tópica con un yo sumergido en parte en el ello, señalan, todos ellos, el esfuerzo permanente de Freud por otorgar una perspectiva dinámica rigurosa por fuera de la racionalidad científica.

Es precisamente en esta articulación virtual que Freud ubica la noción de pulsión (*Trieb*). Es entre cuerpo y palabra que Freud define a la pulsión, definitivamente por fuera del instinto, de la que es solidaria la representación, el *Vorstellungrepraesentanz*, que deja entre sus mallas el cuerpo erógeno y los afectos constituyendo subjetividad.

Su preocupación por la dinámica inconsciente que va a decantar en la metapsicología es constante a lo largo de toda su obra.

En la carta 69 (1892-1899) Freud nos ofrece una frase fundamental: «ya no creo más en mi neurótica». Carta de señalada importancia dado que allí se reafirman dos elementos cruciales para la subjetividad: la importancia de los padres en la estructuración fantasmática de los hijos y la intelección de que en lo inconsciente no hay un solo signo de realidad, por lo que no se puede distinguir la verdad de la ficción investida de afecto. Y concluye: «la fantasía sexual se adueña casi siempre del tema de los padres». Es que el fantasma se adueña de la subjetividad inconsciente que se construye a partir de lo «visto» u «oído» (por ende la impronta del otro-Otro) y será siempre la manifestación de un deseo. El fantasma es por definición desiderativo. Freud desbarata la ilusoria ajenidad de lo sexual para la infancia.

Hoy diríamos que la satisfacción y la sobrevivencia pasan a depender de un deseo ajeno, por lo tanto el apuntalamiento verdadero (Saal, 1983: 254)

se realizaría en el deseo inconsciente del otro (Otro). Lo primero no es la necesidad ni su satisfacción, sino el deseo del Otro que abre puertas para que el niño en su indefensión pueda sobrevivir.

La madre, ubicada como el otro simbólico, ofrece en su función dones como significantes de su amor, dando su beso de las buenas noches escribe las pulsiones en el cuerpo infantil y conduce a la existencia.

Ya no podemos sostener el concepto de *autoerotismo* del mismo modo que lo propusiera Freud. Dado que la libido narcisista, al depender del otro, es en su origen objetal. Satisfacción siempre parcial, en busca de un objeto siempre contingente. Su célebre frase «lástima que no pueda besar-me a mí mismo» (Freud, 1905: 165) señala con elocuencia la zona erógena oral desprendida de su objeto, el supuesto alimento.

Todo ello está a su vez inmerso en momentos de especularidad ineludibles para la formación del yo, en los que la imagen «propia y ajena» forma e informa de momentos de constitución subjetiva. Es un intento de abrir la perspectiva riesgosa de unidades que se deslizaban en el concepto freudiano del autoerotismo.

El sostén biológico de un recién nacido abandonado en un hospital no alcanza (el apuntalamiento en las pulsiones de autoconservación), todos sabemos que si no aparece un deseo en un sustituto materno de que el niño viva, muere indefectiblemente.

Pulsiones y sus destinos no es solo el título de un texto capital de Freud, sino su apuesta fuerte para la estructuración psíquica.

Tal vez, la intensidad del trabajo psíquico en la infancia requiere de una constante puesta en escena de todos los acotadores de la pulsión, entre los cuales, sin duda, la represión es esencial para dar cuenta de la escritura inconsciente.

Los requerimientos a los que está sometido el niño son requerimientos para abarcar la realidad, para dar espesor a la realidad efectiva (*Wirklichkeit*). Realidad psíquica que el yo va progresivamente resignificando, a la vez que va habilitando pensamiento y fantasía.

Subliman su impotencia en la omnipotencia de juegos y fantasías que despliegan su creatividad. Casi diría que les resta poco tiempo para recordar y constantemente nos piden que les contemos las historias, sus historias. Necesitan saber resignificando historias.

Es muchos años más tarde que Lacan agregará a la descripción freudiana de las pulsiones parciales, oral y anal, la pulsión escópica y la pulsión invocante. Mirada y voz entonces, junto con el alimento y la respuesta del cuerpo a la demanda del otro, constituyen el montaje pulsional que nos determina.

Los importantes aportes de pensadores posfreudianos refieren, junto con Lacan, a la importancia de la negatividad subjetivadora, que modifica entonces el perfil ominoso de la pulsión de muerte. Es la función estructurante de la agresividad en que la acotación a la unión sin límites es indispensable para la vida, y que señalaba como un límite para impedir la dilución del sujeto en el nirvana.

Es Freud quien realiza esa relación de continuidad entre crueldad y apoderamiento.

Tal vez hoy podemos pensar en la pulsión «a secas» con los atributos mencionados (objeto, meta, fuente y fin), pero sustrayéndola del dualismo pulsión de vida-pulsión de muerte. Aquí es muy claro el modo en que la agresividad es inherente a la constitución subjetiva.

Seguir los pasos de la pulsión de apoderamiento en estos años significa también observar el proceso de identificación entre los avatares de la estructura edípica del sujeto.

Freud (1905: 198) agrega que este modo del pensar infantil es interesante para entender los mitos y los cuentos tradicionales, así como es indispensable para la concepción de la neurosis. Podemos leerlo como una alusión a la dimensión simbólica que subyace a su pensamiento, que requiere del otro cultural y social que sostiene el imaginario imprescindible para poder con la indefensión... que implica depender del deseo del otro para la vida física y psíquica. Al mismo tiempo que, entiendo, quedan así señalados los límites frente a una verdad tan total como imposible.

Es la castración, entonces, lo que se pone de manifiesto como organizador estructural cuya desmentida se vuelve necesaria en una suerte de efecto, de estructura universal que da origen a las teorías sexuales infantiles.

He señalado antes (Casas de Pereda, 1989) que toda vez que Freud menciona el término *filogenia* podemos sustituirlo por la palabra *estructura*, con la que mantenemos la importancia de lo «heredado», pero a través del contacto, transmisión viva de los deseos parentales inconscientes,

vehiculizados por el significante en su más amplia acepción, el significante psicoanalítico: castración, escena primaria, seducción, vuelta al seno materno y novela familiar.

Entiendo que lo diverso en las nuevas parentalidades es precisamente la dimensión social, en la que las figuras más obscenas del superyó han dejado lugar a una aceptación de lo diferente.

Las leyes divinas pierden su estatuto de intocabilidad y las leyes humanas van pautando cambios sensibles que no aplastan las diversidades existenciales. No se trata de reglamentar locura o salud, sino de internarnos en la comprensión de lo diverso. Tal vez la espiritualidad, a pesar de todos los avances tecnológicos, no es aplastada sino que está en vías de restitución.

No olvidemos que un lado abarcativo de la teorización psicoanalítica se puede volver disciplinario y conducir a un meollo homofóbico de la vida en sociedad. Binarismo normativo el de los términos *homo-* y *heterosexualidad*.

La transformación de la erótica acontece desde hace mucho tiempo. La «salida del ropero» obliga al reconocimiento, antes elidido por el pesado imaginario social, capaz de excluir, estigmatizar y, a la vez, contribuir a un reordenamiento de la norma, que no es idéntica a la ley.

Tal vez el psicoanálisis nacido del develamiento freudiano del inconsciente asentado en la sexualidad ha sufrido, como toda producción teórica, el peso indudable de las riendas morales o éticas de la sociedad en la que nace y evoluciona. Nuestra tarea, inmersa en la sexualidad inconsciente y sus efectos, ha sido renuente a contribuir al análisis reflexivo de la homosexualidad.

Paradójicamente, lo que amenaza la especificidad del psicoanálisis es el deslizamiento a dar respuestas que puedan recaer en una normativización moralizante.

Lacan reformula de manera esencial el enunciado de Freud «donde era ello el yo debe advenir» (1957-1958). No es el yo el que debe advenir desde lo inconsciente, sino el sujeto de deseo inconsciente que circula entre significantes, armando fantasías, síntomas, o todas y cada una de las formaciones del inconsciente, que son, desde luego, nuestro objetivo en la escucha de la transferencia. ♦

## RESUMEN

El término *sexualidad* es uno de los *Grundbegriffe* freudianos, un concepto fundamental (Freud, 1915: 113), pues la sexualidad abarca la genitalidad sin limitarse a ella, e implica el nivel simbólico estructurante de lo psíquico.

La sexualidad reúne en la concepción freudiana lo vital y lo agresivo, ofrece perfiles narcisistas y edípicos. Muerte y castración constituyen el bastión más fuerte.

Freud quiebra la linealidad desde sus primeros escritos, en el *Proyecto*, con la *proton pseudos* y el *a posteriori*, este último anclado en los dos tiempos de estructuración de la fantasía y el síntoma.

El fantasma se adueña de la subjetividad inconsciente que se construye a partir de lo «visto» u «oído» (por ende la impronta del otro-Otro) y será siempre la manifestación de un deseo.

El niño sublima su impotencia en la omnipotencia de juegos y fantasías que despliegan su creatividad.

Se subraya la importancia de la negatividad subjetivadora que modifica el perfil ominoso de la pulsión de muerte.

Tanto Freud como Lacan subrayan que no es el yo el que debe advenir de lo inconsciente, sino el sujeto de deseo inconsciente que circula entre significantes, armando fantasías, síntomas, o todas y cada una de las formaciones del inconsciente, que son, desde luego, nuestro objetivo en la escucha de la transferencia.

*Descriptores:* SEXUALIDAD / DESEO / PULSIÓN /

*Candidatos a descriptores:* ESTRUCTURACIÓN PSÍQUICA

## ABSTRACT

The term *sexuality* constitutes one of the Freudian *Grundbegriffe*, a fundamental concept (Freud, 1915: 113) since sexuality comprises genitality but extends beyond it, and it implies a symbolic level that structures the psyche.

Sexuality gathers together, in the Freudian conception, the vital and the aggressive, offering both narcissistic and oedipal profiles. Death and castration constitute the strongest bastion.

Freud breaks the linearity of his first texts, in the *Project*, with the *Proton Pseudos* and the deferred action; the latter anchored in the two structuring times of the phantasy and the symptom.

The phantom takes hold of the unconscious subjectivity which is built from the «seen» or «heard» (therefore the imprinting of the other-Other) and will always be the expression of a wish.

The child sublimates his impotence in the omnipotence of his play and phantasy, which display his creativity.

The paper underscores the importance of the subjectivizing negativity, which modifies the uncanny profile of the death drive.

The paper emphasizes, based on both Freud and Lacan, that it is not the Ego that should emerge from the unconscious, but the Subject of the unconscious wish that circulates among signifiers, building phantasies, symptoms, or each and every one of the formations of the unconscious, which are, of course, our objective when we listen to the transference.

*Keywords:* SEXUALITY | WISH | DRIVE |

*Candidate keywords:* PSYCHIC STRUCTURING PROCESS

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Casas de Pereda, M. (1989). Acerca de la madre fálica, fantasía, concepto, función. En Gil, D. & Porras, L. (comps.) *La castración, Freud, Klein, Lacan*. Montevideo: Biblioteca de Psicoanálisis EPPAL.
- (1999). Dementida: su efecto estructural y su dimensión patogénica. En *El camino de la simbolización, producción del sujeto psíquico*. Buenos Aires: Paidós.
- (2007). *La sexualidad infantil. Tres ensayos. Una relectura*. Presentado en curso «La sexualidad infantil». APU.
- (2007). *Sujeto en escena. El significante psicoanalítico*. Montevideo: Isadora.
- (2013). Parentalidad. Presentación en *Jornadas Interregionales de Niños y Adolescentes* de Fepal.
- Freud, S. (1892-1899). *Fragmentos de la correspondencia con Fliess*. O. C. t. I. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1905). *Tres ensayos de teoría sexual*. O. C. t. VII, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1915). *Pulsiones y destinos de pulsión*. O. C. t. XIV, Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- Lacan, J. (1957-1958). Las formaciones del inconsciente. *El seminario*. Buenos Aires: Paidós.
- Saal, F. (1983). El amor y la sexualidad. *La reflexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan*. Coloquios de la Fundación 3, México: Siglo XXI.

# La seducción incestuosa y su relación con lo melancólico en la mujer



CLARA URIARTE<sup>1</sup>

Si nuestras madres no fueran decepcionantes  
no recibiríamos nada de lo que, por sorpresa,  
ofrece la vida.

J.-B. Pontalis

A lo largo de mi práctica analítica, la ruptura de una unión madre-hija que parecía muchas veces indisoluble me ha resultado de las más dolorosas entre tantas, y objeto de un duelo, por momentos, casi imposible. Resulta estremecedora la violencia de las luchas que estas mujeres transitan en sus análisis; con la esperanza de encontrar un camino distinto del naufragio ya vivido, nadan temerosas e inseguras hacia la orilla, a la búsqueda de algo de placer y plenitud de vida.

Volviendo sobre trabajos (2012) en los que escribía acerca de las identificaciones alienantes, de las heridas a un narcisismo aún vulnerable, de las uniones frustrantes a las cuales se vuelve una y otra vez, del amor-odio, encontré que los fragmentos de análisis en los que voy apoyando mi reflexión teórica y clínica corresponden, en su mayoría, al análisis de pacientes mujeres. Elecciones e insistencias no deliberadas que van dando cuenta de mi interés rondando en torno a la mujer y a los insondables lazos que la unen a una madre inevitablemente decepcionante.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. [curiarte@adinet.com.uy](mailto:curiarte@adinet.com.uy)

Freud (1905) cuando explora la sexualidad infantil no puede dejar de hacer notar las estimulaciones incontestablemente excitantes que opera la madre sobre el hijo a través de los cuidados corporales, cuando lo acaricia, lo mece, tornándolo un «sustituto sexual con pleno derecho».

En sus trabajos acerca de la femineidad (1933), al designar a la madre como la seductora originaria y al pecho materno como «el primer objeto erótico», no hace más que precisar lo señalado. Con el destaque de la fuerte ligazón madre-hija, la seducción se liga a su abandonada *neurótica* ya que, efectivamente, es la madre quien a través de los cuidados corporales provoca sensaciones placenteras en los genitales, y acaso las despierta por primera vez.

Hace ya largas décadas que reconocemos la importancia de un investimento libidinal en un espacio de juego especular, entendido no solo en términos de percepción visual, sino también de reflejo a través del tacto, del olfato, de toda sensación primordial. Esta danza amorosa en que madre-hijo se estrechan y apartan bien merece el nombre de *seducciones narcisistas recíprocas*.

La posibilidad de un espacio donde puedan jugarse en un movimiento alternado la seducción y la pérdida consigue transformar la ausencia desesperada en presencia virtual cuando el infans logra utilizar la presencia materna como pase hacia un lugar psíquico propio. Este es el comienzo de una actividad de simbolización incesante, nacida de las heridas traumáticas distintivas del devenir psíquico y de la búsqueda de un sentido para esas heridas.



La vida de Matilde revela dolorosamente cómo la desfiguración de una situación de seducción materna inaugural estructurante en una seducción narcisista persistente obtura los caminos de la separación, configurando un verdadero despojo del cuerpo del niño.

Desde pequeña sus padres dormían separados y ella compartía la cama con su madre. Recuerda la hora del baño, la exigencia con relación a la higiene corporal, la limpieza de la zona genital y el uso de pomadas y talcos. Luego del baño su madre la perfumaba y olfateaba su cuerpo. No

sentía desagrado por ello, simplemente la dejaba hacer. Los besos eran en la boca; eso sí, cuando la adolescencia se anunció comenzaron a provocar rechazo, pero callaba pues temía enojar a su madre que parecía necesitarlos tanto. También le exigía compañía y un detallado relato de las tareas del día. Todo lo relativo a las realizaciones académicas era seguido paso a paso por la madre de Matilde que podía estallar en una violenta furia cuando una calificación resultaba «mediocre» para sus elevadas expectativas.

El padre no parecía muy interesado en Matilde, todo lo contrario de lo que sucedía con su hermano varón al que su padre «adoraba». Pero no le importaba, tenía el amor incondicional de su madre. Parecería que esta madre para la cual no existía lugar para el hombre, por lo menos no muy destacado, se hubiese devorado a su hija para vivir en un mundo siamés.

Se trata de heridas también traumáticas, también sexuales que vehiculizan anhelos y deseos parentales propios de la seducción inaugural, pero que ahora adquieren un carácter devastador para el psiquismo, al volver imposible la tramitación simbólica de las marcas dejadas por aquellos penosos encuentros. Una captura por la seducción ejercida como poder de dominio niega al deseo singularidad, lo que genera una configuración de tinte perverso.

Estas madres que se deslizan hacia los brazos de sus hijas ofreciéndose como protectoras y cómplices establecen un engaño, dado que la depresión cambia de campo: será ahora la niña la que asumirá la depresión y el desamparo. Ya nada le pertenece, toda posibilidad de un terreno psíquico inconfundible permanece enterrada viva, alimentando la ilusión de una bonanza sin nubes con una madre perfecta. El mensaje de la madre se puede traducir claramente como: «puedes vivir, pero no para tener tu propia vida, solo vives para sostener la mía». A cambio de una presencia sin condiciones, la hija intentará vanamente cubrir el agujero psíquico por el que drenan las hemorragias narcisistas, amenazantes para la frágil sobrevivencia materna.



Se sella una alianza por cierto inconsciente, sostenida en una prohibición fracasada que habilita a una fuerte erotización, mantenida viva gracias a una intensa seducción.

La posibilidad de un mayor acercamiento analítico a los odios y amores de una mujer para con su madre transcurre necesariamente en torno al trabajo con los defectos acaecidos en el periplo identificatorio. Las dificultades en la renuncia y el duelo resignan, a modo de testimonio, identificaciones maltrechas, marcadas por un odio desbordado que hacen pensar en una dialéctica amor-odio debilitada desde sus mismos orígenes, compartida con un intenso deseo incestuoso defectuosamente reprimido.

Si logramos acceder en un análisis a estas identificaciones de una indudable tonalidad melancólica, tendremos la posibilidad de que un odio engañosamente manifiesto y la decepción amorosa oculta tenazmente cesen de repetirse y logren ser expresados en un nuevo registro psíquico, no exento de dolor.



Cuando Freud (1931, 1932) nos habla del temor de la niña a ser asesinada, ¿devorada?, por su madre, o de los reclamos interminables por las supuestas faltas cometidas y, más aún, de la captación por la niña de la hostilidad inconsciente de su madre, no hace más que nominar magníficamente el circuito de odios y persecuciones tan caro a este tipo de enlaces.

A pesar de su apariencia destructiva, el odio vela por la conservación de un psiquismo en ciernes, denunciando poseer el mismo origen que su compañero el amor. Estos dos afectos primordiales trabajan en una constante tensión de contradicción, en una dialéctica pulsional sobre la que se funda todo encuentro subjetivante.

El odio implica la necesidad inmediata de la presencia del otro, de su amor, se alimenta de su existencia, no obstante pueda acompañarse de fantasías desplegadas en escenarios mortíferos e incluso si en algunas situaciones pasionales engendra la muerte.

La función del odio se descubre en la constitución y el establecimiento de discriminaciones logradas mediante la dialéctica de las operaciones de proyección e introyección, de los juicios de atribución: yo como-yo escupo, porque amo-odio (Freud, 1925). Es pues en un movimiento de separación y diferenciación que trabaja el odio como índice de reconocimiento de un otro separado, diferente. Si existiese un odio previo a la

capacidad de amar, se trata de un odio hijo de la vida, en tanto atiende a la preservación del indispensable lazo con el otro. Seguramente es en el exceso odioso de una decepción amorosa, de un amor no correspondido que se descubre el odio, que sabe y no sabe de la oculta demanda de amor.

El amor materno llamado «verdadero» se apoya, en su imposible relación con el psicoanálisis, en la creencia de un amor pacífico, de una entrega total al niño. Olvidan tales propuestas que una lograda articulación amor-odio resulta una necesidad imprescindible en los avatares de la subjetivación como posibilidad de un odio que organiza el amor como un amor que autoriza al niño a la vida y a la conquista de un espacio psíquico para el padre en su función de separación.

Si el amor de la madre no permanece incondicional, el niño accederá a un territorio donde poner a jugar su propia hostilidad en la vasta complejidad de sus registros. El amor de la madre «condicionado» es un amor no indiferente, ya que contiene en sí un odio vital que permite amar sin riesgo de destruir (Uriarte, 2012).

El odio solo será devastador en el caso de que la madre no logre simbolizar sus propios sentimientos de amor-odio. Un odio vital hace posible la admisión de la pérdida y la castración, mientras que su vertiente destructiva reposa sobre el vacío de palabras, «sin explicación», sin razones, insoportable e injusto.



Pero Matilde no habla de odio sino de un profundo amor, un amor apasionado por una mujer. Amor devastador, que la priva de ocuparse adecuadamente de su trabajo y, lo más serio para ella, que siente responsable del descuido hacia su familia.<sup>2</sup>

2 No es del todo sorprendente tropezar con estas zonas oscuras en sujetos neuróticos, de quienes podríamos decir que, sin ser propiamente perversos, cuentan con una corriente pulsional que se ha organizado en forma perversa. Se trata habitualmente de «aspectos perversos» o «actos», muchas veces pasajeros, en relación con cualidades del vínculo con el otro primordial que no fueron suficientemente reprimidos, sublimados, sin poder lograr una cabal integración dentro de la organización neurótica. →

A los seis meses de la muerte de su madre ocurre el encuentro con Isabel: «era como si me estuviera esperando, fue como un bálsamo, me aplaca, me calma, ya no lloro». Transcurren las sesiones con relatos de tórridos encuentros. Sin embargo, no todo es maravilloso, Isabel la quiere solo para ella y, agrega Matilde: «puede ser despiadada a veces, conmigo nunca, pero me asusta verla cómo usa su poder».



Las identificaciones que ha dejado en el psiquismo de Matilde la intensa seducción ejercida por su madre estarán hechas de marcas de hostilidad, de sometimiento y aquellas grabadas por el ejercicio de una seducción narcisista, en que el dominio sobre el otro resulta relevante.

Es importante insistir en las dificultades de una transferencia especular, dual, en que la contratransferencia del analista queda sometida a una dura prueba, en un mundo de emociones y afectos desbordantes que evocan agonías primitivas. Matilde exige de la analista un amor y cuidados sin límites que, ante la inevitable decepción amorosa, se transforma rápidamente en un profundo odio extendido a lo largo de los meses. Hasta que un día, más calma, cuenta que, por un descuido, se encerró en su auto. Lo despiadado, el uso del poder que había relatado que acostumbraba ejercer su amiga se abre a renovados sentidos al enlazarse con esa «distracción» que la deja encerrada en su auto, movimiento inconsciente exquisito que, como punta de una madeja, conduce hacia sus temores de lo despiadado de la analista, a un encierro del que cree que nunca podrá liberarse. Todo ello la hacía sentirse envuelta en una mezcla desconcertante de tranquilidad y un profundo enojo.

- Se encuentra en los «Tres ensayos de teoría sexual», subrayado claramente por Freud (1905), cómo la disposición a las perversiones es la «disposición» originaria y universal «de la pulsión sexual» de los seres humanos. Por lo tanto, la disposición originaria y universal de la pulsión sexual a la perversión no se homologaría con el ejercicio de la perversión por el sujeto infantil, el cual puede venir de seducción perversa o el abuso del adulto tomando el cuerpo del sujeto infantil como lugar de su goce autoerótico, predispone a la perversión como destino, no ya de la pulsión sino del sujeto mismo.

De alguna forma no habrá posibilidad de análisis si el analista rechaza la violencia erotizada de la seducción, como amasado de odios y amores que dejan al descubierto la debilidad de prohibiciones estructurantes. No alcanza con sobrevivir, hay que estar ahí, ya que el despliegue transferencial de ese odio erotizado puede ser el único medio de que dispone un paciente para permitirnos acercarnos a todo aquello que, fallidamente reprimido, puja por lograr enlaces simbólicos más acabados.

La verdadera destructividad en transferencia no está contenida en el odio sino en la relación de seducción narcisista, en los riesgos de una pareja narcisista en la que los dos partenaires no solo son intercambiables, no solamente son «asexuados», sino que entre ellos reina esa paz infinita propia de esos espacios desprovistos de conflicto. La tentación del analista que, intentando escapar a los ataques violentos plenos de odio, responde a las necesidades narcisistas del paciente preserva su propio narcisismo y evita también para sí mismo las muestras dolorosas de la alteridad.

En el transcurso de una cura nombrada como esencialmente neurótica, vemos aparecer emociones, afectos desbordantes, un amor-odio apasionado, exclusivo, señal de una identificación narcisista profunda. Los inquietantes e intensos movimientos de la transferencia sumergen a analista y paciente en un odio desatado, sin enlace aparente con un amor vehemente mantenido inconsciente, cuyo origen permanecerá por un tiempo desconocido. En Matilde, la huella de esas identificaciones narcisistas originarias, marcadas por el rechazo de la separación, de la pérdida, ponen de manifiesto el lugar fundamental de la identificación con ese primer otro, «mal diferenciado», «mal identificado», al modo del objeto arrasado de la melancolía (Freud, 1917; Cornut-Janin, 1998).

¿Acaso la relación amorosa de Matilde no posee el intenso sentido de anular toda posibilidad de duelo, de huida de aquellos sufrimientos agnósticos intolerables, marcas testimoniales del desamor materno?



Lo melancólico en una mujer atañe esencialmente a la imposición de un ideal de influencia como amo absoluto de la vida y de la muerte que porta una madre encarnando un objeto nunca perdido, siempre presente por

medio de una identificación primaria narcisista. Cuánto rechazo, cuánto desamor es el costo para que esta figura sin límites oculte la semilla melancólica de la locura materna en una escenificación dramática de seducción y abandono.

Una madre que ha sido amada por su propia madre guarda en ella las huellas de una relación erótica similar a un estado amoroso recíproco inscrito en el inconsciente para nunca desaparecer. Estas memorias sensoriales que impregnan su cuerpo la reaseguran en los momentos de temor y angustia extremos. Gracias a estas memorias ella podrá, en su momento, transmitir seguridad y consuelo a su propio/a hijo/a.

De muy diferente cualidad es la estofa psíquica acarreada por aquellas madres anhelantes de que esa niña que esperan sea «casi todo» lo que hubieran esperado para ellas mismas de su propia madre. Ahora tendrán la posibilidad de comenzar nuevamente, desconociendo que son portadoras de las mismas improntas de desamor que, a su turno, están destinadas a repetir. Se puede decir que esta pasión dolorosamente ambigua no es más que el reflejo desplazado del de su madre por su propia madre.

Las madres que hacen de sus hijas mujeres idénticas a ellas mismas son mujeres cuyo psiquismo fue mortalmente herido durante su infancia y que, al contrario de «la madre muerta» de A. Green, se imponen a sus hijos como madres todopoderosas por la violencia de sus odios y penas. Han heredado una herida narcisista mortal que tratan de reparar por la maternidad de madre a hija, condenadas a transmitir las heridas y a repetir el fracaso de sus vidas.

Las hijas de una madre como la de Matilde, privadas de la interdicción del incesto y en quienes toda creencia emocional ha sido avasallada, poco podrán a su turno devenir madres, soñar con un hijo como otro, desarrollar en ellos el amor y la confianza que les permitan identidad propia y singular, cuando no la han obtenido para sí mismas. Frente a su hija recién nacida solo pueden sentir un enorme desamparo, las necesidades y sentimientos de su infancia afloran con una violencia y una brutalidad tales que hacen inevitable su evacuación sobre el psiquismo de la hija.

Considerando al superyó como esa memoria en la que descansan las identificaciones de las generaciones precedentes, la niña recibe una herencia o es portadora de los efectos de la relación de su madre con su propia

madre. Pensemos en asignaciones transgeneracionales, en linajes de hijas inconscientemente rechazadas por sus madres, tomadas por identificaciones que expelen insatisfacción, desesperanza, ahora proyectadas sobre la hija. Sin duda ha tenido lugar un verdadero *secuestro* de la subjetividad tal como planteara recientemente Rimano (2013).

No dejamos de sentir cierto alivio como analistas ante la intensa convicción de muchas de estas mujeres de haber ocupado un lugar relevante a lo largo de la vida de sus madres, quizás el capítulo más importante. La dolorosa, patética insistencia en el relato de encuentros en los que, sin duda, aparecían como «los ojos de su madre» revela, justamente, la privación sufrida para la obtención de una mirada amorosa.



A su vez me pregunto cuánto de este anclaje en una madre despiadada, odiada-amada ponía sombras sobre la dimensión edípica siempre presente y mantenía ocultos otros dolores ligados a la desilusión de no ser única a los ojos de su madre.

La ruptura de este acuerdo de inconscientes transita fundamentalmente por reconocer que el padre seguramente procuró a esta madre un placer diferente, del que ella estaba ausente, una renuncia difícil de aceptar en el doloroso camino de afianzar la neurosis. ♦

## RESUMEN

La desfiguración de una situación de seducción materna inaugural, estructurante, en una seducción narcisista persistente configura un verdadero despojo del cuerpo del niño. Se vehiculizan anhelos y deseos parentales propios de la seducción inaugural, que ahora adquieren un carácter devastador para el psiquismo, al volver imposible la tramitación simbólica de las marcas dejadas por aquellos penosos encuentros.

Dificultades en la renuncia y el duelo dejan como testimonio identificaciones maltrechas marcadas por un odio desbordado que hacen pensar en una dialéctica amor-odio debilitada desde sus mismos orígenes, compartida con un intenso deseo incestuoso defectuosamente reprimido.

Lo melancólico en una mujer atañe esencialmente a la imposición de un ideal de influencia como amo absoluto de la vida y de la muerte que porta una madre encarnando un objeto nunca perdido, siempre presente por medio de una identificación primaria narcisista.

Pensemos en asignaciones transgeneracionales, en linajes de hijas inconscientemente rechazadas por su propia madre, tomadas por identificaciones que expelen insatisfacción, desesperanza, ahora proyectadas sobre la hija.

*Descriptor:* ODIO / SEPARACIÓN / SEDUCCIÓN NARCISISTA / DOLOR /  
PERVERSIÓN NARCISISTA / IDENTIFICACIÓN / ALIENACIÓN / MATERIAL CLÍNICO

## ABSTRACT

When a situation of an inaugural maternal seduction becomes in a persistent narcissistic seduction, configures a real spoil of the child's body. Own wishes and desires of the inaugural parental seduction acquire a devastating character for the psyche, and make the symbolic processing of the scars left by those painful encounters impossible.

Difficulties in resignation and mourning leave identifications marked by hatred as a testimony and this makes us think in a love-hate dialectic weakened from the very beginning and shared with an intense repressed incestuous desire.

The melancholy of a woman has to do with the imposition of an ideal of influence as an absolute master of life and death that a mother carries embodying a never-lost object, always present through a primary narcissistic identification.

Think of transgenerational allocations, daughters lineages unconsciously rejected by their own mother, taken as identifications made that expel dissatisfaction, hopelessness, now projected on the daughter.

*Keywords:* HATE / SEPARATION / NARCISSISTIC SEDUCTION / PAIN / NARCISSISTIC PERVERSION / IDENTIFICATION / ALIENATION / CLINICAL MATERIAL /

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- APU. (2012). Grupo de estudio sobre «La neurosis en sus funcionamientos límites». Coordinadora: Clara Uriarte, 2012-2013.
- Cournut-Janin, M. (1998). Quand la névrose, analysée, laisse apparaître un noyau mélancolique. En *Féminin et féminité*. París: PUF.
- Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. *Tres ensayos de teoría sexual y otras obras*. Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1915). Pulsiones y destinos de pulsión. *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1917 [1915]). Duelo y melancolía. *Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. Trabajos sobre metapsicología y otras obras*. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1925). La negación. *El yo y el ello y otras obras*. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1931). Sobre la sexualidad femenina. *El porvenir de una ilusión. El malestar en la cultura y otras obras*. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- (1933 [1932]). 33.ª conferencia. La femineidad. *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras*. Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- Pontalis, J.-B. (2005). Decepcionados y decepcionantes. En *Ventanas*. Buenos Aires: Topía.
- Rimano, V. (2013). Sufrir en otro. Historia de un secuestro. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 117.
- Uriarte, C. (2012). El amor violento. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 115.

# Problemas de la ética del psicoanalista

## *Paciente y analista en «mundos» no compartidos*



ANA MARÍA CHABALGOITY<sup>1</sup>

Con este subtítulo pretendo aludir, por su opuesto, al nombre dado por Janine Puget y Leonardo Wender (1982: 504-535) a su trabajo «Analista y paciente en mundos superpuestos».

En dicho artículo trabajan las dificultades que se plantean para mantener la escucha y el posicionamiento analítico cuando analista y paciente comparten las pertenencias, y por ende las problemáticas, de las instituciones psicoanalíticas de referencia.

A punto de partida de estas especificidades, extienden el concepto de «mundos superpuestos» a esa zona de la realidad externa compartida que ingresa en el campo analítico a través del discurso del paciente (Puget y Wender, 1982: 505, 506, 511, 516, 520).<sup>2</sup>

En esta oportunidad pretendo referirme a las dificultades que se le presentan al analista cuando los pacientes se refieren a diversas conflictivas que son efecto de su sujeción a mundos y códigos que no solo le resultan ajenos y desconocidos en cuanto a sus funcionamientos y normas, sino que además entran en franca contradicción con sus propios valores e ideales.

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. amchabal@adinet.com.uy

2 «... Este material del mundo común... si bien vehiculiza el emergente del conflicto transferencial, poseería una actividad selectivamente activadora: promueve en el analista una tendencia especial a participar, a compartir... Esto activa en él dos perturbaciones fundamentales que luego revertirán sobre el proceso analítico: un efecto traumático de mayor o menor grado y un trastorno narcisista...»

Situaciones clínicas que interpelan, a su vez, la dimensión ética de nuestra praxis.

A modo de ejemplo, pensemos en la intensidad de las vivencias que solemos «experimentar» en el lugar de analistas (y de un modo no siempre consciente o al menos no siempre «confesable») frente a presentaciones o narrativas de diversos pacientes que hacen referencias a modalidades de acceso al placer que no son necesariamente auto- o heterodestructivas, pero que nos resultan demasiado «lejanas», «extrañas», «raras» por desconocimiento de ellas o simplemente porque «caen» dentro de nuestras propias censuras; o cuando describen prácticas y modos de intercambios sexuales que jaquean nuestras concepciones y prejuicios; o cuando dan cuenta de formas y elecciones de vida que no son las tradicionalmente aprehendidas y por tanto las aceptadas, en apariencia, por la amplia mayoría del microcosmos que cada uno habita.

Es en esta perspectiva que me pregunto si lo que acá nomino «mundos» *no compartidos* puede considerarse, al igual que el concepto de «mundos superpuestos», «un momento de eclipse analítico» (Puget y Wender, 1982: 520).

Pienso que estos relatos y presentaciones tienden a producir también una reacción traumática en el analista cuyo efecto se traduce en ambas situaciones en una tendencia a «salirse de la transferencia» (Puget y Wender, 1982: 508, 509, 511).

En el contexto de esta pérdida transitoria del posicionamiento analítico se efectúan intervenciones que pretenden, en forma consciente o inconsciente, eludir la afectación experimentada. Se «inundan» su mente y el escenario analítico con una serie de teorías y sobreinterpretaciones (seudointerpretaciones) que obturan la posibilidad de un pensar autorreflexivo, o emerge una actitud de huida defensiva mediante un silencio que no siempre es sinónimo de abstinencia, o activándose una suerte de curiosidad que se transmuta en preguntas y señalamientos que no provienen de la atención flotante... Y finalmente muchas veces la información recabada en la intimidad de las sesiones tiende a ser transmitida a otras personas (colegas o no) con un interés que deja a un costado el deseo de analizar.

En este sentido Puget y Wender señalan que «... la epistemofilia [del analista] cede paso a la escotofilia...» (1982: 507) abandonando (transitoriamente) la función analítica.

Considero que esta perturbación que piensan para los efectos procedentes del material de los «mundos superpuestos» es perfectamente aplicable al de los «mundos» *no compartidos*.

En ambas situaciones el analista ha quedado sorprendentemente fragilizado en su escucha dada la intensidad de las reacciones emotivas y sensoriales que el discurso de su paciente ha convocado en él. Frente al desdibujamiento de su función analítica se pondrán en juego sus posibilidades y recursos internos para, mediante un intenso trabajo con su contratransferencia, lograr recuperar su capacidad de pensar. Necesario e imprescindible trabajo con la contratransferencia que, si bien desde mi punto de vista es uno de los pilares del método analítico en general, cobra especial relevancia en el contexto de las problemáticas clínicas que hoy nos ocupan.

Esta perturbación narcisista-sexual suele traducirse por un sentimiento consciente de incomodidad, de inquietud o extrañeza, junto con la tendencia a desconocer conscientemente la profunda perturbación que el discurso de su paciente le ha generado. El analista ha quedado así más expuesto a sus contraactuaciones. Estas suelen «enmascarse» y entretenerse tanto en el contenido de sus interpretaciones como en la tonalidad afectiva que las acompaña y encarna.

Incursionando en estas problemáticas que son consustanciales con la ética y el psicoanálisis, y que a su vez el tema del próximo congreso sobre «Sexualidad» convoca, quisiera compartir aquí una fructífera experiencia en mi camino de formación analítica.



Hace muchos años, siendo integrante de un grupo coordinado por Tomás Bedó, lo escuché presentar una situación clínica que evoco de esta manera: su paciente, un adulto mayor, traía la reiteración de situaciones de «manoseos sexuales» a los niños que tenía a su cargo en la tarea que ejercía. El analista, luego de haber trabajado mediante su interpretación estas conductas, sin obtener resultados en cuanto a su suspensión, resolvió comunicarle que si no abandonaba inmediatamente su trabajo con niños no podía seguir analizándose con él.

En el hoy, y desde este a posteriori, considero que el analista estableció firmemente un límite que intentó instalar, aunque fuera ortopédicamente, una norma que ligara al orden simbólico allí donde los pasajes al acto daban cuenta de un desanudamiento de los diferentes registros y donde lo imaginario quedaba «aplastado» por un real que no daba lugar a ningún trabajo de metaforización.



Pero volvamos a *mi reconstrucción mnémica y por ende a mi libre interpretación de aquellos sucesos y de las palabras que «hago decir» en esta oportunidad a Bedó.*

En aquella época, y a propósito del estudio de la obra de Kohut, pienso que pretendía acercarnos a las complejidades de la sexualidad y del narcisismo, así como a los dilemas éticos implícitos en la práctica analítica.

En el ejemplo clínico citado, si bien su paciente presentaba una estructura predominantemente neurótica y la angustia parecía haber estado presente como motor que había desencadenado y sostenido la consulta, él se mostraba escéptico en cuanto a los devenires de ese trabajo de análisis.

A pesar de que en esas circunstancias la repuesta del paciente fue suspender su trabajo con niños y continuar su análisis, Bedó se interrogaba firmemente acerca de las posibilidades de analizabilidad de las perversiones y del desafío ético que se le planteaba al analista cuando compartía con su escucha este tipo de relatos en la intimidad de las sesiones. Y en ese contexto reafirmó su convicción de que la cultura sentaba sus bases sobre la radical *prohibición de tomar el cuerpo del niño como objeto de goce.*

Y ya en aquel momento escuché su afirmación<sup>3</sup> de que el punto de inflexión que define *lo perverso*, tanto en las manifestaciones de crueldad como en la sexualidad, debía pensarse en torno al *acto de querer apropiarse y po-*

3 Posteriormente compartida y trabajada en profundidad por otros pensadores psicoanalíticos como Silvia Bleichmar.

*seer el cuerpo del otro-sujeto considerándolo un objeto* (Bleichmar, 2003);<sup>4</sup> esto es, cosificándolo y privándolo, de ese modo, de su derecho inapelable e indiscutible, desde el punto de vista ético, a decidir, elegir. *Lo perverso NO se vincula con el tipo o los modos de prácticas sexuales ejercidas y elegidas entre sujetos adultos* (2003).<sup>5</sup>

Coincido en su posición y agregaría desde este a posteriori... lo perverso no reside en las modalidades de relaciones sexuales *siempre y cuando estas se practiquen en el contexto de una relación de simetría en la cual existan derechos y obligaciones recíprocas*, preservándose, de este modo, la humanidad de cada uno de los integrantes. La perversión radica entonces en estas prácticas desubjetivantes en las que el prójimo-semejante es desprovisto de su calidad de tal.

Han pasado ya varias décadas desde cuando, dando mis primeros pasos como terapeuta, hizo marca en mí este posicionamiento ético transmitido mediante la actitud y las palabras por quien fuera un maestro y pionero del psicoanálisis en nuestro país.

¿Por qué traerlo al hoy? Es que a propósito de ciertas consultas me he encontrado en los últimos años interrogándome, en forma reiterada, sobre la dimensión ética de la práctica analítica.

Pregunta compleja de responder,<sup>6</sup> ya que nuestro trabajo con lo inconsciente y sus formaciones podría dar lugar a la creencia ilusoria de que en

4 Es fundamental, «... que el adulto no se apropie del cuerpo del niño sino que esté al servicio de la resolución de las necesidades... y que pueda tener en cuenta que ese cuerpo está sostenido por un sujeto... sin tomarlo como objeto de goce propio...». Entrevista en diario *El Clarín*, periodista Analia Roffo (aroffo@clarin.com).

5 «... Goce es toda forma de ejercicio del placer que esté despojado de la comprensión de la subjetividad que implica el otro... Una de las cosas que me ha llevado a redefinir la perversión ha sido la instrumentación del cuerpo del otro como un lugar de goce despojado de subjetividad. *Cuando se emplea el cuerpo del otro como si estuviera vaciado, como si fuera un objeto, hay perversión. Bajo la forma que se ejerza. Aun bajo la forma de una relación sexual tradicional...*» [Destacado en cursiva me corresponde.] Del polimorfismo perverso al sujeto de la ética. *Actualidad Psicológica*, 30 (335); pp. 30-32.

6 A pesar de la variada bibliografía psicoanalítica que existe sobre este tópico, me he encontrado con que en casi todos los trabajos consultados se subraya el obstáculo implícito a la temática misma. Por lo que la mayoría de los autores prefieren hablar de dilemas, desafíos o problemas de la ética y el psicoanálisis para destacar esta dificultad.

nuestro oficio podemos prescindir de una ética consciente argumentando, por ejemplo, que esta no tendría puntos de contacto con nuestro objeto de estudio. Dice Freud: «“Sagrado” es lo que estriba en que los seres humanos, en aras de la comunidad más vasta, han sacrificado un fragmento de su libertad sexual y su libertad para incurrir en perversión... la cultura consiste en esa renuncia progresiva»(1897).

Pero ¿cómo no ser moralistas y a la vez no ser aliados de prácticas de desubjetivación?<sup>7</sup>

¿Cómo posicionarnos en nuestra escucha y en nuestras intervenciones para evitar quedar «atrapados» en un lugar que pueda encubrir nuestros propios deseos de «adoctrinamiento» de nuestros pacientes? O sea, de convertirnos enmascaradamente en «domesticadores de almas».

Problematizando aún más el ejercicio de nuestro oficio, considero que como analistas nos encontramos interpelados también en otras aristas:

1. por un lado, muchos de nosotros somos «hijos de la modernidad» y trabajamos con sujetos-pacientes moldeados por los valores e ideales de la posmodernidad, o bien con sujetos-pacientes que, al igual que nosotros, «deben» adaptarse a estos cambios epocales.
2. por otro lado, nos vemos cuestionados en nuestros «saberes» dadas las especificidades que adquieren las conflictivas resultantes de estas nuevas formas de convivencia, de normativas sociales y laborales, de legalización y aceptación? de diversos modos de intercambios sexuales y vinculares.

Especificidades que, pienso, no pueden homologarse con las conflictivas resultantes de la sujeción de los individuos al universo simbólico de la modernidad. Diferencias y particularidades que aún no podemos más que balbucear o que recién podemos comenzar a teorizar.

A su vez, cada época histórica posee sus propias concepciones del hombre, de la vida, de la sociedad, e instituye y es instituida por un conjunto de

7 Homologo aquí prácticas perversas con aquellas prácticas cuyos objetivos son la desubjetivación de las personas.

códigos morales que establecen normas y prohibiciones que son variables y modificables a lo largo de los tiempos y de los espacios geográficos.

Pero a su vez estas normas morales están comprendidas en una ética que tiende a ser universal<sup>8</sup> como forma de preservar la cultura. En este sentido, al decir de Umberto Eco, «cuando los demás entran en escena, nace la ética» (Eco y Martini, 1998).

Ser sujeto, entonces, en un determinado orden cultural, implicará para cada individuo un particular posicionamiento con relación a lo que «desde el afuera» queda valorizado o desvalorizado, permitido o prohibido... Y los modos de «sujetación» y «desujetación» a estas normativas sociales, junto con las referencias transgeneracionales que lo ligan a una genealogía, se irán constituyendo en garantes del proceso de construcción identitario.<sup>9</sup>

En este pasaje de siglo, los que ya contamos con varias décadas de edad hemos asistido a un período de caída de los grandes relatos de la modernidad y de instalación de un relato hegemónico neoliberal caracterizado por la lógica del mercado, que subtiende, a su vez, muchos de los pequeños relatos que componen el orden fragmentado actual. Esta característica, entre otras, condujo a Cornelius Castoriadis a pensar estos tiempos como una «época de con-formismo generalizado» (con-formismo = sujeción a una sola forma).

¿Qué sucede con los individuos que tras haber adherido a grupos e ideologías que tuvieron una fuerte presencia en tiempos muy recientes dejaron de tener esta insignia de valoración desde lo social?

Frente al rápido y radical desinvestmento, desde lo cultural, de lo que fueron hasta esos momentos los valores e ideales «a seguir», ¿no se

8 McDougall, J. (1994). «... Me gustaría proponer la siguiente idea: si el socius apunta fundamentalmente a la supervivencia social y la medicina, la supervivencia biológica; ¿el psicoanálisis no busca proteger, por sobre todo, la supervivencia psíquica del ser humano?...» ¿Qué valores para el psicoanálisis? Contrapunto sobre la ética y el psicoanálisis. *Zona Erógena*, 23; p. 23.

9 Puget, J. (1994). «... El conflicto ético se establece en el espacio intrasubjetivo entre el Yo y el Yo ideal e ideal del Yo. En el inter y transubjetivo el eje del conflicto es el reconocimiento de la presencia y lugar del o de los otros que imponen un límite...» Algunos problemas éticos del psicoanalista. Contrapunto sobre la ética y el psicoanálisis. *Zona Erógena*, 23; p. 25.

produce un colapso narcisista con implicancias no solo en la conflictiva intrapsíquica, sino también en los vínculos y en las configuraciones que adquiere el entramado social?

Por supuesto que acá habrá una amplia gama de repuestas y reorganizaciones psíquicas, pero muchas veces observamos cómo esos ideales enmascaraban aspectos referidos a un yo ideal. Oficiaban como soportes que aseguraban la adherencia a modos de funcionamiento narcisistas-sexuales arcaicos (duales) que, frente al derrumbe en el «afuera» de estos grandes relatos, dejaron al desnudo y librados al azar, o más bien a las nuevas formas valoradas, los aspectos pulsionales que lo cultural intenta regular y limitar.

El quedar por fuera de lo valorado, esto es, de los sistemas que el imaginario colectivo sostiene como fuentes de poder, provoca la reactivación a nivel intrapsíquico de mecanismos de defensa primitivos, como la vuelta contra sí mismo, la transformación en lo contrario y la desmentida patológica. Y en lo transobjetivo se provoca el retorno violento de los que han quedado «por fuera» del entramado social, es decir, de los que han sido «expulsados» por el sistema.

Es un problema en nuestra praxis lo que traen aparejado estos cambios de paradigma. En la actualidad, lo privado-íntimo-opaco ha dejado de tener ese aspecto valorado que supo poseer en la modernidad, y lo público-exhibido-transparente ha pasado a primer plano. De ahí que los *reality shows*, la «cultura de la imagen», han adquirido prestigio y protagonismo, así como diversas formas de intercambios sexuales entre las que se encuentran las prácticas «swingers», las parejas «abiertas», la búsqueda de partenaire de diferente o igual sexo a través de las redes sociales, la exhibición de múltiples tatuajes que offician de «segunda» piel en cuanto ocupan extensas superficies del cuerpo, etc.

¿Cómo nos ubicamos frente a estas nuevas estéticas de lo humano?

¿Qué repercusiones tiene en la mente del analista esta fragmentación del orden cultural en la que, junto con el megarelato imperante, se conjugan diversos microrrelatos que tienden a consolidar agrupamientos sociales de tipo tribal? ¿Y estos enunciados que desde lo social avalan el «todo está permitido», el «todo vale», el «hacé la tuya»?

¿Cómo posicionarnos en nuestro lugar analítico cuando la dramática que se despliega en las sesiones no solo está dando cuenta de una desmen-

tida de la alteridad, sino del deseo de arrasar-aniquilar al otro, al diferente, en su condición de sujeto de deseo?

¿Límites de la analizabilidad? ¿Límites del analista? ¿Límite de las «herramientas» conceptuales que utilizamos para trabajar con tal o cual situación clínica? ¿Límites del tipo de dispositivo establecido?

René Kaës (1995) plantea que en las situaciones de crisis se encuentra especialmente solicitado el funcionamiento a pleno del preconsciente del analista para prestarse como «puente» que posibilite un trabajo de ligazón representacional que favorezca la puesta de sentidos. Desde mi punto de vista este trabajo aplica también al análisis de su contratransferencia.

Es necesario que sus intervenciones operen como dique pulsional o membrana de paraexcitación, de modo que favorezcan la instalación y reactivación de dinamismos psíquicos que logren diferir la descarga pulsional directa contribuyendo, de esta manera, a sostener los pactos y alianzas de renuncia a la meta pulsional en cuanto condición de existencia de la vida en sociedad.

Pienso que frente a estas problemáticas la neutralidad suele perderse, en cuanto suspensión del juicio, pero no la abstinencia en cuanto evitar contraactuar lo que el/los paciente/s nos provocan/afectan.

A modo de finalización presentaré una viñeta con el objetivo de ilustrar alguno de los aspectos planteados cuando nos enfrentamos a las afectaciones propias de lo que denomino «mundos» *no compartidos*.

Quisiera destacar el fuerte impacto que produjo en mi persona la comunicación por el paciente de determinadas prácticas sexuales subrayando el intenso trabajo que tuve que realizar con mi contratransferencia para intentar rescatarme (al menos en parte) de la intensa movilización experienciada en el transcurso de esta consulta.<sup>10</sup> Para eso fue necesaria la puesta «a pleno» de la función de ligazón representacional que propicia el trabajo del preconsciente, de modo que me permitiera interrogarme acerca de mis posturas ideológicas, junto con la búsqueda de referentes culturales que me ligaran a una ley simbólica organizadora y no arbitraria.

10 En la época en que esta consulta fue realizada el tipo de prácticas sexuales a las que va a hacer referencia mantenían aún su carácter de «novedosas» y «poco comunes». Todavía no habían ingresado en el ámbito de difusión y conocimiento público.

Asimismo ubicados en el lugar de analistas, creo que cabe la pregunta: ¿cuáles procesos o situaciones clínicas está cada uno de nosotros dispuesto a acompañar (por sus carencias y límites), y de qué modo para no violentar la dimensión ética del vínculo analítico?

#### VIÑETA CLÍNICA

Se trata de la segunda entrevista con un adulto, Rafael, de cincuenta años, profesional universitario, quien ya había consultado hacía muchos años por las dificultades que se le planteaban en aquel momento para reinserirse laboralmente luego del retorno a su país tras una década de permanencia en el exterior. En esta oportunidad dice consultar por «serias» dificultades de relación con su pareja actual.

R: (Con tono de voz fuerte pero sin compromiso afectivo.) *Lo que está ocurriendo me hace sentir muy mal, lo de presionarla también. Hay varias etapas desde que yo empiezo a notar este fenómeno y su empeoramiento: nosotros éramos muy pegotones, la pasión la llevábamos a todas las instancias y eso también en la cama. Ahí también se manifiesta una absoluta diferencia con las características históricas de nuestra relación; no es igual ni en la frecuencia, ni en la respuesta de Claudia (su mujer), ni en la intensidad con la que vive la relación. Eso es una manifestación muy inequívoca, entonces ahí hago el planteo de qué le está pasando. Al principio era negado por Claudia, a pesar de las puntualizaciones muy claras que le hacía de la forma en que me habla, que adjetivo de una frialdad formal... ella tiene que fingir para evitar mis reclamos. Finge y yo planteo que si no me necesita completamente, en una respuesta en todos los sentidos, para mí no tiene sentido continuar con la pareja. Mi impresión es que ya se agotó la expectativa de la relación conmigo y no hay el atractivo... yo tengo mis teorías de lo que está sucediendo... (Permanece en silencio.)*

A: Sus teorías...

R: (Con voz firme, mirándome fijamente como si «estudiara» mis reacciones.) *Nosotros tenemos una actividad sexual swingers. Estamos de acuerdo los dos en esta modalidad como forma de contribuir al apasio-*

*namiento de la pareja, para que fuera rédito, que fuera en beneficio de la relación, que es el objetivo de la actividad swingers. Es compartir la sexualidad con otras personas, pero solo se participa en pareja y para beneficio, para que contribuya a las fantasías en el espacio íntimo de la relación. Claudia está buscando caminos de satisfacerse con otras personas y no conmigo, esa no es la regla de juego. Era un camino para acercarnos y ella en vez de acercarse se aleja.* (Continúa su discurso dando detalles y características de esta actividad sexual y lo hace de una manera que parece un discurso «propagandístico» de los beneficios de este tipo de intercambios sexuales. Resalta lo que parece una forma de agrupamiento social, a modo de «gueto», con reglas y fundamentos muy específicos y delimitados en cuanto a su funcionamiento y a la selección de sus integrantes. Y va dejando entrever los desajustes, tanto en lo económico como en la cotidianeidad laboral y familiar, que venía produciendo en ellos el mantener su inclusión en estos grupos privados de «elite», que describe como pertenecientes a una clase socioeconómica de gran poder adquisitivo).

Voy quedando muy impactada, experimentando vivencias muy contradictorias que me descolocan de mi posición analítica. Por un lado escucho el discurso detallista de Rafael como una «invitación erotizante» a participar fantasmáticamente en ese escenario sexual-grupal. Percibo, también, una «invitación» a compartir y sumergirme con él en vivencias de mucho dolor y frustración. Me interrogo si estos aspectos, que se escenifican ahora crudamente, estaban ya presentes en la época de la primera consulta, y se lo digo.

R: *No era necesario traerlo acá, ahí eran solo fantasías esporádicas y la negativa rotunda de Claudia. Más adelante resurgieron con intensidad esas fantasías y las compartí con ella. Logré convencerla y todo iba bien, pero ahora se produjo una crisis de mi parte. Yo me sentí muy mal porque había tenido malas experiencias en un grupo, de ser rechazado. Y ahí apareció Claudia, esplendorosa, como una reina, mientras yo era rechazado por el resto* (su tono afectivo denota mucho enojo frente a lo que parece haber vivido como una fuerte afrenta narcisista).

A: ¿Cómo es eso del rechazo?

R: *Sí, el rechazo acerca de mi forma de participar en el grupo, de mi aspecto físico, mi obesidad, yo quedaba apartado del grupo. Y ahí yo le hago a Claudia el planteo de que prefería suspender la actividad swingers, porque yo quedaba aparte y ella era buscada por todos, no le importaba que yo me sintiera mal, ni siquiera se había dado cuenta... lo de ella era esa frialdad. Me dijo que iba a aceptar suspenderla porque sola no podía asistir, en esas actividades solo se puede estar en pareja, que ella había cambiado su cabeza, que quería seguir, que ahí se sentía bien, sobre todo con un matrimonio que conocimos en uno de los clubs. Lo suspendimos un tiempo y cuando yo estuve mejor físicamente, fijese, adelgacé como treinta kilos, retomamos la actividad swingers con plena conciencia y buena participación de los dos (acompañado de un gesto de exhibición de su físico que entraba en franca contradicción con la percepción de deterioro físico que tuve cuando lo reencontré). Es una actividad interactiva en donde cada uno vuelve con su pareja y no siempre se daba así. Ella no quería interactuar conmigo. Yo tenía mucha dependencia de Claudia, estaba atento de cómo era el desarrollo de su actividad. Yo la protegía y la cuidaba de que no le fuera a pasar nada y ahí empezó a estar distante de mí. No encontré que las fantasías que se generan a partir de esa actividad para alimentar la pasión sexual cuando estábamos los dos solos provocara en ella un acercamiento hacia mí sino que me encontré que evitaba estar a solas conmigo. Ella no supo utilizar como es debido la actividad swingers.*

Pienso: ¿cómo posicionarme y desde dónde escuchar e intervenir en esta trama discursiva?... No soy un «cura» ni una «monja» que deba «encauzarlo», ni un «juez» que tenga que darle un «veredicto». También tengo presente que trae al escenario analítico una forma de sexualidad grupal ajena a mis propias normas... me alerto del peligro de «entrar» en una actitud voyerista o en una «huida» defensiva.

Interrogándome acerca de mis propios prejuicios respecto a las formas de obtener placer sexual en la pareja, evoco, internamente, costumbres de la cultura guaraní. Hasta donde tengo entendido, los guaraníes convivían en agrupamientos comunitarios y la sexualidad poseía también estas características. Sus modos de relacionarse sexualmente formaban parte de los códigos de funcionamiento de su organización sociocultural. En este

contexto recuerdo el discurso de rebelión de un cacique frente a la actitud colonizadora de su pueblo por los españoles, quienes, además de despojarlos de sus tierras, pretendían imponerles sus normas morales cristianas monogámicas y despojarlos de sus deidades y tradiciones.

Me voy planteando internamente que el punto de inflexión, desde una escucha analítica, no consiste en centrarme en lo relativo a la modalidad sexual «aparentemente elegida», sino en la dificultad que muestra de, precisamente, poder elegir. Y desde ahí decido intervenir:

A: Parece que quisiera mantener, al mismo tiempo, los beneficios que para usted tiene una sexualidad de a dos —reclamando ser exclusivos el uno para el otro— y los beneficios de una sexualidad grupal... y no parece estar dispuesto a perder o a renunciar a algo... pero se encuentra con que, sea cual fuere la forma de intercambio sexual que elija, siempre queda algo faltante y eso lo enfurece y lo angustia...

Da detalles de cómo Claudia conoció a un hombre en esa actividad swingers y dice que ella quiere mantener una relación privada con él. Rafael le facilita el hecho de encontrarse, siempre y cuando él no quede excluido y pueda controlar la situación.

R: *Para mí Claudia entró en un proceso de adicción con este hombre por la intensidad con que lo busca y la frecuencia con que quiere tener el vínculo con él. No está permitido en las relaciones swingers involucrarse afectivamente con otro. Es para juntar la pareja, no para separarla.*

A: (Asociando con lo trabajado en el tratamiento anterior, le señalo). Quizás, esta vez, frente a la angustia que le provocaba la posibilidad de perder la ilusión de ser único y exclusivo, el uno para el otro, y hacer de dos personas una, aunque uno u otro quedara anulado en sus deseos singulares, o sometidos entre sí, ha atravesado «una delgada línea roja» y siente que está metido y entreverado en una situación que lo desborda, que lo confunde y que no se encuentra preparado para sostener...

Luego de realizar esta intervención me doy cuenta de que hice referencia al nombre y al contenido de una película dirigida por Terrence Malick que se

estaba exhibiendo en ese momento en Montevideo: *La delgada línea roja*. En ella se muestran crudamente los efectos de desobjetivación que provoca la situación de guerra en los soldados que están en el frente de batalla.

R: (Parece angustiarse pero sigue como «robotizado».) *Ella somatizó. Yo la cuidé. Pero ella no tenía límites dentro de la actividad grupal* (da detalles de lo sucedido con un tono que denota tanto un «enjuiciamiento» como un cierto goce en «mostrar» lo acontecido para pasar luego a enumerar las «bondades» de las actividades swingers)... *Es toda una filosofía mística, tiene un fundamento en una filosofía del sexo, se trata de una actitud mística respecto a la sexualidad...* (Me explica que en la creación del mundo Dios creó a Adán y a Eva para que pudieran tener todo el placer sexual posible. Se detiene explicando más aspectos de su interpretación del pasaje bíblico: señala que primero estuvo Eva y que luego Dios hizo a Adán para que gozaran juntos, sin límites ni restricciones.)

Pienso en lo significativo de que traiga tergiversado ese pasaje de la Biblia, en el que además la sexualidad es representada como el fruto prohibido y «Eva es creada a partir de la costilla de Adán». En este contexto evoco y comparto con él una reflexión de Umberto Eco (que había nombrado en reiteradas ocasiones en el período previo con admiración) en la que este plantea que mientras Adán estaba solo en el Paraíso no necesitaba de normas que regularan el encuentro con el otro, supuestamente podía hacer todo lo que quería, pero cuando Eva entró en escena se necesitó de una ética que les permitiera convivir y existir a ambos, sin quedar uno a merced del otro «... cuando el otro entra en escena nace la ética...».

Le planteo entonces si entre ellos no se ha venido instalando como norma el maltrato mutuo y el propio.

A modo de cierre, considero que en este ejemplo clínico cobra toda su vigencia la formulación freudiana de que *lo reprimido por excelencia es lo sexual...* y de que *cuando se levanta su velo sobreviene la angustia...* tanto en el paciente como en el analista. ♦

## RESUMEN

Aludiendo por su opuesto al trabajo realizado por J. Puget y L. Wender (1982), «Analista y paciente en mundos superpuestos», la autora se referirá a las dificultades que se le plantean al analista cuando los pacientes manifiestan conflictivas resultantes de su sujeción a mundos y códigos que no solo le resultan ajenos y desconocidos en cuanto a sus funcionamientos y normas, sino que además entran en franca contradicción con sus propios valores e ideales. Son situaciones clínicas que interpelan, a su vez, la dimensión ética de nuestra praxis.

Estos relatos y presentaciones, al igual que los provenientes de la zona común compartida, tienden a producir una reacción traumática en el analista cuyo efecto se traduce en ambas situaciones en una tendencia a «salirse de la transferencia». Desde esta perspectiva se pregunta si lo que nomina en este artículo «*mundos*» *no compartidos* puede considerarse, al igual que el concepto de «mundos superpuestos», «un momento de eclipse analítico».

El analista ha quedado sorprendentemente fragilizado en su escucha dada la intensidad de las reacciones emotivas y sensoriales que el discurso de su paciente ha convocado en él. Frente al abandono transitorio de su función analítica se pondrán en juego sus posibilidades y recursos internos para, mediante un intenso trabajo con su contratransferencia, lograr recuperar su capacidad de pensar. Necesario e imprescindible trabajo con la contratransferencia que, si bien es uno de los pilares esenciales del método analítico en general, cobra especial relevancia en el contexto de las situaciones clínicas que hoy nos ocupan.

Acompañando los planteos de René Kaës (1995), se plantea que en las situaciones de crisis se encuentra especialmente solicitado el funcionamiento a pleno del preconsciente del analista al ser imprescindible que se preste como «puente» para un trabajo de ligazón representacional que favorezca la puesta de sentidos. Y este trabajo estará dirigido también al exhaustivo análisis de su contratransferencia en la dinámica misma del campo bipersonal.

A modo de cierre, se comunica un ejemplo clínico en el que recobra plena vigencia la formulación freudiana de que lo reprimido por excelencia es lo sexual... y de que cuando se levanta su velo sobreviene la angustia... tanto en el paciente como en el analista.

*Descriptor:* ÉTICA / SEXUALIDAD / PERVERSIÓN / CONTRATRANSFERENCIA / ESCUCHA / ENCUADRE /

#### ABSTRACT

Alluding to its opposite Puget, J. and Wender, L, article done by on «Analyst and Patient in overlapping worlds» (1982), the author refers to the difficulties faced by the analyst when patients manifest conflict resulting from their «subjection» to worlds and codes that are foreign and unknown to the analyst in their functioning and standards, as well as directly conflicting with his own values and ideals. These clinical situations also challenge the ethical dimension of our practice.

These stories, as well as those from the shared common area, tend to produce a traumatic reaction in the analyst, which results in a tendency to «get out of the transfer». From this perspective, it is questioned if what this article calls unshared worlds could be considered as what «overlapping world» calls a «moment of analytic eclipse».

It is considered that, facing the temporary cessation of the analytical positioning, opportunities and internal resources will be at risk for the analyst. Through intensive work with his counter-transference, he can recover his ability to think, having been suddenly weakened in his role because of the intensity of emotional and sensory reaction to the patient's speech. It is both a necessary and essential to work with the counter-transference, which, in spite of being one of the essential elements of the method, is particularly relevant in clinical situations nowadays.

Following the proposals of René Kaës (1995) it is stated that in crisis situations the analyst's preconscious is specially demanded, being indispensable for a representational binding that favors the senses. This work also comprehends the thorough analysis of countertransference in the dynamics of the bi-personal field.

To conclude, a clinical example is provided, in which Freud's affirmation that the quintessential repression is sexuality... and when its veil is lifted anguish arises... both in the patient and in the analyst.

*Keywords:* ETHICS / SEXUALITY / PERVERSION / COUNTERTRANSFERENCE / SETTING /

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bleichmar, S. (2001). *La construcción del sujeto ético*. Buenos Aires: Paidós.
- (2003). Del polimorfismo perverso al sujeto de la ética. *Revista Actualidad Psicológica*, 30.
- Castoriadis, C. (1994). Miseria de la ética. Contrapunto sobre la ética y el psicoanálisis. *Zona Erógena*, 23.
- Eco, U. & Martini, C. M. (1998). *¿En qué creen los que no creen? Un diálogo sobre la ética en el fin de milenio*. Buenos Aires: Planeta.
- Kaës, R. (agosto 1995). El grupo y el trabajo del preconscious en un mundo en crisis. *Congreso Internacional de Psicoterapia de Grupo*. Buenos Aires.
- McDougall, J. (1994). ¿Qué valores para el psicoanálisis? Contrapunto sobre la ética y el psicoanálisis. *Zona Erógena*, 23.
- Pavlovsky, T. (1994). La ética del cuerpo. Contrapunto sobre la ética y el psicoanálisis. *Zona Erógena*, 23.
- Puget, J. & Wender, L. (1982). Analista y paciente en mundos superpuestos. *Psicoanálisis*, 6(3).
- Puget, J. (1994). Algunos problemas éticos del psicoanalista. Contrapunto sobre la ética y el psicoanálisis. *Zona Erógena*, 23.
- Rebellato, J. L. (1995). *La encrucijada de la ética*. Montevideo, 2.ª ed. (2000). Nordan-Comunidad del Sur.

# La sexualidad en la constitución del sujeto psíquico y sus fracasos

*Pensando el trastorno del espectro autista*



SANDRA L. PRESS<sup>1</sup>

## INTRODUCCIÓN

A partir de Freud la sexualidad en psicoanálisis asume un paradigma radicalmente diferente de lo observable y biológico. Desde un más acá de la genitalidad, lo originario de lo psíquico, el despertar pulsional, deja ciertos «anclajes», huellas, representaciones de una experiencia mítica de placer o displacer tras los primeros encuentros del infans con la madre.

La estructuración del aparato emerge a partir del movimiento pulsional, y es la sexualidad inconsciente la que va conformando fantasías sobre el cuerpo y el yo, configurando lo erógeno y las identificaciones.

El incesante movimiento pulsional pasa por lo oral, lo anal, lo fálico, lo cenestésico, la voz, la mirada, organizando, junto con las defensas, los fantasmas que construyen imagos corporales, objetales y narcisistas que impulsarán o no a sustituciones simbólicas.

Cada sustitución del objeto pulsional testimonia simbolizaciones acaeidas, pérdidas habilitadas por una represión estructurante, confirma a posteriori un *no* acontecido frente al deseo de fusión incestuosa y señala un paso más hacia la alteridad y discriminación del yo.

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. [sipress@adinet.com.uy](mailto:sipress@adinet.com.uy)

En este largo trecho para «ser», las marcas de lo placentero y/u ominoso operan en cada resignificación de los fantasmas que sensibilizan el cuerpo e identifican el «yo».

Lo pulsional da origen, desde los albores de la vida, a la «humanidad» que nos diferencia de lo animal e instintivo, que nos hace sujetos deseantes, pensantes, creadores, hablantes.

En la clínica, el proceso de subjetivación y sus obstáculos se ven expresados de diversos modos.

Lo inconsciente en la clínica se muestra en el discurso de la palabra y/o el juego en el que la cualidad de las metáforas y la articulación metonímica señalan un modo de transitar por la sexualidad infantil, la discriminación, el Edipo, la castración.

Entre la expresión figurada con las fortalezas del como si y la ausencia de juego, la incapacidad de contacto o fantaseo, existen innumerables matices. Matices que vemos en una entrevista de juego en la que el jugar, el lenguaje con su prosodia y/o tipo de palabras, los gestos, los actos, los síntomas son expresiones de un psiquismo que crea y/o dispone de recursos para procesar la angustia, aun en los casos en los que las fantasías crudas den cuenta de una desmezcla pulsional cercana al funcionamiento psicótico.

Ahora bien, ¿qué aportan estas premisas a la hora de ver a un niño pequeño en tiempos en que con mayor frecuencia nos vienen llegando padres a la consulta para saber si su hijo es autista? ¿Cómo pensar a partir de la lectura psicoanalítica los matices que vemos dentro del trastorno del espectro autista?

Como ocurre con el trastorno generalizado del desarrollo, un diagnóstico de trastorno del espectro autista excluye causas orgánicas como la sordera, trastornos visuales, trastornos específicos del lenguaje (afasias y/o disfasias), retrasos mentales, cuadros neurológicos congénitos o poslesionales, entidades metabólicas, etc.

A partir de la experiencia de recibir este tipo de consultas quisiera introducir algunas reflexiones psicoanalíticas sobre el trastorno del espectro autista, para profundizar y explorar muy en particular los matices. Matices que exigen tener una clara línea demarcatoria entre los niños que no logran simbolización ni comunicación, como ocurre en el autismo propiamente dicho, y otros que a pesar de su desorganización subjetiva han logrado o pueden alcanzar recursos simbólicos.

Las diferentes situaciones consideradas como trastorno del espectro autista nos abren a interrogarnos por el posicionamiento del analista en la clínica y a reconsiderar aspectos teóricos que nuestra disciplina hoy no debiera eludir.

#### TRASTORNOS DEL ESPECTRO AUTISTA: LOS DILEMAS DE HOY

En los últimos tiempos muchos padres concurren al consultorio para saber si su hijo es autista.

El autismo de Kanner es la afección en la que más gravemente se ve afectada la estructura simbólica dentro de los llamados trastornos generalizados del desarrollo. Se ven perturbados gravemente la constitución intra- e intersubjetiva, el reconocimiento de sí y del otro, así como la comunicación gestual, visual y hablada.

Por su sintomatología descriptiva, el hoy llamado trastorno del espectro autista reúne un amplio abanico de situaciones. No hay que olvidar que la nosografía psiquiátrica no habla de psicosis infantil ni de funcionamiento psicótico. Por ello nos vemos interpelados a pensar las diferencias entre niños que padecen un autismo de Kanner y niños que padecen otras entidades sindrómicas entre quienes es frecuente haber alcanzado o estar en vías de alcanzar logros simbólicos. Estos logros no minimizan la preocupación que despiertan, ya que muchos de estos pacientes tienen severas fallas en su constitución subjetiva. Pero en estos tiempos pareciera necesario recordar que todos tienen un denominador común: el gran sufrimiento mental.

Desde la descripción del trastorno del espectro autista ha aumentando la prevalencia de casos «autistas» de 1 caso en 5000 a 10 000 (autismo de los trastornos generalizados del desarrollo) a 1 caso en 150 niños. Acompañamos a Bernard Golse (2012) cuando se pregunta: «¿es que ha habido una epidemia?». ¿O es que ciertas categorizaciones puramente descriptivas enmarcan rápidamente a los niños por sus síntomas en esa definición?

Importaría por ejemplo diferenciar un síndrome autista de un autismo. Un síndrome es solo la descripción de un conjunto de síntomas y signos.

Un diagnóstico es presuntivo, precisamos realizarlo a partir de una agrupación coherente de signos y síntomas *en coyuntura y articulados* con

la dinámica psíquica estructural. Será, desde un inicio, una fotografía que nos brinda una hipótesis de trabajo para pensar qué caminos terapéuticos podremos ofrecerle a ese paciente. Pero es necesario enfatizar en que así como un árbol no hace al bosque, un síntoma o síntomas aislados no definen un cuadro clínico, ni la estructura, ni el pronóstico.

Por ello la distinción entre trastorno del espectro autista y otras entidades (la depresión en la infancia, la privación afectiva, por ejemplo) requiere tiempo y será en muchos casos retrospectiva, dado que solo tras la praxis y en la evolución se verá si es posible desarticular o no un síndrome autista.

Sabemos lo difícil que es ser padres de un niño con autismo. También de la multiplicidad de factores que están en juego en la etiología, que abarcan lo genético, lo sensorial, lo neuropsicológico, lo ambiental.

Muy lejos estamos hoy de viejas posiciones que pensaban en etiologías familiares que culpabilizaban a madres y padres.

Consideramos que el contacto en transferencia con el sufrimiento del niño y sus padres, con los duelos, con las repeticiones traumáticas podrá abrir en casos favorables las brechas que habiliten un feedback de recursos psíquicos subjetivantes.

Pero hoy nos enfrentamos a un cambio de paradigma que modificó la lectura de la clínica en la medida en que los síntomas no se articulan con desarrollos metapsicológicos.

Hoy en día los trastornos del espectro autista son «neurologizados», conformando los trastornos del neurodesarrollo, lo que ya está teniendo efectos al excluir la importancia del desarrollo libidinal y emocional del niño y/o las dificultades vinculares tempranas a la hora del diagnóstico y orientación de tratamientos.

Así, quedaría de lado la valoración de los atisbos representacionales del psiquismo, además de lo que concierne a la percepción contratransferencial de la angustia, los matices o la inmovilidad defensiva, así como las hipótesis acerca de qué podría determinar en ese niño la peculiar sensibilidad frente a los cambios.

Algunas de estas cuestiones han sido abordadas por Bernard Golse o por Jean Claude Maleval, quienes transmiten lo que viene ocurriendo en Francia, en donde se están impulsando leyes que apuntan a tratamientos

conductuales que excluyen la comprensión psicoanalítica y al psicoanalista del tratamiento interdisciplinario de estos niños. Quedarían en la órbita de afecciones somáticas sin lugar para pensar la angustia impensable o las vivencias críticas que padres y niño experimentan al verse comprometido el «ser» como sujeto psíquico.

#### LA SEXUALIDAD EN JUEGO

Pensamos el vínculo madre-bebé como un encuentro grávido de consecuencias por despertar el circuito pulsional, que inicia en el niño la vivencia psíquica de pérdida que deja espacio para la búsqueda y reencuentro con los objetos. Objetos que han dejado marcas psíquicas que dan origen a lo inconsciente erógeno y objetal.

Freud describe «la vivencia de satisfacción» (1895: 362) como momento mítico de reencuentro con el «auxilio ajeno» materno, momento alucinatorio fundante del deseo en el niño. Deseo que buscará reproducción de una primera experiencia mítica de satisfacción, que reanimará imágenes conformadas acontecidas en cada intercambio con la madre.

La pulsión pulsa, tensiona y genera movimiento e inscripciones que conformarán en la repetición un «pensar reproductor» asociativo, y es también la base sobre la que se asentarán la «fuente primordial de motivos morales» y el entendimiento (comunicación) (Freud, 1895: 363).

Desde Freud, el psicoanálisis adjudica gran trascendencia a las primeras experiencias con el objeto. Vemos cómo «lo comunicacional» dependerá de tener un niño que busca y grita sumado a la presencia de padres que auxilian. La significación parental atenúa la tensión del grito del infans, que se transforma *après-coup* en deseo y demanda al Otro. En este proceso el bebé es activo, responde a la investidura y entendimiento parental y reacciona reproduciendo, a su modo, lo vivido.

El bebé nace en un mundo de palabras, se muestra abierto a la alteridad, es sensible, receptivo, da respuestas, se alimenta de lo libidinal que ofrece su madre.

Sabemos de lo vital de estas respuestas cuando todas estas manifestaciones convocan el deseo inconsciente materno, que hace de él un objeto sexual (Freud, 1905).

El bebé muestra su capacidad innata para implicarse desde el nacimiento. Sus respuestas se ven en la avidez del mamar, en sus cambios de actitud frente al pecho, en la prensión de la mano o el pelo durante la lactada, en el sostén de la mirada, en el reconocimiento de la voz materna, en las vocalizaciones y sonrisas, en la capacidad de anticipar su encuentro, etc.

Estas variadas conductas «sociales» (mirada, prensión, sonrisa, laleo, balbuceo) señalarían mojones psíquicos, la diversidad de «insights» unificadores que engarzan las experiencias perceptivas del cuerpo con vivencias psíquicas que despliega con la madre.

Cada nuevo signo o actividad del niño rubrica en un a posteriori simbolizaciones y significaciones establecidas. A partir de la dinámica del a posteriori se sedimentan y entrelazan las inscripciones erógenas e identificatorias que conducen el proceso de identificación primaria.

Un niño que puede decir «yo soy...» ha transitado un largo proceso, su «ser yo» resulta de un arduo «trabajo psíquico» que da cuenta de un amplio «movimiento estructural» (Gil, 1995: 40). Movimiento que desde lo libidinal tocando al cuerpo y registrado en representaciones mentales proveerá espesor a los recursos simbólicos que organizarán el lenguaje, el pensamiento, la psicomotricidad, la aptencia cognitiva, la fantasía, la creatividad.

Freud señala en *El yo y el ello* (1923) que las sensaciones corporales junto con percepciones de la superficie corporal participan en la génesis del yo dándole armado como esencia-cuerpo.

El núcleo del yo se organizaría a partir del sistema percepción-conciencia, área de superficie del aparato psíquico que se ha constituido a partir de la proyección de las sensaciones de la superficie corporal.

Propongo pensar esta proyección como una *protosimbolización*, una trascendental «acción psíquica primordial» por la cual la piel, los orificios, la visión, la audición, la emisión sonora y la palabra adquieren cualidad libidinal dejando de ser o pertenecer a funciones orgánicas o neurobiológicas. El núcleo del yo, polo perceptivo del psiquismo, no es el órgano sensorial, lo representa dejando atrás la función biológica para ser una experiencia pulsional encarnada. Lo relaciono con el signo perceptivo de la carta 52 (Freud, 1896), primera transcripción de las percepciones que fundan lo inconsciente.

Lo sensorial sin la percepción de la experiencia pulsional de goce no deja el vacío que impulsa a repetir la experiencia de placer, a reanimar por vía alucinatoria lo que derivará en el recordar-pensar.

En 1925, Freud señala que este *pensar* nace de la reproducción en la representación de algo que alguna vez fue percibido, dando lugar a la «oposición entre lo subjetivo y objetivo» (255). Objetivo y subjetivo no se dan desde el comienzo, se van estableciendo en la medida en que el pensar posee la capacidad de volver a hacer presente lo representado aunque el objeto no esté presente. Se va estableciendo la permanencia del objeto aunque las condiciones externas cambien.

Se preocupa por la conformación del «juicio» en su función de *atribución y existencia*.

Partiendo de las mociones pulsionales más arcaicas, el yo se *atribuye* bajo el principio de placer todo lo placentero y bueno y expulsa lo displacentero o malo. «Al comienzo son idénticos lo malo, lo ajeno al yo, lo que se encuentra afuera», provenga de donde provenga. El juicio de *existencia* (estar-no estar, tener-no tener) compara lo representado con lo percibido, admite o impugna la *existencia de una representación en la realidad*. «Es un interés del yo-realidad definitivo que se desarrolla desde el yo placer inicial» (Freud, 1925: 254-255).

La representación acredita así un *atributo* (bueno, malo, agradable, desagradable) de lo percibido. Constata si lo representado dentro del yo se encuentra en la realidad percibida. El *juicio de existencia* requiere dejar de lado la compulsión a mantener el principio de placer, *suspenderlo*, para que la comparación admita lo diferente del mundo exterior y lo acoja en el yo. Trae aquí la cuestión de cómo se gesta la distinción de lo subjetivo, de lo meramente representado, de lo exterior, la capacidad de admitir y discriminar el afuera, lo otro, lo ajeno, lo diferente.

Articularía aquí el concepto de desmentida estructural que acuñó Myrta Casas (1999), porque pienso que la desmentida de la indefensión y de la muerte trabajaría a favor de esta suspensión de la compulsión del principio de placer que dará cabida al juicio de existencia, facilitando una espera psíquica fantaseada hasta la reaparición del ajeno auxiliador.

Creo entender a partir de estas propuestas freudianas que este movimiento de proyección de la superficie corporal al polo psíquico

(sistema percepción/conciencia-núcleo del yo) es múltiple y variado y dependerá de que lo pulsional, a modo de bucle, recorra su circuito de ida y retorno.

Un yo que ampliará o no su vínculo con la realidad a partir de estos entrelazados del juicio de atribución y existencia armados en espejo de la experiencia subjetiva con el otro. Las experiencias de placer-amor, displacer-dolor-odio-ruptura pulsionales comandando la discriminación de lo bueno y malo, del afuera y el adentro, de lo presente y de lo ausente.

#### DESPEJANDO ESPECTROS. AUTISMO: UN MÁS ACÁ DE LA SEXUALIDAD INCONSCIENTE

Con los límites que impone un trabajo, quisiera introducir algunas ideas para pensar la diversidad que hallamos en niños que vienen con un diagnóstico de trastorno del espectro autista.

Importaría distinguir dentro del trastorno del espectro autista a los niños que han alcanzado mecanismos como los de expulsión (proyección) de lo malo y doloroso afuera del yo de otros que no lo han logrado. Son mecanismos diferentes de los que prevalecen en el autismo de Kanner y que se acercarían a lo que M. Klein describe en su propia metapsicología como los de los inicios de la posición esquizoparanoide. Esta autora piensa el origen del yo desde los inicios de la vida psíquica partiendo de la idea de la deflexión del instinto de muerte en el origen de la posición esquizoparanoide. Se establece la escisión que protege al yo primitivo de lo amenazante y mortífero que será proyectado en un objeto malo. Se configura así un mundo interno poblado de fantasías inconscientes del yo y objetos con cualidades de vida, muerte, persecución y retaliación.

Acompañó a Francis Tustin cuando piensa que estos mecanismos psíquicos de proyección e introyección son un punto de inflexión que daría cuenta de un comienzo primitivo de separación *que el niño autista aún no ha alcanzado* (destacado mío).

Esta autora sostiene que existirían «enclaves autísticos» que remiten a un estadio mucho más primitivo de comunicación con el cuerpo de la madre, que se da en un nivel muy concreto. Este vínculo muy primitivo determina que el bebé normalmente viva a la madre como extensión física

de sí, a modo de prolongaciones o seudópodos emitidos a partir de lo que serán las zonas erógenas.

Este funcionamiento es sensorial, previo al autoerotismo y a la posición esquizoparanoide, lo define como autosensual y vehículo de la comunicación primitiva con el pecho materno.

Si esta comunicación sensorial fracasa o es interrumpida bruscamente, el niño experimentaría una depresión muy precoz con vivencias de mutilación extremas, de despedazamiento, de hundimiento y licuefacción. Caída del tipo de «agujero negro», al modo de una herida física desgarrada y sangrante.

Es de interés utilizar estos conceptos para dilucidar los matices que diferencian a los niños diagnosticados como trastorno del espectro autista por presentar síntomas de retraimiento, aislamiento y falta de contacto.

#### VIÑETA

*Una pareja de padres consultan para saber si su hijo de tres años padece un trastorno del espectro autista. El niño no mira a la madre, no le habla, le evita el contacto. En la escuela su integración social es pobre, no trabaja grupalmente. La madre se plantea las diferencias que nota entre él y sus otros hijos desde el nacimiento. Si bien el niño parece haber adquirido el lenguaje, los padres relatan que no lo dispone para la comunicación con ellos. En la primera entrevista, entra al consultorio sin mirarme, me presento pero me ignora y le señalo el material de juego sobre el cual se abalanza con interés. No parece angustiarse cuando la madre se retira. Sigue sin mirarme, no me responde. Toma de los muñecos niños y bebés, a los que mete adentro de una casa. Toma un avión y lo estrella con gran violencia sobre el bebé de la casa. Varias veces intento interactuar pero no responde. Luego, comienza a meter a los niños y a los bebés adentro de un agujero de la casa. Todos apelotonados allí, quedan ocultos.*

Le digo: esos niños están escondidos, no miran, no hablan, como tú, ¿estarán enojados?

*En ese instante se contacta intensamente, me mira a los ojos y me dice: ¡Yo no estoy escondido!, desconectándose nuevamente de mí.*

*El juego se hace cada vez más violento y desorganizado, atropella reiteradamente con camiones a todos los muñecos, los personajes que componen*

*su juego se matan y mutilan. Retorna los muñecos a la casa, quedan apoltonados, asoman fragmentos de cuerpos por puertas y ventanas entreverados con otros objetos colocados a presión.*

Tustin (1992: 37) sostiene que algunos pacientes no experimentan masivamente las vivencias críticas del autista, pero apelan circunstancialmente a defensas autísticas. Esta autora se preocupó muy especialmente en establecer distinciones psicodinámicas que penetren más allá de los fenómenos externos.

Como ilustra la viñeta, si bien este niño no es autista, muestra su sufrimiento y agresividad contenida en el juego. Proyecta en el entorno la angustia paranoide y de fragmentación, sus defensas lo aíslan para protegerse de un objeto perseguidor. Frente a estas vivencias su yo se escinde a expensas de defensas esquizoides.

Claramente, su verbalización «yo no estoy escondido» da cuenta de la instauración de la capacidad de atribuir y dar existencia al yo y a objetos. Negación mediante, habla de su estar enojado, pero sobre todo de identificaciones establecidas más allá de los síntomas por los que consultan.

El funcionamiento autístico se distinguiría entonces del esquizoparanoide por hallarse «más acá» de la posición esquizoparanoide kleiniana y/o de la propuesta freudiana de proyección de la superficie del cuerpo sobre el polo perceptivo del aparato, del signo perceptivo.

Pienso que en el autismo de Kanner existiría una barrera que impide aquella *protosimbolización*, la vinculada con la proyección de la superficie corporal organizadora del núcleo del yo. Sin esta «acción psíquica primordial», sin la experiencia de goce encarnada en el cuerpo, no se grabará en la psiquis, no habrá cuerpo erótico ni yo.

El autismo demuestra que no es suficiente disponer de órganos sensoriales indemnes para la percepción psíquica del objeto. Esa experiencia debe lograr organización para adquirir una cualidad mental, vale decir, para que el órgano de fonación produzca con placer mensajes como el balbuceo o el laleo, o para que el de la visión busque y ofrezca mirada, el de la audición comprenda la sonoridad de la palabra y la distinga del ruido, o para que el cuerpo y la piel entren en diálogo con el holding y la caricia materna.

Desde otro paradigma teórico, Colette Soler (2004: 67) concluye que el autismo señala una «enfermedad de la libido» en un cuerpo en el que los órganos no están enfermos, lo que volvería incompetente la investidura materna.

No ocurriría la animación del despertar pulsional, el niño parece tener un funcionamiento automático que oscilaría entre parecer un ser vivo sin libido, sin deseo, inerte, o transformarse en una máquina que se resiste a significar y que generalmente expone lo maquinizado o automatizado del Otro. Lo maquinizado también se observa en el lenguaje, cuya prosodia idiosincrásica y enigmática se aleja de la musicalidad de la lengua materna. Según Myriam Boubli, descubrimientos lingüísticos indican que la prosodia es la base que precede al lenguaje hablado, es una matriz sintáctica sobre la que la palabra se asienta secundariamente (Boubli, 2013: 34).

PARA FINALIZAR:

ALGUNOS DE LOS DESAFÍOS PARA EL TRABAJO CLÍNICO

Muchos niños pueden presentar síntomas y defensas autísticas pero no necesariamente ser autistas, lo que no implica que el trabajo con ellos no signifique un desafío cargado de interrogantes y paradojas.

El encuadre nos exige estar disponibles a partir de nuestra sensorialidad abarcando al cuerpo, vocalizaciones y ruidos, tomándolos del mismo modo que al objeto autista, como aliados para promover simbolizaciones. El analista se mete en el mundo de la ecolalia, la imitación del ruido o la acción estereotipada, dispone de la hiperlexia o del objeto autista para construir un lazo que, tras un trabajo de largo aliento, permita lograr contacto, mirada directa o a través del espejo, nombrar situaciones o afectos para llegar en algún momento a nombrarse. El analista toma como punto de partida los actos y emisiones motoras o sonoras no pensadas o desvitalizadas que trae el niño, se mete en la indiferenciación y establece desde allí una dinámica gradual de permanencia y cambios, significaciones que conduzcan a algún tipo de inscripción significativa, de huella objetal que dé origen a una discriminación subjetivante.

La paradoja está en que ciertas funciones corporales no tomadas por el significante que venían «marchando bien» pasan a dar síntomas en la medida en que van siendo tomadas por la demanda del significante.

Durante el abordaje terapéutico, cuando comienzan a caer las defensas autísticas, lo adquirido en forma refleja puede dar síntoma en la medida en que emerge algún grado de registro simbólico. Aparecen así angustias psicóticas aterradoras, de hundimiento, muerte, licuefacción, de vaciamiento frente al reconocimiento de la presencia, cambios y/o separación con la madre y/u objetos. Se puede afectar el control esfinteriano, se perturba el sueño, se desorganiza el pensamiento o la conducta, aparecen cuadros psicósomáticos importantes. Paradójicamente son síntomas que dan cuenta del inicio de un proceso de existencia psíquica que hasta entonces parecía desmantelado.

Tomar en cuenta la función tranquilizadora y de sostén fundamental que tienen las conductas de inmutabilidad y/o de aferramiento a un objeto para contener la angustia nos ubica en una posición muy opuesta a la de quienes piensan que se trata de actitudes opositoras o no colaboradoras de un niño al que hay que reeducar.

Esta visión del síntoma también genera otro posicionamiento frente a niños con diversas patologías graves (no solo autistas), ya que tanto el analista como el psiquiatra infantil dentro del equipo interdisciplinario con formación psicoanalítica conocen la función homeostática de las defensas frente a la angustia, por lo que se acercan sin avasallarlas e integrando estos objetos a sus estrategias de trabajo.

El analista trabaja y siembra desde la sensorialidad para desplegar lo pulsional y dar a luz representaciones, para un cambio en las condiciones de atribución representativa que habiliten a dar existencia cohesiva al self y a la percepción psíquica de la separación con matices menos terroríficos y/o amenazantes. A posteriori y con la evolución, sabremos si el esfuerzo de este trabajo dará frutos en el surgimiento del sujeto psíquico. ♦

## RESUMEN

Trabajamos las vicisitudes diagnósticas generadas frente a la clínica del trastorno del espectro autista, particularmente cuando articulamos la sintomatología descriptiva con la dinámica psíquica. Un niño que puede decir «yo soy...» ha transitado un largo proceso, un arduo «trabajo psíquico» que, desde lo libidinal, toca al cuerpo en representaciones que proveerán espesor a los recursos simbólicos que organizarán el lenguaje, el pensamiento, la psicomotricidad, la apetencia cognitiva, la fantasía, la creatividad.

Partimos de premisas metapsicológicas acerca de la constitución subjetiva y de factores que influyen en el fracaso del despliegue de una sexualidad infantil que arme el aparato psíquico.

Transmitimos la hipótesis de la existencia de una protosimbolización relacionada con la proyección de la superficie corporal organizadora del núcleo del yo, que falla en el autismo de Kanner. Nos preguntamos por la existencia de una barrera que altera esta «acción psíquica primordial» impidiendo el origen del cuerpo erógeno y el yo. Interpelamos al «trastorno del espectro autista» explorando sus diferentes matices intrasubjetivos para enfocarnos en las diferencias dinámicas entre el autismo de Kanner y otras entidades sindromáticas. Destacamos la importancia de distinguir a quienes muestran mecanismos estructurantes primarios como los de expulsión (proyección) de lo malo y doloroso afuera del yo, por representar una vía de alcance de logros simbólicos.

Por último, señalamos algunas características del encuadre psicoanalítico que marcan su diferencia por apuntar al rescate del sujeto psíquico.

*Descriptores:* AUTISMO / INFANCIA / PULSIÓN / SUBJETIVIDAD / YO /  
TRASTORNOS DEL DESARROLLO / MATERIAL CLÍNICO /

## ABSTRACT

We will work the diagnosis difficulties which arouse at the clinic of the Autistic Spectrum Disorder, particularly when we frame about the descriptive symptomatology of the psychic dynamics. A child who can say «I am...» has walked through a long process, a hard «psychic work» which from the libidinal aspect, touches the body in representations which will provide thickness to the symbolic resources which will organize the language, the thinking, the psychomotor activity, the cognitive appeal, the phantasy, the creativity. We will begin with metapsychologic premises about the subjective constitution and the facts that have influence on the failure of the unfolding of the children's sexuality that may build the psychic structure.

We will transmit the hypothesis of the existence of a proto-symbolization related to the projection of the body surface which organizes the Self Core which fails on the Kanner Autism. We ask about the existence of an impediment which alters this «primitive psychic action» and does not allow the erogenous body and Self development.

We will question the «Autistic Spectrum Disorder» by exploring its different intrasubjective aspects to focus the different dynamics between the Kanner Autism and other sindromatic entities. We emphasize the importance of distinguishing those who show primary structural mechanisms as those of expulsion (projection) outside the Self, by representing a way to attain symbolic achievements.

At last we will point some characteristics of the psychoanalytic setting which points out the rescue of the psychic subject in critically ill patients.

*Keywords:* AUTISM / INFANCY / DRIVE / SUBJECTIVITY / EGO /  
DEVELOPMENTAL DISTURBANCES / CLINICAL MATERIAL /

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Boubli, M. (2013). Sí mismo y objeto en espejo multisensorial: un aporte metapsicológico de la clínica con el autismo. *Controversias en psicoanálisis de niños y adolescentes*. Buenos Aires, Revista on line de APdeBA, Dossier 2013.
- Casas, M. (1999). Importancia del no en la estructuración psíquica. En *El camino de la simbolización*. Buenos Aires: Paidós.
- Freud, S. (1895). *Proyecto de una psicología para neurólogos*. Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- Carta 52 (1896). Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- (1905). *Tres ensayos de teoría sexual*, Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- (1923). *El yo y el ello*. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- (1925). *La negación*. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- Gil, D. (1995). El yo y la identificación primaria. En *El yo herido, escritos en torno al yo y al narcisismo*. Montevideo: Trilce.
- Golse, B. (2012). Sobre lo que no podemos ceder. *Controversias en psicoanálisis de niños y adolescentes*. Buenos Aires, Revista on line de APdeBA, Dossier 2013.
- Maleval, J. C. (2012). *¡Escuchen a los autistas!* Buenos Aires: Grama Ediciones.
- Soler, C. (2004). El niño autista y el otro. En *El inconsciente a cielo abierto de la psicosis*. Buenos Aires: JVE Ediciones.
- Tustin, F. (1992). *El cascarón protector en niños y adultos*. Buenos Aires: Amorrortu.

# Lo sexual infantil y puberal en los grupos terapéuticos de escritura para adolescentes



---

ANNE BRUN<sup>1</sup>

La especificidad de los grupos terapéuticos de escritura para adolescentes está estrechamente correlacionada con la problemática adolescente. «Yo es otro» escribió el poeta francés Rimbaud, quien exploró por medio de la escritura esta alteridad interna en una obra brillante, a la que puso término antes de los veintiún años... La inquietante extrañeza, lo ominoso de un Yo convertido en Otro se perfila de manera aguda en el momento de la adolescencia, de la revolución puberal que enfrenta al joven con un nuevo cuerpo sexuado y con un conjunto de reorganizaciones psíquicas asociadas a una sexualización del pensamiento y de las representaciones. ¿Cómo podría la escritura, en el marco de un dispositivo grupal, ayudar al adolescente en dificultad a apropiarse de ese cuerpo genital extraño, a construir un espacio psíquico autónomo y a acceder al estatus de sujeto independiente?

Las mediaciones terapéuticas grupales se sitúan en las fronteras de la experiencia analítica. La cuestión planteada en este artículo será saber si se puede considerar una extensión del psicoanálisis, en el campo de la clínica adolescente, la utilización por los psicoterapeutas de la escritura como mediación, tomando como referencia la metapsicología psicoanalítica.

1 Profesora de Psicopatología y Psicología Clínica. Directora del CRPPC (Centre de Recherche en Psychopathologie et Psychologie Clinique), Universidad Lumière Lyon 2. [annebrunlyon@orange.fr](mailto:annebrunlyon@orange.fr)

La escritura terapéutica en grupo, cualquiera sea la problemática psicopatológica de los pacientes, permite desarrollar modalidades específicas de simbolización, al constituirse como lugar de emergencia de una escritura del cuerpo, cuerpo puesto en relato, narrado en los textos, más allá de las temáticas abordadas. De manera general, el papel primordial que desempeña el cuerpo en la escritura da especificidad a la obra literaria, compuesta a partir de la proyección de las sensaciones corporales del autor, que forman «el cuerpo de la obra», según D. Anzieu (1981). Pero, a diferencia de una actividad de escritura individual, el taller terapéutico de escritura representa un verdadero modo de tratamiento de la problemática corporal al activar la fantasmática grupal inconsciente que da forma a los textos escritos por cada uno de los participantes.

Esos textos y las palabras que acompañan su producción constituyen un relato polifónico de grupo que va tejiéndose de sesión en sesión a través de la palabra y de la materialidad de la escritura, de la articulación entre lo intrapsíquico y lo intersubjetivo. No se trata solamente de dar forma al cuerpo grupal, vinculado con las fantasías inconscientes organizadoras del grupo, cuyas configuraciones fueron determinadas por R. Kaës (1976) y Anzieu (1975). Se trata también de activar, en cada participante, procesos de simbolización de vivencias corporales arcaicas no figurables hasta entonces, o de mociones pulsionales inasimilables que tienden a desbordar el yo: el trabajo de escritura en grupo reactiva así vivencias corporales y huellas mnémicas no simbolizadas, convocándolas, de algún modo, a la figuración.

A partir de mi experiencia con varios tipos de grupos de escritura terapéuticos, por ejemplo con pacientes psicóticos, pacientes alcohólicos, pacientes presos, he propuesto definir algunas figuras dominantes del trabajo terapéutico realizado con los pacientes mediante la escritura grupal (Brun, Chouvier y Roussillon, 2013, cap. 11). De manera general, esta investigación parte de la suposición de que el tratamiento de estas situaciones necesita marcos y dispositivos que tengan en cuenta, de forma específica, los registros de la sensorialidad, de la motricidad y, en suma, el de la corporalidad para que los pacientes sujetos puedan acceder a los procesos de simbolización. Desde esta perspectiva, propongo una modelización de la práctica de talleres terapéuticos de escritura como herramienta de tratamiento de las situaciones clínicas extremas, como

las de pacientes psicóticos adultos, alcohólicos, adolescentes suicidas y detenidos. Estos trabajos sobre los grupos terapéuticos de escritura en situaciones clínicas extremas se articulan en torno a la temática del cuerpo y la elaboración del actuar (*l'agir*), en particular desde la óptica de una metaforización del cuerpo en la escritura.

El trabajo en los grupos terapéuticos de escritura se inscribe en una reflexión más global sobre los dispositivos que utilizan mediaciones, a partir de la cual propuse primero una metapsicología de las mediaciones en la psicosis infantil (Brun, 2013). Me surgió la idea de una posible y necesaria elaboración de una metapsicología de la mediación en la psicosis infantil, basada no solamente en una síntesis y una puesta en perspectiva de los trabajos sobre la mediación, la simbolización, los grupos y la psicosis, considerados a partir del campo de la psicosis infantil, sino también en la propuesta de nuevos puntos de vista sobre el marco conceptual que ilumina estas prácticas, que necesitan una modelización específica.

La tesis principal es que en el campo de la psicosis infantil y del autismo las mediaciones terapéuticas presentan el interés de dar a los niños el acceso a los procesos de simbolización a partir de la sensoriomotricidad. En efecto, la especificidad de este marco terapéutico consiste en proponer un trabajo de puesta en figuración, a partir de la sensorialidad, tanto de la sensoriomotricidad del niño como de las cualidades sensoriales del médium maleable, sin olvidar, en algunos aspectos, la implicación del cuerpo de los terapeutas en su vínculo con los niños. El hilo conductor de mi reflexión se refiere entonces a las modalidades de los procesos de simbolización emprendidos por el niño a partir de la sensoriomotricidad y a los procesos de metabolización que vuelven figurable el registro sensoriomotor.

#### EL ENCUADRE-DISPOSITIVO DEL GRUPO TERAPÉUTICO DE ESCRITURA

El trabajo terapéutico se presenta de la manera siguiente: el taller de escritura, de una duración de dos horas semanales, comprende tres tiempos distintos: primero un tiempo de intercambios entre los participantes, durante el cual se elabora la consigna de escritura del día, variable según la dinámica grupal y la eventual indicación de los terapeutas; después un segundo tiempo de escritura, por lo general individual, pero a veces también

colectiva, y, por último, un tercer tiempo de lectura oral, de asociaciones e intercambios sobre cada texto. Una pareja terapéutica sostiene el encuadre del grupo. *Estos terapeutas son psicoanalistas o tienen una formación en psicología clínica referida a la metapsicología psicoanalítica.* Para focalizar de manera diferenciada la dinámica transferencial de los pacientes con cada uno de los terapeutas, es preferible que uno de ellos escriba con los pacientes, mientras que el otro se abstiene de entrar en la escena de la escritura, lo cual le permite instaurar la distancia terapéutica necesaria para el proceso de elaboración. El terapeuta que escribe produce, al igual que los otros participantes, un texto individual. Ese texto es concebido como un espejo del grupo, que propone a los participantes un reflejo de la fantasmática grupal inconsciente; los pacientes captan rápidamente que ese texto del terapeuta remite a los fenómenos presentes en el grupo y pueden jugar a descifrarlo, asociándolo con la historia del taller y de los individuos que lo integran. Durante el tiempo de escritura, el terapeuta que no escribe puede releer los textos de la carpeta colectiva, materializando así su función de ensoñación dentro del grupo.

Los disparadores de la escritura varían a lo largo de las sesiones, según la dinámica grupal; la consigna de escritura va adquiriendo forma durante los primeros intercambios en el taller, relacionada con la fantasmática grupal inconsciente que está presente. Dicho de otro modo, la consigna de escritura se elabora a menudo a partir de las palabras de los adolescentes y de la fantasmática grupal surgida en el taller anterior. Cuando los terapeutas retoman el trabajo realizado, después de cada sesión, el análisis a posteriori de los temas de escritura elegidos revela de hecho la importancia de la fantasmática grupal inconsciente, tanto en las consignas propuestas por los pacientes como en las sugeridas a veces por ellos, como un eco de su vivencia contratransferencial. La contratransferencia del terapeuta juega en efecto un rol central en esta elaboración de las consignas. Entre los múltiples desencadenantes posibles de la escritura, mencionaré, en el ejemplo clínico siguiente, la invitación a un viaje a una tierra imaginaria, que es la consigna más frecuente de este taller, por razones específicas de la problemática adolescente.

En la mayoría de los casos la escritura es individual, pero a veces también grupal, según la dinámica en juego en el taller. Los participantes pueden proponer temas de escritura escribiéndolos en papelitos que después

se sortean, y el texto que se escribe se dirige entonces más particularmente a la persona que sugirió el tema. ¿Qué sucede con los textos escritos por el grupo? Se guardan en una carpeta colectiva que se deja en el medio de la mesa en cada sesión grupal. Los participantes aceptan generalmente de buen grado que se conserve una fotocopia de su texto en la carpeta y muchas veces se llevan el original. Este juego entre lo íntimo y lo grupal parece fundamental en la adolescencia, cuando se vuelve conflictiva la articulación entre los vínculos con el entorno y la construcción de un espacio psíquico interno.

En fin, la cuestión de la interpretación del texto es importante en ese tipo de encuadre-dispositivo. Es posible captar el sentido inconsciente de un texto e interpretarlo primero con ayuda de las asociaciones que realiza el autor, pero también a partir del surgimiento de constelaciones asociativas recurrentes en los escritos, según una modalidad de abordaje psicoanalítico de los textos en el terreno de la literatura. Muchas veces, el propio grupo terapéutico de escritura hace hincapié en esas redes asociativas, subrayando los ecos entre los diferentes textos de un mismo autor. El trabajo de interpretación se hace también analizando la dimensión contratransferencial de las propuestas de consignas de escritura, del compromiso contratransferencial presente en los textos del terapeuta que escribe y, finalmente, en el análisis de las modalidades mismas de intervención del terapeuta, reveladoras de su contratransferencia. Como lo indica A. Green (1992), el analista deviene el analizado del texto, por lo que es importante determinar los efectos contratransferenciales de los textos en el terapeuta. Por supuesto, las intervenciones grupales del terapeuta no deberían formular este análisis en forma interpretativa, sino más bien mediante relances asociativos, propuestas de imágenes y a veces interpretaciones formuladas a partir de la transferencia grupal.

#### UN ENCUADRE ESPECÍFICO PARA LOS ADOLESCENTES

Las características señaladas definen el conjunto de los grupos terapéuticos de escritura, pero para que el trabajo grupal de escritura sea eficiente para la problemática de los adolescentes conviene proponerles un encuadre terapéutico específico, que se ilustrará en el ejemplo siguiente.

En el contexto de la dificultad de un sector de psiquiatría infantil para proponer tratamientos para los adolescentes de la edad bisagra de trece a diecisiete años, propuse crear un grupo terapéutico de escritura, transversal, no dependiente de ninguna unidad de tratamiento particular. La mayoría de los adolescentes que participan en este taller de escritura están escolarizados y viven con sus familias. Las indicaciones, que excluyen las patologías psicóticas, son muy variadas: conductas adictivas, maternidad muy precoz, sintomatología somática, tentativas de suicidio, etc. La creación de este taller terapéutico de escritura necesita un trabajo previo de colaboración y relacionamiento con los profesionales de salud del sector (psiquiatras, psicólogos, médicos responsables de las unidades hospitalarias con sus equipos) para definir las indicaciones terapéuticas.

### **Indicación y entrevista inicial**

En cuanto al encuadre de este taller terapéutico, antes de admitir a un adolescente en el grupo de escritura, este entra en contacto conmigo, en mi calidad de psicoanalista-psicoterapeuta del sector, en una entrevista individual. Este encuentro inicial ha demostrado ser fundador de la alianza terapéutica con el joven, a quien se invita a participar en un grupo de escritura solamente si lo pide de manera expresa, personalmente, después de un tiempo de reflexión. Para los adolescentes derivados por el servicio de pediatría tras una tentativa de suicidio, se impone una modificación del encuadre de la primera entrevista. La experiencia ha mostrado, en efecto, que es raro que un adolescente solicite, después de su hospitalización, su admisión en el grupo terapéutico de escritura por una indicación formulada por el servicio de pediatría. En ese caso me desplazo hasta este servicio para entrevistarme con el joven durante su hospitalización. El interés de este dispositivo es movilizar al adolescente en la urgencia consecutiva al pasaje al acto e iniciar un proceso transferencial sobre el cual podrá apoyarse para incorporarse al grupo terapéutico.

### **Articulación entre grupo terapéutico y tratamiento individual**

Parece indispensable que el grupo de escritura no sea un polo único de tratamiento —omnipotente o impotente—. Es por ello que el ingreso a este tipo de dispositivo se acompaña de un tratamiento conjunto, individual

o familiar, con un psicólogo y/o psiquiatra del sector de salud, a un ritmo variable según el caso y el tipo de tratamiento (psicoterapia, entrevista individual o familiar). Mientras dura el grupo de escritura, a menudo los adolescentes establecen vínculos espontáneos entre su terapia individual y su trabajo grupal.

### **El ciclo de escritura como organizador temporal específico**

La propuesta de ciclos de escritura de cinco sesiones, renovables, será, en la problemática adolescente, un organizador temporal específico. Ese dispositivo permite particularmente trabajar en el taller la cuestión de la demanda, de la inscripción en la temporalidad y de los vínculos transferenceles con el grupo. Al terminar o reiniciar un ciclo, cada participante hace un balance del trabajo terapéutico, lo cual le permite al adolescente, que tiende a vivir en un presente eterno, marcar la temporalidad de períodos sucesivos y volverse así activamente sujeto de su historia en el grupo. Además, la reflexión sobre sí mismo de manera periódica en esos momentos bisagra sitúa la escritura como una experiencia de cambio que el grupo, los terapeutas y el propio adolescente destacan a lo largo de los ciclos.

Por otro lado, este dispositivo permite modular la participación del joven en el transcurso del tiempo, le hace posible organizar una ruptura temporal del tratamiento, de la cual él es protagonista activo. Los adolescentes sienten frecuentemente la necesidad paradójica de romper los lazos que han investido fuertemente, pues la relación de dependencia con el objeto puede representar una amenaza a nivel de su narcisismo. No es raro, por ejemplo, que un adolescente pida o realice una interrupción provisoria de su participación en el grupo; el joven puede entonces distanciarse en forma momentánea, sin ruptura definitiva. El regreso al grupo le da luego la oportunidad de trabajar, a partir de la dinámica transferencial, sobre los motivos inconscientes de su interrupción provisoria. De este modo, los procesos de separación-individuación y la problemática del duelo de las imagos parentales se actualizan frecuentemente en este encuadre terapéutico. Es importante pues no imponer de entrada un encuadre definido solamente por los terapeutas, sino coconstruir el encuadre con cada adolescente.

## LA ESCRITURA COMO TRATAMIENTO DE LO PULSIONAL PUBERAL

Una de las funciones de la escritura en la adolescencia consiste en hacer surgir la imagen de un cuerpo genital frecuentemente vivido por el adolescente como algo «inquietante y ominoso» (Cahn, 1998), capaz de desbordarlo o de amenazarlo con su fragmentación. En ese sentido, la escritura podría representar para el adolescente un modo de tratamiento de lo pulsional puberal (Gutton, 1993), que podrá ser externalizado en los escritos en grupo. El adolescente intentaría entonces regular la amenaza de desborde pulsional en la pubertad por medio de la puesta en relato de la aventura de su cuerpo.

La aventura del Yo (*Je*) adolescente en la escritura será también la aventura de la subjetivación, como lo ha mostrado F. Richard (2001: 231-268) a partir de diferentes autores. Sin embargo, la escritura con fines terapéuticos no tendría por qué desplegarse forzosamente en el registro de la autobiografía. En mi práctica de grupos de escritura terapéuticos para adolescentes, me propongo mostrar cómo, paradójicamente, el hecho de descentrar al adolescente de su Yo en la escritura grupal, para invitarlo a meterse en la piel de un Otro, de un Yo ficticio, le permite crear una distancia propicia para instaurar un proceso de subjetivación. Ese juego de escritura a partir de un Yo convertido en Otro activará en el adolescente el proceso de reapropiación de un cuerpo extraño, permitiéndole además configurar un espacio psíquico propio, separado del exterior. Una de las funciones principales de la escritura grupal en la adolescencia consistiría por tanto en permitirle al adolescente reconquistar su Yo a partir de un Yo otro, en los textos y en el espejo grupal. Concretamente, se invita a los participantes a diferenciar en sus textos el narrador del autor, lo que materializa una distancia entre el Yo y el Otro en el Yo. Limitaré los ejemplos clínicos a la consigna más frecuente de este taller de escritura, dada en particular cuando un nuevo participante se integra al grupo: la invitación a un viaje imaginario,<sup>2</sup> que convida al adolescente a una *extraterritorialización* de su yo.

2 Para esta consigna de escritura me inspiré en los viajes imaginarios de Henri Michaux, que dedicó una obra, *Ailleurs* (1948), a la invención de países extraños.

«Imagínese que es un viajero que descubre un país imaginario. Debe describirlo en un relato de viaje en primera persona. Puede dar rienda suelta a su fantasía para inventar la configuración de ese país y las particularidades de sus habitantes.»

En ese viaje imaginario, el Yo del adolescente se presentará como el Otro del viajero, porque el Yo del narrador designará a ese viajero que descubre un país desconocido. Así, mediante un proceso proyectivo, los adolescentes podrán de inmediato evocar los aspectos más íntimos de su mundo interior y de sus vínculos con su entorno, sin por ello tener la impresión de mostrarse. Esta expatriación, repetida de manera regular en el curso de los talleres, les permitirá externalizar, en forma de lugares imaginarios, representaciones y afectos mortíferos, violentos, extraños, así como también dar cuerpo a vivencias arcaicas que remiten a las relaciones precoces con las imagos parentales, sin ser amenazados de aniquilamiento o de explosión frente a la desligazón de fuerzas inconscientes. A lo largo de los diferentes textos, a partir de las asociaciones afines, tanto personales como grupales, y de las intervenciones de los terapeutas, el adolescente descubrirá progresivamente que lo que está explorando es su propio mundo interno como una tierra extranjera. El taller de escritura lo incitará poco a poco a reapropiarse del Otro en sí mismo.

Así, estos relatos de viaje permiten a los adolescentes externalizar en lugares inventados su geografía íntima. Esas ficciones escritas en primera persona —en Yo— pueden leerse como una proyección del cuerpo del autor, a la vez del nuevo cuerpo sexuado de la genitalidad y del cuerpo pregenital de la infancia. En efecto, junto con la aparición de imágenes típicas de la eclosión pulsional puberal, esos viajes imaginarios dibujan a menudo en filigrana figuras de vivencias corporales arcaicas, que remiten al cuerpo pregenital. Pueden aparecer entonces defensas regresivas frente a ese nuevo cuerpo deseante, en forma de representaciones de descorporeización o, al contrario, de una afluencia de imágenes sensoriales asociadas con la primera infancia, que evocan una sensorialidad regresiva o arcaica, como si el adolescente intentara preservar la imagen idealizada del cuerpo pregenital. Puede tratarse también de una tentativa de inscribir una diversidad de vivencias corporales para poder de alguna manera reapropiarse de una afluencia desorganizadora de sensaciones, bajo la forma de un texto

unificado. En el curso de un taller terapéutico aparecen frecuentemente esbozos de ligazón del cuerpo erógeno en la escritura, que se presenta como una tentativa de religazón pulsional del caos, de unir las pulsiones parciales en un cuerpo de texto unificado.

#### LA ESCRITURA ADOLESCENTE COMO TENTATIVA DE REUNIFICACIÓN DEL CUERPO Y DE LA PSIQUIS

Como lo ha mostrado J. Guillaumin (2001), la proyección en la escritura de un exceso de estímulos permite una inscripción externa de lo que no se ha elaborado internamente y un tratamiento mediante la escritura de elementos inaceptables, como las mociones pulsionales incestuosas y parricidas que el adolescente no logra elaborar. El interés terapéutico de la escritura grupal en la adolescencia consistiría, por tanto, en permitir que el adolescente reintroye y se reapropie de lo que ha proyectado en sus textos y en el grupo. Así, el adolescente puede utilizar la escritura como modo de reunificación de sí, frente al riesgo de estallido pulsional en la pubertad. Gracias a la escritura en grupo, el adolescente junta de alguna manera vivencias corporales fragmentadas y contempla en el espejo de la página escrita —y en el del grupo!— una imagen reunificada de sí. En fin, por medio de la invención de escenarios fantasmáticos, indisociables de su vivencia corporal, el adolescente trabaja para dar forma y elaborar su excitación pulsional.

En esa perspectiva, la escritura grupal en la adolescencia contribuiría a reducir el posible «clivaje entre cuerpo y psiquis», característico del proceso puberal según A. Birraux (1994). La reducción progresiva de ese «clivaje» entre el cuerpo de la historia infantil y el cuerpo púber acompaña el proceso de integración del cuerpo sexuado, pero la exacerbación de ese «clivaje» será fuente de diversas patologías. Es por ello que la función principal de la escritura en grupo en la adolescencia consiste en permitir que el joven en dificultad reconstruya la alianza, amenazada por la eclosión puberal, entre él y su cuerpo.

La escritura en grupo en la adolescencia constituye entonces una tentativa de ligazón del cuerpo infantil con el cuerpo sexuado, del cuerpo pregenital con el cuerpo erógeno de la genitalidad. Se trata de dar cuerpo a huellas perceptivas arcaicas, que remiten a las relaciones precoces con el entorno, y articularlas con la expresión de vivencias corporales puberales, ligadas con

fantasías edípicas. En otras palabras, la actividad de escritura grupal en la adolescencia pone a trabajar a la vez los registros edípicos y arcaicos.

#### LA ESCRITURA COMO TENTATIVA DE LIGAR EL CUERPO PREGENITAL CON EL CUERPO ERÓGENO Y COMO ELABORACIÓN DEL GESTO SUICIDA

El ejemplo del trabajo de Marina permitirá establecer algunos aspectos indicadores del trabajo terapéutico durante un año de taller de escritura, en cuyo transcurso Marina escribió una decena de viajes imaginarios.

#### **El viaje imaginario como metaforización del acto suicida**

Marina es una adolescente de catorce años que ingresa al taller de escritura luego de una tentativa de suicidio. Su acto le resulta enigmático a ella misma: lo asocia sin embargo con un conflicto importante con su padrastro, a quien detesta, y sobre todo con el sentimiento de no tener un lugar en su familia, varias veces recompuesta, tanto del lado del padre como de la madre. Es la hija mayor de numerosos hermanos; vive con su madre, pero varias veces estuvo a cargo del padre durante su primera infancia, debido a depresiones importantes de su madre, en particular después de su nacimiento. Tiene pocos recuerdos de su infancia, salvo, a partir de los siete años, de las frecuentes ausencias de su madre, que salía mucho por las noches. Recuerda también que rara vez veía a su padre.

Los primeros viajes de Marina ponen en escena las figuras parentales de manera significativa, y dan algunas claves de su pasaje al acto suicida: el tema del viaje se asocia por lo general con la muerte. Los textos de los jóvenes que han intentado suicidarse metaforizan frecuentemente su reciente regreso del viaje hacia la muerte. Veamos el inicio del primer texto de Marina: «Me siento sola, sola, entonces decido ir a caminar afuera e incluso no volver jamás». Parte entonces hacia un mundo luminoso donde un caballo se aproxima y ella lee una canción en sus ojos: «Una voz apenas audible canta esta dulce melodía, ahora lo sé, es la voz de una de las personas que más amo en el mundo, pero por desgracia él no estaba a mi lado cuando me sentía mal: mi padre». Monta el caballo que la lleva en una carrera loca, cada vez más cerca del sol: «Quiero detenerme pero esta voz me llama, me invade, estoy tan cerca, es quizá lo que siempre he buscado, esta pureza,

¿por qué renunciar ahora?». Pero el caballo tropieza con una roca: «Caigo, caigo, todo está negro, ruedo, ruedo, me detengo, abro los ojos, estoy terriblemente sola. Los espasmos me invaden y me doy cuenta de que estoy en mi cama. Pero el estribillo persiste en mi oreja y estoy casi feliz».

Hay una búsqueda imposible de un padre imaginario que la colma, el de la melodía de infancia, y también del padre más edípico de un mundo pulsional intenso, materializado por la carrera loca del caballo y el calor del sol. La huída para «no volver más» y la caída metaforizan la tentativa de suicidio, que se acompaña por una fantasía de reencuentro con el padre. Este texto evoca también claramente el orgasmo, con los espasmos en la cama, asociado al terror de una caída. Evidentemente, me abstengo de formular interpretaciones, pero apunto simplemente las asociaciones de Marina en relación con el padre. Ella evoca su nostalgia del tiempo en que vivía sola en casa de su padre antes de que este volviera a casarse, su dificultad actual de acercarse a él. Su tentativa de suicidio le permitió sin embargo expresar a su padre su necesidad de verlo y hablar con él a solas.

En una nueva ficción, algún tiempo después, el Yo del narrador practica el buceo, descubre la Atlántida, se encuentra con un viejo sabio con el cual pasa un momento, pero este debe borrar su visita de su memoria. La heroína de la historia se despierta en una cama de hospital, junto a su madre que le anuncia que casi se ahoga en una sesión de buceo. En ese texto, el acercamiento con la figura paterna, esta vez desexualizada por la edad, se mantiene efímero, a la vez la colma y se vuelve mortífero. El vínculo pasajero con la figura paterna siempre está a punto de borrarse, pero la presencia materna la ayuda a escapar de morir ahogada en ese encuentro destinado al olvido. Conviene precisar que en ese momento, a diferencia del trabajo inicial en el taller, Marina ha efectuado una transferencia de tipo materno con respecto al grupo y a mí, y concurre a entrevistas psicoterapéuticas con una terapeuta con la que logró buen investimento.

#### FIGURACIÓN Y TRATAMIENTO GRUPAL DE VIVENCIAS ORIGINARIAS CATASTRÓFICAS

En los escritos de Marina las sensaciones de caída aparecían de manera reiterativa y se fueron asociando en particular con imágenes de ahoga-

miento en un mar que la engulle. En sus relatos de viaje, por ejemplo, muchas veces naufragaba y quedaba sumergida en las profundidades del mar. En mis intervenciones, subrayé el eco posible entre mar (*mer*) y madre (*mère*), al igual que la dificultad para Marina de imaginarse sostenida sobre o por la mar-madre. Sin retomar en detalle el trabajo asociativo de Marina y del grupo, poco a poco se advirtió que esos textos constituían un eco de antiguas experiencias, asociadas especialmente a su vínculo precoz con una madre deprimida y ausente. Varios de sus escritos son entonces una puesta en escena de imágenes ligadas a interacciones precoces, vivencias corporales arcaicas, próximas a las agonías primitivas, como teorizó Winnicott, que permanecieron impensables y no figurables y que fueron reactivadas por la tentativa de suicidio: caída en un hoyo sin fondo, ahogamiento, agujero negro, ausencia de la mirada del otro...

Una de las funciones terapéuticas del taller de escritura consistiría entonces en permitir la figuración de esas vivencias originarias catastróficas, hasta entonces impensables, así como su elaboración en la dinámica transferencial del grupo. Al principio, Marina percibía al grupo como indiferente e indiferenciado, en espejo con un texto en el que ella evocaba un mundo futurista, con robots con rostros cerrados, sin bocas y por tanto sin sonrisas. Marina imagina un mundo futurista en el cual la narradora habita el piso cien de un edificio:

2080, en un departamento del piso cien, la calle es magnífica pero a veces tengo ganas de vomitar al mirar hacia abajo. Esa negrura profunda que veo me da miedo.

Tomo el auto, voy a comprar regalos para las fiestas de Navidad. Todavía no estoy acostumbrada a esta nueva vida, cuando manejo no soporto esta impresión de flotar, tengo la impresión incesante de caer. Todo esto es tan raro [...] Esta caída es interminable, no le veo fin.

Bueno, estoy finalmente en la tienda, es increíble, ahora las cajeras han sido sustituidas por robots que jamás dicen nada, que no tienen boca; o sea que no tenemos derecho a una linda sonrisa de su parte.

Este texto asocia ganas de vomitar, impresión de flotar y caída interminable en un mundo deshumanizado con robots sin boca. Eco sin duda de la ausencia de mirada y de palabras de una madre inmersa en su depresión, que no ha podido asegurar un sostén seguro para Marina. Sin remitirla a las interacciones precoces, sino a través de una intervención en transferencia, le sugerí a Marina un nexo entre estos robots sin boca y su angustia frente a un grupo y a terapeutas que no emitieran ningún eco, que no le devolvieran palabras o una imagen de ella misma. Las asociaciones de Marina y del grupo permitieron ligar su necesidad de tomar un lugar central en el taller con esta angustia de no existir lo suficiente para el grupo. En efecto, Marina buscaba activamente en el grupo la mirada y las palabras que le faltaron de la madre; grupo que ella vivió como un continente materno que le hacía falta. Ese texto, en eco con la ausencia de mirada y de palabras de una madre sumergida en la depresión, es un ejemplo de la manera en que los textos compuestos en el encuadre del taller se escriben siempre en resonancia con la vivencia transferencial del autor, en relación con el grupo y con los terapeutas.

#### TRABAJO DE DIFERENCIACIÓN Y DE DUELO

Tras un año de trabajo, justo antes de la separación de las vacaciones de verano, Marina escribió un texto que cuenta su transformación súbita en su madre, y pone en juego una fantasía de indiferenciación de su cuerpo con el cuerpo materno:

Un sábado por la mañana, me desperté en el cuarto de mis padres, al lado de mi padre. De pronto él se despierta, me toma por el cuello y ¡me besa en la boca! Yo me levanto y voy corriendo al cuarto de baño [...] Me miro en el espejo. ¡Qué horror! ¡No es mi reflejo! ¡Veo el reflejo de mi madre! Grito. Mi padre acude, alarmado. «¿Qué pasa, querida?» Comprendí: mi madre soy yo; y yo soy mi madre. Respondo entonces: «Nada, pa..., digo, mi amor, ¡creo que tengo un granito en la frente!». [...]

Mi madre, una niña de cinco años, me tendía los brazos. Yo la levanto y ella se chupa el dedo. ¡Simplemente nos dimos cuenta de que habíamos cambiado nuestras apariencias! [...]

Yo me acuerdo entonces de que yo era, o más bien de que mi madre era, «psi» y que practicaba la hipnosis. Decido utilizar sus conocimientos. Después de la sesión, finalmente pude volver a poner las cosas en orden. Asombroso, ¿no?

Más allá del aspecto evidentemente edípico del texto, aparece la fantasía de un cuerpo para dos, de un cuerpo idéntico. Este texto condensa extraordinariamente por un lado la evolución del trabajo terapéutico de Marina hacia una diferenciación de los cuerpos, apoyándose en la madre «psi» del grupo al igual que en la escritura grupal, y por otro un posible significado inconsciente de su tentativa de suicidio, en tanto tentativa de diferenciarse del cuerpo materno con el cual se identifica (lo contrario a la búsqueda de una fusión en la muerte).

La escritura de esta adolescente se ha centrado entonces en un trabajo «de separación y de duelo de los objetos erotizados de la infancia», a semejanza de Rimbaud, quien constituye para Guillaumin (2001: 104) el paradigma de la problemática adolescente. Este ejemplo clínico da testimonio de la importancia de las carencias narcisistas de la primera infancia, como lo ha mostrado Cahn (1998). A este respecto, el recurso a la escritura grupal hace trabajar a la vez los registros edípico y arcaico, y las intervenciones de los terapeutas deben articular necesariamente esos dos registros. El caso de Marina plantea de manera ejemplar la cuestión de una interpretación oscilante entre el registro de las necesidades del yo y el del deseo.

De ahí que, paradójicamente, el viaje imaginario permitió a esta jovencita reconstituir algunos hilos de su historia, de lo que ignoraba saber de ella misma, sin necesidad de contar en realidad su historia. Los relatos de viajes imaginarios se organizan pues alrededor de una proyección del cuerpo del autor, a la vez cuerpo pregenital y cuerpo erógeno de la genitalidad, que surgen en las fantasías del adolescente. El recurso a la escritura representa así para un adolescente un factor de ligazón posible entre cuerpo infantil y cuerpo sexuado. En todos los casos, el analista comienza sobre todo por la restauración de los continentes psíquicos, antes de que sea posible la interpretación de los contenidos inconscientes.

## TRABAJO DE AUTOHISTORIZACIÓN (AULAGNIER)

La estrategia terapéutica principal de ese grupo de escritura para adolescentes consiste, paradójicamente, en invitar al adolescente a elaborar su historia, sin comprometerlo por ello en un relato autobiográfico. Es precisamente por la puesta en escena en los textos de un Yo ficticio, en cuya piel se proyecta el adolescente, que este podrá emprender un trabajo específico de autoteorización, término propuesto por P. Aulagnier (1984). Esta escritura grupal resulta muy diferente de la escritura de sí en un diario íntimo, por la inscripción del adolescente en la historia del grupo, el impacto de la fantasmática grupal inconsciente sobre su escritura, así como las apuestas transferenciales de su vínculo con el grupo y con el terapeuta. El texto escrito se convierte en el soporte de este vínculo.

Otra función terapéutica central de ese grupo de escritura consiste en permitir al adolescente operar una importante reorganización identificatoria apoyándose en los escritos de ficción que convocan especialmente las fantasías que se refieren a la novela familiar del sujeto (Freud, 1909), es decir, las fantasías con las cuales el sujeto modifica imaginariamente su relación con los padres. El adolescente viajero se convierte así activamente en el héroe de su historia, remodelándola, transponiéndola, volviéndola a empezar a través de sus aventuras textuales, y su Yo se construye por medio de esta posible difracción en lugares e identidades múltiples.

¿Cómo se opera entonces un posible trabajo de autohistorización dentro del grupo? En la lectura colectiva de los textos redactados durante la sesión terapéutica, el grupo subraya frecuentemente, como ya hemos dicho, las redes asociativas repetitivas en los textos de un autor y las intervenciones de los terapeutas relanzan el proceso asociativo individual del autor y del grupo. Esas asociaciones individuales o grupales con acontecimientos o elementos de la infancia o de la vida actual del adolescente contribuyen al trabajo de puesta en sentido de su historia, que se coconstruye con el grupo y los terapeutas a lo largo de los ciclos de escritura. De ese modo, el adolescente es llevado a construir su historia libidinal y a introducir vínculos de causalidad en el discurso sobre sí mismo. Del lado de los psicoanalistas psicoterapeutas, una de las especificidades del trabajo terapéutico en grupo de escritura con adolescentes consiste en mezclar las

interpretaciones relativas a la fantasmática grupal inconsciente y las que buscan acompañar el proceso de autohistorización de cada paciente dentro del grupo. El adolescente reescribirá así poco a poco las versiones infantiles de su historia, para poder apropiársela desplegándola en el grupo.

De este modo, la escritura terapéutica en grupo en la adolescencia no metaboliza solamente la afluencia pulsional puberal, sino que reactualiza y simboliza lo sexual infantil. La denominación freudiana de *sexualidad infantil* (Brun, 2010) no remite tanto a comportamientos o a puestas en acto del niño, sino a las modalidades primarias de organización de su vida pulsional y a los procesos de apropiación subjetiva de su vida afectiva y de sus deseos. Lo sexual infantil no abarca lo sexual de la infancia, porque la infancia designa un período de la historia del sujeto marcada por un conjunto de acontecimientos y de modalidades de vínculos con su entorno, mientras que lo infantil «conciene una manera de representar los acontecimientos [...], es decir, el trabajo de puesta en sentido de la historia, más que la historia misma» (Roussillon, 2007: 22). R. Roussillon sostiene la idea de que conviene definir lo sexual a partir de su contribución en los procesos de simbolización y en el trabajo de apropiación subjetiva. En esta perspectiva, lo sexual es una forma de proceso caracterizado por su poder metafórico, que remite a la función de ligazón y de integración de la libido descrita por Freud. Lo sexual infantil se mantiene por tanto activo en el adulto, porque su inconsciente guarda las huellas de lo infantil, que el adulto reactualiza, transforma, reinterpreta a lo largo del tiempo, para integrarlo a la actualidad de su experiencia subjetiva. La escritura de los adolescentes queda de este modo marcada por las lógicas de lo sexual infantil que organizan su inconsciente, comportando a la vez las huellas de la afluencia pulsional puberal, que podrá ser simbolizada por medio de la escritura terapéutica en grupo. ♦

## RESUMEN

Este artículo propone considerar como un terreno de encuentro analítico la mediación terapéutica de la escritura en un dispositivo grupal para adolescentes que toma como referencia la metapsicología psicoanalítica. El grupo terapéutico de escritura, que articula el recurso de la escritura y el dispositivo grupal, encamina al adolescente en la vía de la subjetivación, permitiéndole en particular apropiarse de su cuerpo, frecuentemente vivido como extraño, efectuar un duelo de las figuras parentales de la infancia e iniciar un trabajo de autohistorización. Se trata entonces de vislumbrar las modalidades de un encuadre terapéutico específico para la problemática adolescente, y de explorar, a partir de un ejemplo clínico, cómo el recurso de la escritura grupal pone a trabajar a la vez los registros edípico y arcaico. Esta escritura, en el marco de un dispositivo grupal, permite al adolescente tratar a distancia lo pulsional puberal, reactualizando los avatares de las interrelaciones precoces y apelando a la figuración de las vivencias corporales arcaicas, que remiten al cuerpo pregenital. La escritura de los adolescentes queda de este modo marcada por las lógicas de lo sexual infantil, que organizan su inconsciente, comportando a la vez las huellas de la afluencia pulsional puberal, que podrá ser simbolizada por medio de la escritura terapéutica en grupo.

*Descriptores:* ESCRITURA / ADOLESCENCIA / CUERPO / SUBJETIVACIÓN /  
TÉCNICA DE PSICOTERAPIA DE GRUPO / MATERIAL CLÍNICO /

## ABSTRACT

The aim of this paper is to consider, as a field for the analytic encounter, the therapeutic mediation of writing in a group activity for adolescents, in the framework of the psychoanalytic metapsychology. The therapeutic group of writing, which articulates writing as a resource and the group mechanism, leads the adolescent into the road to subjectivization, allowing for the ownership of his/her body, frequently experienced as alien to him/her, for the mourning of the childhood parental figures and for a process

of self-historization to get underway. The paper is an attempt to envisage forms of a therapeutic setting that is specific for the adolescent situation, and to explore, with the help of a clinical example, the way in which group writing activates both oedipal and archaic orders. This writing, in the context of the group mechanism, makes it possible for the adolescent to deal with the pubertal libidinal aspects from a distance, reactualizing the vicissitudes of his/her early relationships and resorting to the representation of the archaic body experiences, which refer to the pregenital body. The adolescents' writing is in this way marked by the logics of infantile sexuality, which organize his/her unconscious, and which at the same time imply the traces of the pubertal drive inflow, which can be symbolized by the therapeutic writing in the group.

*Keywords:* WRITING / ADOLESCENCE / BODY / SUBJECTIVATION /  
GROUP PSYCHOTHERAPY TECHNIQUE / CLINICAL MATERIAL /

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anzieu, D. (1975). *Le groupe et l'inconscient*. París: Dunod.
- (1981). *Le corps de l'œuvre*. París: Gallimard.
- Aulagnier, P. (1984). *L'apprenti-historien et le maître sorcier. Du discours identifiant au discours délirant*. París: PUF.
- Birraux, A. (1994). *L'adolescent face à son corps*. París: Bayard.
- Brun, A.; Chouvier, B. & Roussillon, R. (2013). *Manuel des médiations thérapeutiques*. París: Dunod.
- Brun, A. & Chouvier, B. (2010). *La sexualité infantile*. París: Topos, Dunod.
- Cahn, R. (1998). *L'adolescent dans la psychanalyse. L'aventure de la subjectivation*. París: PUF.
- Freud, S. (1909). Le roman familial des névrosés. En *Névrose, psychose et perversion*. París: PUF, 1973.
- Green, A. (1992). *La déliaison*. París: Les belles lettres.
- Guillaumin, J. (2001). *Adolescence et désenchantement*. París: L'esprit du temps.
- Gutton, P. (1993). *Lo puberal*. Buenos Aires: Paidós.
- Kaës, R. (1976). *L'appareil psychique groupal*. París: Dunod, 1.ª edición.
- Richard, F. (2001). *Le processus de subjectivation à l'adolescence*. París: Dunod.
- Roussillon, R. (2007). *Manuel de psychologie clinique et psychopathologie*. París: Masson-Elsevier.

# Algunas reflexiones de un psicoanalista sobre la Shoá

*Acerca de los rescatadores*



---

ELÍAS ADLER<sup>1</sup>

Entonces  
Hay aún templos en pie  
Una estrella  
quizás da luz todavía...

PAUL CELAN, «El meridiano»

## INTRODUCCIÓN

Mucho se ha hablado, escrito, filmado e investigado sobre el tema de la Shoá. Se ha avanzado mucho en la investigación de las circunstancias que fueron base del exterminio, devastación y arrasamiento de millones de seres humanos durante la segunda guerra mundial. También sigue vigente la búsqueda de los significados que los acontecimientos de la catástrofe tuvieron en el pasado, tienen en la actualidad y podrán tener en el futuro.

El territorio del horror, del desborde y el desenfreno, el «desgarro de la historia» (Traverso, 2001) verdaderamente existieron y surgieron de las entrañas de nuestra cultura occidental, de la que todos somos parte. Indudablemente, la tragedia responde a algo específicamente humano. Por eso existe la necesidad de seguir reflexionando, hablando y escribiendo luego de Auschwitz. Tal vez muchos de los integrantes de las generaciones que vivieron directamente la hecatombe no puedan hacerlo, pero para las

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. eadler@adinet.com.uy

nuevas generaciones Auschwitz es un punto indispensable para pensar en los crímenes de la humanidad que no cesan de repetirse.

En nuestra propia disciplina psicoanalítica, con diferentes perspectivas y en distintos lugares del mundo, se ha tomado el tema de la Shoá y se lo ha estudiado seriamente y en profundidad. A modo de ejemplos, cito a algunos de los autores que han tomado este tema: Milmaniene (1996), Viñar (1998), Gampel (2006), Rosenblum (2009), Gerson (2009), Fohn (2011), Horenstein (2011).

De todos modos, si bien la Shoá es el nombre de la muerte, el horror y el mal, me niego a hablar solamente de esos términos. Tal vez por eso he elegido el tema de los rescatadores, que es la historia de algunos hombres y mujeres que en tiempos cuando los prejuicios estaban elevados a criterios de verdad y la justicia se desvanecía todos los días supieron, al decir de Emmanuel Lévinas «... comportarse en pleno caos como si el mundo no se hubiera desintegrado...» (1996).

Me voy a referir a aquellos individuos que en tiempos aciagos intentaron, y en muchos casos lograron, rescatar a quienes estaban destinados a ser asesinados por la maquinaria nazi. A pesar de lo terrible de la guerra, a lo largo y ancho de la vieja Europa algunos seres humanos, en distintos contextos, pusieron en riesgo su propia vida y la de sus familias para que otros, a veces conocidos y muchas veces totalmente desconocidos, pudieran salvarse. Tal vez estas historias puedan considerarse un detalle dentro de toda la catástrofe, pero el comportamiento de muchos de estos individuos nos cuestiona fuertemente como personas y psicoanalistas.

En este tema, la postura esencialista freudiana en *El malestar en la cultura*, sobre la condición humana y los desastres que los seres humanos podemos ocasionar a otros, parece quedar interpelada (Freud, 1930).

Quiero apoyarme en conceptos psicoanalíticos para indagar en algunos aspectos del ser humano y su cultura que podrían acercar una mayor comprensión de estos acontecimientos. En esta indagación trascendemos las fronteras de nuestra disciplina para encontrarnos con otras y enriquecernos.

Me han interesado los hechos comunes, las historias mínimas, espontáneas, para reflexionar y ahondar en su singularidad. He tomado contacto con cientos de historias mediante lecturas de libros, búsquedas de textos, audios y videos en internet, entrevistas a sobrevivientes y sus familiares,

reuniones con amigos provenientes de diferentes disciplinas, aportes de instituciones de Austria, Estados Unidos, Polonia, Israel, Argentina y Uruguay.

Son muchas las interrogantes que se pueden formular, pero quiero quedarme solo con una que quisiera poner a trabajar: en determinadas condiciones, ¿qué lleva a un individuo a arriesgar su vida y a veces la de sus seres queridos por otra u otras personas?

Tomaré como punto de partida los aportes de autores provenientes de distintas disciplinas que han realizado investigaciones cuantitativas y cualitativas amplias y rigurosas, y han estudiado las características de los rescatadores así como sus acciones, motivaciones y angustias. Luego expondré algunos relatos sobre la temática y realizaré una serie de consideraciones.

Un último punto en esta introducción. Escribo en América Latina, lejos de la Europa donde sucedieron los hechos que abordo. Estar lejos es un desafío para todo estudio. Sin embargo, en la región donde vivo se padecieron sistemas de opresión, injusticia, barbarie y muerte llevados adelante por movimientos políticos con características similares a las de los europeos del siglo XX, que siguen presentes en diferentes regiones del mundo con distintas presentaciones, aún hoy. Eso me conmina a seguir trabajando.

## LOS RESCATADORES

Se calcula que setecientos millones de personas vivieron bajo la ocupación nazi, y solamente sabemos de algunas decenas de miles de rescatadores de individuos, parejas, familias, grupos de personas. Es decir, el rescatador o la acción de rescatar fueron las excepciones a la regla.

Digamos que muchos no se dieron a conocer como rescatadores luego de la guerra, no quisieron que se supiera, por razones personales o porque temían la respuesta de sus compatriotas. En el caso de Polonia esto fue muy común. Entonces se sumergieron en el silencio y murieron con su secreto. Algunos rescatados nunca hicieron saber su historia y desconocemos los nombres de quienes arriesgaron su vida por ellos. Muchos rescatadores fracasaron en su intento y fueron muertos junto con las personas a las que protegían. Recordemos que en los países ocupados por los nazis el castigo por ayudar u ocultar a los judíos era la muerte. El salvar a otra persona era percibido por los nazis como un intento de autodeterminación

que debía ser severamente castigado, en cuanto hacía fracasar el discurso homogeneizador al frenar la indiferencia hacia la acción homicida.

Algunos rescatadores han sido dados a conocer por las instituciones que abordan la temática como el Yad Vashem (Israel), en los medios masivos de comunicación o en la literatura: el diplomático Raoul Wallenberg; Oskar Schindler, conocido por la película de Steven Spielberg o el libro de Thomas Keneally; Lorenzo Perrone, que ayudó a Primo Levi durante su encierro en el campo de concentración; la señora Memé, que salvó a la niña Sarah Kofman y su madre en la Francia ocupada; Miep Gies, que ayudó a esconder a la familia de Anna Frank; la llamada «tutora» de las hijas de Irène Némirovsky y Michel Epstein, que escondió a las niñas para que no fueran deportadas.

¿Quiénes pueden considerarse rescatadores?

Si bien hay variaciones, algunas instituciones e investigadores parecen manejar lineamientos similares para definir a los rescatadores: tiene que haber existido un fuerte compromiso para salvar a una persona, independientemente de que la operación de rescate haya sido exitosa o no. El rescatador puso en riesgo su propia vida sin condicionar su acción a ninguna recompensa tangible. La verificación de la historia tiene que estar pautada por testimonios o documentos creíbles.

Para abordar este tema es necesario saber que hubo muchas diferencias entre lo ocurrido en los diferentes lugares de Europa. Hay variaciones políticas y geográficas, y las mentalidades y sensibilidades variaban enormemente de un país a otro. Una variable importante era cuán adaptados y relacionados estaban los judíos con el contexto así como qué características tenía la relación entre organizaciones judías y no judías. Otro elemento clave fueron las tradiciones de cada región durante los conflictos bélicos en salvataje y en la ayuda al otro.

¿Cuáles son las características de estos rescatadores?

La mayoría de los investigadores señalan que los rescatadores no forman un grupo unificado y homogéneo. Muchos actuaron aisladamente, otros en red. Eran personas independientes, llevaban en sí mismas criterios propios y actuaban de acuerdo a ellos, asumiendo un gran compromiso para socorrer al necesitado. Actuaron con valor y generosidad, rodeando a las víctimas, pero no se reconocían como héroes, consideraban la vida

del individuo como un valor máximo. Tomaron lo que hicieron como una multitud de actos triviales repetidos cotidianamente, con perseverancia, por un período extenso (Bauman, 2008; *Cuadernos de la Shoá*, setiembre 2010; Fogelman, 1994; Gilbert, 2004; Oliner, 1992; Paldiel, 2007; Tec, 2003; Todorov, 2002, 2007; Yad Vashem, 2013).

Para Samuel y Pearl Oliner (1992), los rescatadores eran «gente común... granjeros y profesores, emprendedores y trabajadores en una fábrica, pobres y ricos, padres o solteros. Protestantes o católicos. La mayoría no habían hecho nada extraordinario antes de la guerra y tampoco han hecho nada extraordinario desde el final de la misma. La mayoría no estaban marcados por cualidades de liderazgo excepcionales y tampoco por comportamientos no convencionales... Lo que los distingue eran sus conexiones con los otros en relaciones de compromiso y cuidado».

El historiador británico Martin Gilbert (2004) explica: «Aquellos que pusieron sus vidas en peligro para salvar judíos usualmente eran personas que conocían a esos judíos antes de la guerra. Algunos tenían una amistad personal cercana o eran vecinos, otros eran socios en una empresa o se conocían por su trabajo, otros eran profesores o compañeros. Algunas rescatadoras eran mujeres que trabajaban en hogares judíos o eran niñeras de niños judíos. La amistad o el compañerismo anteriores a la guerra jugaron un papel importante en actos de rescate; pero igualmente, muchos rescatadores nunca habían visto a la persona o la familia, a la que le brindaron refugio para salvar la vida».

La investigadora Nechama Tec (2003) sostiene: «... De no ser por el holocausto, la mayor parte de esos salvadores habría continuado su camino, algunos harían obras de caridad y otros llevarían vidas sencillas y modestas. Eran héroes en estado latente, a menudo indistinguibles de los que los rodeaban». Subraya la imposibilidad de descubrir de antemano las señales, síntomas o indicaciones de la predisposición individual para el sacrificio o para la cobardía frente a la adversidad. No se puede determinar fuera del contexto qué es lo que las hace despertar.

Zygmunt Bauman (2008) también nos explica: «... algunas personas corrientes, por lo general respetuosas de la ley, sin pretensiones, poco rebeldes y aventureras, se enfrentaron a los poderosos y sin tener en cuenta las consecuencias, dieron prioridad a su propia conciencia como hicieron

las pocas personas que actuando solas, desafiando al poder omnipotente y desconsiderado y arriesgándose a la pena capital, intentaron salvar a las víctimas del holocausto... su capacidad para resistirse al mal fue durmiente la mayor parte de sus vidas. Podría haber seguido dormida para siempre y no la habríamos conocido...».

¿Qué llevó a los rescatadores a realizar sus acciones? Las explicaciones son variadas.

Samuel y Pearl Oliner (1992) manejan el concepto de personalidad altruista, esto es, «cierta predisposición de un individuo para actuar desinteresadamente por otros y esta característica se desarrolla tempranamente en la vida». Señalan que este es un elemento importante pero «... el rescate requiere más que la predisposición al altruismo, requiere el reconocimiento de las responsabilidades hacia los demás, despertando hacia la acción bajo severas condiciones». Es conveniente tener en cuenta que «la solicitud de ayuda» es a menudo citada como el factor crítico para que se produzca la respuesta de rescate. Es el momento cuando el rescatador define su accionar.

Estos autores esgrimen otros conceptos interesantes: casi la mitad de los rescatadores pertenecían a grupos de resistencia, pero no hacían el rescate por mandato de la organización; las esposas y particularmente los hijos adolescentes de las familias rescatadoras eran los iniciadores originales de la actividad de rescate; una mayoría de rescatadores tenían confianza y razones para creer que sus contactos los apoyarían si necesitaran soporte; la hostilidad hacia los nazis acompañaba el rescate y lo facilitaba.

Tzvetan Todorov (2002) también aborda en varios de sus textos el tema de los rescatadores. En uno de ellos nos avisa: «La disposición a salvar tiene sus límites, se salva a los judíos franceses en Francia, a los judíos holandeses en Holanda, pero los judíos extranjeros tienen dificultades».

Para Eva Fogelman (1994):

... La diversidad entre los rescatadores de judíos durante el Holocausto es suficiente para disuadir a los cientistas sociales de generalizaciones acerca de la motivación. Sin embargo, un análisis sistemático de los antecedentes familiares, personalidades y situaciones empieza a sugerir un camino para entender qué se activó en las personas para correr riesgos extraordinarios para salvar la vida de otros.

A través de la relación que se establece en el rescate, los valores y el núcleo más íntimo del rescatador se pudieron expresar. Ese núcleo se nutrió en la infancia, y tuvo su mayor expresión durante el Holocausto y continuó en la posguerra por años hasta ser parte integral de la identidad del rescatador, en esencia, un self de rescatador.

La mayoría de los rescatadores saben que la acción inicial de estos comportamientos no fue premeditada ni planeada. Fueron graduales o repentinos pero hubo poca reflexión acerca de dilemas morales, conflictos, así como sobre las consecuencias sobre la vida y la muerte envueltas en la decisión de socorrer. La decisión de amparar judíos in extremis fue más una respuesta impulsiva a una situación inmediata que una reflexión de un self integrado.

La habilidad para observar más allá de la propaganda nazi, para despojar del velo de los eufemismos nazis, y reconocer que los inocentes estaban siendo asesinados está en el corazón de lo que distingue a los rescatadores de los espectadores... Lo que se discute entre los investigadores es cómo alguien desarrolla esta habilidad para observar en forma diferente. Algunos sostienen que esta conciencia de la muerte inminente de los judíos fue un proceso cognitivo que no fue influenciado por los valores aprendidos o por la socialización temprana. La mayoría sin embargo, enfatizan la influencia de las tempranas experiencias, valores y la situación inmediata, todo lo cual puede haber impedido o mejorado la posibilidad de ayudar.

Esta autora expone un dato no menor: la enfermedad terminal o muerte de un familiar o amigo cercano en la guerra o fuera de ella sensibiliza al futuro rescatador y parece predisponerlo al acto de rescate.

Muchos de los investigadores estudiados agregan apreciaciones de los propios rescatadores:

La gente siempre pregunta cómo empezamos pero nosotros no empezamos. Empezó. Y empezó gradualmente. Nunca lo pensamos mucho. Nosotros no nos levantamos una mañana y simplemente dijimos, nosotros vamos a hacerlo (Oliner, 1992).

La gente habitualmente habla duramente sobre aquellos que no ayudaron. No creo que eso esté bien. Yo no encuentro que sea una cuestión de

coraje. Para ciertas personas es una cuestión que es evidente por sí misma que hay que hacer. Para otras personas, no es evidente que se pueda hacer algo de alguna manera. Nosotros nunca condenamos a las personas, aun cuando fueran nuestros amigos y no lo hicieron. No pudieron y nosotros pudimos, por lo que fuera (Oliner, 1992).

Carl Lutz, como cristiano comprometido, no podía tolerar que los judíos fueran asesinados en Budapest. Él tenía que proteger y ayudar a esas personas. Él sintió que Dios le había dado esa tarea y pensaba que Dios también le daría la fuerza para cumplir con esa tarea (Gilbert, 2004).

Los que recibimos los primeros judíos pensamos qué podíamos hacer. No podíamos decidir de un día para el otro, lo que deberíamos hacer. Había muchas personas en el pueblo que necesitaban ayuda. ¿Cómo podíamos rechazarlos? Una persona no puede sentarse y decir vamos a hacer esto o lo otro. No teníamos tiempo para pensar. Cuando venía un problema debíamos resolverlo inmediatamente. A veces las personas me preguntan: ¿cómo tomamos la decisión? Y no había decisión para tomar. El tema era: ¿piensas que todos somos hermanos o no?, ¿piensas que es injusto lo que le ocurre a los judíos o no? Entonces ayúdanos a socorrer (Gilbert, 2004).

Era muy simple. Eran niños que estaban en peligro. ¿Qué podíamos hacer? (Gilbert, 2004).

Veamos, a partir de este momento, algunos breves relatos que nos permitirán realizar consideraciones.

#### ALGUNOS RELATOS

*Felix Zandman* tenía quince años cuando en febrero de 1943 pudo escapar del gueto de Grodno en Polonia. Ahí quedó toda su familia. Pensó ir a diferentes lugares. Se escondió en un establo, en los bosques y pensó en unirse a los partisanos. En su periplo, pasó por la casa de quien fuera la niñera de la familia de su tío. Había tenido una relación muy cercana con esta mujer llamada Anna. Cuando golpeó la puerta de la casa en la villa de Lossosno, Anna se sorprendió al verlo. Felix comentó lo acontecido y su plan de unirse a los partisanos, pero Anna se negó a ello. Los partisanos de la zona pertenecían a la fuerza ultranacionalista polaca y seguramente lo

matarían. Anna le dijo que Dios lo había mandado como un regalo y que ella cuidaría de él, y comenzó a contarle una historia que él desconocía. Hacía unos años, Anna estaba embarazada de su segunda hija, su esposo había llegado ebrio a su casa y comenzó a golpearla y el acontecimiento terminó con Anna en la calle. La abuela de Felix la había ayudado. La acompañó al hospital y luego quedó en su casa por un tiempo prolongado. «Entonces, ya ves», le dijo Anna. «He rezado para que un día yo pueda pagar esto y estás acá y Dios te envió. No voy a dejar que mueras. Si tú mueres, pereceremos juntos, no irás a ningún lugar». Con el correr del tiempo, en esa casa vivían Anna y su esposo, cinco hijos y seis judíos fugitivos, entre ellos Felix. La historia sigue y es extensa. Felix, Anna y su familia sobrevivieron, pese a los delatores y al ejército invasor (Yad Vashem, 2013).

*Piotr Wrona* entraba todos los días al gueto de Varsovia. Era ingeniero y trabajaba como cerrajero. Todas las mañanas cuando ingresaba a su taller tenía la misma experiencia: «No me podía mover para atrás ni para adelante. Estaba totalmente rodeado y todos me imploraban con llantos, me imploraban por comida. No era mendicidad, no imploraban... Las manos que me extendían no eran manos, eran huesos, simplemente huesos recubiertos de piel. Tú no veías nada, solamente ojos brillantes y rostros que estaban completamente aburridos sin expresión... Esos niños... no parecían humanos, parecían sombras... ¿Tú sabes cuando un ser humano está muerto de hambre? Uno es capaz de hacer cualquier cosa. Esos eran los niños indefensos que venían hasta mí como un enjambre con la esperanza de recibir algo de comer. Entonces les llevé comida. Poca. No pude pasar por el portón con una mayor cantidad. Los alemanes no me dejaron» (Tec, 1986).

Seguramente, *Carlos M. Gurméndez*, cónsul general de Uruguay en los Países Bajos, se debe de haber visto sorprendido cuando una noche, pocos días antes de la invasión alemana, tocaron a su puerta. Al abrir, se encontró con el señor W., un hombre judío que había conocido mientras desempeñaba funciones diplomáticas en Portugal y que había vuelto a ver en Holanda un tiempo antes. W. estaba con su familia, habían sido engañados por el dueño de un barco que prometió llevarlos a las Islas Británicas pero se había quedado con el dinero y había dejado a la familia W. en tierra, sin dinero y sin viaje. El cónsul de Uruguay acogió a W. y su familia hasta conformar un grupo de veintitrés personas que durante dos meses

convivieron en la legación uruguaya. Cotidianamente, luego de la invasión nazi, el cónsul Gurméndez se enfrentó a los hombres de la Gestapo y no entregó a ninguna de las personas a las cuales estaba alojando junto con sus seis hijos y su esposa. Los archivos de la Cancillería alemana de la época dan cuenta de este episodio. El mismo cónsul les pidió ayuda a otras legaciones diplomáticas latinoamericanas, pero pocas brindaron su apoyo. Carlos M. Gurméndez les otorgó a sus asilados, con desconocimiento del gobierno uruguayo, la ciudadanía de su país y los hizo funcionarios de la legación: chofer, vicecónsul, traductor, etc.

Llegó el momento de irse de los Países Bajos en un tren que los llevaría a Suiza. Pese a la Gestapo, sus asilados pudieron subirse al tren, pero fueron detenidos en la frontera. Ante los eventos que se sucedían, el cónsul Gurméndez hace bajar del tren a sus seis hijos y a su esposa y desafió: «Si ellos se quedan, nosotros nos quedamos con ellos...». Tras varias dilaciones, pudieron seguir todos en el tren y salvarse finalmente de la deportación.

Al pasar el tiempo quienes fueron rescatados siguieron manteniendo contactos con Gurméndez y su familia. El intercambio fue activo y lo sigue siendo entre los descendientes. Una foto del cónsul Gurméndez fue enviada a uno de los rescatados y está firmada por él con esta leyenda: «Mon Ami, por las épocas en las que estuvimos a prueba» (Turnes, 2011).

*Magdalena Grodzka-Guzkowska* nació en Varsovia, Polonia, el 7 de enero de 1925 en el seno de una familia acomodada y de buen nivel intelectual. Había padecido muchas enfermedades durante su infancia. De hecho, cuando estalla la guerra en setiembre de 1939, Magdalena, con catorce años, se estaba recuperando de varias intervenciones quirúrgicas a raíz de una apendicitis. Fue testigo del comienzo de la guerra, de la violencia de los nazis contra los judíos en la villa de Radymno y también del apresamiento de varios de sus profesores en la institución educativa a la que concurría.

Con quince años, se sumó a un grupo de fuerzas clandestinas que combatían a los alemanes. En un principio, estuvo activa en la región de Podhale y luego en Varsovia. Fue oficial de enlace, escuchaba y traducía las noticias que brindaba la BBC en aquellos tiempos, distribuía prensa clandestina y equipamiento para impresiones, auxiliaba en tareas de traspasar personas por las fronteras y trabajó con un grupo que eliminaba a delatores y colaboradores de los nazis. Durante la guerra, en 1941, su padre

fue llamado por el gobierno polaco en el exilio para que se trasladara a Londres. Antes de irse llamó a Magdalena, que nos cuenta: «... me pidió que cuidara a nuestra familia. Yo era la más joven pero él confiaba que yo pudiera manejar la situación...».

Colaboró en forma activa en el rescate de niños provenientes del gueto de Varsovia. Luego del levantamiento de Varsovia fue apresada en diferentes campos de concentración, a los cuales sobrevivió. Vivió en forma clandestina por tiempos prolongados luego de que su tía y su hermana fueran encarceladas. Con el final de la guerra, se trasladó a Inglaterra, luego a Canadá y en el año 1974 volvió a Varsovia. Luego de la guerra, trabajó con niños autistas. Tiene algunas publicaciones sobre el tema de autismo. Hace aproximadamente veinte años y en forma casual, supo que su bisabuela materna tenía orígenes judíos, y un poco más tarde supo que su propio padre también tenía orígenes judíos.

Veamos el relato de Magdalena en una entrevista inédita facilitada por el Departamento de Historia Oral del United States Holocaust Memorial Museum.

... en Boernerowo, que era un distrito de Varsovia... teníamos que ir a rescatar, porque un niño muy pequeño estaba herido... era un niño judío. Unos matones polacos lo habían rociado con gasolina. Su madre hizo un agujero en la tierra con sus propias manos. Puso al niño ahí para aliviarle el dolor pero él no era capaz de levantar su propia mano, dada su condición. Esos hijos de puta le habían quemado sus genitales y sus piernas luego de haberlo rociado con gasolina. (Se genera un silencio en la entrevista, Magdalena se emociona)... Cuando me di cuenta que estaba quemado, inmediatamente lo agarré... Teníamos que hacer algo... Estoy ahí... Me emociono mucho. Discúlpeme, pero es muy duro para cualquiera... Su madre era una hermosa mujer... era ya el crepúsculo y teníamos que apurarnos... Ella se arrodilla frente a mí. Los judíos no se arrodillan, no se arrodillan frente a Dios... Tenía un pequeño paquete con una tela áspera... se arrodilla frente a mí, me da a su niño y me dice que tome a su pequeño niño como si fuera mío. Y le dije que lo haría. Yo tenía 18 años. (Se emociona mucho.) Ese pobre pequeño apenas escuchaba una palabra de su nueva madre que era yo, espero ser perdonada por esto, pero le dije, si dices una sola

palabra te voy a matar... Volví a hacer el paquete como si no hubiera un niño y me subí al tranvía. Ahí me di cuenta que estaba lleno de piojos. Tenía miedo de los piojos, tenía miedo que los piojos empezaran a salir del paquete... No fue el amor lo que me hizo poner la mano sobre la cabeza del niño, tal vez él sintiera que lo estaba tocando pero yo temía que los piojos salieran y alguien se diera cuenta que en el paquete iba un niño... corrí hasta una farmacia y dije para quemaduras graves... No tengo dinero y me dieron todo... Romek estaba en un apartamento y estaba esperando. Llevé al niño hasta el segundo piso. No sé cómo pude hacer todo, porque mis piernas estaban temblando... Le dije a Romek, este es mi niño, lo he tomado como mío. Tú eres un doctor, examínalo cuidadosamente. Si tiene uno por ciento de chance de salvarlo, sálvalo y si no, ponlo a dormir. Esa es mi decisión. Lo examinó y dijo: ... vamos a salvarlo... No podía levantar una mano. No llamó una sola vez a su mamá. Solamente decía con una horrible voz: comida. Era una voz que nunca podrías olvidar en tu vida... yo lo cuidaba de los piojos y Romek se encargaba del resto... En el hospital Maltansky aceptaban a todos sin preguntar y el niño también fue admitido. No pudimos de otro modo, estaba severamente quemado y se estaba muriendo... Al día siguiente recibimos un llamado de que debíamos llevárnoslo... porque la Gestapo iba a realizar una visita al Hospital. Fuimos a buscarlo... el mismo día encontramos unas hermanas protestantes, que tenían un hospital en la calle Krolewska que lo aceptaron. Pero si moría lo tendríamos que retirar nosotros porque las hermanas debían informar de todas las muertes a la Gestapo... A los pocos días, murió. (Se emociona nuevamente.) Pero murió en una cama cálida, rodeado de buenas personas y no a través de una chimenea...

No voy a describir las alternativas del entierro del niño, pero Magdalena participó activamente, corriendo más riesgos. Ella nunca más volvió a ver a la madre del niño y las personas polacas que habían herido al niño fueron ejecutadas por su unidad.

#### ALGUNAS CONSIDERACIONES

Uno no puede dejar de conmoverse. Es posible sentirse tentado a dar una visión angelical o idílica de los rescatadores. Es uno de los riesgos. Uno se

ve seducido por relatos valientes, arriesgados, sensibles de personas con sus vidas amenazadas haciendo frente a una formidable combinación de presiones físicas, psicológicas y sociales. Debemos tener cuidado; tomados por la seducción, el análisis puede resultar invalidado.

Quisiera acercarme en este momento del trabajo al planteo freudiano de *El malestar en la cultura* y a su aseveración de «Homo homini lupus», «el hombre es el lobo del otro hombre». Freud alude a la esencia del ser humano y por cierto que no es el único. Afirmábamos en la introducción que esta postura queda interpelada al conocer muchas de las historias de los rescatadores. Por mi parte, quisiera renunciar a develar esencias, siempre son terrenos resbaladizos, aunque es difícil no deslizarse hacia ellas. Junto con los ejemplos que ilustran la desaparición de todo rasgo de consideración del otro como humano, se encuentran también ejemplos, seguramente muchos menos, de situaciones diferentes.

A contracorriente del sistema político y del clima social imperante, unos individuos salvan a otros con actos extremos o cotidianos, con actos únicos o en serie. ¿Por qué? ¿Qué mueve a los rescatadores? Pudieron ser simples espectadores, o pudieron quedar atrapados en «la fatiga de la compasión» (Sennett, 2009), o despeñarse en la resignación del horror. Pero no. ¿Qué los hizo pasar, en un proceso difícil de describir, de testigos a rescatadores? ¿Los mueve una cierta «piedad» ante el sufrimiento físico? ¿Son sus ideales y valores quienes los guían? ¿Es la creencia religiosa la que signa su compromiso y comportamiento? En las circunstancias extremas en las que se da el desmoronamiento de todas las referencias, ¿surgen lazos con un otro fuera de las normas aceptadas? (Davoine, 2011).

En realidad sé que busco causalidades explicativas y no sé si es necesario encontrarlas. Tal vez para un psicoanalista se trata de —al decir de Marcelo Viñar— «... reconocer y describir la singularidad del acontecimiento histórico, de su carácter único e irrepetible...» (Viñar, 2003). La singularidad es la que marca la cualidad fundamental de una historia y su carácter de irremplazable. Cuando hablo de singularidad en una situación, intento buscar las dimensiones que la diferencian y procuro —seguramente en forma artificial— dejar de lado por unos instantes las actitudes generalizadoras, las consideraciones globalizantes y los denominadores comunes que tiene esa situación con otras. Prefiero pensar en

las decisiones y los destinos individuales. Como psicoanalistas, ¿qué más podríamos decir que no fuera algo singular en cada situación?

No conozco la historia en profundidad de Anna, Piotr Wrona, Carlos Gurméndez y Magdalena Grodzka. Apenas conozco relatos que son buena parte del espacio público. Los he leído, visto y escuchado repetidas veces, pero no me los han relatado a mí en mi propio contexto de trabajo, no fueron enunciados en una situación transferencial clásica, marco de referencia del psicoanálisis. Entonces procuro acercarme a estas historias de vida e interrogarme.

Tiendo a pensar que estos cuatro rescatadores, uno a uno, son una muestra de ese misterio insondable, de ese extraño fenómeno que les ocurre a algunos seres humanos frente al desamparo o desvalimiento radical del otro, del sentido como semejante. Tal vez influyan conceptualizaciones políticas o religiosas, abstracciones de algún tipo, motivaciones de autoconservación o biológicas, razones conscientes e inconscientes. Yo pretendo hacer hincapié en estas últimas. En razones «amorosas, deseantes», como nos dice Silvia Bleichmar (2006). En razones ligadas a «la potencia libidinal», como nos dice José Milmaniene (1996). En razones que ambientan destrezas vitales para poner a otros a salvo.

Según los relatos mencionados, en momentos primeros o posteriores, previsibles o nunca anticipados, Anna, Piotr, Carlos y Magdalena lograron como rescatadores ver al otro como humano y diferente al mismo tiempo. Los individuos a rescatar estaban vivos y próximos físicamente, lo cual probablemente promovió un movimiento interno en cada rescatador. Esos individuos fueron percibidos como sujetos en sentido pleno, es decir, sujetos comparables con el yo que los concibe. ¿Es la posibilidad de identificarse con la otra persona un elemento central? ¿Es en ese semejante y su mirada temerosa u horrorizada que se inaugura el proceso o acto de rescate? Que las víctimas sean niños en muchos casos ¿moviliza otros aspectos en cuanto remite con más fuerza al desvalimiento?

Tal vez el concepto de rostro de Emmanuel Lévinas nos sirva para acercarnos más a entender por qué algunos rescatadores actuaron del modo que lo hicieron. «El rostro (del otro) se me impone sin que yo pueda permanecer sordo a su llamado u olvidarlo, quiero decir, sin que yo pueda

dejar de ser responsable de su miseria» (Lévinas, 1974). El rostro «... Me resiste y me requiere, no soy en primer término su espectador sino que soy alguien que le está obligado... el rostro me llama en su ayuda, y hay algo imperioso en esta imploración...» (Finkielkraut, 2008).

Hemos estudiado como psicoanalistas la proximidad, el rostro y la mirada y muchas veces cuáles son sus papeles en el devenir del sujeto. Y además está la palabra, ¿cuál es la función de las palabras que se establecen entre dos personas en condiciones dramáticas? Anna habla en la misma lengua con su rescatado, Piotr responde a los lamentos de los niños, Carlos dialoga con W., Magdalena escucha las palabras que emite el niño que fue quemado. Sabemos que, privado de la palabra, el ser pierde parte de su humanidad. Las voces pueden ser claras o mezcladas, pero hablar es reconocerse a uno mismo y al otro como parte de la especie humana.

¿Cuál es la acción providencial de los rescatadores? Su acción escapa a la indiferencia y perturba a la resignación. Acción en tiempos de «prueba», como nos dice Carlos Gurméndez, que hace fluir sentimientos de que ese semejante que está ahí puede ser nosotros. Y entonces que viva, que sobreviva o, en su defecto, que no sufra. Rescatar es dar un destino de vida y eso le agrega a un sujeto una gran variedad de posibilidades, desde que pese sobre su cabeza una condena de muerte hasta la opción de gozar de una importante dosis de poder, o ambas a la vez. Rescatar acarrea consecuencias en la realidad cotidiana e implicancias psíquicas.

En mi perspectiva, las razones del accionar de cada rescatador están ligadas a su historia personal y a motivos inconscientes, y en sus actos hay ganancias o beneficios del mismo tenor. Sin embargo, quiero señalar que, pese a nuestro bagaje intelectual y conocimiento de los individuos y las sociedades humanas, no sabemos cómo se «engendran» estos acontecimientos. Podemos saber sobre algunos de los ingredientes que pautan la acción, pero las acciones de los individuos albergan una parte irreductible y enigmática que nos enfrenta a los límites de la comprensión y el conocimiento. ♦

## RESUMEN

Mucho se ha hablado, escrito, filmado e investigado sobre el tema de la Shoá. Se ha avanzado mucho en la investigación de las circunstancias que fueron base del exterminio, devastación y arrasamiento de millones de seres humanos durante la segunda guerra mundial. También sigue vigente la búsqueda de los significados que los acontecimientos de la catástrofe tuvieron en el pasado, tienen en la actualidad y podrán tener en el futuro.

De todos modos, si bien la Shoá es el nombre de la muerte, el horror y el mal, el autor se niega a hablar solamente de esos términos. Quizás por eso ha elegido el tema de los rescatadores, que es la historia de algunos hombres y mujeres que en tiempos cuando los prejuicios estaban elevados a criterios de verdad y la justicia se desvanecía todos los días, supieron, al decir de Emmanuel Lévinas «... comportarse en pleno caos como si el mundo no se hubiera desintegrado...».

El autor se refiere a aquellos individuos que en tiempos aciagos intentaron, y en muchos casos lograron, rescatar a quienes estaban destinados a ser asesinados por la maquinaria nazi. A pesar de lo terrible de la guerra, a lo largo y ancho de la vieja Europa algunos seres humanos, en distintos contextos, pusieron en riesgo su propia vida y la de sus familias para que otros, a veces conocidos y muchas veces totalmente desconocidos, pudieran salvarse. Tal vez estas historias puedan considerarse un detalle dentro de toda la catástrofe, pero el comportamiento de muchos de estos individuos cuestiona a las demás personas.

En este tema, la postura esencialista freudiana en *El malestar en la cultura* sobre la condición humana y los desastres que los seres humanos podemos ocasionar a otros parece quedar interpelada.

El autor se apoya en conceptos psicoanalíticos para indagar en algunos aspectos del ser humano y su cultura que podrían acercar una mayor comprensión de estos acontecimientos. En esta indagación se busca trascender las fronteras de la disciplina psicoanalítica para encontrarse con otras y enriquecerse.

El autor señala que son muchas las interrogantes que se pueden formular, pero se queda con una que pone a trabajar: en determinadas

condiciones, ¿qué lleva a un individuo a arriesgar su vida, y a veces la de sus seres queridos, por otra u otras personas?

Se toman como punto de partida los aportes de autores provenientes de distintas disciplinas que han realizado investigaciones amplias y rigurosas, y han estudiado las características de los rescatadores así como sus acciones, motivaciones y angustias. Luego se exponen algunos relatos sobre la temática y se realizan una serie de consideraciones.

*Descriptores:* HOLOCAUSTO / SEMEJANTE /

#### ABSTRACT

Much has been said, written, recorded and investigated concerning the Shoa issue. There have been many advances on the investigation about the circumstances that were the foundations of the extermination, devastation and annihilation of millions of human beings during the Second World War. It is also still active the research into the significations that the events of the catastrophe had in the past, have in the present, and may have in the future.

In any case, even though the Shoa is the name of death, horror and evil, the author refuses to speak only in those terms. Maybe that is the reason why the rescuers' issue was selected, which is the story of some men and women who, in times when prejudices were elevated to truths and Justice vanished every single day, knew, as Emmanuel Levinas says «... how to behave in complete chaos as if the world had not disintegrated...».

The author refers to those individuals that in fateful times tried to save, and in many cases succeeded in rescuing, who were fated to be murdered by the nazi machinery. Despite the horror of war, throughout the old Europe, some human beings in different contexts put their own and their families' lives in risk so that others, sometimes known but often completely unknown, could save themselves. Perhaps these stories may be considered a detail within the whole catastrophe, however, the behavior of most of these individuals question the other people.

Regarding this issue, the Freudian essentialist perspective in *Civilization and its discontents* (*Das Unbehagen in der Kultur*) on human condition

and the disasters that human beings are capable of causing to others seems to be interpellated.

The author bases on psychoanalytical concepts to inquire into some aspects of the human being and its culture, which could bring near a better understanding of these events. This inquiry looks to transcend beyond the boundaries of the psychoanalytical science, to meet others and enrich itself.

The author shows there are many questions that can be posed, however, just one remains to guide the investigation: Under certain circumstances, what takes an individual to risk his own life, and eventually his beloved ones' lives, for other people?

Taken as a starting point are the contributions of several authors of different sciences, who have conducted extensive and careful investigations and have studied the features of rescuers, as well as their actions, motivations and anguishes. Then, a few testimonies about the topic are exposed and a number of considerations are made.

*Keywords:* HOLOCAUST | FELLOW MAN |

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agamben, G. (2000). *Lo que queda de Auschwitz*. Valencia: Pretextos, 2009.
- Antelme, R. (1957). *La especie humana*. Montevideo: Trilce, 1996.
- Arendt, H. (1991). *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: Debolsillo, 2009.
- Bauman, Z. (1989). *Modernidad y Holocausto*. Madrid: Sequitur, 2008.
- Bleichmar, S. (2006). *No me hubiera gustado morir en los 90*. Buenos Aires: Taurus.
- Calvino, I. (1972). *Las ciudades invisibles*. Madrid: Siruela, 2007.
- Celan, P. (1960). Poema El meridiano. [www.paginadepoesia.com.ar](http://www.paginadepoesia.com.ar)
- Cosaka, J. C. & Sneh, P. (2000). *La Shoá en el siglo. Del lenguaje del exterminio al exterminio del discurso*. Buenos Aires: Xavier Bóveda.
- Cuadernos de la Shoá* (setiembre 2010). Justos y salvadores, n.º 1. Buenos Aires: Generaciones de la Shoá en Argentina.
- Davoine, F. & Gaudilliere, J.-M. (2004). *Historia y trauma. La locura de las guerras*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Duras, M. (1985). *El dolor*. Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1993.
- Feinmann, J. P. (2010). *Auschwitz y la filosofía*. [www.jpfeinmann.com](http://www.jpfeinmann.com)
- Finkelkraut, A. (2008). *La sabiduría del amor. Generosidad y posesión*. Barcelona: Gedisa.
- Fogelman, E. (1994). *Conscience and courage. Rescuers of jews during the Holocaust*. Nueva York: Anchor Books.

- Fohn, A. & Heenen-Wolff, S. (2011). The destiny of an unacknowledged trauma: The deferred retroactive effect of après-coup in the hidden jewish children of wartime Belgium. *International Journal of Psychoanalysis*, 92:5.
- Freud, S. (1930). *El malestar en la cultura*. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- Gampel, Y. (2006). *Esos padres que viven a través de mí. La violencia de Estado y sus secuelas*. Buenos Aires: Paidós.
- Gerson, S. (2009). When the third is dead: memory, mourning, and witnessing the aftermath of the Holocaust. *J. Psychoanal*, 90, 1341-1357.
- Gies, M. (1987). *Mis recuerdos de Anna Frank*. Buenos Aires: Emecé, 2010.
- Gil, D. & Viñar, M. (1992). Malestar en la cultura. Un diálogo con Freud desde el Uruguay. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 67. Montevideo.
- Gilbert, M. (2003). *The righteous*. Nueva York: Henry Holt and Company, 2004.
- Gross, J. T. (2001). *Neighbors*. Nueva Jersey: Princeton University Press.
- Grossman, V. (1980). *Vida y destino*. México: Lumen, 2008.
- Horenstein, M. (2011). Lo que debe llevar la palabra sin decirlo. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 113. Montevideo.
- Joffo, J. (1973). *Un saco de canicas*. Barcelona: Debolsillo, 2009.
- Kertesz, I. (1975). *Sin destino*. Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1996.
- Kofman, S. (1994). *Calle Ordener, Calle Labat*. Madrid: Cuatro Ediciones, 2003.
- Krall, H. (1977). *Ganarle a Dios*. Barcelona: Editorial Edhasa, 2008.
- LaCapra, D. (2009). *Historia y memoria después de Auschwitz*. Buenos Aires: Prometeo Libros. PNUD Argentina, Eduntref.
- Levi, P. (1958, 1963, 1989). *Trilogía de Auschwitz*. México: Urano, 2006.
- Lévinas, E. (1974). *Humanismo del otro hombre*. México: Siglo XXI, 1993.
- (1996). *Vivir en el abismo*. [www.pagina12.com.ar](http://www.pagina12.com.ar)
- Milmaniene, J. (1996). *El Holocausto. Una lectura psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Moller, S.; Tschuggnall, K. & Welzer, H. (2002). *Mi abuelo no era nazi. El nacionalsocialismo y el Holocausto en la memoria familiar*. Buenos Aires: Prometeo Libros, Eduntref, 2012.
- Nasio, J. D. (1996). *El dolor, el odio, la culpabilidad*. Seminario. Buenos Aires. [www.con-versiones.com](http://www.con-versiones.com)
- Oliner, S.; Oliner, P. & Peral, M. (1992). *The altruistic personality. Rescuers of jews in nazi Europe*. Nueva York: The Free Press.
- Paldiel, M. (2007). *El hassid de Primo Levi*. [www.fmh.org.ar/revista/18/elhass.htm](http://www.fmh.org.ar/revista/18/elhass.htm)
- (2000). *Saving the jews*. Maryland: Schreiber Publishing.
- (2007). *The righteous among the nations*. Jerusalén: Yad Vashem.
- Ringelblum, E. (1956). Fragmentos de su diario. [www.fmh.org.ar/revista/21/ringel.htm](http://www.fmh.org.ar/revista/21/ringel.htm) (Publicado en la revista *Davar*).
- Rosenblum, R. (2009). Postponing trauma: the dangers of telling. *Int. J. Psychoanal*, 90, 1319-1340.
- Segre, V. (1985). *Memorias de un judío afortunado*. Buenos Aires: Gedisa, 1989.
- Semprún, J. (1995). *La escritura o la vida*. Barcelona: Tusquets.
- Sennett, R. (2004). *El respeto: sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*. Barcelona: Anagrama, 2009.
- Sereny, G. (1974). *Desde aquella oscuridad*. Barcelona: Edhasa, 2009.
- Tec, N. (1986). *When light pierced the darkness*. Nueva York: Oxford University Press.
- (2003). *Resilience and courage*. New Haven: Yale University Press.

- Todorov, T. (2000). *Memoria del mal, tentación del bien*. Barcelona: Península, 2002.
- (1993). *Frente al límite*. Madrid: Siglo XXI, 2007.
- (1982). *La conquista de América. El problema del otro*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.
- Traverso, E. (1997). *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*. Barcelona: Herder, 2001.
- (s/f) *Memorias y conflicto. Violencias del siglo xx*. [www.cccb.org/lrcs\\_gene/traverso.pdf](http://www.cccb.org/lrcs_gene/traverso.pdf)
- Turnes, A. L. (2011). Discurso de obtención del Premio Jerusalén. [www.jai.com.uy](http://www.jai.com.uy).
- Vincent, G. (1987). Guerras dichas, guerras silenciadas y el enigma de la identidad. En *Historia de la vida privada*. Tomo 9. Buenos Aires: Taurus, 1991.
- Viñar, M. (comp.) (1998). *¿Semejante o enemigo? Entre la tolerancia y la exclusión*. Montevideo: Trilce.
- (2003). Restablecer la verdad. *Brecha*. Montevideo.
- Wiesel, E. (1958, 1960, 1962). *La noche, el alba, el día*. Barcelona: Muchnik Editores, 1975.
- Yad V. (2013). [www.yadvashem.org.il](http://www.yadvashem.org.il)
- Yerushalmi, Y. H. (1989). *Reflexiones sobre el olvido*. En *Usos del olvido*. Buenos Aires: Nueva Visión.

# Creación artística y psicoanálisis



MARIEL GUTIÉRREZ<sup>1</sup>

Lo no sabido por los hombres,  
o aquello en lo cual no repararon,  
vaga en la noche  
por el laberinto del pecho.

GOETHE (FREUD, 1930).

Intentaremos reflexionar sobre particularidades de la expresión artística, sus efectos y relaciones con la creatividad del analista, a partir de conceptualizaciones psicoanalíticas de los pioneros del psicoanálisis: Sigmund Freud, Melanie Klein y Donald W. Winnicott.

¿Como surge la creatividad? Una explicación de arranque es la que expresa la sentencia de la filosofía grecolatina *creatio ex nihilo*: 'la creación surge de la nada'.

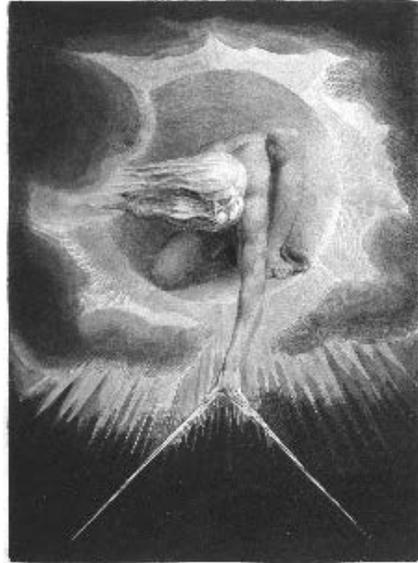
La creación del universo —punto de partida de lo creado— tiene un origen divino. «Donde existía oscuridad, se confundían los reinos de las aguas y del cielo.» Las palabras de Dios «Hágase la luz» dan comienzo a la creación, «se separan las aguas del cielo» (Biblia). Alumbrar es dar a luz, y también revelación.

La idea de comienzo divino de la creación, manifestación humana por excelencia, se une a la posición que considera que la expresión creativa, artística o intelectual brota de una inspiración de elegidos. De este modo se pretende dar una concepción unívoca, que lejos está de las posiciones epistemológicas del psicoanálisis.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. gutma@adinet.com.uy

Por el contrario, crear demanda trabajo, esfuerzo del autor. En la obra confluyen diversos aspectos de su subjetividad: identificaciones, valores, ideales socioculturales, conflictos, preocupaciones de su época y de las generaciones que lo antecedieron.

Nos referimos a la creatividad, a la invención, en líneas generales, en un panorama abierto que toca la obra de arte (plástica, musical, científica, literaria o poética) y otros procesos de carácter creativo implícitos en las fantasías, sueños, discursos, textos, el juego y otras manifestaciones de la vida cotidiana.



W. Blake (1757-1827). *El anciano de los días*.

La creación supone producir con una mirada nueva un objeto también inédito. En él se reubican elementos conocidos junto a otros que se desconocen, regidos por un orden transgresivo. Objeto que compromete la subjetividad del realizador, pero que también, por lo general, está destinado a suscitar un movimiento en el otro, en el semejante, a capturarlo ilusoriamente en una pantalla que cubre aquello que ignora, que es doloroso o inaceptable.

La creatividad encierra una nueva realidad, en íntima relación con el inconsciente. A la vez que echa luz sobre el deseo inconsciente, también lo enmascara. Constituye un puente entre el proceso primario y el secundario y conjuga percepciones, representaciones, fantasías y pensamientos. Estos procesos se elaboran con la metáfora enlazada al desplazamiento metonímico.

El potencial de transporte o desplazamiento o sustitución de la metáfora hace posible la unión de elementos disímiles. Articula significantes, crea un objeto que produce un nuevo efecto de sentido.

En el ámbito del análisis —de manera algo esquemática— es posible sostener que la creatividad del analista puede surgir como un

saber-descubrimiento que irrumpe e inesperadamente le entrega nuevas relaciones significantes a propósito del discurso del paciente.

Finalmente, este descubrimiento, mediando otra vez creatividad o invención, se plasma en la comunicación en palabras-interpretación que, de ser recibida, sorprende al paciente y rompe en el discurso la repetición, consigue ampliar la subjetividad, el conocimiento de sí mismo y alejar el sufrimiento.

Otra alternativa en que se muestra la relevancia del bagaje cultural del analista surge cuando decae el intento de mantener la atención flotante en el relato del paciente y tropieza con la asociación, evocación de una obra de arte que le acerca significaciones tendientes a ahondar en la comprensión y en la búsqueda.

#### EL CREADOR DEL PSICOANÁLISIS

Freud funda una disciplina radicalmente nueva, el psicoanálisis, en indisoluble diálogo con el arte y la cultura. Este legado de libertad creativa asoma y crece en medio de los embates del vínculo afectivo con Fliess.

El innegable nexo entre transferencia y creatividad proviene, entre otras cosas, de la movilización de los deseos infantiles, el narcisismo y las instancias ideales.

El descubrimiento freudiano abarca la emergencia del inconsciente con sus leyes, el deseo inconsciente, las fantasías, el complejo de Edipo, el análisis de los sueños, olvidos y recuerdos, la importancia de la palabra, el lapsus, el chiste, los actos fallidos.

En el trabajo *El creador literario y el fantaseo* (1908: 135) establece una continuidad entre el juego del niño, la fantasía, el sueño y la obra poética, una realidad placentera en sustitución de la dura realidad que impone la vida.

El material que nutre las construcciones fantasmáticas proviene del acervo cultural, «del tesoro popular de mitos, sagas y cuentos tradicionales», mientras que el efecto estético liberado resultaría del levantamiento de la represión que pesa sobre las fantasías censuradas.

Se puede decir que Freud, ante el enigma de la creatividad y la esencia de las aptitudes que concita, nos deja en la penumbra. Ahí asoman dudas, vacilaciones y preguntas que permanecen abiertas para esclarecimientos posteriores.

Sobre la sublimación, término acuñado por Freud —da explicaciones que resultan exiguas— para dar cuenta del proceso que está en la base de las actividades creativas, afirma que la pulsión experimenta un desvío hacia fines no sexuales de satisfacción (1927-1931).

La sublimación es un destino de pulsión al que nos lleva el desarrollo cultural.

Como la creación nace de lo más íntimo del creador, tiene estrechos lazos con el narcisismo. Freud la adscribe a la necesidad de poner la libido en los objetos (1914: 82).

«Un fuerte egoísmo preserva de enfermar, pero al final uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo», y agrega: «algo parecido a la psicogénesis de la creación del mundo, según la imaginó Heine».

Enfermo estaba; y ese fue de la creación el motivo:  
creando convalecí, y en ese esfuerzo sané.

#### PARADIGMAS DE LA CREATIVIDAD FREUDIANA

En la obra freudiana existe una profusión de ejemplos que denotan la relación entre la exploración psicoanalítica, el inconsciente —la sexualidad humana— y la creación artística.

Elegimos dos: una carta a Fliess, *Manuscrito J*, y el trabajo *El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen*, ambos correspondientes a la etapa inicial de los descubrimientos freudianos.

#### MANUSCRITO J

En una carta a Fliess de fines de 1895, Freud comenta su experiencia en abordar las fantasías y el sufrimiento de una joven paciente. En la carta despliega su aprecio por la *Ópera 2*, con su proverbial penetrante agudeza y dotes creativas sigue el discurso de la paciente.

Se apoya en la obra artística y la vuelve instrumento de su teoría en construcción.

Este trayecto rico, con reincidencias en ideas de contenido sexual, muestra cómo Freud, además de hacer preguntas, procedía, en esa época,

en busca de vencer «la resistencia» —ante la detención de las asociaciones de los pacientes—, a realizar una «imposición sugestiva», presión con las manos en la frente. La ocurrencia que surgía era considerada subrogado de la representación reprimida. Es también de este período su teoría de la angustia vinculada a la frustración del deseo sexual, a la estasis libidinal.

Pasemos a la historia: una joven cantante añora al marido, que se ausenta poco después de casarse, y en determinado contexto sufre un «ataque».

El relato de Freud en su carta distingue dos escenas.

### Primera escena: junto al piano

La paciente se acompaña con el piano mientras entona un aria de la ópera *Carmen*, de Bizet (1838-1875).

De pronto, sintió un malestar, la «cabeza le daba vueltas» y experimentó síntomas de angustia típicos de la histeria, entre otros: «opresión», «parestesia cardíaca». También piensa haber comido algo que la envenenó, y «creyó que se volvía loca». Idea que se hizo obsesiva.

Freud pone en palabras el aria *Ante la puerta de Sevilla* y pide a la paciente que repita lo que cantaba y la interpela: ¿cuándo se originó el ataque?

El pasaje alude a que Carmen —que es gitana y reafirma su libertad— está en la taberna entre hombres, y sobre una mesa baila y canta: «en las puertas de Sevilla yo, bailaré la seguidilla y beberé la manzanilla...».

La paciente ubica el ataque después de cantar este pasaje. El contenido del aria le evocó el recuerdo del marido ausente.

La ópera es una expresión compleja, conjuga varias artes: música, composición, expresada en signos, partituras, orquesta, canto, solistas, coro, libreto, escritura, poesía, lenguaje, artes escénicas, actuación y ballet —corporeidad, gestos, voz, palabra, escritura—. Las historias refieren deseos humanos y sentimientos trágicos, patéticos, irónicos, risibles enfatizan en el espectador el lado ficcional por lo general en mayor grado que en la representación puramente teatral. Seguramente incide en su modo de participación incrementando la cercanía en el intercambio con la representación.

Freud introduce la idea que anteriormente debía estar en ella, «pensamientos que no recuerda». Aparecen las palabras «marido» y «ansia», ansia de «ternuras sexuales».

Más adelante, pregunta a la paciente si conoce «la canción del paje». Se refiere a la «canzona» del querubín de *Las bodas de Fígaro* (Wolfgang Amadeus Mozart, 1875).

El paje tiene quince años y dice a las mujeres «voi che sapete»... «díganme qué es el amor, si estoy enamorado, siento un afecto pleno de deseo, que por momentos es delicioso y en otros un martirio, siento el alma encenderse en llamas y en otros momentos se torna en hielo». Nombraba el amor, el deseo y la proximidad entre el placer y displacer (Freud, 1887-1904: 162-163).

El aria de *Carmen* desencadena un movimiento, levanta la represión y da lugar a la identificación de la paciente con la gitana que, excitada, erotiza a los parroquianos.

Se origina en esta identificación un enlace falso o sustitución y la paciente añora «las ternuras sexuales» del esposo. Cabe preguntarse: ¿podría ella tener la vivencia de que el marido le brinda estas «ternuras» aunque no estuviera ausente?

Más adelante, Freud agrega eslabones faltantes: ¿de dónde vienen estos comportamientos? El «ataque», en el que siente que va a enloquecer, y luego «el espanto».

Acá pasamos a la segunda escena, que ilumina, con nuevos significantes, la primera.

### **Segunda escena: en el conservatorio**

La paciente evoca su participación en una escena acaecida cuatro años antes, en que vivió algo similar en el conservatorio donde estudió canto. Estando allí rodeada de colegas que hacían bromas sexuales subidas de tono, el tenor le acarició el pecho. Ella vacila cuando Freud le pregunta si estaba cubierta con el vestido o sobre la piel.

Por otra parte, la vida artística y los vínculos desprejuiciados entre sus pares le causaron franco rechazo, especialmente cuando mencionan pasar la noche con una «vieja actriz». Posiblemente se expresa la resistencia ante otra identificación con la mujer que se acuesta con varios hombres.

Más tarde, en su casa, tuvo una «aparición» —pelea con el tenor y otro hombre— que le causó un ataque y con ello miedo a enloquecer; junto con el «recuerdo lagunoso» de lo acontecido aparece el «espanto».

Para esta indagación sobre los tópicos sobre el amor y el deseo es trascendente no descartar que ante la pérdida-separación del objeto de amor brotan el «martirio» y «el hielo» que profiere el paje cuando habla de su alma desolada. Esto último referido a un contexto en que la angustia, según la concebía Freud, provenía de la estasis libidinal o estancamiento de la libido.

Freud toca la creación y la vida artística, y da lugar a un rico retrato de las idas y venidas de un análisis, en forma sucinta, que pasa por la ausencia del objeto amado, añoranza de trato sexual y vivencias a posteriori de espanto.

El contenido de la ópera se convierte en la vía de acceso a las claves para intentar alcanzar los destellos del deseo, siempre furtivo e inasible, y la sombra que lo acompaña: el penar.

Asimismo toma el lugar de los restos diurnos en el sueño, al permitir el acceso a las fantasías inconscientes.

En este recorrido la resistencia de la paciente se levanta parcialmente, ya que finalmente se erige la defensa, advienen los síntomas, recae en la desventura y huye del tratamiento.

En lo atinente a la sublimación, como es esperable, se da un proceso paralelo, al comienzo parece que se encamina hacia su logro, pero no lo alcanza.

#### EL DELIRIO Y SUEÑOS EN LA GRADIVA DE W. JENSEN

En el estudio de la novela de W. Jensen (1903), Freud (1907) da otra muestra de su originalidad y talento para disponer de la expresión artística. Uno de los motivos que guían a Freud en esta exposición es introducir, junto con conceptos teóricos expuestos anteriormente, otros aspectos novedosos de sus descubrimientos en curso.

Se trata de conceptos psicoanalíticos sobre la construcción en análisis, o, mejor dicho, de la reconstrucción.



Gradiva-p1030638 | CC-BY-SA-2.0-fr

Despliega la reorganización de vivencias producidas entre analista y analizando con la finalidad de dar continuidad a su proceso de historización, interrumpido por la incidencia traumática.

Revisita conceptos acerca de la participación del deseo en las formaciones del inconsciente, fábulas, mitos, relatos, poesía, lapsus, sueños, chiste e ideas ya expresadas en *La interpretación de los sueños* (Freud, 1900-1901).

Refiere hilos teóricos, tales como cómo los sueños constituyen un proceso de creación en el que se articulan deseos y sentimientos inconscientes con los sucesos acaecidos en la vida diurna. En los sueños y en la novela, como puede verse en el argumento de la obra de Jensen, existe una fuerte unión entre los deseos inconscientes y los objetos primarios.

El protagonista de la novela, el arqueólogo Norbert Hanold, había perdido interés por la vida. En esta etapa, lo fascina un friso de Pompeya encontrado por azar.

A partir de estas vivencias, entreteje sus conflictos con la sexualidad, la vida y la muerte en fantasías, sueños y el delirio.

Fluctúa entre el amor a una habitante de Pompeya de hace cinco mil años y «el amor olvidado» que sentía por su vecina, que se eclipsa al eclisionar sus defensas ante lo terrorífico, representado por el cuerpo de la mujer, y, en su lugar, se ve obligado a elegir una estatua de mármol.

Empujado por la curiosidad infantil, deseo de «saber» y «ver», lo hechiza la ilusión de movimiento, de marcha, que transmite el pie de Gradi-va. Pie que al erguirse para avanzar adquiere valor de falo; esta imagen configura el delirio.

Si bien Freud aún no había realizado sus conceptualizaciones sobre el fetichismo, describe cómo Hanold, con atención pertinaz, trata de descubrir el pie avanzando de Gradi-va en las demás mujeres.

El deseo infantil narcisista se dirige a la madre provista de atributos fálicos alucinados.

En este sentido surge la hipótesis: la hermana del novelista era su amada inspiradora y tenía pie bot. Realiza de esta forma, posiblemente, una alusión, dentro del contexto de la fantasía, a la «castración femenina».

Se advierte cómo el arqueólogo derrama sobreestima respecto a Gradi-va y la dota de un origen noble, como el hombre enamorado que enaltece superlativamente a la amada.

Otra de las investigaciones del arqueólogo parte del delirio. Se desliza al terreno de lo ominoso, del doble, del fantasma (Freud, 1919: 334-336).

Emergen los trayectos recorridos por los espíritus, las tinieblas, y la pregunta: «¿De qué contextura sería la aparición corpórea de un ser como Gradiva, muerto y a la vez vivo en la hora meridiana de los espíritus?» (Freud, 1907: 18).

Freud en su investigación introduce la realidad de los objetos que no cesan de morir. Estos mecanismos están implícitos en la melancolía e impiden deshacer totalmente la ligazón con el objeto (1917-1919).

En la línea de articular la dialéctica entre alguien que existe y alguien que ha dejado de existir, Willy Baranger creó la expresión *muerto-vivo* (1961-1962).

Por otra parte, en el trabajo sobre esta novela abundan las referencias al análisis: la palabra *arqueólogo* remite a la búsqueda-excavación, remoción en el análisis. Asimismo, la condensación Gradiva-Zoe tiene varias connotaciones, Zoe representaría al analista en la dupla analista-analizando.

Las escenas de Gradiva tienen lugar en Pompeya, ciudad sepultada—represión—, y el descubrimiento posterior lleva al análisis y sus hallazgos.

Por último, los pliegues y líneas onduladas de la túnica de Gradiva evocan los sinuosos caminos, idas y vueltas del análisis y del amor.

#### POR EL CAMINO DEL SÍMBOLO

Melanie Klein y Donald Winnicott, en sus originales descubrimientos, ponen el acento en la construcción del símbolo. Delinean así un camino más directo hacia el entendimiento de los procedimientos que sientan las bases de la creatividad.

Las ideas de estos autores provienen de la clínica y resultan enormemente valiosas para comprenderla.

#### MELANIE KLEIN, INVESTIGADORA Y CREADORA

Se ocupa en su obra de profundizar y abrir el campo del análisis extendiéndolo a la comprensión de los estados tempranos del psiquismo en niños y

adultos profundamente perturbados y en seres que, afectados de angustia, buscan salidas para el dolor.

A partir del juego del niño se interna en el análisis del simbolismo.

La descarga en el juego deja de ser solo una satisfacción somática para tomar el sentido de fantasías simbólicas con valor de comunicación y defensa. Esta consiste en la «expulsión» de los contenidos penosos para alejar el sentimiento de peligro de aniquilación.

Sostiene que el mecanismo que hace posible la simbolización es la sustitución, equivalente al desplazamiento en la teoría freudiana.

El juego infantil y los sueños son equiparados por M. Klein. En ellos interviene la sustitución de un objeto por otro —censura mediante— que permite el alejamiento de fantasías de carácter persecutorio. La sustitución es intrínseca a la simbolización y lleva a desplegar esta capacidad.

Por el contrario, si se produce interferencia de elementos terroríficos, sobrevienen las inhibiciones en el aprendizaje (Klein, 1930).

En el trabajo *Situaciones infantiles de angustia reflejados en una obra de arte y en el impulso creador* (1929), Melanie Klein ejemplifica, junto a los conflictos de un niño, los de una niña.

En el caso del niño recurre a una ópera infantil de Maurice Ravel, *L'énfant et les sortilèges* (1917), sobre libreto de G. Colette, para presentar cómo las dificultades en el manejo de los símbolos inciden en los problemas escolares. Muestra que las vivencias persecutorias y los sentimientos destructivos tornan amenazantes los objetos del mundo de un escolar.

Más adelante, en el mismo trabajo, para referirse la angustia en la niña, analiza una obra literaria, *El espacio vacío*, de Karin Michaelis; allí despliega las inhibiciones para crear de una pintora profundamente deprimida, y la manera en que logra superar su aficción y crear.

Melanie Klein sitúa la creatividad en la interacción de los «impulsos libidinales» y los «destructivos» —asesinos incestuosos— provenientes del complejo de Edipo.

Enfatiza que los sentimientos de culpa, pérdida y tristeza llevan a la reparación, a restaurar el objeto, a recrearlo y devolverle la vida.

## LOS ORIGINALES DESCUBRIMIENTOS DE DONALD W. WINNICOTT

**El árbol**

La madre está  
 Llorando  
 Llorando  
 Así la conocí  
 Una vez extendido en sus rodillas  
 Como ahora sobre el árbol muerto  
 Aprendí a hacerla sonreír  
 a detener sus lágrimas  
 a deshacer su culpa  
 a curar su muerte interior.  
 Darle vida era mi vida.

Donald Winnicott (poema sobre su madre escrito a los sesenta y siete años)

En las nociones de Winnicott, la creatividad tiene un lugar central. Desde el comienzo de la vida se enlaza con la construcción de la estructuración psíquica.

Ambas se originan en la sutil dinámica de la interrelación madre-bebé, en la que coloca su concepto de «ilusión», punto de partida de la «creatividad primaria» (Winnicott, 1971: 23).

Este es el momento del «objeto subjetivo», que es provisto por la actitud materna de adaptación e implica el deseo de vida de la madre.

Advendrán entre la madre-bebé el objeto transicional y los fenómenos transicionales. La transicionalidad es instrumento valioso para pensar los procesos de desarrollo y otras modificaciones apreciables en diferentes situaciones clínicas.

La fantasía, el juego infantil, el pensamiento y la cultura nacen en el espacio transicional, un área situada entre «la realidad psíquica interna y la realidad externa» que se desarrolla durante toda la vida.

En cuanto objeto transicional, no importa cuál objeto de la realidad sea, pero sí su función. Permite sostener el proceso de separación de la madre y pasa a ser un objeto simbólico de la unión madre-bebé.

Sufre una evolución, en el comienzo el objeto transicional no es un símbolo, «es una posesión» del niño que hace referencia a otra realidad. Más tarde toma el carácter simbólico, es realidad y es fantasía, «es yo y no yo».

Tiene que ser «hallado» —descubierto por el infans—, ofrecido por la madre. A la vez es «creado» por el infans. Sabido es que la construcción teórica de Winnicott se sustenta en una serie de paradojas que tienen que ser aceptadas.

Las capacidades de pensar y de simbolizar, para Winnicott, son mecanismos a los que arriba el bebé en el proceso de separación de la madre. Es necesario partir de la unidad madre-bebé y que luego se den fallas graduales en la adaptación materna.

La capacidad creadora depende por tanto de la separación de la madre, en la que juega un rol importante la destructividad. Hay que tener en cuenta que Winnicott confiere a la agresividad diferentes sentidos.

Para Winnicott «crear es estar vivo».

La creatividad se corresponde con el desarrollo del verdadero self, involucra la capacidad de la madre de reflejar al niño, que se extiende al ambiente.

«En el desarrollo individual el precursor del espejo es el rostro de la madre»... «el bebé cuando mira al rostro de la madre, se ve a sí mismo», pero si la madre refleja «su propio estado de ánimo», intrusión materna, «sucede algo en su capacidad creadora, empieza a atrofiarse», los niños «buscan en derredor que el ambiente les devuelva algo de sí» (Winnicott, 1967: 147, 149).

En el mismo trabajo, *Papel de espejo de la madre y la familia en el desarrollo del niño*, alude a la obra del pintor Francis Bacon (1909-1992), que pintaba caras deformadas: «le gusta tener un espejo sobre sus cuadros porque cuando la gente los mira no ve solo un cuadro, incluso, puede llegar a verse a sí misma» (Winnicott, 1967: 154).

Para finalizar, puede sostenerse que el objetivo de la creación en el analista es transformar aquello que trae el paciente. Romper la repetición y llevarlo a más libertad con respecto a los límites que le imponen los conflictos encerrados en los síntomas. Así como a ampliar la capacidad creativa del analizando acrecentando sus posibilidades en el pensamiento y en la acción. ♦

## RESUMEN

En este trabajo se intenta reflexionar acerca de la confluencia del arte y el psicoanálisis, sobre los mecanismos que encierran los procesos de creatividad, su valor en la subjetividad y la importancia de la creatividad, de la cultura en la labor del psicoanalista.

Se realiza un recorrido por ideas y referencias a expresiones artísticas de Sigmund Freud, Melanie Klein y Donald W. Winnicott.

*Descriptor:* CREATIVIDAD / SUBLIMACIÓN / SUEÑO / DELIRIO / SIMBOLIZACIÓN /  
TRANSFERENCIA / NARCISISMO /

*Autores-tema:* Freud, Sigmund / Klein, Melanie / Winnicott, Donald

*Obras-tema:* Gradiva; Jensen, Wilhelm Manuscrito J. Cartas a Wilhelm Fliess;  
Freud, Sigmund

## ABSTRACT

This paper attempts to reflect on the confluence of art and psychoanalysis, on the mechanisms that hold the processes of creativity, its value on subjectivity and the importance of culture in the work of the psychoanalyst.

A journey is made in reference to ideas and artistic productions of Sigmund Freud, Melanie Klein and Donald W. Winnicott.

*Keywords:* CREATIVITY / SUBLIMATION / DREAM / DELIRIA / SIMBOLIZATION /  
TRANSFERENCE / NARCISSISM /

*Authors-subject:* Freud, Sigmund / Klein, Melanie / Winnicott, Donald

*Works-subject:* Gradiva; Jensen, Wilhelm Draft J. The Complete Letters of S. Freud to  
Wilhelm Fliess; Freud, Sigmund

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Baranger, W. (1961-1962). El muerto vivo: estructura de los objetos en el duelo y los estados depresivos. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4. APU.
- Freud, S. (1887-1904). *Cartas a Wilhelm Fliess*. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- (1900-1901). *La interpretación de los sueños*. O. C. Tomos IV y V. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- (1907). *El delirio y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen*. O. C. Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- (1908). *El creador literario y el fantaseo*. O. C. Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- (1914). *Introducción al narcisismo*. O. C. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- (1915). *Duelo y melancolía*. O. C. Tomo X. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- (1917). *Un recuerdo de infancia en «Poesía y verdad»*. O. C. Tomo XVII. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- (1919). *Lo ominoso*. O. C. Tomo XVII. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*. O. C. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1982.
- (1923). *El yo y el ello*. O. C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- (1927). *Alocución en la casa de Goethe*, en Fráncfort. O. C. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- (1929). *El malestar en la cultura*. O. C. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1979.
- Klein, M. (1929). *Situaciones infantiles de angustia reflejadas en una obra de arte y en el impulso creador*. O. C. Tomo I. Buenos Aires: Paidós.
- (1930). *La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo*. O. C. Tomo I. Buenos Aires: Paidós, 1930.
- (1937). *Amor, culpa y reparación*. O. C. Tomo I. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1967). *Papel de espejo de la madre y la familia en el desarrollo del niño*. Buenos Aires: Gedisa.
- (1971). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gedisa.
- (1971). *La creatividad y sus orígenes*. Buenos Aires: Gedisa.
- (1971). *La ubicación de la experiencia cultural*. Buenos Aires: Gedisa.
- (1971). *Objetos transicionales y fenómenos transicionales*. Buenos Aires: Gedisa.





**POLEMOS**



# La transmisión institucionalizada del psicoanálisis en los comienzos del siglo XXI

*Ensayo desde la experiencia*



---

JAVIER GARCÍA<sup>1</sup>

¿Cómo preservar lo esencial de la transmisión del psicoanálisis de las resistencias institucionales y culturales actuales, y cómo adecuarse a los nuevos formatos de las demandas de formación sin perder lo esencial que hemos recibido de las primeras generaciones de analistas? En el siguiente ensayo, trataré de responder a esta pregunta a partir de mis experiencias, que me han llevado tanto a intercambiar ideas con otros como a cambiar mis ideas.<sup>2</sup> La razón de la pregunta que da lugar a este ensayo gira en torno al desafío de los institutos de psicoanálisis y de la formación de analistas en estos tiempos.

- 1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. gp@adinet.com.uy
- 2 El ensayo parte de mis experiencias prácticas como docente, supervisor, analista, director de mi instituto (Instituto Universitario de Postgrado en Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay), coordinador de la Comisión de Plan de Estudio que creó el nuevo plan de estudio del instituto de la APU (modelo uruguayo) en 1990, como integrante del comité de educación de la Asociación Psicoanalítica Internacional (API), como uno de los fundadores y primer director del Instituto Latinoamericano de Psicoanálisis (ILAP).

## ¿MODELOS DE FORMACIÓN?

Frente a la falta de un acuerdo acerca de la teoría psicoanalítica y del objeto del psicoanálisis que dé unidad a nuestra asociación internacional, la diversidad existente orientó la unidad a la exigencia de ciertos estándares formativos. El formato oficial era el llamado modelo Eitingon, y, una vez aceptados ciertos cambios ya existentes en algunos institutos, la unidad está ahora en la aceptación de los también llamados modelos francés y uruguayo. Ciertamente, aun con variantes sobre las cuales se pudieron desarrollar largas discusiones no siempre muy productivas, los tres «modelos» reúnen la característica de articular de diferentes formas y con diferentes tiempos y simultaneidades el análisis personal, la formación teórica y la formación en práctica supervisada. También el modelo uruguayo mostró desde sus comienzos en los 70<sup>3</sup> un cambio en la estructura del instituto y de las funciones didácticas. Estos cambios consistieron en una desconcentración del poder del «didacta» y una mayor democratización institucional con la creación de las funciones y los grupos didácticos.

Las discusiones que llevaron a la aceptación de tres modelos de formación en la API sobre la frecuencia semanal del análisis llamado *didáctico*<sup>4</sup> suscitaron temas interesantes y muchos de ellos sustantivos del «hacerse analista», pero nunca fueron temas atados al número de sesiones puesto que la constitución y el trabajo en transferencia bien se pueden dar con una y otra frecuencia, a veces indistintamente. En diferentes lugares tenemos experiencia de ello, con dificultades, por cierto, y con éxitos razonables también. No obstante hay algo cierto, sustantivo: la experiencia analítica central es una experiencia inconsciente en transferencia y ella solo puede darse en situaciones de intensidad analítica, lo que implica una alta frecuencia, aunque no podamos decir exactamente cuántas sesiones

3 Viñar, M.; Fulco, C.; Casas, M.; Uriarte, C. (2005). *Modelo uruguayo-Instituto de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay (APU). Parte B, Argumentación*; La Reforma. (Inédito). Biblioteca APU.

4 Didáctica remite a *enseñanza, instrucción*, y, cada vez más, hay opiniones de que el psicoanálisis de los aspirantes y candidatos no consiste en una enseñanza del psicoanálisis ni de su práctica clínica. El acento está, también cada vez más, puesto en que se trata de un psicoanálisis personal en las mejores condiciones de encuadre posibles.

semanales eso requiere, con qué distribución, de qué tiempo y con qué estabilidad de mantenimiento. Lo mismo se agrega ahora con los análisis concentrados (*shuttle analysis*) y los análisis por Skype (*remote analysis*). La demanda de análisis desde lugares donde no hay analistas requiere concentrar sesiones presenciales y mantener la continuidad mediante sistemas de comunicación por internet como Skype. Ambas modalidades se complementan para disminuir sus limitaciones y permiten realizar análisis allí donde aún no hay instituciones ni analistas.

Sobre todos esos ítems hay reglas, pero no necesariamente están articuladas con las buenas experiencias. Hay experiencias variadas desde los inicios del psicoanálisis en Freud y luego en muchos otros autores. De modo que parecería que lo único que podríamos llamar «modelo» es la articulación —de un modo u otro— del análisis personal, las supervisiones y la formación teórica. Luego, de qué forma se da esa articulación, si es simultánea o no, o si es parcialmente simultánea, si es en presencia o a distancia, si es episódica o continua, con qué variantes singulares más bien serían variaciones del modelo que, desde el punto de vista formal, no parecen sustantivas en cuanto a lo que determinan en la formación. La articulación no es formal, es singular, se da en cada analista en formación de un modo particular, a modo de cristalizaciones, a veces con tiempos de articulación que responden más al a posteriori que a la simultaneidad temporal real.

Los institutos ofrecen cierto marco y recorridos posibles para que cada uno arme una trayectoria singular y diferente dentro de lo homogéneo de las reglas. A veces supervisores y docentes de seminarios nos creemos que «formamos» analistas y obviamos esa condición tan humana del sujeto que se arma o construye en ciertas condiciones que lo hacen posible pero que dependen de lo inconmensurable de la experiencia de cada uno. Por cierto, es una idea bastante a contrapelo de las tendencias culturales actuales que sortean al sujeto, tanto psíquico como social, pero quizás por ello se nos exige cierta fuerza para resistir estas olas de pragmatismo que golpean la condición humana. También es cierto que la cosa humana, y muy especialmente la experiencia inconsciente en transferencia, puede quedar aplastada por una tendencia excesivamente reglamentarista que intente ligar las condiciones del análisis a números, alternancias, períodos, duraciones, categorías de analistas o categorías de los analistas habilitados.

Todos sabemos que siempre se encuentran explicaciones muy bien sustentadas teóricamente para cualquier regla que se quiera sostener.

Me parece importante, entonces, en medio de tantas fuerzas que hacen difícil la producción de un sujeto, hacer todo lo posible por sostener ese delicado lugar de gestación de cada analista en la singularidad de cada experiencia. Querer reglamentar los cruces y engarces de estas vertientes de experiencias y campos es como querer controlar y universalizar la singularidad. Por el contrario, esta singularidad de la formación de cada aspirante y candidato es una pequeña delicada joya a cuidar, a preservar, cultivándola para hacer producir a esta diversidad. En este aspecto artesanal y singular ubico uno de los rasgos esenciales de la formación de analistas.

A partir de lo anterior, y de otros problemas de la transmisión, podemos saber y sostener que muchas formalizaciones de la formación funcionan más como obstáculo de la transmisión del psicoanálisis, más como resistencias a encarar nuevos caminos necesarios que como necesidad de una formación cabal. En países donde no existen institutos, a pesar de todas las dificultades de un trabajo inaugural, están las experiencias muy ricas de trabajar con pocas formalidades.<sup>5</sup> El *board* del instituto requiere resolver muchas situaciones singulares, tanto de los análisis y de las supervisiones como de los seminarios, porque las personas llegan con formaciones y experiencias tan diversas que es necesario capitalizarlas y no desconocerlas. El desafío es incluir las diferencias. También presentan posibilidades muy diversas para hacer un análisis personal, aun con grandes sacrificios personales. He aprendido mucho contagiando y dejándome contagiar el deseo de formarse a pesar de las grandes dificultades. Un espíritu innovador, creativo y efervescente que vendría muy bien recuperar en todos los lugares donde trabajamos.

5 García, J. (2011). The training of psychoanalysts in Latin American countries without ipa institutions: antecedents, experiences and problems encountered. *The International Journal of Psicoanálisis*, 92(3), 715-731. Londres: Institute of Psychoanalysis. / Javier García. (2012). La formación de psicoanalistas en los países latinoamericanos que no tienen instituciones de la IPA-FEPAL. Libro Anual de Psicoanálisis, xxvii.

## CEDER EN EL CONTROL INSTITUCIONAL DE LOS ANÁLISIS

Uno de los elementos de control en la formación ha sido el análisis «didáctico». Es ya muy difícil seguir sosteniendo que hay un tipo especial de análisis para aspirantes y candidatos y que hay un tipo especial de analistas para aspirantes y candidatos. En buena parte de los institutos esto ya no es exactamente así, se le ha cambiado el nombre<sup>6</sup> y se ha ampliado el grupo de analistas habilitados aunque se siga manteniendo algún requisito sobre los análisis. La verdad es que no encuentro que haya una forma de asegurar ni de velar por que los análisis se realicen dentro de un perfil que sea mejor que otro. Podemos decir que tienen que tener una frecuencia intensa que permita la transferencia inconsciente como experiencia desde la cual trabajar lo inconsciente. Pero esto no va ligado a un número determinado de sesiones ni a una extensión de cada sesión, ni de continuidad, ni ritmos fijos, ni siquiera de tipo de analista. La ritualización de los análisis mediante sus encuadres se ha transformado también en un fuerte mecanismo resistencial (del analista y de la institución) que lleva con frecuencia a impases.

Por otra parte, toda intervención de la institución sobre los análisis mediante reglamentaciones, exigencias, encuadres, determinación del tipo de analista no hace sino distorsionar las necesarias libertad y privacidad que exige analizarse, lo que nunca es sin costos analíticos para ese analizando y ese análisis. Inevitablemente la institución por medio de los «análisis didácticos» controla e introduce ideología de cómo deben ser un análisis y un analista. Por ejemplo, en criterios de «normalidad», en ideas de cuándo terminar un análisis y cómo. Me refiero a listados más o menos reglados de cómo deben ser las cosas en un análisis y de cómo se llega bien o no a un fin de análisis. Algunos de ellos muy exhaustivos y bien fundamentados, pero que no se ajustan al carácter singular de cada análisis. Sé lo que significa para una institución sería dejar liberados los análisis sin ningún requisito, pero también reconozco que hasta ahora los

6 Análisis de formación, análisis con analista del instituto, entre otros.

requisitos no han significado ninguna seguridad o certeza de buen análisis, si es que las puede haber.

Creo que deberíamos, cada vez más, liberar los análisis de aspirantes y candidatos y dejarlos totalmente por fuera de toda reglamentación institucional. Lo que corresponde a un instituto es valorar, a grandes rasgos, si alguien está en condiciones de llevar adelante un análisis, a partir de su práctica supervisada y de sus presentaciones clínicas. Pienso que esta objeción se tendría que extender también a los juicios de las comisiones de admisión que trabajan por medio de «entrevistas psicoanalíticas» evaluando así las condiciones para entrar al instituto. La aplicación de criterios psicoanalíticos fuera de contexto analítico no debería tomarse tan naturalmente. Y el hecho de que un órgano institucional recepcione material privado de la vida de un aspirante a los efectos de evaluarlo (cuando las entrevistas son de este estilo) no debería tomarse con tanta aceptación. Ni hay elementos probados que avalen pensar que son criterios y métodos ciertos, ni podríamos decir que están exentos de efectos institucionales indeseados.

#### ¿PLURALISMO O PLURALIDAD EN LA FORMACIÓN ANALÍTICA?<sup>7</sup>

En distintos institutos viene predominando la tendencia a transmitir y/o enseñar distintas líneas de desarrollo teórico dentro del psicoanálisis e, incluso, la tendencia a hacer coexistir distintas formas de comprensión de un material clínico, de pensamiento metapsicológico y de modos de trabajar en transferencia y la transferencia y de cómo intervenir en ella. Esta coexistencia de las diferencias incluso ha adquirido un sesgo ideal en cuanto a lo que debería pasar como meta en la formación de analistas y en las discusiones científicas. Se trata del *pluralismo teórico* y, más aún, del *pluralismo* en general, lo cual nos ha traído no pocas dificultades tanto en la idealización de la meta pluralista como en no hacer producir las diferencias, en la medida en que no se sostienen y defienden confrontativamente. Es fuerte el riesgo del «todo vale» o todo es más o menos

<sup>7</sup> García, J. ¿Pluralismo o pluralidad? Congreso de FEPAU. San Pablo, octubre de 2012 (inédito).

igual, lo cual, al aplastar las diferencias, abre el camino a una *Babel light* sin confrontación científica.

El *pluralismo* consiste en una o varias corrientes o doctrinas filosóficas presocráticas: Anaxágoras, Empédocles, Demócrito, respondiendo a los problemas planteados por Heráclito y Parménides respecto a que todo se mueve, reunían ideas en torno a la realidad y a su existencia cambiante, no unívoca, es decir, más de una realidad.

Pluralismos posteriores, en la filosofía moderna y contemporánea, en reacción contra el monismo del idealismo alemán y del materialismo del siglo XIX.<sup>8</sup> «La más conocida de las doctrinas filosóficas pluralistas contemporáneas es la de William James, basado en la idea de libertad interna» (*ibid.*), es decir, sistemas de ideas, doctrinas, ideologías filosóficas que en muchos casos reunían ideales, ideas en el lugar de metas, eso que, según el psicoanálisis, se conforma con relación al superyó-ideal del yo, en basculación con el yo ideal. No habría uno sino varios «pluralismos» como sistemas de ideas, y cada uno implica una cierta concepción del mundo y de la forma de pensarlo.

Por otro lado —y lo contrasto así para diferenciarlo del pluralismo como ideología filosófica, religiosa, política, como concepción del mundo—, tenemos un fenómeno que sucede con las ideas en nuestra época. Todos los grandes sistemas de ideas, así como los ideales implicados en ellas, entraron en crisis y dejaron multitud de discursos parciales coexistentes. Estos movimientos o caídas, junto con la concentración del poder en el hombre, en especial en el páter familias —aunque también en aquellos que representaban ese patrón a nivel ideológico, político y filosófico, entre otros—, no son lineales y coinciden con la existencia de fundamentalismos religiosos, a veces de movimientos nostálgicos.

Aunque el psicoanálisis no sea una ideología como forma de concebir el hombre y el mundo, sobre él se han creado distintos sistemas de ideas, en general resistenciales, respecto a la meta de descubrimiento del inconsciente. Estas ideologías, tanto de base científica como política, no siempre

8 Ferrater Mora, J. (1979). *Diccionario de filosofía* (2605). Madrid: Alianza Editorial.

diferenciadas, quedaron afectadas por la caída de los grandes sistemas de ideas. Hemos ido perdiendo parte de la argamasa pero no necesariamente los ladrillos, los sistemas unitarios de ideas, y disponemos de multitud de discursos diversos y coexistentes así como de mestizajes de discursos.

En este sentido, el *pluralismo* en psicoanálisis parece responder también a un resquebrajamiento de las unidades teóricas representadas por escuelas psicoanalíticas y al reconocimiento inevitable de la coexistencia de discursos teóricos múltiples. No se trata de una nueva concepción del psicoanálisis y del hombre que designemos *pluralismo*, se trata del reconocimiento de una realidad plural, diversa y mestiza a partir de la cual pensamos y en la cual tenemos nuestras experiencias psicoanalíticas. La ilusión de unidad se ubica muchas veces en la clínica, al decir: «en el fondo, pensamos todos lo mismo cuando se trata de un caso clínico» o «detrás de la diversidad de lenguajes la experiencia es siempre la misma». Lo que Willy Baranger llama *piadosa ilusión*, y agrega: «cómo si una experiencia ubicada esencialmente en un nivel de lenguaje pudiera ser indiferente a la diversidad de los idiomas».<sup>9</sup> Afirmación más que interesante dentro del psicoanálisis pues sitúa las experiencias analíticas bajo la influencia determinante de los discursos de cada época y cultura. Podríamos decir que el psicoanálisis, aún más, lo inconsciente, dependerá de los discursos de cada época y cultura, lo que puede quedar vinculado a la idea de «sujeto» y de «producción de sujeto» en una época de pluralidad de discursos.

La multiplicidad de discursos antes unificados bajo cierta fuerza absolutista de un patrón es un reconocimiento que implica una pérdida, la pérdida de un «absoluto». Esta pérdida nos enfrenta a los límites del conocimiento, al desvalimiento, a la castración, desde esta diversidad inacabada de discursos.

No hay elementos para pensar que estemos frente a un nuevo pluralismo filosófico o ideológico que dé cuenta de un sistema de ideas, una forma de ver el mundo y los pensamientos que nos prometa una imagen más acabada del hombre. Estamos sí en un momento de reconocimiento

9 Baranger, W. (2011). Acerca de la situación actual de la APA en relación a la teoría psicoanalítica. *Revista de Psicoanálisis*, LXVIII(2-3). APA; Buenos Aires.

de la pérdida de sistemas de pensamiento unitarios y del reconocimiento de discursos no solo inacabados sino diversos y mestizos. Como suele suceder con la castración, esas construcciones del absoluto se fueron *descascarando*, *erosionando*, *cascando* sucesivamente hasta caer, al menos en parte, y esto —pienso— es lo que ha generado una *pluralidad* (de saberes, experiencias, ideologías institucionales y poderes).

Uso intencionalmente la palabra *pluralidad* y no *pluralismo*, pues este último es un concepto que puede identificarse con una teoría, filosofía o ideología definida así. También el pluralismo puede ser una definición política inevitable como acuerdo entre partes que piensan muy diferente para conservar un grupo o institución. Un pacto de sobrevivencia, un acuerdo de coexistencia.

En cambio, entiendo que la *pluralidad* no es el resultado de una búsqueda ideológica sino el resultado del *descascarado* y hasta el inevitable *cascado* de las teorías e ideologías —lo que resta como segmentos desprendidos y lo que resta del tronco luego de desprenderse esos segmentos—, todo lo cual se trabaja en diferentes re-armados nuevos. Algunas de estas reconstrucciones-construcciones-innovaciones son apenas personales y transitorias, en cada sesión y con cada paciente, otras corresponden a una articulación-creación o innovación de teoría o son la consecuencia de disponer de diferentes teorías incompletas que inter-actúan en las discusiones científicas y en el interior del pensamiento de cada analista. Implica el reconocimiento de nuestro mestizaje. Pongo el acento entonces en mi preferencia por hablar de *pluralidad mestiza* y no de un ideal de *pluralismo*.

#### UN INSTITUTO ABIERTO

En primer lugar, un instituto que ofrezca las mejores condiciones para que alguien pueda formarse como psicoanalista, que ubique a quien se está formando en un lugar activo de experiencias clínicas y teóricas, poder elegir un camino con sesgos singulares. Poder elegir seminarios tanto por temas como por autores y docentes. Lo sustancial no radica en que nosotros formemos analistas. Esto es más una creencia. Lo sustancial está en crear las mejores condiciones para que un analista se forme transitando a su modo la aventura del análisis, la teoría y la clínica supervisada.

Especialmente porque no es una disciplina en la que lo central sea el conocimiento consciente, sino el transitar por experiencias mixtas y muy singulares de descubrimiento del inconsciente.

Mi preocupación máxima hoy es no perder esta esencia del psicoanálisis frente al alud de exigencias estandarizadas de resultados aparentes. Ofrecer lo central del recorrido y el aporte teórico freudiano como núcleo fundante del conocimiento y formación del analista y como paradigma del recorrido de investigación y creación de conocimiento. Ofrecer seminarios que introduzcan el conocimiento y experiencia de las grandes líneas post-freudianas en un ámbito de pluralidad teórica, es decir, de límites teóricos. Ofrecer las articulaciones teórico-clínicas realizadas por Freud en sus historiales u otras de otros autores destacados. Acercar a la problemática de las grandes estructuras psicopatológicas como alternativas humanas de transacción entre los deseos y las defensas. Toda esta práctica teórica a la vez que se experimentan prácticas analíticas con analizandos y el propio análisis personal configurarían un crisol para el tránsito por el instituto en que cristalizarían de forma singular esas experiencias.

Me parece muy importante tratar de evitar todo lo posible el exceso de reglamentación, uniformizaciones y funcionamiento burocrático que vacíe las riquezas de la diversidad y singularidad. Nuestra historia desde S. Freud y el comité de los siete anillos<sup>10</sup> nos ha marcado por el control de lo que se transmite y de lo que se hace, lo cual se constituye en una gran resistencia, un gran obstáculo para el crecimiento y para la transmisión creativa. Hemos desarrollado institutos dentro de las sociedades psicoanalíticas para evitar fracturas y sumar controles. Hemos asimilado muchas veces los funcionamientos de las sociedades y de los institutos a los encuadres analíticos y a sus modos de comprensión. Hemos quitado así a los institutos la apertura a un horizonte nuevo y renovado con cada generación, de intereses y nuevos matices por desarrollar. La disminución de los controles en sus diferentes formatos y la des-ideologización

10 Comité secreto de los siete anillos que fue formado a partir de la idea de Ferenczi para defender las posiciones de Freud frente a Jung y los disidentes. Jones le comunica a Freud esta idea en el verano de 1912.

«psicoanalítica» de los funcionamientos institucionales son necesarias para disponer de institutos abiertos al futuro y enlazados a la sociedad donde están insertos. Posiblemente la independencia cada vez mayor de los «análisis didácticos» y la no reglamentación del encuadre ni del tipo de analista que los puede conducir sean necesarias para lograr esa disminución de los controles y de las reglas burocráticas. Cuidar antes que nada la privacidad y singularidad de los análisis, pero no menos lo singular de la construcción de un candidato a psicoanalista.

NO CEDER AL PRAGMATISMO TÉCNICO EN PSICOANÁLISIS:  
«LOS ANALISTAS Y SUS PRÁCTICAS»<sup>11</sup>

No puede obviarse el contexto múltiplemente heterogéneo en el que nos movemos a la hora de discutir, si no queremos quedar ubicados en el ámbito que figuraba aquella metáfora de Freud entre el oso blanco y la ballena: discusión imposible. ¿Podríamos acaso esperar que un psicoanálisis que se insertó y desarrolló históricamente en un ámbito médico-universitario, en el que incluso los institutos de formación pertenecieron en algunos casos a universidades, se piense independientemente de esa influencia contextual? ¿Podríamos pensar que el psicoanálisis que se insertó fundamentalmente en compañía de las ciencias humanas deje de lado esa herencia en el momento de pensarse a sí mismo? ¿Podríamos dejar de lado los contextos históricos y culturales donde cada grupo nació y creció? ¿Acaso las exigencias actuales de cada sociedad en cuanto a educación y salud no ejercen influencia en nuestro pensamiento cuando son decisivas a la hora de las inserciones laborales y sociales?

La consideración de los diversos contextos no elude necesariamente la discusión psicoanalítica, pero relativiza la pureza del campo científico pues muestra la inevitable mezcla ideológica que lo integra. Es otro de nuestros mestizajes. Este reconocimiento no es poca cosa, pues lo que puede ser considerado un problema extrínseco al psicoanálisis que incide

11 García, J. (2003). Los psicoanalistas y sus prácticas. *Revista de Psicoanálisis*, 60(2), (287-292). Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica Argentina.

negativamente sobre lo que el psicoanálisis debe ser es la misma trama en que el psicoanálisis puede darse. Entre otras cosas porque cualquier juicio analítico ya existente sobre las mejores condiciones para el psicoanálisis también dependió de un contexto. Más allá de ese contexto humano y a la vez científico, social y cultural donde se desarrolla, no hay psicoanálisis posible.

Para que esta afirmación sea responsable corresponde que nos detengamos al menos en un problema: ¿se define el psicoanálisis por una técnica? Todos sabemos que este es un punto de importantes diferencias entre psicoanalistas, y, por lo mismo que expresé antes, no es mi idea que estas se resuelvan sino que las trabajemos, las hagamos producir. Sabemos también que la referencia a un encuadre común ha adquirido mayor énfasis para sostener la unidad en la API frente a una multiplicidad teórica. Ahora bien, si fuéramos una disciplina médica no hay dudas de que no es lo mismo un quirófano aséptico que uno séptico. Pero la comparación con la medicina, recurso que utilizó muchas veces Freud, por cierto, arriesga sortear que el psicoanálisis tiene tanto un objeto como un instrumento subjetivo.

Entiendo que este es un punto de múltiple discusión pero también es un pensamiento al que, como muchos otros, no renuncio. La función analítica pasa por la capacidad de tolerar y poder trabajar la actualización transferencial de los conflictos inconscientes del analizando. Esto implica al analista, sus afectos y pensamientos, sus conflictos, su historia y, en ellos, el contexto social y cultural donde esto se despliega. La técnica, en mi opinión, es inseparable de la mente del analista, por así decirlo, porque, a diferencia de lo que ocurre en otras disciplinas como la medicina, la química o la ingeniería, no disponemos de un saber impersonal que apliquemos sobre otro. Esto, claro está, no quiere decir que no dispongamos de teorías, de pautas o lineamientos técnicos, pero estos están incorporados al funcionamiento de cada analista, recreados y puestos en juego en cada análisis, cada situación transferencial de un análisis, lo que jerarquiza la idea de singularidad. Está en nuestro quehacer científico extraer de estas singularidades elementos trabajables a posteriori, pero siempre en consideración del contexto de donde surgen. No es para nada menor pensar que es solamente a partir de una

singularidad transferencial que podemos escuchar y pensar un material. Las aplicaciones teóricas que no tienen en cuenta este necesario punto de partida y límite de nuestra escucha multiplican ilimitadamente sentidos inefectivos.

Como consecuencia, pienso que la formación de un analista no consiste en un entrenamiento técnico. Si algo sustantivo y no solo formal tiene nuestro acuerdo básico de articular el análisis personal, la formación teórica y la práctica analítica supervisada, es pensar esa articulación en cada analista. Los institutos pueden brindar esas vertientes simultáneamente o no, pero lo sustantivo es que cada analista pueda experimentar singularmente esta peculiaridad psicoanalítica de disponer y disponerse como instrumento. Ninguna escuela, por más monoteórica que se pretenda, puede asegurar la formación de un tipo de analista y el ejercicio de un psicoanálisis. Algo estimulante que tiene la pertenencia a una sociedad internacional es el encuentro de trabajo con analistas de formaciones muy diferentes en los que podemos reconocer finas singularidades en el acceso a nuestro objeto común. Claro que para ello requerimos de cierta renuncia a nuestras pasiones racionales y tribales, lo que no es fácil.

Por lo expuesto, mi concepción del psicoanálisis y la formación de analistas implica la incorporación de elementos para disponerse como instrumento de análisis, entre los cuales también están los recursos técnicos necesarios.

Estrictamente en un psicoanálisis no todo es psicoanálisis. Podemos pensar que hay momentos preparatorios de otros más analíticos, momentos de contención, compañía, reflexión, etcétera, pero lo importante es la actitud y meta analítica allí en juego, aun con las diferencias con que podamos pensarlas. Por esta razón, en situaciones con otros encuadres, sean cuales sean las causas de esas variantes, la función analítica siempre es requerida, en la capacidad de escucha de la transferencia, en la oportunidad, dosificación y tipo de intervención y en sus metas. Es decir, en lo que, en mi opinión, hace a lo fundamental de un analista.

El tema del encuadre, por otra parte, no es desligable de la posición de cada analista y con cada paciente. Todos podemos convenir de alguna forma en que una alta frecuencia de sesiones es una buena condición

para analizarse. Pero no podemos desvincular esta idea de nuestra concepción de la transferencia y del trabajo en ella. No es la misma posición para quien disponga de referencias fundamentalmente kleinianas del trabajo de la transferencia-contratransferencia que para quien las tiene a partir de la teorización lacaniana. Y si nos referimos a Freud, la multiplicidad de referencias se acentúa. Pero hoy raramente nos encontramos con líneas teóricas puras, lo cual constituye nuestro particular mestizaje. Efectivamente, la(s) teoría(s) psicoanalítica(s) no tiene(n) la función de un texto religioso ni es/son igualable/s a la función de la teoría en ciencias básicas, por ejemplo. Son «andamios», decía Freud al comienzo de «las pulsiones y sus destinos», que nos pueden permitir ir armando redes significativas de palabras con cada paciente y, en otro nivel y momento, entre analistas.

Por estas razones prefiero hablar de psicoanálisis en diferentes encuadres antes que establecer una distinción, siempre difícil, entre psicoanálisis y psicoterapias psicoanalíticas. Prefiero hablar de los psicoanalistas y de sus diferentes prácticas. No soy ajeno a que muchos de esos encuadres se alejan del psicoanálisis que concebimos, por ejemplo, para quienes se forman como analistas. Con él me refiero a las condiciones que consideramos mejores para los objetivos de la investigación del inconsciente y los cambios psíquicos. Para los aspirantes y candidatos, así como para muchos pacientes, la alta frecuencia es conveniente. Pero esta no es imponible a todo costo por causa del método. Del mismo modo que las patologías graves nos han desafiado a modificaciones y plasticidad en el manejo de nuestro instrumento, el contexto impone diferentes realidades.

Otro tema para nada menor es si lo que lleva a diluir el psicoanálisis tiene que ver mayormente con el encuadre o con la posición y objetivos del analista. No son excluyentes, es cierto. Pero nuestras realidades culturales parecen hacer cada vez más difícil sostener la tensión transferencial, el descentramiento racional y la asimetría funcional que requiere el psicoanálisis. La tendencia imperante a las técnicas y múltiples especialidades que incluyen al psicoanálisis rápidamente en modos asistenciales médico-psicológicos tienen, en mi opinión, esos riesgos. Me refiero a su forma de inclusión, no a que debemos mantenernos al margen de la demanda asistencial.

## FORMACIÓN EN PSICOANÁLISIS PARA OTRAS PRÁCTICAS, PROFESIONES Y OFICIOS

Abrirse es también considerar que el psicoanálisis no solo está llamado a formar nuevos analistas dentro de los objetivos formativos de una asociación. Desde los orígenes los analistas y las instituciones han ido transmitiendo el psicoanálisis a otros ámbitos de la cultura, a otras disciplinas, sin el objetivo de formar analistas sino de hacer conocer lo que el psicoanálisis descubrió en experiencias muy singulares que otros no tuvieron. Esto hizo que antropólogos, escritores, historiadores, psicólogos, médicos, artistas plásticos, maestros y docentes, pedagogos, neurólogos y psiquiatras dispusieran de conceptos e ideas del psicoanálisis que les abrieron el horizonte teórico y práctico de sus quehaceres y también abrieron un camino de reciprocidades, tanto de los conocimientos como de las experiencias, lo que nutrió también al psicoanálisis.

¿Cómo podría haber ocurrido todo eso tanto tiempo y por momentos de forma tan fecunda si no hubiera dejado una demanda de formación tanto hacia los analistas en particular como hacia las instituciones analíticas en general? Esas demandas existen sin que podamos darles cabalmente trámite por el temor a estar formando analistas salvajes.<sup>12</sup> Tenemos una demanda, muchas veces intensa, de psicólogos y psiquiatras en relación con sus prácticas necesitadas de instrumentos psicoanalíticos. No creo que estas demandas estén bien respondidas ni en calidad y profundidad, ni en reconocimiento oficial, tal como les es requerido en la actualidad.

También tenemos una demanda de las disciplinas o ciencias del sujeto para incursionar en la teoría o en las teorías psicoanalíticas —no en la clínica— a la que respondemos quizás aún peor, si es que respondemos.

Nuestra subsistencia como psicoanalistas y, lo que es más importante aún, la del psicoanálisis mismo no dependieron ni dependen solamente de que las sociedades psicoanalíticas hayan tenido institutos de formación de analistas; también dependieron y dependen de que los analistas cada uno

12 Freud, S. (1910). *Sobre el psicoanálisis «silvestre» (o «salvaje»)*. O. C. Tomo xi. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

y las instituciones hayan trabajado con el psicoanálisis en otros campos transmitiendo y formando a otros trabajadores de la cultura y las ciencias. Reunirnos para el desarrollo interno de la ciencia y la formación de nuevos analistas es una actividad necesaria y central, sin duda, pero también nos ha dejado formas enquistadas (religiosas y económicas de funcionamiento) que no han sido favorables. El espíritu de los siete anillos, espíritu de secta, de exclusividad, endogámico, se cultiva en exceso. Y una apertura más libre de las experiencias y los pensamientos queda ahogada en ese intento de control y cuidado de la herencia.

Otro tema conectado es que las demandas vienen con un formato prevalente de las formas actuales del conocimiento y su reconocimiento (formaciones universitarias en el formato de especialidades, diplomaturas, maestrías y doctorados, por ejemplo). No es posible sortear este aspecto. Podríamos separar totalmente el psicoanálisis de la enseñanza universitaria o podríamos ponerlo en paralelo a una enseñanza de grado pero no de posgrado; ahí tendríamos gente más joven y no necesariamente formada antes como psicólogos o médicos. Pero no es así hoy. Hay formas que nos determinan quizás en un *avant coup*. Es imposible sortear esto, sería como querer sortear las libertades que perdemos al entrar en una lengua. Solo podemos trabajarlo y hacerlo producir después. Todos los profesionales jóvenes llamados hoy a trabajar en un sistema de seguridad en salud carecen de formación para lo que han sido llamados a hacer. Requieren que los que tenemos experiencia y conocimientos vinculados a ellas se los transmitamos para poder operar en sus prácticas.

No podemos *hacer la vista gorda* como si eso no existiera o quedarnos comentando lo malo que es el sistema. Los cursos o cursillos que damos en actividades de difusión son insuficientes para instrumentarlos e insuficientes porque no disponen de reconocimiento oficial que les permita mostrarse instrumentados. Ambos factores son decisivos para quien decide realizar una formación hoy. Se trata de un área de formación (de nada vale no decirlo porque lo ha sido siempre) que requiere ser reformulada para que responda cabalmente a la demanda existente, a la vez que claramente diferente de la formación de analistas.

Otra área de formación es la de teoría o teorías psicoanalíticas. Un área solamente teórica para todos aquellos que requieran formarse en

psicoanálisis teórico. No estaremos formando «analistas silvestres» pues no serán analistas. Serán personas con otras prácticas que harán engarces diferentes con la teoría que aprendan o recreen, de acuerdo con sus experiencias. Pero si ellos mismos lograran una articulación personal entre teoría analítica, análisis personal y práctica analítica con pacientes, no está en nosotros la autoridad para desautorizarla. Nosotros podemos ofrecer un ámbito formativo que nos parece mejor y auspicioso, pero eso no significa que descalifiquemos otros ámbitos o modos de gestar un analista.

Claramente se trata de romper, una vez más quizás, con el círculo de los siete anillos, con el control de lo heredado, porque es falaz, no es posible, y aun si lo fuera no sería vital para el psicoanálisis. Ahora, ¿cómo hacerlo? Es a partir de la singularidad de cada instituto en su contexto actual y su historia, y es con las nuevas generaciones de candidatos y analistas que podrán construirse los nuevos proyectos, que siempre tendrán mucho de aventura. ♦

# Comentario al trabajo de Javier García



---

FERNANDO WEISSMANN<sup>1</sup>

Agradezco a la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* la invitación a comentar este importante y profundo trabajo de Javier García, fruto de su gran capacidad y experiencia. Es realmente un honor y una gran responsabilidad.

Quiero destacar que se ocupó en este trabajo, con toda claridad, valentía y sin ambages, de los grandes temas más difíciles, conflictivos y muy actuales de la formación psicoanalítica y del psicoanálisis en general, señalando con precisión su posición.

En este comentario voy a referirme solo a algunos de los puntos que menciona.

## ACERCA DE LA FORMACIÓN PSICOANALÍTICA

Desde un principio el autor subraya un concepto fundamental: que «la experiencia inconsciente en transferencia» es lo central en el psicoanálisis y que este conocimiento y su estudio son «lo esencial de la transmisión del psicoanálisis». Coincido totalmente en colocar en primera línea los dos elementos fundamentales de toda experiencia psicoanalítica: el inconsciente y la transferencia. Podría agregar otro tercer elemento de no tanta trascendencia pero de indudable importancia: la sexualidad infantil.

Lo que denominamos *modelo* en la formación psicoanalítica es la particular manera en que se articula el clásico trípode de Eitingon (análisis

1 Miembro titular en función didáctica de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Chair Education and Oversight Committee International Psychoanalytical Association. fernando.weissmann@gmail.com

personal, supervisión y seminarios), a partir del cual surgen los tres modelos actualmente aceptados por la IPA (Eitingon, francés y uruguayo), cada uno de ellos con sus variaciones. A esto se suma, como bien dice Javier, el hecho de que dentro de cada variación encontramos la singularidad del caso por caso «que dependen de lo inconmensurable de la experiencia de cada uno».

En los diferentes institutos psicoanalíticos de la IPA, los modelos de formación parecieran acentuar ya sea el psicoanálisis (modelo francés), con sus distintas teorías, estudios metapsicológicos, correlaciones teórico-clínicas, material clínico, etcétera, ya sea el psicoanalista (modelo Eitingon), mediante la profundización del propio análisis del candidato o un mayor conocimiento de la teoría, de la técnica, análisis y estudio de la transferencia y contratransferencia, etcétera, para que el analista se encuentre en las mejores condiciones para comprender y tratar a su aspirante-candidato. El modelo uruguayo, muy bien representado por Javier, pone el acento en lo institucional: «una desconcentración del poder del didacta y una mayor democratización institucional», expresa.

Estos aspectos son aparentemente inseparables, sin embargo deben considerarse, debido a que tanto histórica, cultural, tradicional como políticamente hay una cierta tendencia a acentuar alguno de ellos, pequeñas variaciones que incluso pueden modificarse a lo largo de los años. Por tanto también habrá que tomar en cuenta, como parte del contexto, tanto el tiempo de existencia de la institución como el número de integrantes y su crecimiento demográfico a lo largo del tiempo.

De cualquier manera, lo básico en los tres modelos y sus variantes sigue siendo la noción de inconsciente y la importancia de la «constitución y trabajo en transferencia», explicitada o no.

#### ACERCA DEL PLURALISMO

La discusión que propone el autor es sumamente importante, pues va a la raíz del problema. Las diferentes escuelas psicoanalíticas responden a la visión de ¿diferentes lecturas de la realidad? Esta lectura puede ser única e ilusoria o, por lo contrario, sostenemos percepciones fragmentarias de la realidad, «de una realidad plural, diversa y mestiza», como dice Javier en el texto.

En otras palabras, con cada propuesta teórica tratamos de crear un nuevo psicoanálisis en su totalidad o aceptamos que las diferentes escuelas perciben aspectos parciales de una misma realidad, como «discursos teóricos múltiples», pero que la teoría psicoanalítica podría abarcarlos a todos.

La ilusión de una unidad que sería utópica, ya sea de la teoría psicoanalítica o de la realidad, llevaría a considerar que ¿hay distintas teorías porque suponemos diferentes realidades? O la realidad es una sola y habría diferentes lecturas de ella, según muy diferentes ópticas: sociales, culturales, políticas, tradicionales, etcétera.

El contexto en este sentido tiene una importancia fundamental, sin él el psicoanálisis no sería concebible, por lo que coincido con la afirmación de Javier: «Estamos sí en un momento de reconocimiento de la pérdida de sistemas de pensamiento unitarios y del reconocimiento de discursos no solo inacabados sino diversos y mestizos».

#### DIFUSIÓN DEL PSICOANÁLISIS Y PSICOANÁLISIS APLICADO

La importancia de la difusión del psicoanálisis en otras prácticas, profesiones y oficios es otro capítulo importante de la extensión del psicoanálisis a otros campos del conocimiento en la cultura y la sociedad. Los descubrimientos del psicoanálisis llevaron a enriquecer el quehacer cultural, su aplicación ha tenido un crecimiento enorme, «es difícil encontrar un campo en el cual no se utilicen conocimientos del psicoanálisis». Esta afirmación es tremendamente importante, porque es notable cómo muchas concepciones psicoanalíticas se han hecho parte de la comprensión de muy diferentes espacios culturales, educativos, de organizaciones sociales y políticas.

Por lo que encuentro otro punto de coincidencia con el autor cuando expresa: «Esto hizo que antropólogos, escritores, historiadores, psicólogos, médicos, artistas plásticos, maestros y docentes, pedagogos, neurólogos y psiquiatras dispusieran de conceptos e ideas del psicoanálisis que les abrieron el horizonte teórico y práctico de sus quehaceres».

## SUBJETIVIDAD-SINGULARIDAD, INSTITUCIÓN Y CONTEXTO

Menciona otro aspecto de muy relevante actualidad: el lugar de las instituciones psicoanalíticas. A partir de la idea de que el contexto impone diferentes realidades, surge un nudo de tensión entre ese contexto (institucional y social) y la singularidad (transferencial). Por ello es muy esclarecedora la concepción de W. Baranger acerca del psicoanálisis como artesanía, como articulador válido entre el arte y la ciencia, en el que resalta la inevitable participación de la subjetividad, del talento del artista. Javier amplía en este sentido lo institucional cuando dice: «Algo estimulante que tiene la pertenencia a una sociedad internacional es el encuentro de trabajo con analistas de formaciones muy diferentes en los que podemos reconocer finas singularidades en el acceso a nuestro objeto común. Que es un intento de alejarnos de [...] el espíritu de los siete anillos, espíritu de secta, de exclusividad, endogámico, [que] se cultiva en exceso». Es que cada instituto, dentro de la globalidad de la IPA, es una singularidad, con su historia, tradición, contexto social, político, económico, etcétera.

Para finalizar, quiero expresar que la lectura de este material de Javier, con el cual me siento completamente consustanciado, me produjo un gran placer.

Muchas veces intercambiamos puntos de vista, experiencias, valores, dudas y angustias. Pero siempre he percibido un acuerdo que me hace sentir que el Río de la Plata, más que separarnos, es un puente que nos ha unido en nuestro común interés por el psicoanálisis. ♦

# Comentario al trabajo de Javier García



---

CLÁUDIO LAKS EIZIRIK<sup>1</sup>

Recibí con gran placer la invitación para comentar este estimulante trabajo de Javier García, por dos motivos: mi relación de amistad con el autor, con quien compartí, entre otros momentos, el surgimiento y la instauración de ILAP (Instituto Latinoamericano de Psicoanálisis), que debe mucho de su historia a la capacidad y tenacidad de Javier, y el hecho de que se trata de un trabajo que enfrenta, con el peculiar coraje y objetividad del autor, temas de gran relevancia para la formación psicoanalítica.

Desde luego, queda claro que la tesis central del ensayo es la singularidad de la formación de cada analista, y que la función de los institutos debería ser la de ofrecer las mejores condiciones posibles para que cada futuro analista realice su propia formación.

La cuestión de los tres modelos ocupa el inicio del ensayo. Por supuesto, este es un tema que me es muy caro, pues estuve directamente comprometido y empeñado en el largo proceso que llevó a su aprobación por el Board de la API. Hasta que esa decisión fuera tomada, la API vivía en un estado de ceguera electiva o negación de la realidad, pues solo reconocía el modelo llamado Eitingon. El trabajo de varios comités reveló lo que ya se sabía: había varias versiones del modelo Eitingon, y por lo menos otros dos, el francés y el uruguayo, eran poseedores de una estructura y de una

1 Miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica de Porto Alegre. ceizirik.ez@terra.com.br

coherencia interna que los hizo capaces de ser reconocidos formalmente. En mi opinión, este reconocimiento permitió admitir y respetar el hecho de que hay diversidad en la formación analítica, y que cada uno de estos modelos funciona como un paraguas que abriga peculiaridades y particularidades. El único elemento común a los tres es la existencia del análisis personal, las supervisiones y seminarios. A partir de ahí, como un árbol frondoso, de la misma manera que el psicoanálisis a partir del vigoroso tronco central freudiano, se abren un sinnúmero de variantes en los tres elementos del trípede de la formación. Para desesperación de algunas mentes que aman legislar, clasificar y estandarizar, la realidad de la formación analítica en nuestros institutos es más bien diversificada, fragmentada y coloreada de lo que puede ser descrito o formalizado en los estatutos y códigos de procedimiento.

Javier dedica su atención a examinar la cuestión de la concentración de poder en los institutos, y relaciona ese hecho con la existencia del llamado análisis didáctico. Me gustaría detenerme en este tema a partir de dos fuentes de observación: mi experiencia personal como analista de analistas en formación y supervisor, y mi contacto con innumerables institutos de las tres regiones, sus historias, sus conflictos y sus realizaciones.

Tal vez estemos logrando evaluar con más objetividad, en este inicio del siglo XXI, la cantidad de problemas y desvíos que el sistema de concentrar los análisis de formación en pocos analistas ha traído para nuestras instituciones. Por ejemplo, observé innumerables casos de análisis que evolucionaban bien con un miembro asociado o incluso con un candidato, pero que tuvieron problemas a partir del cambio compulsorio de analista, exigido para iniciar la formación, pues la condición era haber estado o estar en análisis con un didacta.

Seamos, entonces, más claros: no hay un análisis didáctico. O hay un análisis o no hay, y toda interferencia del instituto en esa delicada relación, o en ese particular campo analítico, para recordar también a los Baranger, es un trastorno en un proceso singular, único e irrepetible.

Dicho esto, estoy de acuerdo con Javier en que el análisis del candidato debería realizarse sin la interferencia del instituto, que debería ser notificado de que el futuro analista está en análisis. Es evidente que cada instituto tiene el derecho de establecer sus reglas, pero si fuera con

una flexibilidad que pudiera ampliar el horizonte de posibles analistas de formación, se reduciría la concentración de poder y contribuiría a disminuir el establecimiento de familias analíticas, fenómeno que se observa en algunas latitudes.

Otro fenómeno que se puede observar, y que nos acompaña a lo largo de nuestra centenaria historia, es que algunos analistas de formación de alguna manera, ostensible o sutil, influyen en la elección de los supervisores por sus pacientes, sea por razones de amistad, sea por afinidades escolásticas. No es raro ver que casi todos los pacientes de A hacen supervisión con B o C, y viceversa. Pienso que eso es un desafío para nuestra formación, ya que si consideramos que se trata de un proceso singular, nuestra tarea debiera consistir en analizar y estimular el desarrollo de un pensamiento crítico e independiente, y de elecciones que cada paciente necesita hacer y por ellas responsabilizarse.

Sobre la cuestión del pluralismo o de la pluralidad, aunque entienda las razones del autor, no me quedé muy convencido de que una de esas expresiones sea preferible a la otra. Pienso que lo esencial es que el estado actual de nuestro arte o de nuestra ciencia, o de nuestro campo de trabajo es mucho más complejo que en las primeras décadas, y que sin duda es un gran desafío para los institutos, para sus docentes y para sus alumnos abarcar el enorme universo de la teoría psicoanalítica y la inevitable consecuencia de ese mundo fragmentado para la práctica clínica.

Por otro lado, estoy de acuerdo con Javier en que no se trata de aprender una técnica, y sí de desarrollar una escucha analítica y ampliar hasta donde sea posible nuestra mente y nuestra capacidad de entrar en contacto con las casi infinitas expresiones del inconsciente. Aunque deba reconocer sí el esfuerzo de autores como Wallerstein al proponer un terreno común del psicoanálisis, queda claro que Green está más cerca de la realidad de nuestra práctica actual al reconocer su inevitable diversidad. En este sentido, pienso que es cada vez más importante el trabajo de los diversos *working parties* y de iniciativas tipo Capsa y similares, que ponen en contacto analistas de diferentes orientaciones a presentar y discutir material clínico. No se trata de encontrar un único terreno, sino de reconocer en qué tipo de suelo, en qué cultura psicoanalítica, en qué tradición teórica cada analista realiza su trabajo de artesanía, en parte utilizando lo que

heredó de sus antecesores, en parte con lo que fue capaz de desarrollar por sí mismo.

El ensayo toca otras innumerables cuestiones no menos relevantes, como la polémica cuestión de la enseñanza de la psicoterapia analítica en los institutos, sobre la cual mi tendencia actual es de poco entusiasmo, y la necesidad de una mayor presencia en la cultura y en los sistemas de salud, así como en las universidades, con relación a las cuales coincido totalmente, pues observo que tenemos amplias oportunidades para intercambios mutuamente fértiles.

Por último, me gustaría expresar mi alegría por esta conversación por escrito con mi amigo Javier García, y agradecerle por elevar estas y muchas otras preguntas más centrales para la transmisión del psicoanálisis a principios del siglo XXI, de una forma muy clara, abierta y con sólida argumentación que ilustra bien la continua vitalidad y capacidad crítica de nuestra profesión imposible. ♦

TRADUCCIÓN: NIZE NASCIMENTO

# «La posición ética que implica el constante repaso de nuestros pasos es la fortaleza de nuestra praxis»

*Albero Santiere (Imago, agenda, marzo 2014)*



---

EMILIO IGNACIO ROCA<sup>1</sup>

Agradezco ser uno de los comentadores del escrito «La transmisión institucionalizada del psicoanálisis en los comienzos del siglo XXI. Ensayos desde la experiencia».

Además de sentirme honrado con esta elección, mi gratitud incluye permitirme en primicia la lectura de un trabajo con el que cuesta no coincidir, y más aún cuesta no agregarle conceptos.

Escrito de manera coloquial, cumple en exceso con la propuesta de ser un «ensayo» sobre un tema sumamente controvertido, al mismo tiempo que eludido en su abordaje.

En forma meticulosa, va enlazando distintos conceptos inherentes a la formación de psicoanalistas, sin evitar expedirse con valentía, mostrando su posición personal sobre ellos, a sabiendas de las fuertes discrepancias al respecto que han favorecido la permanencia de una suerte de statu quo, a lo largo del tiempo, en los lineamientos rectores de la formación.

Desde el comienzo intenta dilucidar la cuestión de lo «esencial» en la transmisión, al ubicar como extravío el intento de superar las diferencias por la vía de una acentuación de las formas, buscando así unificar criterios. Considera esto un verdadero desvarío, ya que implica posicionar lo se-

1 Miembro titular en funciones didácticas de la Asociación Psicoanalítica de Córdoba.  
rocaemilio@hotmail.com

cundario en el lugar de lo esencial; las consecuencias de este despropósito son fáciles de entender.

La primera consecuencia observable es el establecimiento de «modelos» a los cuales ajustarse, olvidando que la existencia de esos «modelos», aunque reducidos con arbitrariedad a tres, no hace más que revelar la existencia de profundas diferencias conceptuales y la necesidad de recuperar lo particular de la enseñanza freudiana: tomar esta cuestión como una expresión sintomática y tener en cuenta que los síntomas deben ser abordados, desde los fundamentos del pensamiento psicoanalítico, no por la vía de una reducción reglamentaria, sino permitiendo su despliegue para dar cuenta de lo que, en tanto formaciones de transacción, encubren o silencian a la vez que señalan.

Sin eufemismos, Javier se introduce en los análisis didácticos, los define como una posición de «poder», plantea la necesidad de una «democratización» de las instituciones, propone en ese sentido un cuestionamiento de los denominados estándares, en particular en lo referido a la frecuencia de sesiones que requiere cumplir un análisis para ser considerado como tal. Recupera la transferencia como indicador fundamental del desarrollo de un proceso analítico, desvinculando su instalación de toda referencia al número de sesiones, sin por ello renunciar a la conveniencia de una consensuada «alta frecuencia», la cual, siguiendo los desarrollos del trabajo, no debería estar condicionada a priori, sino establecerse como respuesta a las particularidades del encuentro de ese analista con tal analizante —el consabido y no menos olvidado caso por caso.

Aboga por reducir la participación institucional en los análisis, sin por ello dejar de afirmar el trípode psicoanalítico como pilar fundamental de la formación. En este aspecto no existen discrepancias; dado que es, quizás, el único criterio unificador que no es sostenido por fuertes reglamentaciones, podríamos decir que se sostiene por su propio peso. Aquí retoma la cuestión de lo esencial, le asigna este valor a la articulación entre análisis personal, formación teórica y supervisión, cuyo resultante serán «cristalizaciones a posteriori».

No duda en ubicar los excesos reglamentarios como contrapuestos al análisis: «la experiencia inconsciente en transferencia puede quedar aplastada», y opta por respetar la «singularidad de la formación de cada

aspirante y candidato», con el objetivo de producir la «diversidad», en la que vuelve a encontrar el orden de lo esencial.

Me permito recordar que Freud explícitamente define como «regla fundamental» a la asociación libre, indispensable para la puesta en juego del dispositivo analítico, condición para que un sujeto pueda escucharse. Aquí la teoría da cuenta de la práctica en una articulación necesaria, ya que determina la función del analista como «atención flotante», limitando así su participación en una suerte de abstinencia representada en no imponer sus propias consideraciones (despojarse de la mayor cantidad de reglas).

El autor no considera la existencia de algún análisis especial, saca de esa categoría a los dirigidos a analizantes en formación. Considero que liberar este pilar del trípode, el análisis de los candidatos, de la injerencia institucional se orienta en el orden de favorecer la mejor operatoria de esos análisis, al no perturbar el libre juego de la dupla analista-analizante, con la consecuencia de permitir la emergencia de los fenómenos de transferencia, sus distintos momentos, siguiendo los avatares propios del proceso analítico.

Despejado el tema de la injerencia institucional en los análisis personales, sostiene la necesidad de una participación más intensa de esta en los otros dos pilares del trípode: formación teórica y supervisiones.

En lo referente a la formación, pone en tensión los conceptos de *pluralismo* y *pluralidad*, le atribuye al primero el valor de una suerte de neocorriente filosófica capaz de, por la vía de la unificación, desembocar en un eclecticismo en el que todo vale. Por el contrario, optando por la *pluralidad* recupera como esencial la necesidad de reconocer los fundamentos de las distintas corrientes posfreudianas, invita a que no tengan el destino de ignorarse, sino, por el contrario, a ponerlas en discusión. Ubica de esta manera la transmisión en el orden del registro de las diferencias, en que los candidatos puedan realizar la elección de su modalidad de práctica por la vía de una asunción crítica de ella y no por puras adhesiones transferenciales.

Introduce un interrogante fundamental: ¿se define el psicoanálisis por una técnica? Planteada la pregunta, se pone de manifiesto el desvarío a que hace referencia a lo largo de toda su presentación en su intento de recuperar la esencia de nuestra práctica. En este sentido considero conveniente acudir a los aportes de Lacan, quien en su escrito «La dirección de la cura y los principios de su poder» aporta elementos que sirven a los efectos de

despejar el interrogante aquí formulado con conceptos tomados del arte de la guerra: diferencia política, estrategia y táctica, otorgándole a cada una de ellas diferentes grados de movilidad. Corresponde a la política, en cuanto estructura teórica que sostiene los fundamentos del psicoanálisis, un orden de fijeza o inamovilidad (cita como ejemplo la política del síntoma). A la estrategia le asigna lo inherente al manejo de la transferencia, propone entonces una movilidad de su uso, condicionando que una práctica pueda ser considerada psicoanalítica o no. Por último, a la táctica le concierne administrar lo que conviene hacer en cada momento o situación, es decir, aquí encontramos la mayor libertad operativa.

Propongo para política y estrategia el valor de lo «esencial» buscado por Javier en este escrito, y dejar para la táctica la equivalencia a la técnica que dio lugar a la pregunta.

El autor nos dice que la técnica es inseparable de la mente del analista, poniendo así en juego lo tan particular de nuestra disciplina: la implicancia del analista, sustancialmente diferente de lo que ocurre en otras disciplinas (medicina, ingeniería, etc.). El analista forma parte del fenómeno que se produce, esto le permite a Freud establecer una nueva clasificación que, si bien es tomada de la psiquiatría clásica, sufre la modificación del sutil agregado de quedar referida a la intervención de la transferencia (neurosis de transferencia). Da cuenta así, esta modificación, del efecto de la intervención del analista. Lacan toma esta cuestión y la ubica en el concepto del deseo del analista. Demostrando un gran poder de síntesis, Javier expresa: «no disponemos de un saber impersonal que apliquemos sobre otro», para de allí desprender, lógicamente, las condiciones que debe reunir o cumplir la «formación de un analista». Esta no ha de consistir en un «entrenamiento técnico», sino en la afirmación de la vigencia del trípode freudiano.

Para concluir, voy a recordar a Freud, quien en «Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica», de 1910, nos dice: «supongo que la mayoría de ustedes ya han atravesado las dos fases de iniciación: el entusiasmo por el insospechado incremento de nuestros logros terapéuticos y la depresión ante la magnitud de las dificultades que salen al paso de nuestros empeños». ♦





**DE UNO Y OTRO**



## DE UNO Y OTRO

# La experiencia analítica y la escritura incesante de Margüerite Duras



---

MARTA LABRAGA DE MIRZA<sup>1</sup>

### AL MENOS TRES

La aparente simetría de los términos «uno» y «otro»<sup>2</sup> se vuelve ambigua o engañosa cuando la usamos para los pares, que resultan siempre «impares», en literatura: escritor-lector, y en psicoanálisis: analista-analizado. En este nos detendremos especialmente para reconocer la diferencia de lugares y subrayar que el encuentro analítico se da a partir de la «disparidad subjetiva», la que conlleva también (y no solo al fin del análisis) formas de destitución subjetiva.<sup>3</sup> Todas estas expresiones, que suponen una concepción de sujeto que siempre se deben revisar dentro de la teoría psicoanalítica, desde Freud y desde Lacan, ponen en entredicho la intersubjetividad y la supuesta reciprocidad como ajenas a lo analítico sostenido por las alteridades subjetivas que están en juego. La abstinencia

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. [martalabraga@gmail.com](mailto:martalabraga@gmail.com)

2 El nombre de la sección, «De uno y otro», nos conduce a asociaciones variadas por la amplitud de su alcance. Los editores señalan que se trata de «plasmarse mediante la escritura algún tipo de experiencia acontecida al menos entre dos quienes a su vez contuvieran a otros (RUP 117, 2013: 184)».

3 Cf. Lacan, J. (1960-1961). Seminario *La transferencia en su disparidad subjetiva, su pretendida situación, sus excursiones técnicas*. Buenos Aires: Paidós, 2003.

del analista, radical e imprescindible posición en la práctica, hace posible mantener la existencia paradójica del «uno» y del «otro», pero no como dos sujetos personales en una situación de intimidad que podría siempre llevar a la identificación y la fusión, sino distinguidos por la existencia misma del lenguaje en transferencia. Por eso entonces tomamos ese «al menos tres» de Lacan para la experiencia de análisis.

Y son tres las escrituras diferentes que evoco en este texto: Margüerite Duras, Freud, Lacan; el Freud epistolar en el que aparecen sus lecturas literarias (1887-1904), y las formas de entender la transmisión de Lacan y sus consecuencias para el acto analítico.<sup>4</sup> La interrogante que subtiende el texto es permanente: qué travesía se produce de la literatura a la teorización en psicoanálisis o cómo somos afectados por las obras literarias en nuestra práctica clínica.

#### DE UNO Y OTRO EN TRANSFERENCIA

Ese «uno» y «otro» transitan de su abstracción gramatical con la «correlación distributiva de los pronombres» a los lugares encarnados de toda nuestra vida social, marcada siempre por esas formas del otro de cada uno, lo que nos permite ser en relación. Pero si el análisis sigue teniendo algo que ofrecer será porque puede pasar más allá de la socialidad y desarrollarse en «otra escena», que se asienta en la división con el lugar mundano, lugar nada homogéneo y pleno de contradicciones, mundo «de afuera» pero en el que «nuestro interior» está implicado. Es la «otra escena» en transferencia la que permite hacer aflorar verdades provisionales y alcanzar cierta consistencia, porque en cada uno, desde el deseo y el goce, la angustia puede indicar un camino y su aparición no engaña. Si el analista escucha algún efecto del inconsciente real (Soler, 2011) inexpugnable y de apariciones fugaces, es porque son muchas las «voces» que dialogan

4 Hay intertextualidad en juego: *Freud avec les écrivains* (Pontalis-E. Gómez Mango, 2013); *De un Otro al otro (D'un Autre à un autre, seminario 16 de Lacan, 1968-1969)*; la colección dirigida por Pontalis *L'un et l'autre*; Borges, que ha escrito casi sobre todo: «De alguien a nadie» (*Otras inquisiciones*, 1952), y *Homenaje a Marguerite Duras* (Lacan, 1985).

en él, abierto siempre a escuchar los signos y síntomas de los analizados junto con los autores y escritores. El «uno» y el «otro» imprescindibles, compañeros, enemigos, amores furiosos u odios asordados. Y la teoría y las formas del arte constituyen una estética y una ética del sujeto, porque en los lazos de literatura, escritura y psicoanálisis las letras son ese «otro» de la experiencia del análisis y su teoría, su «ficción» en clave imaginaria, en paralelo con la metapsicología.

Pero en transferencia este movimiento continuo no es un vaivén de semejantes ni de prójimos (*Nebenmensch*). El no saber de dónde viene lo que quiere guía al analizado que representa en el analista al Otro primordial que siempre le falta, cuya «ausencia» no tolera resignar y que lo lleva a la dramaturgia de sus repeticiones. Pero importan mucho los deslindes de los lugares y de las formas de amor en la experiencia analítica, porque si la relación se toma como biunívoca, cuyo fin es la identificación con el «soberano bien», se puede perder lo esencial del análisis, lo que es para Lacan «su fundamento, la relación del sujeto con lo simbólico como esencialmente distinto de lo imaginario y su captura» (2003: 163). Cuando el análisis se puebla del imaginario que llega al enloquecimiento, se trata de un borramiento de los límites: ¿qué es lo propio y qué es ajeno? ¿Qué es de uno y qué es del otro? Para pensarlo podemos poner en juego el campo conceptual de las tríadas que Lacan fue estableciendo en su transmisión: la articulación entre sujeto, «otro» y Otro; entre deseo, angustia y goce y su nudo borromeo: RSI, real, simbólico, imaginario.

Si tomamos al Otro (*Autre*) como un «lugar» conceptual donde se constituye el sujeto (el deseo del hombre es deseo del deseo del Otro, inspiración hegeliana que Lacan irá modificando), eso señala «un orden anterior y exterior» al sujeto y que lo determina; el Otro como inconciencia que lo «hace hablar». Hace que dos no sean uno, que aun aspirando al Uno no puedan fundirse y desaparecer uno en otro ni destruirse. Justamente, «algo» que permanece desconocido sostiene la alteridad.

En el comienzo ese Otro era para Lacan el «tesoro de los significantes», la lengua, como el horizonte de referencia de todo discurso, lo simbólico. Pero también el Objeto primordial, que ningún análisis puede terminar de develar, ni puede saberse. Y eso porque no hay Otro, como código cerrado que daría lugar al discurso instituido sin falla y que sea totalizador,

recubriendo y nominando lo Real. El campo del Otro y de «su» deseo siempre está dividido, barrado, tachado, y en su relación con «otro» se pierde algo, un resto, lo que Lacan llama objeto «a». «El objeto “a”, soporte del deseo en el fantasma, no es visible en lo que constituye para el hombre la imagen de su deseo» (2006: 51).

Cada vida singular y cada período histórico tienen sus «otros» y su Otro de referencia, cada existir se vuelve existente en el decurso del análisis, pero con hitos olvidables en medio de lo historizable. El análisis como narrativa se me asemeja a un tiempo de encarnizamiento yoico en el que el «yo historiador» nos hace trampas y no permite que lo que advenga ocurra como «acontecimiento».

Han sido diferentes, de Freud a Lacan, los modos de concebir el objeto de deseo, el objeto causa de deseo, lo que Lacan toma de *El banquete* de Platón, *agalma*: el brillo fálico del objeto «a» y el modo en que lo ausente que se presentifica en la imagen especular, el doble, toca lo siniestro del *Unheimlich*. Estas ficciones literarias nos iluminan algo de todos ellos.

#### DESDE LA ESCRITURA DE MARGÜERITE DURAS

##### Hace cien años<sup>5</sup>

A cien años de su nacimiento, ¿cómo es que su escritura nos resulta tan cercana? Su lectura hace que como lectora analista siempre me vea empujada a escribir por la forma en que despierta ocurrencias y asociaciones (Labraga, 2007: 99-108). En estas páginas la tomo con relación a «otros» y al psicoanálisis, de los cuales ella parece saber más aún de lo que podría pensar Lacan por ejemplo en su *Homenaje* y tal como aparece en algunos fragmentos de sus obras y en sus incontables entrevistas.<sup>6</sup> Dirá en 1988: «No hay diferencia entre lo que digo en las entrevistas y lo que escribo

5 M. D., nacida en 1914 en Gia Dinh, Indochina (Vietnam, cerca de Saigón), colonia francesa, hizo de los hitos y experiencias de su vida un entrelazado discurso vertido en todas las formas literarias, en crónicas, entrevistas y películas.

6 Su bibliografía abarca una enorme masa crítica reunida en los archivos IMEC de París, donde se pueden consultar los manuscritos de toda su obra.

en general». Ella también es una y muchas, una y otra, porque conjuga la escritura y la reflexión sobre la escritura; la sexualidad y sus interrogantes, la oscuridad de las pasiones, del amor y de la locura, el mundo de la polis. Se pone en juego su poder de permitirnos entrar en transferencia con ella e ir del otro lado de los seres y las cosas y atravesar siempre ese desdoblamiento que nos habita, la extranjería del inconsciente que en su obra se presenta desde el principio al fin, desde *La impudicia* (1943) hasta *Emily L.* (1994).

En su estilo aparece una posibilidad permanente de efectos en el lector que son de una «eficacia analítica»; no nos vemos reflejados en los personajes, no nos dice «frases» memorables, sentencias de vida que indiquen caminos o sean puntos de una historia, sino que sus relatos son formas sutiles del recorrido de una subjetivación haciéndose y rehaciéndose en la escritura más allá de las anécdotas o situaciones historizables o narrables. Es muy fuerte muchas veces el efecto de fascinación y también de saturación y malestar que produce; hay dureza y «crueldad» en su inmersión en el mundo de «dos», siempre poroso a «otros», en un lazo erótico en el que lo «separador», aunque no separe, está siempre presente bajo la figuración de otra pareja, otra mujer, otro hombre, o la guerra, el horror de los afectos y de los actos de los hombres o, sobre todo, en la escritura misma. Lo incesante de su escribir se asimila a su forma de vida, da cuerpo a sus personajes y parece responder a un empuje pulsional inagotable en su existir biográfico que la conduce al exceso del acto, del alcohol, de las pasiones amorosas, a la escritura inextinguible hasta el fin de sus días. En ella, en sus letras, en sus cuadernos, se puede imaginarizar en el juego significativo lo real, «lo que no cesa de no escribirse».

Una parte de su división íntima encontró vías sublimatorias en el campo del significativo y otra mantuvo esos bordes de lo material, las resonancias del cuerpo en riesgo, lo que se escapa.

Sus personajes provocan sorpresa; los mueven formas inciertas, fragmentarias del deseo o del goce, están obstaculizados en el amor, en una intimidad reveladora también de su imposibilidad, condenada al corte, presentada en su estilo disruptivo, entrecortado y con la unión siempre del amor con el dolor y la muerte. El mundo íntimo y subjetivo de sus

primeras obras se fue ahondando y aparece trascendido en un mundo social e histórico donde están presentes la guerra o el horror de los campos, el mundo de la Resistencia, del espionaje, de las oscuridades de la pasión y de la ideología, de los desencantos y el escepticismo. Esta otra zona de su obra surgirá de lo escrito en cuadernos en 1944-1945 en *El dolor*, que aparece recién en 1985.

El modo especial de «desmembramiento» de la escritura, la fragmentación de la sintaxis, una gramática difícil e «incorrecta» como aparece en *Escribir* de 1993 sostienen su escritura y estilo personal y hasta el fin le permiten el milagro de la sobrevivencia.

Margüerite Donnadieu, su nombre de origen, ficcionalizará de modo permanente su vida en la de sus personajes.

*Sobrevivencia* es un término injusto y adecuado al mismo tiempo, porque las muertes simbólicas y los bordes de abismo reales que atravesó en su existencia fueron continuos y sin embargo el escribir la rescataba de las ruinas del desaliento.

Como si siguieran «dialogando» hoy, cuando la leyó, encontramos que Lacan habla del mundo como desecho, como «“restos de mundos” [...] residuos superpuestos a lo largo de la historia» (2006: 44), y en M. D., que suele repetir en sus obras situaciones en las que los escenarios se vacían y «el narrador» los contempla (en *El arrebató de Lol V. Stein*, *La música*, *El mal de la muerte*, *Emily L.*), encontramos esta frase en *El amor*: «[eso] es lo que va a quedar después [...] Son los restos de un mundo en ruinas». Pero esta frontera melancólica que tocan ambos los llevó a nuevas escrituras y con esos restos hicieron trabajo de sublimación. Y si la frase de Lacan en su seminario *La ética* nos parece demasiado ampulosa: «sublimar es elevar el objeto a la dignidad de la Cosa», puede ser porque tanto el objeto de deseo inaccesible y metonímico como la Cosa apuntan a un vacío irreductible a cualquier intento de aprehenderlo. Lacan en las páginas del *Homenaje* habla justamente de la sublimación, de que todavía Freud nos deja «aturdidos» a los psicoanalistas porque «se quedó con la boca cerrada» sobre el tema, pero que no nos dejemos llevar por la comprensión rápida de cuál es el objeto del personaje que M. D. recupera con su arte, porque Freud «solo les advirtió que la satisfacción que entraña no debe considerarse como ilusoria» (2006: 70).

¿No subrayaba acaso en *Escribir* «escribir es borrar, reemplazar»? (1994: 22).<sup>7</sup> Y en el fin de su novela *Emily L.* (1987) destaca:

Le dije que había que escribir sin corrección, no necesariamente rápido, a toda velocidad, no, sino según uno mismo y según el momento que se vive, uno mismo, en ese momento, allí, arrojar la escritura para afuera, maltratarla casi, sí, maltratarla, no quitar nada de su masa inútil, nada, dejarla entera con el resto, no ajustar nada, ni velocidad, ni lentitud, dejar [...], dejar todo en el estado de la aparición.<sup>8</sup>

En *Las conversadoras* (*Les parleuses*, 1974), justificando el modo en que en esta larga entrevista se ha dejado el estilo propio de su discurso, sus huecos y silencios, sus alusividades, dice Xavière Gauthier en el Prefacio: «Y la suya es en verdad una obra que, como ninguna otra, deja que los fallos, las faltas, los blancos inscriban sus efectos inconscientes en la vida y en los actos de los personajes» (2005: 8).

Desde el comienzo M. D. asevera: «Nunca me ocupo del sentido, de la significación. Si hay un sentido se desprende después. En todo caso nunca es una preocupación [...] la palabra cuenta más que la sintaxis. No es consciente. Son blancos que se imponen [...] son blancos que aparecen, quizá bajo el impacto de un rechazo violento de la sintaxis [...]».

Estas resonancias «psicoanalíticas» vinieron después de Mayo del 68, cuando se empezaron a decantar sucesos de su vida en libros como *Moderato cantabile*, *Le ravissement de Lol V. Stein*, *Détruire dit-elle*, y con ellos se instaló el miedo a escribir, a vivir, desde el miedo a la locura. Y así llega a su última novela, *Emily L.*, que se abre con la frase: «Comenzó con el miedo».<sup>9</sup>

7 «écrire c'est effacer, remplacer».

8 «Je vous ai dit qu'il fallait écrire sans correction, pas forcément vite, à tout allure, non, mais selon soi et selon le moment qu'on traverse, soi, à ce moment-là, jeter l'écriture au-dehors, la maltraiter presque, oui, la maltraiter, ne rien enlever de sa masse inutile, rien, la laisser entière avec le reste, ne rien assagir, ni vitesse ni lenteur, laisser... laisser tout dans l'état de l'apparition» (Duras, 1987: 153).

9 «Ça avait commencé avec la peur.»

De su narrativa anterior dijo que había sido hecha como una tarea de oficina, formal y cuidadosamente, pero sin locura y sin pasión. El giro acontece después de una violenta historia amorosa, y señala que fue de un intenso erotismo del tipo de lo que había sido tan central en *Hiroshima mon amour*: «tú me matas», «tú me haces bien». Y a medida que el efecto de esa historia pasa y que va abandonando también esas contradicciones, abandona un lado de proliferación y desborde y su escritura y se vuelve más decantada, más austera; llega a un despojamiento en el escribir y en la vida misma.

«Pienso que la vida que llevo es dura, es duro estar con la escritura como yo lo hago. Es difícil vivir... bastante.»

#### LOS FINALES DE LA TRAMA

*Emily L.* es una narración que condensa la experiencia paradójica de una historia que se «relata» a medida que se va haciendo, escribiéndose en el desconocimiento del autor. Toda referencia vacila, se sabe y no se sabe adónde se encaminan los personajes; podríamos decir que encontramos figuraciones del Otro que se disuelven siempre en «otro», prójimo, que se pierde y no se puede terminar de asir, y con él se escurre lo vivido, asoman la locura y la muerte o se paraliza todo intercambio.

«Dónde viene a introducirse lo vivido si no hay nada para asirlo, se escurre como agua entre los dedos.» Por eso la angustia es permanente en sus personajes.

El hilo narrativo de esta última novela está en los diálogos de una pareja en la cual «ella» le va relatando a «él» la historia que está escribiendo sobre una pareja en la cual él, the Captain, está enamorado de la mujer y aún la desea: «la ama todavía con toda su fuerza sexual. Ella no. Ella está en otro lado, lejos, un poco en la muerte, un poco en la risa también y Dios sabe en qué más».<sup>10</sup>

Esta ficción dentro de la ficción se multiplica de varios modos y se «explica» por qué es tan fragmentaria e incierta. La voz que narra «dice» verlos de lejos, que no se los puede escuchar, que hablan en inglés (ella

10 «Il l'aime encore de toute sa force sexuelle. Elle, non; elle est engagée ailleurs, un peu dans la mort, un peu dans le rire aussi et dans Dieu sait quoi encore.»

es inglesa), son los «otros» y solo se les escucha el comienzo de las frases, que están hablando bajo entre ellos y tomando alcohol.

El lector va construyendo una supuesta situación basándose en fragmentos que se intercalan y alternan, con una pérdida «inicial» que supone muchas otras, una muerte o varias: un niño, un perro, un poema perdido, y de allí el deseo de morir de la mujer, representado en el viaje sin puerto final. La narración sigue a los personajes para ir trazando con «restos» la historia que se va armando. La mujer escribía y enloquecía escribiendo «poemas temibles», y su padre había recogido de manos del Captain diecinueve poemas y los había editado sin que ella supiera; la organización de los hombres intenta poner orden en el caos. Pero ella había escrito un poema más: «sur la lumière d'hiver». El otro personaje del triángulo, el guardián de la villa, enamorado de ella, le muestra la edición y se retoma el *leitmotiv* del poema perdido. Ella pregunta si hay un poema sobre «la luz de las tardes de invierno», y cuando él dice que no, ella se pregunta si realmente lo habrá escrito, y afirma:

El único poema verdadero es necesariamente aquel que desapareció. Para mí ese libro no existe.<sup>11</sup>

Aquí en *Emily L.* el poema que no aparece, el poema que el lector sabe que existió, el poema que el Captain quemó por celos y ese poema sin el cual ella no puede valorar todos los otros parece estar en el lugar de un objeto de deseo que Lacan llamó «a»; de él dice que si «algo aparece en el lugar que corresponde al que ocupa el “a” del objeto causa del deseo», entonces puede aparecer la angustia (2006: 100). Para Emily L. ese poema no terminado es, además, un «objeto parcial», no tiene par, es único, no tiene igual y no hay otro que pueda ocupar su lugar, es «incomparable» (y al no aparecer sostiene su lugar de escondido, de oculto, agalma). Pero al mismo tiempo no acaba de alcanzar el estatuto de falta (de perdido), y con eso la angustia está siempre presente en el personaje, señala, apunta a no poder amar, solo a beber, viajar y querer morir.

11 «le seul poème véritable est obligatoirement celui qui a disparu. Pour moi, ce livre n'existe pas.»

Hay que proteger en el objeto de deseo su «falta», él tiene que faltar; en el «fantasma» de los analizados se ponen en escena los diferentes lugares que el sujeto ocupa en relación con los semblantes del objeto causa de deseo, que engañan y hacen tope a la falta, y no permiten seguir deseando.

Para Emily L. la falta del poema arruina toda otra presencia. Qué lejos está el personaje de la escritora que puede decir «hay que borrar, reemplazar».

La protagonista se va perdiendo repartida en un amor sin ancla:

... estaba repartida en ese mismo amor donde se hundían ahora todos sus afectos por los perros desaparecidos y las cosas de la infancia, de la familia y todas sus pasiones... las pasiones sin crimen sobre todo.<sup>12</sup>

Presas de un dolor aniquilante, sus poemas la enloquecen.

Esta escritura terrible aparece dedicada a su hijo, «Pour Jean Mascolo», y está bajo el signo del miedo a la locura, a volverse «otra». Encierra de un modo especial un tiempo de escritura de final, de tiempo de concluir, como si no hubiera podido escribirla en otro momento de su historia:

Le digo algo más sobre el miedo. Trato de explicarle. No lo logro. Digo: está en mí. Secretado por mí. Vive de una vida paradójica, genial y celular a la vez. Es eso. Sin lenguaje para decirlo. Es en todo caso una crueldad desnuda, muda, de mí a mí, alojada en mi cabeza, en la cárcel mental. Pasiva. Con salidas a la razón, la verosimilitud, la claridad.<sup>13</sup>

M. D. es capaz de decir en su literatura la imposibilidad de pertenencia y de permanencia de uno en el universo del otro, casi de cualquier intimidad:

12 «elle était repartie dans ce même amour où devaient s'engloutir maintenant les affections pour les chiens disparus et les choses de l'enfance, de la famille et toutes ces passions... les passions sans crime surtout».

13 «Je vous dis encore sur la peur. J'essaie de vous expliquer. Je n'y arrive pas. Je dis: c'est en moi. Secrété par moi. Ça vit d'une vie paradoxale, géniale et cellulaire à la fois. C'est là. Sans langage pour se dire. Au plus près c'est une cruauté nue, muette, de moi à moi, logée dans ma tête, dans le cachot mental. Étanche. Avec des percées vers la raison, la vraisemblance, la clarté.»

Y él había descubierto la verdad abominable a sus ojos que en el universo de esa mujer él nunca había existido y no existiría jamás.<sup>14</sup>

Evoco las trampas de la imagen especular, la imagen libidinizada del semejante que lleva a la captura narcisista, de quedar preso en la investidura del objeto y que, paradójicamente, el surgimiento de la angustia por una fractura en esa imagen denuncia ese borde del goce por el que algo quiere detener, obturar toda falta. Y esa localización imaginaria de algo en lugar de «nada», de un objeto causa de deseo que como tal tendría que estar velado y puesto en relación con una ausencia, impide que la imagen de nosotros mismos aparezca marcada por la falta.

En M. D. parece que estuviéramos siempre en ese momento previo a una angustia catastrófica, a la aniquilación subjetiva de los personajes en el borde del límite. El vaivén de angustia en que se mueven sus personajes lleva al lector a afectos semejantes y al mismo tiempo a una capacidad evocadora de las diferentes posiciones entre el sujeto de deseo, su objeto y el Otro.

¿QUÉ ES LO QUE ELLA NO DEBÍA SABER NUNCA?

¿Lacan se refería a esa locura al realizar su homenaje y decir que ella no debía saber lo que escribía porque se perdería? Lo leemos «raptado» por «el rapto» del personajes de Lol V. Stein, y hay muchos momentos en que su escritura teórica parece derivar de la prosa de M. D. En las páginas que le dedica distingue el efecto de palabra de afectos que una obra artística tiene sobre el sujeto que la experimenta, y la posición del analista frente a lo que puede capturarlo, manteniendo una más de sus múltiples renunciaciones, la de caer «arrobado» frente al caso, y al puntualizarlo revela buena parte de lo mejor de su transmisión.

Lacan desarrolló en el seminario *De uno Otro al otro (D'un Autre à l'autre, 1968-1969)* lo que es para él *El acontecimiento Freud* y dice: «Hay en alguna parte una verdad que no se sabe y es la que se articula a nivel del inconsciente» (2008: 184). Agrega que «el saber es un invento de pedagogos

14 «Et puis il avait découvert la vérité, à ses yeux abominable, à savoir que dans l'univers de cette femme, lui, il n'avait jamais existé et il n'existerait jamais.»

[...] porque aprender es algo terrible», y señala: «¿saber algo no es siempre una cosa que se produce en un relámpago?, todo lo que se dice de un supuesto aprendizaje no tiene nada que ver con lo que es un saber».

Y M. D. en esta novela dice que el amor se capta en un relámpago. Que no hay nada progresivo, que de golpe se capta una situación de «amor» (el beso con el guardián). Y que la irrupción de la locura se produce también en un «relámpago». Locura, amor y saber de y en transferencia.

No se trataba de despertar el deseo. Existía en aquella que lo provocaba o no existía. Existía ya desde la primera mirada o no había existido nunca. Era la comprensión inmediata de una relación sexual o no era nada (*El amante*).

En el *Homenaje* encontramos esas notas muchas veces veladas y otras extremadamente explícitas en que Lacan teoriza sobre la captura imaginaria.

Lo leemos referido a la concepción de la transferencia en análisis y a una obra de arte. Lacan casi dice que no nos capture, que no nos atrape el sentido, *tan a la mano de la obra*, que no seamos «raptados» como Lol por la escena en que estática y fascinada ve a su prometido irse con la mujer de negro. Aunque en el mismo texto muestra su entrega a la fascinación de la imagen.

Sin embargo de esas palabras de Lacan dirá:

Nunca lo comprendí por completo, Lacan me dejó estupefacta. Y su frase «no debe saber que ha escrito lo que ha escrito, porque se perdería. Y significaría la catástrofe» [...]. Para mí esa frase se convirtió en una especie de identidad esencial, de un «derecho a decir» absolutamente ignorado por las mujeres (Duras, 1994: 22).

¿Y entonces si dijéramos lo contrario de Lacan? ¿Que toda su obra está hecha porque ella iba sabiendo lo que con su escritura develaba y cubría? Que no podía detenerse nunca porque se enloquecía. Que lo que Lacan subraya era justamente algo que ella supo siempre de modos muy diferentes y siempre con dolor y que la escritura le mostraba una y otra vez. Lo mismo que la torturaba la sanaba de a ratos; un modo insaciable de locura, lo incolmable de una ansiedad que todavía en 1993 se presenta de este modo:

Eso hace salvaje la escritura. Se acerca a un salvajismo anterior a la vida. Y siempre lo reconocemos, es el de los bosques, tan antiguo como el tiempo. El del miedo a todo, distinto e inseparable de la vida misma. Uno se encarniza. No se puede escribir sin la fuerza del cuerpo. Para abordar la escritura hay que ser más fuerte que uno mismo, hay que ser más fuerte que lo que se escribe (Duras, 1994: 26).<sup>15</sup>

Lo salvaje es lo contrario de lo descriptivo, de lo explicativo, de esos libros no libres o muertos de los que habla en *Escribir*.

M. D. pudo una y otra vez escribir lo imposible de las formas de angustia que surgen cuando algo repetido viene a hacer «faltar» la falta. Lacan dijo: «M. D. evidencia saber sin mí lo que yo enseñó», «que la práctica de la letra converja con el uso del inconsciente, es lo único de lo que quiero dar fe al rendirle homenaje» (2010: 66). No hay constitución del objeto perdido y su espacio queda cubierto por algo de realidad que se pierde en múltiples imaginaciones y no puede vivirse como deseo. Y hay goce, que deriva de que hay siempre separaciones, muerte y dolor, pero se obtura en los personajes toda forma simbolizante-simbolizadora de la pérdida, la que haría posible no caer en la locura, esa locura que arrebató a Lol Valerie Stein. Esa «entrega» a la hipnosis imaginaria, esa fascinación de quedar presa, estática, en una imagen-escena de dos, pero que incluye a «la otra». «Ese ser de a tres en el que Lol se suspende.» Su talento de escritora y su escritura le permiten entrar y salir de ese vértigo imaginario de los personajes. Necesitan siempre otro ser y otro cuerpo en la realidad o el alcohol, los viajes, el poder, el escribir. Por eso las experiencias centrales no pueden terminar de «decirse»: «Puedo decir lo que quiero, nunca descubriré por qué se escribe ni cómo se escribe» (Duras, 1987: 20).

15 «Ça rend sauvage, l'écriture. On rejoint une sauvagerie d'avant la vie. Et on la reconnaît toujours, c'est celle des forêts, celle ancienne comme le temps. Celle de la peur de tout, distincte et inséparable de la vie même. On est acharné. On ne peut pas écrire sans la force du corps. Il faut être plus fort que soit pour aborder l'écriture, il faut être plus fort que ce qu'on écrit» (Duras, 1994).

La soledad de la escritura es una soledad sin la que el escribir no se produce, o se fragmenta exangüe de buscar qué seguir escribiendo [...] esta soledad real del cuerpo se convierte en la, inviolable, del escribir (Duras, 1994: 16).

Como Virginia Woolf, también quiere el «cuarto propio» del recogimiento:

Haría falta guardar para sí un lugar personal para estar allí solo y para amar, para amar no sabe qué, ni a quién, ni cómo, ni cuánto; para guardar en sí el lugar de una espera de un amor sin nadie (Duras, 1994).

Pero a veces esos sujetos se abisman uno en otro para soportar la soledad. ¿Cómo salir de la imagen especular y del circuito cerrado de ofrecerse como el objeto de deseo que le falta al otro y dejar de serlo para sí mismo, dejar de ser el que puede reconocer su falta? Tal vez algunas formas de salida sean anunciadas por la zozobra, el desasosiego, la angustia, el enloquecimiento del doble, lo *unheimlich*.

Por el escribir Margüerite Duras se salva de la locura en la que sus personajes caen. Se trata de la vieja relación entre un Goethe que vive su decepción amorosa y sus ganas de morir escribiendo el *Werther* en el que el personaje caído en el fracaso de amor pone fin a su vida. Shakespeare pierde a su hijo Hammet y escribe el *Hamlet* como un personaje entrañable que vive postergando la venganza y su muerte.

Desde el comienzo hasta el fin de su obra, su escritura sigue una presentación, una construcción de «lo sexual» y una mirada sobre seres y cosas, entre fantasías y fantasmas. Su modo de presentación de los personajes siempre tiene algo que despierta el deseo del *voyeur* en el lector, que intenta entender lo que solo la escritura develará parcialmente en su curso. Mientras, ella inventa y escribe que ve y que oye a «uno» y «otro». Se trata de la pareja amorosa, de la erótica, y también del lector y el escritor, de una madre y su hija, de dos hermanos, de uno vivo y otro muerto.

No devela lo escondido ni lo sabido no pensado, sabe que no «se» sabe, que algo aparecerá en la escritura misma y por otros y para otros. Y no para ella. O para ella en su próxima escritura o como esperanza.

Ella descubre en sus personajes de hombres y mujeres que hay un modo terrible de no saber amar, de no ser tocado por la intimidad del otro. El otro se vuelve escriturario, escribible, pero no existe, es un vacío, no se lo mira, no se sabe cómo mirarlo, deja de ser; la alienación es la imposibilidad de sentir y de ser afectado por «otro» (Duras, 1984: 43). Al escribir no sabe que sabe el mal de la muerte, Lacan subrayaba que ella no debería saber lo que escribe porque se perdería.

Impresiona la crueldad con que M. D. presenta a los personajes, y sobre todo la forma de mostrar el desasosiego, la desorganización y el derrumbe de algunas mujeres, como Emily L., dejándose morir y en el goce de la entrega a la «desesperación soberana».

#### UN MODO DE CONCLUIR

Cuando en *Emily L.* se llega al final, los desdoblamientos de autora-personaje junto con lo masculino-femenino y lo vivo y lo muerto son tales que la trama se nos pierde. La historia sigue, aun sin sostén; la historia de ellos, dice Duras, quiere escribirse y se está haciendo en la narración misma. Pero solo cuando se termine, quizá, deje de doler. Se trata de «escribir una historia que no termine de morir», y esta forma de vivir el relato tiene relación con la temporalidad de la escritura y del análisis, en que la significación va unida a los recorridos permanentes del a posteriori.

El conocimiento de la historia lo tendrán, como los héroes de Henry James, cuando esté terminada. Del sentimiento conocerán su existencia desde el exterior de vuestra vida. Llevará mucho tiempo antes de llegar a la conciencia. Todo será modificado alrededor vuestro y buscará todavía el porqué. No reconocerá más nada. Hasta el día en que esta situación la transforme a su vez en un libro o en una relación personal.<sup>16</sup>

16 «La connaissance de l'histoire vous la posséderez comme les héros de Henry James, quand elle sera terminée. Le sentiment, vous en apprendrez l'existence de l'extérieur de votre vie. Ce sera très long avant d'arriver à votre conscience. Tout sera modifié autour de vous, vous chercherez encore pourquoi. Vous en reconnaîtrez plus rien. Jusqu'au jour où cette situation, vous la transformerez à votre tour dans un livre ou dans une relation personnelle» (Duras, 1987: 138).

Los giros de la transferencia llegan hasta el fin de análisis y son siempre diferentes. Tal vez se llegue con «desesperación calma», habiendo traspasado parcialmente la ilusión de otro completo y garante de lo real. Para los personajes de M. D. los finales son hundimientos oscuros y sus vidas gravitan «en torno al lugar de la desdicha». Y Lacan terminaba poéticamente su homenaje diciendo que las creaciones de M. D. estaban animadas por ella de una «caridad sin muchas esperanzas» y que «celebra las bodas taciturnas de la vida vacía con el objeto indescriptible».

Con este discurrir sobre psicoanálisis, sobre letras y escrituras, de uno a otro, cierro este texto retomando, con buscada ambigüedad, la frase final de la novela *Emily L.*: «Dejar todo en el estado de la aparición».<sup>17</sup> ♦

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Duras, M. (1984). *El mal de la muerte*. Barcelona: Tusquets Editores.
- (1987). *Emily L.* París: Les Éditions de Minuit.
- (1990). *El amor*. Barcelona: Tusquets Editores.
- (1994). *Escribir*. Barcelona: Tusquets Editores.
- (1997). *Romans, cinéma, théâtre. Un parcours. 1943-1993*. París: Gallimard.
- (1999). *El dolor*. Barcelona: Alba Editorial.
- Freud, S. (1887-1904). *Cartas a Wilhelm Fliess*. Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- Gauthier, X. (2005). *Las conversadoras*. Buenos Aires: Cuenco de Plata.
- Harari, R. (1993). *El seminario «La angustia» de Lacan: una introducción*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Labraga, M. (2007). Transferencia/s en el tiempo. Marguerite Duras: El deseo de escribir y la escritura del deseo. *Trazas y Ficciones, Literatura y Psicoanálisis*, BUP, VII, 99-108, Montevideo.
- Lacan, J. (1960-1961). *Seminario 8. La transferencia*. Buenos Aires: Paidós, 2003.
- (1962-1963). *Seminario 10. La angustia*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- (1968-1969). *Seminario 16. De un Otro al otro*. Buenos Aires: Paidós, 2008.
- (2006). Homenaje a Marguerite Duras del rapto de Lol V. Stein. En *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Manantial.
- Le Gaufey, G. (1998). *Anatomie de la troisième personne*. París-Buenos Aires: EPEL.
- (2013). *El objeto «a» de Lacan*. Buenos Aires: Cuenco de Plata.
- Soler, C. (2011). *Los afectos lacanianos*. Buenos Aires: Letra Viva.

## CONVERSACIÓN EN LA REVISTA

# Con Sergio Blanco



EDICIÓN A CARGO DE MAGDALENA FILGUEIRA,<sup>1</sup>

M.<sup>a</sup> MARTHA MONTES<sup>2</sup> Y AURORA POLTO<sup>3</sup>

Sergio Blanco es dramaturgo y director teatral francouruguayo, vivió su infancia y su adolescencia en Montevideo y reside actualmente en París. Luego de realizar estudios de filología clásica, ha decidido dedicarse por entero a la escritura y a la dirección teatral. Sus piezas han sido distinguidas en reiteradas oportunidades con varios primeros premios, entre ellos, el Premio Nacional de Dramaturgia del Uruguay, el Premio de Dramaturgia de la Intendencia de Montevideo, el Premio del Fondo Nacional de Teatro, el Premio Florencio al Mejor Dramaturgo y el Premio Internacional Casa de las Américas.

Su obra entra al repertorio de la Comedia Nacional de Uruguay en 2007 y 2008 con sus piezas *.45'* y *Kiev*. Entre sus títulos más conocidos se destacan *Slaughter*, *.45'*, *Kiev*, *Opus sextum*; *Diptiko* (vols. 1 y 2), *Barbarie*, *Kassandra*, *El salto de Darwin* y *Tebas Land*. Varias de sus obras han sido estrenadas en su país y en el extranjero, la mayoría de ellas traducidas a varias lenguas y publicadas en varios países.

Relata que en los últimos años ha sido invitado en reiteradas ocasiones para dictar seminarios, cursos y conferencias en instituciones universitarias

1 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. mfilgueira.mefe@gmail.com

2 Analista en formación. Instituto de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. montes.mm@gmail.com

3 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. apolto@adinet.com.uy

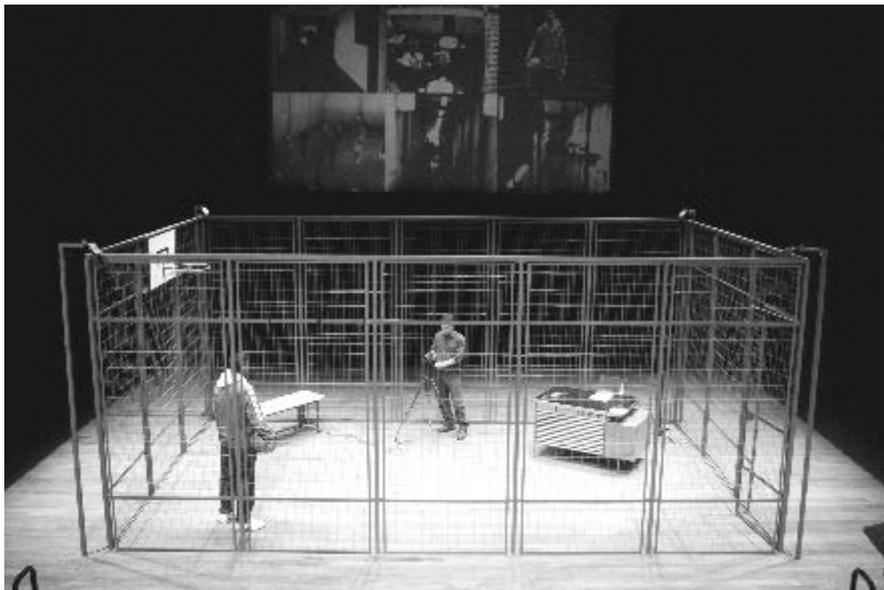
y culturales de Francia, Uruguay, Argentina, Brasil, Cuba, España, Burkina Faso, Suiza y Grecia, y que desde 2008 integra la dirección de la Compañía de Artes Escénicas Contemporáneas Complot.

La Conversación fue como su obra, a texto abierto, en la cual Sergio despliega su compromiso con su creación, su posicionamiento y su función con relación a la dramaturgia.

MAGDALENA FILGUEIRA (MF) —¿Cómo concebís, Sergio, la dramaturgia y el teatro en general?

SERGIO BLANCO (SB) —Lo que me atrae especialmente de la dramaturgia es el estatus híbrido que tiene. Y lo híbrido es algo que me interesa mucho, es decir, todo aquello que no está tan definido, aquello que no es claro, evidente, preciso, sino que es difuso y confuso. La obra de teatro se apoya en dos zonas, por un lado en una zona literaria, en cuanto escritura de un texto que de hecho se puede publicar y tener forma de libro, y por otro lado se apoya también en una zona escénica, en cuanto construcción de un objeto que sirve de base para una representación espectacular. Quiere decir que por un lado es un objeto literario que está concluido en sí mismo y que por otro lado es algo inacabado y que no está del todo terminado. Esto último es lo que se suele designar con la expresión *texto inacabado*. Anne Ubersfeld dice una cosa bellísima con relación a esto, afirma que el texto teatral cuenta con un «estatus agujereado», es decir que es un texto repleto de agujeros que deben ser llenados por todo el equipo teatral. Y Umberto Eco también tiene una imagen muy bonita, dice que el texto teatral es una «máquina muy perezosa» que no puede funcionar por sí sola, sino que para ponerse en marcha necesita la intervención de varios agentes teatrales: un director, un iluminador, los actores, un vestuarista, un productor e incluso los espectadores.

Eso es lo que me interesa de la dramaturgia, esta doble naturaleza: el estar entre lo literario y lo escénico, entre un texto que desde un punto de vista literario está acabado y que al mismo tiempo desde un punto de vista escénico es inacabado e inconcluso y está a la espera de que alguien venga para realizarlo y concluirlo. Esto último me parece muy interesante: saber que es necesario que otro venga a concluir lo



que uno empezó. En Brasil, en la puesta en escena de un texto mío, el director estaba muy nervioso, me quería contar que había hecho unos cortes en el texto, y yo trataba de tranquilizarlo diciéndole que no era algo que me molestara ya que entendía que quien tiene la última palabra en el teatro es el director. Soy un convencido de que en el proceso creativo teatral el director *retextualiza* un texto... Me acabo de dar cuenta de que acabo de inventar una palabra: *retextualizar*.

AURORA POLTO (AP) —Un texto que se sigue produciendo...

SB —Exactamente. Tomemos el ejemplo de la dedicatoria de *Tebas Land*. La dedicatoria de un libro es algo clave para mí, siempre pienso mucho a quién le voy a dedicar un libro, es algo que siempre es fruto de una larga reflexión. Pues bien, la dedicatoria de *Tebas Land* es a los dos actores que la estrenaron en Montevideo, a Gustavo Saffores y Bruno Pereira. ¿Y por qué está dedicada a ellos? Porque estos dos actores fueron la *encarnadura* que encontraron mis palabras. Esta dedicatoria se inscribe en todo esto que hablaba del texto inacabado: está dedicado a quienes lo van a encarnar en escena, a representar en un escenario, a concluir teatralmente. Escribir un texto de teatro es buscar esa *carne*

del actor que lo va a realizar. Creo que el dramaturgo tiene que conocer mucho lo que es un cuerpo y saber en todo momento que la palabra escrita es una palabra que en algún momento tendrá que encarnarse. Esta noción de encarnación es algo fascinante y en lo que creo mucho. De hecho, es algo que está muy vinculado a la formación religiosa que recibí en mi infancia.

MF —Sergio, hablaste de las representaciones que en *Tebas Land* llevás a la escena poniendo en juego todo el sistema de representaciones que un texto escrito para teatro puede contener.

SB —En términos teatrales, la palabra *representación* es como un pantano, porque es una dimensión en la que uno puede hundirse. Las ideas de presentación y representación son claves turbias y confusas en el mundo del teatro. *Tebas Land* propone abordar esa confusión que implica la representación de algo o de alguien. La obra es como una *mise en abîme* —en español la expresión sería ‘juego de cajas chinas’ o ‘fenómeno de las muñecas rusas’—, un sistema que propone una dimensión dentro de otra dimensión. En *Tebas Land* se lleva a cabo todo un juego de representaciones que se multiplican al infinito la una dentro de la otra, hasta llegar incluso a momentos en los que uno puede perderse o abismarse. Por esta última razón es que prefiero la expresión francesa *mise en abîme*, ‘puesta en abismo’, en que no hay necesariamente un fin sino más bien un sin-fin. *Tebas Land* se formula la pregunta siguiente: *¿cómo es posible representar lo irrepresentable?*, es decir, *¿es posible representar el parricidio?*

AP —La representación fantasmática del parricidio...

SB —Siempre digo que el corazón de ese texto es la escena del relato del parricidio en la cual se condensan los personajes de Martín, que es el joven parricida, y el personaje de Federico, que es el joven actor que lo representa en la pieza. En el texto en este momento decidí que el personaje portador de ese relato no sería Martín ni tampoco Federico, sino Martín-Federico, una condensación de los dos al mismo tiempo. Y a esta condensación de dos personajes, en el instante de la representación escénica se suma también el actor verdadero que representa a Martín y Federico, Bruno Pereyra. La mañana en que empezamos a ensayar esta escena, Bruno se puso en el centro de la sala de ensayo y

me preguntó: «¿Acá quién es el que está contando el crimen, porque el texto dice Martín-Federico?», y recuerdo que le contesté: «Y bueno, Martín más Federico dan como resultado Bruno Pereyra, es decir que quien lo está contando sos vos, Bruno Pereyra». Este es un ejemplo claro de ese sistema de *mise en abîme* en que los unos se incluyen en otros.

Todo esto invita al tema de qué es real y qué es ficción. Dónde están las fronteras. Dónde están los límites entre estos dos territorios. La obra juega todo el tiempo con los planos de lo real y de lo ficticio. Y a mí me interesaba vincular todo este tema de la confusión entre lo real y lo ficticio en la representación teatral con el tema del parricidio, que me resulta un tema en el que todo es muy confuso. Es decir, un tema en el que lo real y lo ficticio también están en juego todo el tiempo. Y con respecto a esta confusión de fronteras entre estos dos planos, hay toda una serie de anécdotas muy interesantes que van desde el día del estreno en que el ministro del Interior pensó que había un verdadero parricida en escena y se inquietó un poco de que nadie se lo hubiera prevenido, hasta la reacción de muchos espectadores que piensan que el actor que representa a S. soy yo y han llegado a decirme «pero qué distinto que sos en escena de lo que sos en la vida real». Esto último me ha llevado a tener que explicar varias veces que no era yo quien estaba en escena, sino un actor que se llama Gustavo Saffores.

MF —Movilizás en el espectador la necesidad de un anclaje en lo real, aun el de la ficción.

AP —En este sentido la intertextualidad permanente en *Tebas Land* estaría dada no solamente por los textos y escritores a los que se hace referencia, sino también por este juego permanente entre los personajes.

SB —A nivel de la intertextualidad manejé dos conceptos: la metatextualidad y la intertextualidad. El primero es algo absolutamente onanístico y el segundo más bien algo orgiástico. Por medio de la intertextualidad *Tebas Land* es un texto que va a buscar permanentemente como referentes literarios toda una serie de textos fundadores. Es un texto que va al encuentro de varios textos y de todos ellos a la vez, por eso digo que es algo orgiástico. *Tebas Land* comete varios palimpsestos al mismo tiempo, propone toda una serie de citas intertextuales con otros textos, como *Edipo rey*, de Sófocles, *Los hermanos Karamazov*, de

Dostoievski, *Un parricidio*, de Maupassant, el prólogo de *Dostoievski y el parricidio*, de Freud, etcétera, etcétera. Y al mismo tiempo que el texto propone todas estas citas intertextuales, también aparecen toda una serie de citas metatextuales en las cuales la pieza se cita a sí misma, y es en este sentido que hablo de onanístico. Esta pieza, si bien se refiere y habla de textos ajenos a ella, también habla y se refiere todo el tiempo a sí misma, es un texto que habla todo el tiempo de sí mismo, que se refiere y se comenta a sí mismo en permanencia. Me interesaba experimentar lo que hace Cervantes con *El Quijote*, que es un texto que se comenta todo el tiempo a sí mismo y en el que el propio personaje del Quijote va contando cómo es la escritura de *El Quijote*. Todo este circuito de interconexiones abiertas o cerradas —orgiásticas u onanísticas— termina creando un circuito muy placentero en el que los textos envían a otros textos en una red de goce y placer. Y todo este fenómeno de entramado placentero sobre el que tanto teorizó Sade me resulta extremadamente tentador.

MF —Las diferentes representaciones en juego, de los sujetos, los grupos, la cultura. La puesta escénica como una representación. Sergio, queremos conversar contigo sobre la teoría de las ficciones, es muy conmovedor eso en tu texto, dado que la puesta escénica casi no tiene fondo, no se pisa suelo firme, si bien es sobre un escenario.

SB —En los propios ensayos muchas veces nos perdíamos nosotros mismos entre la ficción y la realidad. Como les explicaba recién, el teatro es un mundo en el que uno puede perderse en ese juego entre lo real y lo no real. ¿Dónde está la ficción? ¿Dónde está lo real? Estas son las dos preguntas que se hace todo el tiempo el teatro. La escena teatral propone permanentemente un desafío a estas dos interrogantes. En un momento de la pieza en la cual los personajes de S. y de Martín están discutiendo sobre el asunto de la representación, S. dice una de las frases más potentes de todo este texto: «nadie más que vos podés ser vos». Y al decir esto, en cierta forma está queriendo explicarle al personaje de Martín que de alguna manera somos irrepresentables, no podemos ser representados por otros. Todo este tema de lo representable es fundamental en el dispositivo del arte teatral. Y junto con este tema de lo representable aparece también —y por ende— el asunto de

lo real. Durante los ensayos llegué incluso a llevar presos realmente a los actores, quienes estuvieron arrestados de verdad.

MF —Ser parte de las diferentes ficciones que narrás...

SB —Cuando comenzamos a ensayar fuimos a la cárcel de Punta de Rieles y al Comcar. Y en esta última visita y con autorización del Ministerio del Interior, organizamos un arresto. Los dos actores estuvieron encerrados toda una tarde en una celda cada uno. Ellos no se lo esperaban. Fue algo que los sorprendió. Por supuesto que cuando los agentes policiales procedieron al arresto les dije a los dos actores que si no querían no los arrestábamos, pero aceptaron. De hecho ese tipo de experiencias generalmente les encantan a los actores. Estoy seguro de que una de las cosas que deben de contar todo el tiempo cuando hablan de los ensayos de *Tebas Land* es que estuvieron presos.

MF —El caldeamiento comenzó en esas experiencias...

SB —Y eso para mí es esencial. Se trabaja siempre a partir de la experiencia. A partir de un vivido. A partir de las huellas de un vivido en nosotros o en quienes nos rodean. Ingmar Bergman decía que uno crea desde las entrañas. De hecho Bergman utiliza una palabra más visceral, porque más precisamente decía *creamos siempre desde las tripas*. Y esto es algo que a mí personalmente me apacigua, ya que en cierta forma es tranquilizador saber que, pese a que podamos vivir situaciones de extremo dolor o sufrimiento, en algún momento las podremos utilizar como material de creación, es decir que las podremos sublimar mediante la creación. Hay una carta muy bella de Flaubert en la que le escribe a un amigo suyo que acaba de perder a su padre: «aprovecha este dolor porque con este dolor podrás hacer algo». Y de forma un poco más técnica, el gran teórico de teatro Stanislavsky solía repetir a sus alumnos que el actor era aquel ser que aun cuando está en el peor sufrimiento de su vida siempre se dice a sí mismo: *esto en algún momento me va a servir para actuar*. Trabajamos mucho a partir de nuestras experiencias.

Pero si bien trabajamos a partir de nuestro vivido, durante los ensayos de *Tebas Land* no hablamos mucho de nuestros vínculos con nuestros respectivos padres. Ni tampoco hablamos mucho de lo que era el parricidio. El tema de nuestros vínculos con nuestros padres y

el fantasma del parricidio no fue muy evocado durante los ensayos. Y eso fue una elección mía. No quería atosigarlos mucho. Quería que ellos se enfrentaran a cuestiones más concretas y pragmáticas del texto. Creo que no es bueno intelectualizar mucho el proceso de trabajo. Tampoco me gusta hablarles mucho ya que el exceso de palabras puede ahogar al actor. Es mejor no parasitar el espacio de ensayo con muchas palabras. Es mejor dejar que las únicas palabras sean las que se proponen en el texto teatral. Es mejor no hablar mucho y dejar que sean los cuerpos quienes trabajen. Que sean los cuerpos los únicos en seducir. Porque en el teatro hay mucho de seducción por medio del cuerpo. Cada vez estoy más convencido de que mientras la escritura es un trabajo de seducción de cuerpos que están ausentes, la dirección es un trabajo de seducción de cuerpos que están presentes, que están allí delante de uno. Cuando dirijo solo miro y me dejo seducir. Nada más. Espero que los cuerpos que tengo enfrente de mí me seduzcan, me conquisten, me maravillen.

MF —¿Cómo pensás el entrecruzamiento de la dramaturgia, la escritura teatral y el psicoanálisis?

SB —Mi trabajo de escritura y el de psicoanálisis están muy ligados. Como escritor, el conocimiento de la lengua me resulta algo fundamental y necesario. Y el diván para mí es ese dispositivo en el que uno viene a encontrarse esencialmente con la lengua, con su lengua. Soy de los que creen que no solamente estamos hechos de lengua, sino que somos antes que nada una lengua. En este sentido el diván —y la horizontalidad *erótico-letal* que este supone— tiene mucho que ver con la escritura: un espacio de encuentro privilegiado, sensual y mortal con la lengua, es decir con lo que somos. Tanto en el espacio de la escritura teatral como en el espacio del diván asistimos a la encarnación de una palabra que al ser dicha conecta con lo vital pero también con lo letal, ya que al volverse carne se la vivifica pero también se la *mortaliza*, se la vuelve mortal. Y esta vitalidad y letalidad de la palabra escrita en la creación literaria o de la palabra pronunciada en el espacio analítico es lo que hace que sea siempre una palabra potente y poderosa. Una palabra que cobra un poder supremo capaz de mover montañas como sostenía san Pablo.

AP —¿Qué es religiosidad para ti?

SB —La religiosidad me conecta con esa noción de lo encarnado.

AP —Eso te transmite la palabra.

MF —Palabra ensalmo, palabra encarnada, es la palabra del Señor...

SB —Algunos seguidores de Lacan insisten en que el análisis tiene el poder de desactivar la violencia religiosa o política con la que viven los pacientes. En mí no la ha desactivado en lo más mínimo, todo lo contrario. No es algo de lo que me sea fácil hablar, porque el hecho de definirme como cristiano con una fe muy profunda no es algo que pertenezca al orden de la razón o del pensamiento, sino al orden de lo sensible, de lo pura y exclusivamente corporal. Mi cristianismo es algo que está muy vinculado también a lo verbal y más precisamente a la noción de la palabra divina, que es una palabra performática como lo atestigua el extraordinario *en el principio fue el verbo*...

MF —Somos palabras, estamos hechos de ellas, con ellas al hablar encontramos y nos desencontramos...

SB —La palabra sobre todo nos construye: nos hace, nos elabora. Por eso soy un creyente del verbo. Una de las cosas que me resultan más preocupantes de nuestra contemporaneidad es el deterioro del lenguaje, porque creo que el déficit lingüístico acarrea la destrucción de lo que somos. Uno de mis trabajos en París consiste en desarrollar talleres de escritura para jóvenes en gran dificultad en las zonas periféricas y desfavorecidas de la ciudad, y una de las cosas que más constatamos con nuestros equipos es la angustia que produce en determinados jóvenes el no poder nombrar, decir, designar. Muchas veces me doy cuenta de que uno de sus mayores sufrimientos es no poder nombrar lo que les está sucediendo. Y cuando somos incapaces de decirnos, somos incapaces entonces de construir nuestro propio relato, lo que equivale a no ser capaces de construirnos como experiencia. ♦

## RESEÑA DE LIBRO

# De Eros y Philia. De amores y saberes



SANDRA FILIPPINI<sup>1</sup>

El libro *De Eros y Philia*<sup>2</sup> desde su título nos lanza a las aguas embravecidas de algunos de los amores ocurridos en la Grecia antigua.

Los textos que lo forman fueron escritos por diferentes autores<sup>3</sup> cada uno de los cuales surca esos trayectos empujado por la fuerza de sus preguntas. Formuladas en el siglo XXI, esas preguntas abren cauces en los que se pueden reconocer las estelas que dejaron aquellos amores griegos.

Algunos de los textos muestran finos trabajos filológicos, históricos, filosóficos y genealógicos que permiten visualizar las orillas que delimitaron Eros y Philia

más de veinte siglos atrás en Grecia; así también señalan qué de aquellos afluentes llegan a las maneras de tratar el amor en la contemporaneidad. Parafraseando a Sandra Boehringer, podemos decir que tales preguntas lanzadas a Eros y Philia muestran que esos amores no son objetos transhistóricos ni transgeográficos. Tampoco son estables, menos aún invariables. Se trata de interrogantes planteados a la Antigüedad, a la vez contemporáneos y anacrónicos.

Sobre el artículo de Nicole Loraux titulado «Elogio del anacronismo en historia»,<sup>4</sup> Boehringer escribe: «Iremos todavía más lejos ampliando el planteo de N. Loraux: todas nuestras preguntas al pasado son anacrónicas (incluso cuando se piensa que no lo son) en tanto están cargadas de connotaciones actuales y de estratos de discursos que se han

1 Miembro de la École Lacanienne de Psychanalyse. sandrafilippini3@gmail.com

2 AA. VV. (2013). *De Eros y Philia*. Colección Heteróclitos. Montevideo: Ediciones de la Fuga.

3 Autores del libro: Alba Fernández Roglia, Ana María Fernández Caraballo, Fernando García Tabeira, Damián Baccino, Marcelo Real, Adrián Villalba Francia, Bruno Cancio, Marcelo Novas, Ofelia Ros y Mauro Marchese. El prólogo está a cargo de Ana Hounie y Gonzalo Percovich.

4 Loraux, N. (2008). Elogio del anacronismo en historia. En *La guerra civil en Atenas: la política entre la sombra y la utopía*, cap. IX. España: Akal.

acumulado. En consecuencia, es necesario que seamos conscientes siempre del ángulo de ataque y del objetivo al que apuntamos».<sup>5</sup>

El «ángulo de ataque y objetivo al que apuntamos» transporta tanto al que escribe como al que lee a un campo persecutorio al que los amores no son ajenos; basta detenerse un instante en los efectos de la flecha de Eros cuando nos alcanza. También en los torrentes por los que viajan las relaciones de poder así como las potencias que ponen en juego esas relaciones, que se muestran a la vez tan ostensible como veladamente. Ambos componentes del amor, persecución y poder, se hacen presentes en las versiones idealizadas del amor en las que participan las figuras del amor en Occidente. Por ejemplo, la del amor padre-hijo que cohabita con la persecución a la manera de la culpa y que a través de la renuncia así como del sacrificio exalta un goce masoquista. Sobre el poder tratándose de reyes y dioses no creemos que sea necesario explayarse. Si ponemos a jugar los anacronismos podríamos decir que mientras que Edipo se arranca los ojos, Cristo nos mira sangrante desde su cruz, todavía.

El libro está atravesado por preguntas sobre las eróticas de diferentes amores, entre ellos Eros, en el que amor y sexo se entrelazan, o la amistad, en la que el erotismo se despliega de diversas maneras sin excluir radicalmente el sexo, debate que se produjo en la Antigüedad y que está claramente explicitado en el libro. Tensión que persiste hasta hoy, quizás sin tantas elaboraciones ni prescripciones, pero que sí está presente en el lenguaje coloquial, por ejemplo en la supuesta aclaración «lo nuestro es solo amistad». Desde el psicoanálisis, los autores exploran vertientes de saberes tales como la filosofía, la literatura, el cine y la historia en aquellos puntos en que estos saberes cuestionan y dan cuenta de las singularidades de cada amor. Al mismo tiempo, apelan a producciones de esos saberes en espacios en que los desestabilizan, de manera que donde había una corriente serena, aparece una roca hasta entonces invisible que cambia el curso de las aguas, sus flujos, sus velocidades y sus intensidades.

El texto del libro se despoja tanto de la unidad del amor como de la del saber y despliega insistentemente lo múltiple desde el título, la y que relaciona a Eros con Philia invita a generar esas multiplicidades. Multiplicidad de escrituras, de amores, de temáticas que inauguran la Colección Heteróclitos, que con su nombre dice, de forma pertinaz, de la imposibilidad de la homogeneidad.

5 Boehringer, S. Para una exploración construccionista de la sexualidad antigua. *Revista Nãcate* (2). *Fracturas del Sexo*. Montevideo: École Lacanienne de Psychanalyse.

Mientras que cada autor da cuenta de cómo es interpelado por alguna de esas formas de amar, sus recorridos coinciden en generar aperturas y líneas de fuga en múltiples direcciones. Los nombres tanto de la colección (*Heteróclitos*) como de la editorial (*De la Fuga*) hacen evidente la manera en que se abordan las problemáticas. En la misma corriente que la editorial y la colección, los autores de *De Eros y Philia* navegan desde la singularidad de cada uno hacia las multiplicidades de los amores.

Esa singularidad de cada búsqueda muestra la manera en que quien escribe se encuentra implicado en sus preguntas. Una de las vías que comparten los trabajos es el amor del saber, amor y no «deseo de saber»: «si hay algo cuya verdad ha descubierto el análisis, es el amor del saber».<sup>6</sup> La práctica analítica está reglada por un tipo particular de amor: amor del saber que en cada uno puja por producirse, amor del saber inconsciente que el dispositivo analítico permite que se despliegue y encuentre sus vías de realización. Esa manera de amar propia de la experiencia analítica recorre, de modo más o menos explícito, la mayoría de los trabajos que forman *De Eros y Philia*.

6 Lacan, J. (1974). Le non-dupes errent (sesión del 23 de abril de 1974). Disponible en <[http://www.ecole-lacanienne.net/stenos/seminaire\\_XXI/1974.04.23.pdf](http://www.ecole-lacanienne.net/stenos/seminaire_XXI/1974.04.23.pdf)>. La traducción es nuestra.

En este libro el psicoanálisis surca las aguas de las subjetividades. Sus textos localizan tanto a esos amores como al psicoanálisis muy lejos de cualquier psicología de las profundidades. Del mismo modo, distan de transformar al psicoanálisis en un conocimiento que se aplica a un texto u otro producto cultural. Los seminarios, escritos y conferencias de Jacques Lacan operan como superficies sobre las que se deslizan las lecturas o análisis de los textos que abordan el psicoanálisis. Desde diferentes maneras de amar, estos problematizan el lugar del objeto, el descentramiento yoico y las tensiones con los otros. Desde distintas vertientes y para seguir diversos cauces, los textos también cuestionan la verdad como *una* y en exclusiva consonancia con la razón, la falsa oposición realidad-simulacro, la noción misma de origen y cómo se juega en algunos mitos.

Una y otra vez nos encontramos tanto con la incitación a recorrer las vías por las que cada autor aborda las diversas problemáticas del amor y el saber como a producir en esos trayectos nuestras propias preguntas.

¿Sobre qué cuestión escribe cada autor en *De Eros y Philia*?, ¿de qué habla cada uno? Ese será uno de los placeres que podrá descubrir cada lector al recorrer sus páginas. Y tal vez encuentre en ellas que casi performáticamente esas diferentes relaciones entre amor y saber producen un libro amoroso. ■

## A LA MEMORIA

# El humor inteligente está en duelo



## *Recuerdo de Aída Miraldi*

---

NELSON DE SOUZA<sup>1</sup>

No conocí a una cultora del humor inteligente tan aguda como Aída, su visión del mundo, de la vida, de nuestro quehacer, de las instituciones, entre ellas la nuestra.

Su humor elegante era exponente de una sagacidad como pocas, pero además su gran bonhomía, desbordante de ingenio.

Quien me lea podrá decir: «es claro, ahora que murió todas son virtudes». Pero no es así, Aídita —así la llamaba— tenía defectos, como cierta testarudez que, al mismo tiempo, le exigía ser muy rigurosa. Sus virtudes estaban muy por encima.

Gran amiga.

Compartimos muchas cosas, muchos objetos comunes, desde facultad hasta la APU, toda una historia de intercambios, tales como la situación del país, la política, el psicoanálisis, el arte... en fin. Atravesamos tempestades y buenos tiempos, sinsabores y alegrías. Nos gustaba mucho el cine, concurríamos cuando una película nos atraía y luego siempre había un cafecito con la charla correspondiente. Fuimos también al teatro, recuerdo ahora una vez que fuimos al Solís a disfrutar de un espectáculo como *Las mil y una noches*, al que siguió, por supuesto, el cafecito que dio lugar al comentario.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. nelsonde@adinet.com.uy

¡Qué deliciosa la amistad de Aída!

Compartimos muchas actividades en APU: Comisión de Publicaciones, Centro de Intercambio, siempre con alegrías y tristezas. El III Congreso nos encontró nuevamente juntos integrando la Comisión Científica y el grupo organizador.

Hombro con hombro y siempre su palabra sabia.

Tengo un privilegio: al término de alguna reunión, si no se hacía en su casa, su tradicional casa de la calle Blanes, siempre me permitía alcanzarla y nos quedábamos largo tiempo en el auto, charlando, lo que era disfrutablemente enriquecedor para mí.

Querida Aidita, te voy a extrañar, sé que somos muchos quienes te extrañaremos. Tenés un lugar único en todos los espacios que iluminaste con tu tierna sonrisa.

Muchas gracias.

## A LA MEMORIA

# Semblanza

*Aída Miraldi*



---

CRISTINA LÓPEZ DE CAIAFA<sup>1</sup>

Hace muy poco tiempo, menos de cuatro meses, que Aída no está presente. El duelo está aún en curso.

Dudé de si estaría en condiciones de aportar algo a este homenaje, más allá del deseo de testimoniar afectos y reconocimientos al ser humano rico y complejo que ella fue, y en lo personal por sobre todo a una gran amiga.

Durante cerca de cuarenta años tuve la oportunidad y la suerte de contar siempre con su entusiasmo para estudiar lo que fuera. Nos conocimos en los años del Laboratorio de Afecciones Corticales del Hospital de Clínicas, con Carlos y Célica Mendilaharzu liderando un grupo heterogéneo multidisciplinario que daba inicio a la neuropsicología. En nuestros ateneos se cruzaban y tejían conocimientos que desde distintos campos se y nos polinizaban. De esas reuniones siempre salíamos con la convicción de que teníamos y queríamos conocer más y por ende estudiar más.

Luego vinieron los años de APU y esas convicciones se mantuvieron y acrecentaron.

Aída tenía una curiosidad que desde su insistencia interna alimentaba una disposición incansable a la búsqueda, a indagar, a escudriñar en textos, bibliotecas, ferias de libros, libros de feria, en los últimos requeches de la

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. caiafa@adinet.com.uy

feria de Tristán Narvaja, esos que ya no están en la zona de los libros sino donde los libros se desechan y tiran, y siempre encontraba algo.

Con esa curiosidad inquisidora y su amplitud de intereses, enriquecía los temas, las discusiones, a veces arborizando el pensar, a veces calando hondo en un no contentarse con la primera, segunda, tercera respuesta.

Era lo opuesto a la respuesta expeditiva. El asunto era cuestionar, cuestionar y cuestionarse como en un permanente ejercicio analítico en el plano del trabajo con ideas y conceptos. En el plano docente, para los candidatos esto podía resultar una maravilla o quizás a veces un calambre.

La amistad con Aída también se enriquecía con su oferta solidaria y generosa de ayudas y colaboraciones en lo que fuera, y lo hacía de corazón. (Trabajar en el jardín, cocinar, cuidar un enfermo, etc.)

Era exigente consigo misma y esperaba lo mismo del otro, en la amistad o en el cumplimiento de las funciones que fueran. En esta zona también se decepcionaba y calentaba, pero para no arremeter llamaba a sus amigas y pedía opinión.

Porque en esas situaciones pasionales tenía algo de los antiguos cruzados (si sacamos a Dios, claro): iba al frente sin medir o saber con qué se enfrentaba.

Recuerdo una vez con su mamá internada en el Casmu. Le habían dado una habitación totalmente sucia.

Pidió dos veces que la limpiaran y nada.

Entonces bajó, compró lo necesario y la limpió ella.

Pero desestimó al adversario, los compañeros de la salud, que respondieron cambiando a la señora de habitación.

Pienso que la presencia de Aída significó una oportunidad de enriquecimiento para la institución APU como tal, así como para cada uno de nosotros de acuerdo con su ecuación personal.

La suya era una presencia no muy bulliciosa, pero una presencia activa, productiva en los distintos espacios, seminarios, talleres, laboratorios, grupos de estudio, en las reuniones científicas de los viernes. Solía aportar un sesgo distinto, un nexo no pensado, o desde sus dudas o disensos, que podían llegar a incomodar, pero que siempre tenían el saldo positivo de ponernos a pensar, de hacernos trabajar. Aída nos movía la cabeza.

Ahora, en momentos en que su ausencia nos reúne para hacerla presente en la evocación, me voy a permitir, para finalizar, compartir un detalle de su persona que quizás nos haga sonreír por su naturaleza y por cómo ella lo integraba y elaboraba en ese su estilo propio. Y al mismo tiempo compartir con ustedes algo del deleite que ella experimentaba frente a algunos textos.

El «detalle personal» era un rasgo de coquetería femenina que sostenía a ultranza: no confesaba su edad.

No importaba cuánto confiara en la persona, en su discreción, en su hermetismo para secretos y confidencias.

El tema siempre quedaba para un «después lo hablamos», que, obvio, nunca llegaba.

#### LO COMPARTIDO A COMPARTIR

Hace unos meses, poco antes de morir, me dijo que estaba leyendo algo interesantísimo.

Se trataba de un ensayo de Kant traducido del alemán por un autor que incluía sus propios comentarios y que el resultado era muy gracioso.

El autor era Thomas de Quincey (1785-1859) (1823 a 1851). *La farsa de los cielos. Ensayos*, 1.<sup>a</sup> ed., Buenos Aires: Paradiso, 2005.

El ensayo de Kant era «La edad de la Tierra» (en *Cosmogonía*, 1775).

Comparto entonces dos breves trozos de esta placentera y sugerente lectura que Aída descubrió y balizó, para que hoy podamos disfrutarla como ella lo hizo:

Kant no se proponía determinar cuántos años había vivido la Tierra: esos estériles acertijos no lo preocupaban a él. Pues aun si hubiera algún medio para que la Tierra nos dé una respuesta honesta a un punto tan delicado... ¿Qué beneficio supondría contar con la partida de nacimiento o el acta de bautismo de nuestra querida y pequeña madre Tierra? Fijar la cantidad positiva de años durante los que nuestra Tierra ha existido —cincuenta millones por ejemplo— nos dejaría en la oscuridad total con respecto a la pregunta de Kant: ¿Qué parte de la duración total concedida a este planeta constituye esa cantidad? ¿Es la milésima o la millonésima parte? (p. 125).

... debemos explicar qué entendía Kant por este interrogante. Era esto: aunque sepamos que la Tierra ha vivido una cierta cantidad de años, eso nada nos dice sobre el *período* de la vida, la *etapa*, que supuestamente alcanzó. ¿Es de hecho una niña o una mujer adulta? Y si es adulta y uno da una fiesta en el sistema solar, ¿es el tipo de mujer a la que le presentaríamos un compañero de baile, algún joven y feroz caballero como Marte, por ejemplo? ¿O diríamos que es el tipo de compañera que toma asiento en la mesa de whist? (p. 126).

Porque después de todo, ¿hay una respuesta fija a este interrogante? Acaso la Tierra es, en realidad, joven y vieja a la vez. ¿Joven? Si no es joven ahora, acaso lo será en el futuro. ¿Vieja? Si no es vieja ahora, acaso ya lo *fue* y tenga una buena posibilidad de volver a serlo. De hecho es un Fénix que dispone de secretos recursos para renacer de sus cenizas (p. 127).

... si pudiéramos convencer a nuestra querida y excelente madre Tierra de que nos dijera su edad exacta en años julianos, aun *eso* nos dejaría en la misma oscuridad: porque si la respuesta fuera «Pero, chicos, en mi próximo cumpleaños tendré un millón de siglos aproximadamente», aun así nos sería imposible determinar el *valor* de su edad: ¿significaría eso que no es más que un pollito o que está «entrando en años»? Por el otro lado, si respondiera (negándose a confesar odiosas circunstancias): «No se preocupen, chicos, por mi cantidad exacta de años, que es un recordatorio desagradable; confieso que soy una dama de cierta edad», aquí, en sentido inverso, dada la *valoración* de la edad, nos sería imposible saber el número absoluto de años: ¿«cierta edad» significa que mamá tendría un millón o quizá no mucho más de setenta mil? (p. 129). ♦

## A LA MEMORIA

# Palabras para Aída



JUAN CARLOS CAPO<sup>1</sup>

Hace muchos, muchos años —así, en el modo en que dan comienzo los cuentos—, me fue dado sorprender a Aída Miraldi por primera vez en un ámbito institucional parecido físicamente a este, solo que en el antiguo local de la calle Maldonado.

En otro sentido diría, *como si estuvieras sentada entre nosotros*, en los giros que me permite esta remembranza.

Entonces, les decía, te decía, me fue dado descubrirte, Aída, con tu mirada rápida, ávida, intranquila. Llevabas una pollera amplia, lucías distendida; en apariencia te encontrabas cómoda allí; estabas descalza y fumabas.

(El cigarrillo migraba de tus dedos a tus labios, de tus labios a tus dedos y el circuito recomenzaba una y otra vez.)

Aída: entonces reposabas, conversabas, observabas con tu mirada celeste, segura e insegura.

El piso era de madera y allí estabas, como atalayada en un dominio precario y bajo, donde habías asentado tus reales.

Aída Miraldi: para vos nos reunimos hoy, como una oportunidad más para decirnos, para resarcirnos, para repetirnos, en el equívoco quizás o sin quizás: «que no estás más con nosotros», «que no contamos ahora con tu presencia», «que nos has dejado».



1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. juanccapo@hotmail.com

Te gustaba *Charlie y la fábrica de chocolate*, el film y el cuento del autor británico Roald Dahl. Conversamos sobre él mientras preparábamos un seminario, yo iba al caer la tarde a tu casa, entonces en la calle Blanes, una calle arbolada y no muy bien iluminada, al caer la tardecita. Yo iba entonces, te confieso, con cierta inquietud a la calle Blanes, a tu casa de la calle Blanes. Tu casa era de balcones bajos a la calle, con postigones altos y techos más altos todavía; el lugar del consultorio era un sitio bien iluminado, caliente y confortable, pero afuera hacía frío, creo recordar un patio y una claraboya, y una oscuridad de «boca de lobo». Allí discurríamos sobre la Sociedad de los Miércoles de Viena, asistíamos a las discusiones entre Jung y Freud, sus puntos de vista encontrados sobre la libido. Me decías: «inteligente este Jung, ¿no creés?». Yo asentía, tú me reprochabas, porque «me había ido de boca con un docente mayor», yo te replicaba a mi vez que aflojaras con las evaluaciones.

Te gustaban Masud-Kahn y Winnicott y a mí Trubetskói y Lacan. Elegimos héroes para el caso distintos, y príncipes también distintos (porque Masud-Kahn y Trubetskói efectivamente eran príncipes, no hay engaños acá).

Pero en lo que coincidíamos más era en la literatura y en el cine.

Hubo un film, *Las zapatillas rojas*, protagonizado por una bailarina espléndida, la británica Moira Shearer, y la trama inquietante de la cinta dejó huella en tu memoria encantada y dispuesta a hacer brotar puntos de vista variados, que no se agotaban fácilmente, si te disparabas a hablar de ella. Seguiste el argumento de la bailarina hermosa torturada, revisitando la película ya de niña, ya de muchacha, con fresca atención fascinada cada vez.

Aída: con el paso de los años volvías a la trama inquietante de aquel film y ello fue tema de uno de tus últimos trabajos en que me fuera dado asistir.

Te gustaban las humanidades —un sitio en el que el campo «psi» presenta un panorama bastante desolado, y si uso la palabra *páramo* no es exagerado— de tal modo que pudiste saltar el obstáculo de la tan temida área cinco, en la que por lo general los docentes preferíamos no arriesgar por temor a no poder formar seminario. Tú lo hiciste y sorteaste ese obstáculo limpiamente, repetidas veces, y articulaste con arrojo los tópicos de psicoanálisis, naturaleza, sociedad y cultura, terrenos en los que una psiquiatría positivista y una psicología reduccionista se atascan como tractores en el barro.

Había más cosas en común entre nosotros, sin embargo. Ellas procedían de un entorno, del espíritu sombrío de un tiempo que se las traía. (Yo había ingresado en el año 81, tú en el año 83.) El parecido de las apariencias hacía suponer la desgracia del resquemor, que se instaló en aquel antaño en medio de los dos como un convidado de piedra. Pero la rebeldía común callada en el afuera se metía en el adentro...

Puedo extraer quizá dos *flashes* más de la memoria: fuiste una vertiente surtidora de ansiedades, palabras, pensamientos, arrastrando diferencias y coincidencias; una riada que arrastraba corrientes de coraje y sensibilidad a los sentimientos y a la belleza.

Fuiste combativa a lo Mariana Pineda, no dejaste tu aura de militante afuera.

¡Cuántas cosas que se expanden a medida que se recuerdan y se apalabran los recuerdos, entre ansiedades persecutorias y depresivas, ante objetos de deseo, tornados elusivos y escurridizos!



El tiempo trajo también el agrietamiento en nuestras pláticas, que nunca fueron lisas y redondas, ni libres de círculos concéntricos y de algún remezón que duró demasiado.

En fin: que los temores, como vientos, como aguaceros, también nos sumieron, también nos rindieron: espaldas empapadas, pechos confundidos, corazones acelerados, como campanas tañendo desacompañadas.

El último *flash* iba a ser el de una Aída ahora vacilante, algo apocada, quizá balbuceante: es que las octavas de tu voz habían bajado. Nuestros espejos se perdían y se reencontraban en «el temor y el temblor».

Eso gravitaba y nos pesaba.



Me habría gustado haber estado más junto a vos en esos tiempos que después llegaron. ♦

## A LA MEMORIA

# In memóriam. Aída



JAVIER GARCÍA<sup>1</sup>

Nunca imaginé ni habría podido representarme en este lugar. Creo que tampoco ahora puedo tener idea cabal de nuestra función aquí. A veces pienso que hablamos poco o nada sobre los compañeros que han dejado de estar con nosotros por diferentes causas, incluida la muerte, pero hoy siento entenderlo, porque es realmente muy difícil, si es que es posible, hablar de ello.

Es todo muy reciente e inesperado. En la primera reunión científica de este año estaba sentado en el mismo lugar que en la última reunión del año pasado. El lugar del sillón donde en aquella otra reunión estaba Aída y me pedía un mate estaba ahora vacío. Y esto es muy duro de imaginar, si es que es posible, y se llena de recuerdos, cuando no de fantasmas. No es para nada sencillo para mí hoy hablar de Aída sin que ella lo escuche o se pueda enterar. Vaya uno a saber... O ¿no podría ser esta una pregunta de Aída revoleando misteriosamente los ojos con un dejo de desconfianza?

No puedo no hacer historias. Y que todos estos «no» me acompañen por un rato. Fuimos compañeros de tareas y amigos en una época, veinticinco años atrás y por más de seis años, a partir de nuestras reuniones de Publicaciones. Yo venía en los 80 y largos de la Comisión de Publicaciones de Daniel Gil, con Myrta Casas como editora de la RUP y Luz Porras

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. gp@adinet.com.uy

de la revista *Temas*. También Luz ha dejado de estar entre nosotros, por otras razones tristes, y siento mucho su falta. Dos compañeras muy presentes en la vida institucional, humanamente muy presentes, dos grandes lectoras por su intensidad y sus sesgos singulares de lectura. Dos grandes compañeras, para discutir también, claro está. Luego vino la comisión de Tomás Bedó y allí ingresó Aída, como también Juan Carlos Capo, Carlitos Neme, Mireya Frioni, Irene Maggi... Ahí empezamos a compartir tareas y largas charlas con Aída, porque, ustedes se imaginarán, mientras Tomás y Juan Carlos discutían por un párrafo o una palabra del editorial se podían edificar grandes amistades. Seguimos luego en la comisión de Marcelo Viñar, luego me acompañó en la mía y luego siguió Aída como directora de Publicaciones.

Fueron muchos años ricos de charlas, de lecturas, de casos clínicos y de ideas que estábamos escribiendo. Por esa época, mediados de los 90, yo estaba escribiendo sobre las inscripciones erógenas que fundaban y armaban inconsciente: «Coreografías erógenas inconscientes». Compartiendo estas ideas con Aída, me comenta algo que leyó de un coreógrafo (no recuerdo su nombre) que explicaba cómo, a diferencia de lo que ocurre en la música y en la literatura, en la danza no se dispone de una escritura que permita transmitir una coreografía. La transmisión solo era posible haciéndola con el otro a quien se la quería transmitir. Es de esta referencia de Aída que tomo la idea de una «coreografía inconsciente» producto de la escritura de la experiencia vivida entre el bebé y la madre como danza erógena.

Conocí a una excelente e inagotable lectora, que además podía leer investigando, leer entre líneas y leer rastreando historias para ir más allá con mucha curiosidad y perspicacia. Aída hacía lecturas ingeniosas a partir de cierta desconfianza del sentido aparente, lo que le permitía aventuras de investigación. En aquel texto «El hombre y su doble», cuyo epígrafe de Freud es hoy evocador —«¿Acaso la vida no es una de las cosas más asombrosas que existen en el mundo?»—, rastrea vida y obra de Freud y de Hoffman haciendo del texto un juego de espejos entre ambos. Investiga y sugiere hipótesis respecto de los nombres que Freud usó para sus casos clínicos —Dora, Cecilia— y cómo estos nombres aparecían también en Hoffman. Muy buena escritora, quizás tanto como lectora, hizo de esas

coincidencias verdaderas incidencias para el lector a partir de relaciones con historias de amor referidas o supuestas.

El perfil de lectora incansable y apasionada investigadora también aparece en sus dos partes del texto «El llanto de Némesis». ¿Por qué no se había podido desconfiar del relato de una madre que decía que la habían secuestrado y le habían robado a sus hijos? Aída se preguntó qué factores habían impedido esa sospecha: cuestionar el amor materno y la imagen materna idealizada. Encuentra una historia parecida en la Viena anterior al 900, de una madre que mata a su hija niña y luego se suicida, así como las explicaciones de los periodistas de la época: muerte por amor... Luego otra historia de una madre asesina que era pensada como un monstruo y resultó ser una mujer frágil y tranquila. Y así sigue relatando casos en Nueva York del 68 y en Montevideo del 2008. Cuestiona la renuncia de Freud a la primera teoría del trauma en lo que tiene que ver con el odio al niño, la violencia sexual, física y emocional, que constituye una realidad trágica de muchos niños, con consecuencias nefastas para la estructuración psíquica. Lo cual la acerca a las ideas de Sandor Ferenczi, en muchos aspectos, pero sobre todo en su regreso al factor traumático en el texto «La confusión de lenguas entre el adulto y el niño». Aída resalta que Ferenczi fue injustamente olvidado, y con él su afirmación de que los adultos son con frecuencia «locos pasionales» que ejercen una autoridad aplastante sobre niños indefensos. Pero tras este rescate de Ferenczi, Aída busca especialmente los recorridos del odio en la mujer, la diferencia con el odio en el hombre. ¿Por qué es tan difícil sospechar del odio al niño de una madre? En medio de esa inocencia supuesta, surge la curiosidad desde la sospecha, eso tan propio de la curiosidad de Aída, acompañado frecuentemente por una mirada muy propia.

La presentación de este trabajo fue en un panel junto con Luz Porras y Diego Speyer. Luego en la segunda parte del texto nos enteramos de esa discusión y de cómo Luz y Aída compartían puntos de vista. Aída vuelve a aportar nuevas ideas, como las de Marie Langer en el mito del niño asado. Tras la madre santa se esconde la madre devoradora, puta y terrible. La misma idea la trabaja en *El baile*, novela de Irene Nemirovsky. Aída agrega en su segunda parte de este trabajo que cabe pensar que en la teoría psicoanalítica también parece haberse dado una

acentuación de los aspectos masoquistas de la mujer y un escotoma del sadismo. Poner el foco tan predominantemente en el masoquismo hizo un cono de sombra sobre los hallazgos iniciales de Freud, su hija Anna, M. Klein y Lou Andreas Salomé.

También es testimonio de estas aventuras de investigación el recorrido que Aída realiza en «Dionisio Díaz: en la génesis del mito», con los ejemplos del mito de D. Díaz, el niño hermoso, rubio, que, herido de muerte por su abuelo, quien había matado a su madre y su tío, salvó a su hermana bebé cargándola heroicamente hasta una comisaría. Junto con esta historia el mítico crimen de la ternera, la mujer de José Saravia, a quien este mandó asesinar por sicarios en Treinta y Tres. Aída investiga el mito y su función psicológica, deteniéndose especialmente en cómo estas historias enfocan un sector para ocultar otros. Es interesante en este momento, en nuestro homenaje a la vida de Aída, leer una cita de Serafín J. García del *Romance de Dionisio Díaz* que Aída hace en este texto: «que la vida vale siempre / toda lucha, todo esfuerzo / por vivirla dignamente / noblemente, a pecho abierto; / que el amor que un ser irradia / más allá de toda muerte, / siempre encuentra puerta y eco / más allá de todo miedo». ♦

## NORMAS DE PUBLICACIÓN

# REVISTA URUGUAYA DE PSICOANÁLISIS

### REQUISITOS DE PUBLICACIÓN

Los artículos para publicar en la *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* (RUP) deberán cumplir con los siguientes requisitos:

- Deberán tratar sobre un tema psicoanalítico u ofrecer interés especial para el psicoanálisis.
- Deberán ser originales e inéditos (no deben haber sido publicados en español) y ser de responsabilidad exclusiva del autor.

#### 1. PRESENTACIÓN

Los artículos serán sometidos al sistema de revisión anónima con características de doble ciego por la Comisión Editorial y por la Comisión de Lectores Nacionales e Internacionales.

Se enviarán dos archivos a la dirección: [revistauruguayapsi@gmail.com](mailto:revistauruguayapsi@gmail.com)

El **primero** incluirá el artículo con los datos identificatorios del autor: nombre completo, institución a la que pertenece y dirección electrónica.

El **segundo** incluirá el artículo identificado con seudónimo; se cuidará que el nombre del autor no figure en el cuerpo del texto ni en la bibliografía.

#### 2. FORMATO Y ESTILO

Cada artículo deberá tener una extensión máxima de 8000 palabras en letra Times New Roman, tamaño 12. En la extensión estará incluida la bibliografía, que deberá ajustarse, en lo que hace a citas y referencias bibliográficas, a la última versión de las normas internacionales de la Ame-

rican Psychological Association (APA): <http://www.slideshare.net/bibliopsicouy/gua-apa-6a-ed-zavala>  
Se incluirá un resumen en español y en inglés con un máximo de 200 palabras.

#### 3. ENTREGA

En ocasión de la entrega del artículo, el autor deberá firmar o enviar un formulario de autorización firmado por el cual:

- a. Cede gratuitamente y de manera no exclusiva los derechos de comunicación pública, reproducción, edición, distribución y demás acciones necesarias a los efectos de la difusión del artículo a través de la RUP y/o la web, en soporte papel, electrónico o telemático, amparado en la licencia Creative Commons, en su modalidad Attribution Non-Commercial Share Alike, lo que implica que no podrá ser utilizado con finalidad comercial ni modificado.
- b. Afirma y garantiza que el artículo no ha sido enviado simultáneamente a otro medio de publicación, que los derechos no han sido cedidos de forma exclusiva con anterioridad y que su publicación en la RUP no viola ni infringe derechos de terceros.
- c. Se hace responsable frente a la Asociación Psicoanalítica del Uruguay de la autoría del artículo enviado para su publicación.

#### 4. PUBLICACIÓN

El artículo será aceptado o no para su *publicación*. La Comisión Editorial tendrá la responsabilidad de definir en qué número de la Revista será publicado. La Comisión Editorial no estará obligada a devoluciones respecto de los artículos recibidos para su ponderación.

NO SE RECEPCIONARÁN LOS  
TRABAJOS QUE NO REÚNAN  
LOS REQUISITOS MENCIONADOS.

Por mayor información consultar  
[www.apuruguay.org](http://www.apuruguay.org)  
o contactar a través de  
[revistauruguayapsi@gmail.com](mailto:revistauruguayapsi@gmail.com)

## TABLE OF CONTENTS

EDITORIAL.....	7
THEMATIC	
Laura. Or the sexual boundaries of need <i>Jacques André</i> .....	15
Sexuality: the unconscious <i>Myrta Casas de Pereda</i> .....	32
The relation between incestuous seduction and the melancholic in women <i>Clara Uriarte</i> .....	40
Problems of the psychoanalyst's ethics: analyst and patient in non-shared «worlds» <i>Ana Chabalgoity</i> .....	51
Sexuality in the constitution of the psychic subject and its failures <i>Sandra Press</i> .....	68
Infantile and pubertal sexuality in therapy groups of writing for adolescents <i>Anne Brun</i> .....	83
Some reflections from a psychoanalyst on the Shoá <i>Elías Adler</i> .....	102
Artistic creation and psychoanalysis <i>Mariel Gutiérrez</i> .....	122
POLEMOS	
The institutional transmission of psychoanalysis at the beginning of the 21 <sup>st</sup> century. An essay from experience <i>Javier García</i> .....	139
Comments on Javier García's work <i>Fernando Weissmann</i> .....	156
<i>Cláudio Laks Eizirik</i> .....	160

«The ethical stance implied in the constant revision of our steps  
is the strength of our practice.»

*Emilio Ignacio Roca*..... 164

#### ONE AND ANOTHER

Analytic experience and the unceasing writing of Margüerite Duras

*Marta Labraga de Mirza*..... 171

#### CONVERSATION IN THE JOURNAL

With Sergio Blanco

*Magdalena Filgueira, M.ª Martha Montes, Aurora Polto*..... 187

#### REVIEW

From Eros and Philia. Of love and knowledge.

*Sandra Filippini* ..... 196

#### IN MEMORY

A sign of mourning for intelligent sense of humour. A memory of Aída Miraldi

*Nelson de Souza*..... 199

Biographical note. Aída Miraldi

*Cristina López de Caiafa*..... 201

Words for Aída

*Juan Carlos Capo*..... 205

In Memoriam

*Javier García* ..... 208

EDICIÓN DE 300 EJEMPLARES  
NUMERADOS DEL 001 AL 300



### EDITORIAL

#### TEMATICA

Laura. O los confines sexuales de la necesidad  
*Jacques André*

Sexualidad: lo inconsciente  
*Myrta Casas de Pereda*

La seducción incestuosa y su relación con lo melancólico en la mujer  
*Clara Uriarte*

Problemas de la ética del psicoanalista: analista y paciente en «mundos» no compartidos  
*Ana Chabalgoity*

La sexualidad en la constitución del sujeto psíquico y sus fracasos. Pensando el trastorno del espectro autista  
*Sandra Press*

Lo sexual infantil y puberal en los grupos terapéuticos de escritura para adolescentes  
*Anne Brun*

Algunas reflexiones de un psicoanalista sobre la Shoá. Acerca de los rescatadores  
*Elías Adler*

Creación artística y psicoanálisis  
*Mariel Gutiérrez*

### POLEMOS

La transmisión institucionalizada del psicoanálisis en los comienzos del siglo XXI. Ensayo desde la experiencia  
*Javier García*

Comentarios al trabajo de Javier García  
*Fernando Weissmann*  
*Claudio Laks Fizirik*

«La posición ética que implica el constante repaso de nuestros pasos es la fortaleza de nuestra praxis»  
*Emilio Ignacio Roca*

### DE UNO Y OTRO

La experiencia analítica y la escritura incesante de Margüerite Duras  
*Marta Labraga de Mirza*

### CONVERSACIÓN EN LA REVISTA

Con Sergio Blanco  
*Magdalena Filgueira,*  
*Ma, Martha Montes, Aurora Polto*

### RESEÑA DE LIBRO

De Eros y Philia.  
De amores y saberes  
*Sandra Filippini*

### A LA MEMORIA

Aída Miraldi